GWEN DEMARCO

SOPHIE Y LOS ANÓMALOS

LIBRO 1 DE SOPHIE FEEGLE

SOPHIE Y LOS ANÓMALOS

GWEN DEMARCO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Postfacio
Acerca del Autor

CAPÍTULO 1

La niebla cubría la calle, era tan densa que absorbía hasta los sonidos de la ciudad. Aunque solo era el final de la tarde, la niebla había impregnado el día de sombras tenebrosas. Al salir por la puerta principal y cerrarla con llave, Sophie echó un vistazo al edificio a través de la penumbra. Una vez, hace mucho tiempo, la gran casa había sido una joya resplandeciente que resplandecía en la ciudad. Sin embargo, al igual que una vieja estrella olvidada, el edificio había tenido una vida dura y eso se notaba. En su interior, todo el carácter original de la casa había sido destripado en algún momento de los años ochenta; el encanto y la artesanía habían sido sustituidos por un funcionamiento anodino y arreglos rápidos. Alguien había dividido al azar la mansión de tres plantas en pequeños estudios, en un intento de meter entre sus paredes al mayor número posible de inquilinos.

Al menos dejaron el exterior del edificio en su forma original, pensó Sophie con nostalgia mientras observaba el edificio de la casa. El empinado frontón victoriano con volutas de fantasía seguía intacto, aunque estuviera mancillado por décadas de suciedad y contaminación. A diferencia de las demás casas pintadas de la ciudad, alguien, en su infinita sabiduría, había decidido pintar toda la casa de un solo color: un desafortunado tono tostado, algo entre el melón y el caqui. Sophie sacudió la cabeza por este crimen contra sus ojos y su arquitectura.

—Hasta luego, Cafecita —le dijo al edificio, acariciando una de las gruesas columnas del porche mientras salía a la calle. Sophie se puso su desgastado chaquetón negro y salió a la acera agrietada.

Después de comprobar su reloj, suspiró aliviada al ver que aún le quedaba tiempo de sobra para caminar hasta la estación de BART más cercana y llegar a su entrevista de trabajo. No podía permitirse perderla. No quería tener que elegir entre comer o pagar el alquiler.

Sophie se dio la vuelta, dispuesta a correr hacia la estación de

Powell Street, cuando el sonido de gruñidos y silbidos llamó su atención.

¿Qué demonios es ese ruido? No tengo tiempo para esa mierda, pensó, exhalando un suspiro de fastidio.

Al asomar la cabeza por la esquina del estrecho callejón entre Cafecita y el edificio contiguo, Sophie no vio nada a primera vista. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, se dio cuenta de que un perro grande había acorralado a algún tipo de animal pequeño detrás de unos cubos de basura.

—¡Oye! ¡oye, deja eso! ¡Aléjate de ahí! —Sophie gritó al perro.

El perro giró la cabeza y, al ver a Sophie, le gruñó. Sophie se tambaleó, sorprendida por su agresividad. Al mirar a su alrededor, vio un trozo de metal que se había desprendido de la triste valla de hierro forjado que rodeaba el pequeño y descuidado jardín delantero de Cafecita.

Retrocediendo hacia el oscuro callejón, Sophie sostuvo la lanza de hierro forjado oxidado frente a ella como si fuera una espada. La luz del sol apenas penetraba en la penumbra del callejón, pero pudo ver que el perro, una especie de husky o malamute de gran tamaño, intentaba abrirse paso entre los grandes cubos de basura. Le preocupaba que, si no se daba prisa, llegaría demasiado tarde para salvar al animal que el perro tuviera como objetivo.

—¡Oye! ¡Vete a la mierda! Lo digo en serio —bramó Sophie, poniendo tanta autoridad en su voz como pudo.

El perro giró hacia Sophie. Cuando la vio, bajó la cabeza y gruñó con fuerza, con los pelos de punta en señal de agresión. La monstruosidad parecía un cruce entre un husky y un lobero irlandés. Se preguntó brevemente si algo sobrenatural había intervenido en la creación de aquel can de gran tamaño.

—¡Vete a la mierda! Por favor. No quiero tener que pegarte con esta cosa, pero lo haré —gruñó Sophie, sintiéndose estúpida por hablarle a un animal como si pudiera entenderla. Siguió agitando amenazadoramente su lanza improvisada hacia el perro. Este la miró y luego volvió la vista a su presa atrapada. Con un último gruñido, se dio la vuelta y se alejó trotando por el callejón.

Cuando el perro desapareció al doblar una esquina, el trozo de metal se hundió entre los dedos de Sophie, que sintió una oleada de alivio.

—Gracias a Dios —murmuró Sophie al exhalar.

Todavía aferrada a su lanza oxidada, Sophie se acercó lentamente a los rebosantes contenedores de basura. Las habituales pilas de cajas vacías y montones de basura del bar de al lado y del pequeño mercado de la esquina ocupaban el estrecho espacio del callejón. La oscuridad absoluta y las paredes resbaladizas por la humedad y la grasa hacían que el lugar pareciera olvidado y silenciosamente amenazador. Al oír a las ratas corretear entre las sombras, Sophie se asoma con cautela al pequeño espacio entre las latas. Al principio no ve nada, pero luego distingue un par de ojos que brillan en las sombras.

—Oye, ¿estás bien? ¿Te ha hecho daño ese estúpido perro? —preguntó Sophie con voz suave y tranquilizadora.

Un silbido como respuesta le hizo pensar que el perro había acorralado a un gato.

—No pasa nada. No voy a hacerte daño. Solo quiero asegurarme de que no estás herido —le explicó Sophie al gato. Dejó su arma improvisada cerca y se agachó para ver bien en el estrecho espacio. Una cara larga y blanca con la nariz rosada y bigotes crispados le devolvió la mirada, siseando de nuevo en señal de advertencia.

—¡Oye, tú no eres un gato! ¡Eres una zarigüeya! ¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Tienes hambre, cariño? Tengo una manzana. ¿Quieres comer algo?

Sophie metió lentamente la mano en la bandolera que llevaba colgada del hombro. Tanteó el fondo de la bolsa y sintió una punzada momentánea cuando sacó la fruta.

—Probablemente no debería desperdiciarla contigo; es la última, pero creo que lo estás pasando peor que yo —dijo Sophie, dejando la manzana en el suelo cerca de la zarigüeya que seguía llorando. La acercó lentamente con un dedo.

—¿Qué coño está pasando aquí? —gritó una voz familiar desde la entrada del callejón.

Resoplando molesta, se levantó y se encaró con el intruso.

—Nada, Moe. Un perro ha atacado a una zarigüeya —explicó Sophie.

—¡Una zarigüeya! ¡Qué asco! Espero que el perro la haya matado.

El exagerado estremecimiento de Moe hizo que Sophie entrecerrara los ojos, irritada.

—No seas imbécil, Moe. Las zarigüeyas son criaturas maravillosas.

No sabes de qué coño estás hablando. Son el único marsupial de América —dijo Sophie, solo para fastidiarlo.

Moe se quedó estupefacto un momento antes de gruñir a Sophie.

—Como si me importaran una mierda los marsupiales. Lo único que me importa es el alquiler. ¿Vas a retrasarte otra vez con la paga? Porque me estoy hartando de esta mierda. Los otros inquilinos no me dan los problemas que tú me das —dijo Moe.

—Déjame en paz, Moe. Tendré tu alquiler. Me dirijo a una entrevista de trabajo ahora mismo —dijo Sophie.

—¿Con esa ropa? —preguntó Moe incrédulo, con el labio curvado de desagrado.

—¿Qué quieres decir? Este atuendo es perfectamente aceptable para una recepcionista de un salón de tatuajes —dijo Sophie, bajando la mirada hacia sus vaqueros oscuros y su camiseta de los Ramones.

—Pareces una Campanita gótica que acaba de liarse a puñetazos en un bar de moteros —se burló Moe.

—¿Ah, sí? Oh, pero qué palabras tan bonitas las tuyas. Me estás haciendo sonrojar —dijo ella haciendo una reverencia.

Justo cuando Moe abrió la boca para replicar, Sophie levantó la mano para detener sus palabras.

—¡Mierda! Me tengo que ir —gritó Sophie cuando vio la hora en su reloj.

Al pasar corriendo junto a un Moe que seguía parloteando, Sophie miró hacia atrás, hacia los cubos de basura, y sonrió feliz al darse cuenta de que la manzana había desaparecido.

~

UNAS HORAS MÁS TARDE, Sophie entró en el bar situado junto a Cafecita. Se deslizó abatida sobre un taburete de la barra de madera brillante, pero mellada.

Miró a los pocos hombres que había en el interior del bar, con la esperanza de encontrar a alguien dispuesto a invitarla a una copa a cambio de unos minutos de conversación. Con una lenta exhalación, se dio cuenta de que los clientes estaban ocupados contemplando el contenido de sus copas, con los ojos demasiado vidriosos y llorosos como para fijarse en ella.

—Maldita sea —murmuró Sophie en voz baja.

—Hola, Sophie, ¿qué te sirvo? —preguntó el camarero, acercándose desde el otro extremo de la barra, donde había estado hablando con un anciano encorvado. Grandulón y con el ceño fruncido, el camarero debería haber intimidado a Sophie, pero habían congeniado desde el momento en que se conocieron, seis meses atrás, cuando ella se mudó a Cafecita.

—Hola Burg, bueno… estoy un poco escasa de fondos en este momento. Y he tenido un día de mierda. ¿Supongo que podrías servirme un whisky y pagarte después? ¿O tal vez trabajar un poco a cambio de una copa? —preguntó Sophie con expresión suplicante.

—Así de mal, ¿eh? De acuerdo, solo por esta vez. Puedes ayudarme a limpiar las mesas y a barrer esta noche. ¿Trato hecho? Debo advertirte que solo te daré un vaso del whisky más barato que tengo —dijo Burg, haciendo su habitual advertencia. Con una práctica floritura, Burg cogió una botella medio vacía de la estantería con respaldo de espejo.

Sophie se sintió indignada, humillada y avergonzada por tener que confiar en la bondad de Burg. Pero después de la mierda de día, necesitaba un trago.

—Gracias, Burg. Te debo una. Y sí, te ayudaré a limpiar más tarde —dijo Sophie, dando un pequeño sorbo a su bebida. Levantó los ojos hacia Burg cuando el whisky no le supo a barato. Burg se encogió de hombros tímidamente.

—Muy bien, Soph, cuéntale al viejo Burg lo mal que te ha ido el día —dijo apoyándose en la barra.

Justo cuando abría la boca para empezar a quejarse, sonó el timbre de la puerta principal y un hombre entró en el bar. Sophie se fijó rápidamente en él cuando se sentó a unos cuantos asientos de ella. Tenía el pelo rubio y ralo, los ojos oscuros muy abiertos y parecía un poco regordete bajo la gabardina que le llegaba hasta las rodillas. El hombre emitía una sensación de amabilidad y timidez. Ni siquiera era una amenaza en el radar de peligrosidad de Sophie, así que descartó su presencia.

Volvió a centrar su atención en lo que la rodeaba, admirando el encanto del viejo bar mientras Burg le servía una cerveza al hombre. Burg le contó que el bar se había construido décadas antes de la Ley Seca. Las paredes estaban decoradas con el revestimiento oscuro original y pintura verde oscuro. Fotos antiguas en tonos sepia, carteles

antiguos que anunciaban cervezas, algunos letreros de neón e hileras de estanterías llenas de todo tipo de chucherías, todas ellas con la pátina de los años, cubrían cada centímetro cuadrado del bar. En la parte trasera del bar había unas cuantas dianas que nunca había visto utilizar a nadie. En la pared opuesta a la larga barra de madera había unos cuantos sofás Chesterfield, que Sophie sospechaba que podían ser originales del centenario bar. La única vez que Sophie se había sentado en uno, estaba lleno de bultos y un muelle le había pinchado en el trasero. Habría sido preferible tumbarse sobre grava triturada. Cuando le preguntó a Burg por los sofás, él dijo que daban un aire de —sofisticación— al bar.

Sophie se quedó mirando el líquido ámbar de su vaso mientras Burg terminaba de servir al hombre de voz suave. Admiró cómo la lámpara multicolor de cristal emplomado que colgaba sobre su cabeza reflejaba los tonos joya en el hielo de su copa. Al girar el vaso sobre su posavasos de cartón, sonrió cuando los colores se difuminaron en un cálido resplandor rojizo anaranjado.

—Lo siento —dijo Burg al volver a su sitio frente a Sophie—. Ahora, cuéntame todo sobre tu día de mierda.

—Creía que ya tenía un trabajo de recepcionista en una tienda de tatuajes en Haight-Ashbury. Cuando llegué, otras cinco personas también estaban allí para la entrevista. Tuve que esperar más de una hora y ni siquiera me dieron el trabajo. Se lo dieron a una aspirante con un look pin-up de los años 40 —cuenta Sophie—. Necesitaba el trabajo. Se me vence el alquiler y estoy jodida si no encuentro nada pronto.

—Haight-Ashbury —dijo Burgs con sorna—. ¿Por qué querrías trabajar allí? La América corporativa ha aplastado todo el encanto del barrio.

—No tengo el lujo de elegir. Mi alquiler no se va a pagar solo. No puedo permitirme ser una snob —replicó ella.

—Está bien, no tengo nada más que hacer ahora. Echemos un vistazo a los anuncios —dijo Burg, acercándose y cogiendo un portátil de detrás del mostrador.

Pasaron la hora siguiente revisando las ofertas de empleo de varios sitios web. De vez en cuando, Burg tenía que rellenar el vaso de algún cliente, incluido el hombre callado sentado tres taburetes más abajo con gabardina, pero pasaron mayormente la hora hojeando.

—¿Por qué todo esto suena como si fueran estafas o servicios de acompañantes? —se quejó Sophie.

—No seas tan pesimista, algunas también suenan a porno —dijo Burg como si le estuviera contando un secreto feliz, haciendo que Sophie resoplara, antes de golpearse la cabeza contra la superficie de la barra, derrotada.

—Me voy a quedar sin casa. ¿Serías tan amable de prestarme una taza de café, para que pueda pedir cambio como es debido? —Sophie murmuró en la barra de madera.

—¿Has pensado en hacerte stripper? —preguntó Burg en tono serio.

Sophie levantó la cabeza y miró a Burg con un ojo entrecerrado.

—¿No tienes que ser amable con la gente para ser bailarina exótica? No creo que sea el trabajo adecuado para mí.

—Bueno, en realidad, si juegas bien tus cartas, podrían pagarte extra por ser mala. Hay cierto tipo de hombres a los que les gusta ese tipo de cosas —dijo Burg con un guiño.

Sophie miró a Burg intrigada y pensativa. Un —ejem— interrumpió la respuesta que estaba a punto de dar. Tanto Burg como Sophie miraron al hombre de la gabardina gris enarcando las cejas.

—No he podido evitar oír que necesitas un trabajo. Puede que tenga un trabajo para ti, si te interesa —dijo el hombre.

—No me interesa ser tu sugar baby, pero gracias —dijo Sophie, poniendo los ojos en blanco ante Burg.

—No sé lo que es un sugar baby. Sin embargo, puedo asegurarte que este es un trabajo normal —dijo el hombre.

Sophie se quedó mirando al hombre durante unos minutos, pero solo detectó honestidad en sus ojos castaños oscuros. Tenía el tipo de cara redonda de bebé que hacía imposible determinar su edad. Podía tener entre treinta y cincuenta años. El hombre se acercó y le tendió una mano pálida.

—Me llamo Reginald Didel —dijo.

—Sophie Feegle. Este es Burg —dijo Sophie, indicando al camarero.

Cuando estrechó la mano de Reginald, notó que era suave y seca. La firmeza de su apretón no era ni demasiado fuerte ni demasiado débil. *No hay nada más desagradable que un apretón de manos que parece que alguien acaba de ponerte un pez muerto en la mano*, pensó

Sophie, haciendo una mueca interna. *Casi tan malo como alguien que intenta aplastarte los dedos en un intento de ejercer su dominio*. El tipo de gente a la que le gustaba aplastar los nudillos activaba automáticamente el lado perra de Sophie.

—Vale —dijo Sophie lentamente—. Háblame de este trabajo.

—Bueno, es en el depósito de cadáveres de la ciudad —dijo Reginald con mirada aprensiva—. ¿No te asustas fácilmente? ¿Puedes manejar sangre y fluidos corporales?

—Ese tipo de cosas no me molestan —respondió Sophie con un gesto de la mano.

—Soy el forense jefe encargado del turno de noche. Necesito un ayudante de autopsia. Estoy especializado en muertes inusuales, así que verás muchas cosas desagradables —advirtió Reginald.

Ella resopló, pensando que —desagradables— probablemente era quedarse corto.

—¿Un ayudante de autopsia no necesita algún tipo de título o formación o algo así? —preguntó escéptica.

—Normalmente, sí. Sin embargo, no he podido mantener este puesto cubierto. Y tengo mucho que decir sobre a quién contrato. Lo que más necesito es que tomes notas, hagas fotos de los cadáveres, peses y midas cosas, tomes huellas dactilares y me entregues instrumentos durante las autopsias —dijo Reginald—. Recibirás formación en el trabajo.

—¿Por qué me ofreces este trabajo? Ni siquiera me conoces —dijo Sophie.

—Porque necesito ayuda y parece que necesitas una entrada de dinero —dijo Reginald en voz baja.

Sophie suspiró porque no podía rechazar la oportunidad. Además, su intuición le decía que Reginald era un buen tipo. Sus instintos rara vez le habían fallado, así que se inclinó hacia él y le ofreció la mano.

—Bueno, seré tu ayudante. Gracias por ofrecerme el trabajo —dijo Sophie, dándole a Reginald un apretón de manos—. Entonces, ¿cuándo empiezo?

—¿Qué tal dentro de cuatro horas? Necesito ayuda de inmediato —pidió Reginald, mirando su reloj.

CAPÍTULO 2

Cuatro horas más tarde, Sophie estaba delante de la oficina del forense. El edificio era sorprendentemente moderno: una gran caja de bordes afilados cubierta de cristales espejados. Solo dudó un momento antes de entrar por la puerta principal. Mirando a su alrededor, localizó rápidamente el largo mostrador de recepción y se dirigió hacia él.

Tras ofrecerle el trabajo, Reginald anotó una dirección y le dijo que se presentara en la recepción a las diez en punto. Sophie miró el reloj y vio con satisfacción que había llegado justo a tiempo.

—Hola, me han dicho que esté aquí a las diez para el trabajo de ayudante de autopsias —le dijo Sophie a la mujer de aspecto remilgado que estaba sentada en el largo mostrador de la recepcionista. A pesar de que la gran pantalla del ordenador le tapaba la vista, la mujer se las arregló para observarla detenidamente, empezando por el pelo negro de Sophie hasta llegar a sus pies cubiertos de botas. A Sophie le costó un gran esfuerzo no echar un vistazo a su propio atuendo. Sabía lo que vería: vaqueros negros ajustados, botas de cuero de segunda mano y los bordes de algunos tatuajes asomando por las mangas de su camiseta, que tenía una pequeña rotura en el dobladillo. Empuñando las manos, miró fijamente a la almidonada recepcionista con el pelo recogido en un tirabuzón y una blusa sedosa, desafiándola a decir una palabra. Reginald le había dicho que no hacía falta que se vistiera para este trabajo, que le proporcionaría un uniforme.

Sophie contuvo las palabras sarcásticas que tenía en la punta de la lengua.

No la jodamos de inmediato. Necesitamos este trabajo, se recordó a sí misma.

—¿Eres Sophie Feegle? —confirmó la mujer. Cuando Sophie asintió, deslizó una carpeta negra por el mostrador—. Rellena la

documentación y tráemela. Si tienes alguna duda, házmelo saber. Cuando hayas terminado, le diré al Dr. Didel que estás esperándolo — La mujer le dio un bolígrafo a Sophie.

Sophie echó un vistazo al vestíbulo vacío y se dirigió a las filas de sillas laterales. Encontró un asiento contra la pared desde el que podía vigilar tanto la puerta principal como a la recepcionista, se sentó y abrió la carpeta.

Rellenó rápidamente la solicitud, haciendo una leve mueca al ver su escaso historial laboral. Había tardado un tiempo en darse cuenta de que la atención al cliente no era su fuerte. Tratar con idiotas sacaba lo peor de Sophie. Cuando los dioses estaban repartiendo la paciencia, Sophie debió haber estado meando. Ta*mbién me omitieron a mí cuando estaban repartiendo los filtros cerebro-boca y humor apropiado*, pensó con una ligera sonrisa.

Tardó menos de quince minutos en rellenar todo el papeleo y firmar el documento que establecía que no revelaría ningún detalle sobre los casos que presenciaría.

Es justo. Reginald dijo que todas sus autopsias son por asesinatos o muertes inusuales. No quisiera arruinar una investigación policial ni nada parecido, pensó Sophie. Después de firmar el último documento, devolvió la carpeta a doña respingada.

—Excelente. Avisaré al Dr. Didel de que estás lista. Llegará en unos minutos, si eres tan amable de volver a la sala de espera —dijo doña respingada, hojeando rápidamente los papeles de la carpeta.

Sophie volvió a la sala de espera y se sentó en la misma silla. Miró la mesita llena de revistas y puso los ojos en blanco. No se aburría lo suficiente como para leer sobre cómo hacer sus propios productos de limpieza o aprender a preparar comidas de cinco ingredientes en cuestión de minutos. También había un televisor en la esquina superior de la habitación, pero la pantalla estaba a oscuras.

Rascándose las cutículas, Sophie observó disimuladamente las puertas dobles giratorias que había justo al lado del escritorio de doña respingada. Finalmente, vio una sombra que se movía al otro lado de las ventanas de cristal esmerilado. Ya de pie, sonrió cuando vio a Reginald atravesar las puertas. Reginald saludó con la mano y corrió hacia Sophie.

Debe de necesitar ayuda de verdad, pensó Sophie.

Normalmente, pensaría que todo esto era una estratagema para

meterse en su cama, pero su radar de idiotas no había sonado ni una sola vez cerca de Reginald.

—¡Sophie! Has llegado. ¿Estás lista para empezar?

—Como siempre voy a estarlo. Gracias de nuevo por esta oportunidad —dijo Sophie.

—Bueno, sígueme. Te pondremos la bata y empezaremos. Tengo un montón de autopsias que hacer antes de que acabe el turno esta noche, así que vamos a lanzarte directamente a lo más hondo. Me temo que será una prueba de fuego, pero estoy seguro de que lo harás muy bien —se disculpó Reginald antes de darse la vuelta y cruzar las puertas dobles.

Una vez que Reginald se hubo dado la vuelta, Sophie se tragó su aprensión y le siguió. La cerradura automática zumbó justo antes de que Reginald abriera la puerta y saludara a la recepcionista con un sonoro —¡Gracias!—. Mirando hacia atrás justo antes de entrar en la zona restringida del depósito de cadáveres, se dio cuenta de que la recepcionista la miraba fijamente. El pasillo estaba en silencio, salvo por el chirrido de las botas de Sophie contra el suelo de linóleo color crema.

—¿Eh? —dijo Sophie sorprendida al entrar en el amplio pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Reginald por encima del hombro mientras la guiaba.

—Este lugar no se parece a lo que esperaba. Pensé que estaríamos en un sótano antiguo cubierto de baldosas verde pistacho con bombillas fluorescentes desnudas colgando sobre nosotros. Creo que he visto demasiadas películas —dijo Sophie, mirando alrededor de las brillantes paredes blancas. Olía ligeramente a lejía y desinfectantes. El penetrante aroma químico le recordó a Sophie cómo olía un hospital, pero sin el olor a enfermedad. También se sintió aliviada al no detectar ningún olor a podredumbre o descomposición.

—Bueno, si hubieras visto nuestro antiguo edificio, puede que tuvieras razón. Estas instalaciones se construyeron hace pocos años. Todo es nuevo y está a la última. Incluso el departamento de toxicología es interno ahora —dijo Reginald, señalando un pasillo sin ramificaciones, con el orgullo evidente en su voz.

Al doblar una esquina, Reginald la condujo a un despacho con varias mesas dispuestas en círculo alrededor de la sala. En las mesas había dos hombres y una mujer que levantaron la vista cuando

entraron Reginald y Sophie.

—¡Hola chicos! —dijo Reginald en voz alta—. Esta es la nueva ayudante de autopsias de la que les hablé, Sophie. Espero que todos la hagan sentir bienvenida. Sophie, esta es Amira. Te ayudará a prepararte. Normalmente, Amira es nuestra transcriptora de patología, pero cuando necesito ayuda, me cubre como asistente. Hoy nos acompañará para enseñarte cómo es todo esto.

La mujer que había señalado Reginald le hizo un gesto con el dedo desde la silla de su despacho. Sophie admiró a aquella mujer de aspecto sofisticado, con una trenza negra que le rodeaba la cabeza como una corona. Frunciendo los labios, Amira se levantó de la mesa y se acercó a Reginald. Su piel aceitunada, con un toque de terracota, era impecable. Sophie admiró sus grandes ojos oscuros y sus rasgos primorosos, sintiéndose un poco como una mala hierba junto a un jardín de rosas.

—¿Por qué tengo que enseñarle a hacer su trabajo? ¿Por qué no puedes encontrar a alguien que ya sepa qué hacer? —se quejó Amira con aire de regio desdén.

Pero qué cálida bienvenida, pensó con amargura.

—Llevamos meses intentando cubrir este puesto. La necesitamos. A menos que quieras seguir siendo mi ayudante —respondió Reginald.

—No, gracias —dijo Amira con un delicado estremecimiento.

—Este es Azeban. Todo el mundo le llama Ace. Trabaja en el turno de noche en el laboratorio de Patología y Toxicología —dijo Reginald, señalando al hombre de pelo castaño sentado más cerca de la entrada. Reginald pronunció el nombre —ah-zuh-bahn—. El hombre levantó la barbilla en un breve saludo antes de volver a la pantalla de su ordenador con desdén. Sophie observó que Ace parecía ser casi tan bajo como ella, pero no podía estar segura porque estaba sentado. Ace parecía uno de esos hombres compactos que, a primera vista, no parecen duros, pero que cuando se ven envueltos en una pelea se muestran luchadores y tenaces. Llevaba el pelo corto por los lados y más largo por arriba. Las hebras de su cabello parecían gruesas, casi nervudas, y estaban compuestas de todos los tonos de marrón, desde el teja hasta el chocolate oscuro, lo que le daba a su pelo un profundo matiz de marta. El color y la textura le recordaron a un pastor alemán de su antiguo barrio. Al separar el pelo de Axel, la capa interna era de un tono más claro que la capa externa oscura.

—Y este es Fitz. Es nuestro Transportador y Especialista en Admisión —dijo Reginald, indicando a un hombre rubio sentado en un asiento al otro lado de la sala.

Fitz se levantó de la silla y se deslizó hacia Sophie. De cuello largo, con una prominente nuez de Adán, Fitz le dirigió una mirada imperiosa por debajo de su larga nariz. Fitz era, con diferencia, la persona más alta de la sala. Era muy delgado, casi desgarbado, con los codos huesudos asomando por las mangas de la camisa. Sophie pensó que sería un poco torpe, pero Fitz se acercó con sorprendente elegancia. Tenía la piel pálida, blanca como la leche, el pelo rubio como la seda y los ojos claros, casi plateados. Parecía nórdico, pero sin la corpulencia que ella esperaba de alguien de ascendencia vikinga.

—Encantado de conocerte, Sophie. Ese de ahí es mi ordenador y mi mesa —dijo Fitz, señalando el puesto que acababa de desocupar—. No te sientes en mi mesa ni utilices mi equipo. Ah, el agua con gas de la nevera de la sala de descanso también es mía. No bebas mi agua y no tendremos problemas, ¿vale?

—Por supuesto. Me aseguraré de dejar tus cosas en paz —prometió Sophie, mientras intentaba decidir en silencio si valdría la pena lamer la parte superior de todas sus bebidas. *Probablemente no*, concluyó. *Al menos Reggie es simpático*, pensó exasperada.

—Amira, ¿podrías indicarle a Sophie dónde guardar sus cosas, conseguirle una bata y acompañarla a la sala de autopsias? —preguntó Reginald.

—De acuerdo, sígueme, chica nueva —dijo Amira, saliendo rápidamente de la habitación.

—Es Sophie —dijo Sophie, haciendo agujeros en la nuca de la perfecta cabeza de Amira.

—Da igual —Amira suspiró, mirando hacia atrás y poniendo los ojos oscuros en Sophie.

Al pasar por una pequeña sala de descanso, Amira preguntó si Sophie había traído comida.

—Si no lo has hecho, probablemente podamos conseguir algo. No hay ningún sitio donde comprar comida cerca de aquí y, de todas formas, no estaría abierto a la hora de comer —advirtió Amira a Sophie.

—Reginald me advirtió hoy temprano, así que empaqué un almuerzo.

Sophie sacó su comida de la bolsa y lo metió en la nevera, riéndose para sus adentros cuando vio un montón de latas de agua con gas en un estante superior, cada una cubierta con una nota adhesiva individual con el nombre de Fitz reclamando su propiedad.

Sophie siguió a Amira por el pasillo, dando varias vueltas hasta que llegaron a un pequeño vestuario. Amira se movía como una bailarina: elegante y segura, con economía de movimientos. Le mostró a Sophie la pila de batas disponibles y las taquillas.

—Puedes cambiarte aquí. Yo esperaré en el pasillo. Te diría que pusieras un candado para que nadie pueda robarte las cosas, pero creo que estás bien así —dijo Amira, escabulléndose fuera de la habitación.

Sophie se despojó rápidamente de su ropa y cogió un conjunto de bata azul marino. Sophie salió al pasillo y vio a Amira apoyada en la pared esperándola. Amira giró sobre sus talones y se alejó rápidamente, señalando con el dedo que Sophie la siguiera.

—Es bueno que ya tengas el pelo recogido. Asegúrate de llevarlo siempre recogido en una coleta o en un moño, ¿vale? —confirmó Amira. Cuando Sophie asintió con la cabeza, Amira continuó—: Pues así son las cosas. Tengo un olfato excelente y soy sensible a los malos olores, así que he estado ayudando a Reginald con las autopsias, pero es súper difícil para mí. Por eso te necesitamos aquí. ¿Cómo lidias con los malos olores?

—Vivo en el Tenderloin, así que no tengo problema con los olores desagradables —respondió Sophie, riéndose de su propia broma.

—Bueno, ya veremos —dijo Amira siniestramente.

Cuando Amira abrió una puerta y le hizo señas para que pasara, Sophie percibió el leve olor a desinfectante con un toque subyacente de dulzura cobriza y lejía que flotaba a través de la puerta abierta.

CAPÍTULO 3

—Mi vida es tan jodidamente rara —dijo Sophie cuatro horas después, mirando fijamente su sándwich de mantequilla de cacahuete. Una tenue película pútrida de podredumbre seguía pegada al interior de las fosas nasales de Sophie a pesar de haberse sonado la nariz varias veces antes de coger su almuerzo. Tal vez el olor haría perder el apetito a la mayoría de la gente, pero Sophie nunca se había considerado especialmente normal. Y no era de las que desperdiciaban la comida. Se encogió de hombros y le dio un buen mordisco al bocadillo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Reginald desde su izquierda. Sophie, Reginald y Amira estaban sentados en la mesa redonda de la sala de descanso comiendo.

—Bueno, ahora he tenido oficialmente tres cerebros humanos en mis manos enguantadas. No vi venir este giro en mi vida —admitió Sophie, después de tragar su bocado.

—¿No son interesantes los cerebros? —preguntó Reginald con una extraña luz interior iluminándole los ojos.

—Sí, realmente son interesantes. Y extraños. Y mucho más blandos de lo que pensaba —dijo Sophie con un ligero estremecimiento—. Era como sostener un enorme bloque de tofu entre las manos. Es extraño pensar que esa masa de tejido albergaba lo que hacía que una persona fuera quien era. Este trozo de un kilo de carne muerta que ahora tengo que pesar y catalogar, generaba cada pensamiento, cada sentimiento, cada inseguridad y sentido de alguien. Es jodidamente raro.

—Me alegro de que pudieras manejarlo. Me alegro de tener a alguien más que me ayude a partir de ahora —dijo Amira antes de darle un mordisco a su bocadillo de atún.

Sophie enarcó una ceja escéptica. A Amira le daban arcadas todos los olores de la sala de autopsias, pero enseguida entraba en el comedor y volvía a calentar un bocadillo de atún en el microondas,

haciendo que toda la puta sala apestara a pescado enlatado. Sophie observó cómo Amira le daba un bocado a su sándwich, haciendo un delicioso —hmmm— al masticar.

Qué nariz más sensible, pensó Sophie, poniendo los ojos en blanco.

Sophie miró hacia la entrada de la habitación cuando oyó unas voces en el pasillo. La puerta se abrió y Ace y Fitz entraron en la habitación.

—¡Todavía está aquí! —sonrió Ace—. ¿Ha vomitado? ¿Se desmayó?

—Sophie estuvo bien. No se resistió mucho. Se atragantó un par de veces, sobre todo durante la segunda autopsia. Esa tenía una descomposición avanzada —dijo Reginald con una sonrisa triunfante.

—¿Nada? ¿En serio? —dijo Fitz sorprendido.

Reginald extendió la mano e hizo un gesto de —dame, dame—.

—Uf, está bien —dijo Fitz, metiendo la mano en el bolsillo y sacando un billete. Ace hizo lo mismo y ambos le entregaron el dinero a Reginald.

—¿Han apostado a que vomitaría? —preguntó Sophie con los ojos entrecerrados.

—No solo que vomitarías. También aposté a que llorarías. Fitz pensó que te desmayarías y luego saldrías corriendo del edificio —dijo Ace con una sonrisa aguda.

—Siento decepcionarlos —dijo Sophie, arrugando la nariz ante Ace.

—¿Y tú qué apostaste? —preguntó Sophie, volviéndose hacia Reginald.

—Aposté por ti —dijo Reginald con una dulce sonrisa.

—Pues bien por ti —dijo Sophie, devolviéndole la sonrisa con una sonrisa propia.

Fitz abrió la nevera y sacó de ella un enorme cuenco de plástico, dos latas de agua con gas y una larga baguette.

Sophie observó cómo Fitz retiraba el envoltorio de lo que parecía ser un bol lleno hasta los bordes de lechuga. Fitz tenía los dedos largos y los nudillos pronunciados, lo que le daba un aspecto casi elegante cuando cogía el tenedor; la forma en que se movía era casi grácil.

—Uh, ¿quieres un poco de aderezo con eso? —Sophie preguntó fascinada y horrorizada mientras Fitz empezaba a comer su ensalada, alejando los pensamientos de Sophie sobre su elegancia.

—¡No! ¿Por qué arruinar la lechuga poniéndole salsa? —dijo Fitz con la boca llena de verdura—. ¿Qué te parece el trabajo hasta ahora?

—El primer día ha sido bueno hasta ahora. Definitivamente extraño. Admito que no me esperaba que hacer una autopsia implicara el uso de tantas herramientas eléctricas y tijeras de jardinería. Eso sí que fue una sorpresa —respondió Sophie, encogiéndose mentalmente de hombros ante los hábitos alimenticios de Fitz.

—Ah, sí. Las herramientas del oficio —dijo Reginald, frotándose las manos como un villano de película, haciendo resoplar a Sophie.

—Todavía me sorprende que el olor no te haya sentado mal —dijo Amira con un delicado estremecimiento.

—Bueno, trabajé en una planta de tratamiento de aguas durante un mes, así que me acostumbré a todo tipo de olores horribles —explicó Sophie.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo dejaste? —preguntó Ace con una mirada mordaz.

—No lo dejé. Me despidieron después de que le dijera a mi jefe que tenía sentido que trabajara allí, ya que él era un enorme pedazo de mierda. Resulta que desprecian ese tipo de cosas —dijo Sophie encogiéndose de hombros.

—¿Qué hacías allí? —preguntó Fitz por encima del ruido de las carcajadas de Ace.

—Convertí las heces en purificadores —dijo Sophie con tono inexpresivo.

Fitz, que estaba bebiendo un trago de agua con gas, empezó a atragantarse. Se llevó una servilleta a la cara y tardó un momento en recuperar el aliento.

—¿Hablas en serio? —preguntó Ace, acercándose a Sophie e ignorando a su compañero de trabajo, que seguía ahogándose. Sophie se alegró de haberle quitado el aire de irritación a Ace.

—No —Sophie se rio—. Pero deberías verte la cara. Estaba en el departamento de limpieza, principalmente fregaba el suelo y sacaba la basura.

—Ella me agrada —anunció Ace a la sala con una sonrisa burlona.

Reginald le ofreció a Sophie una manzana verde brillante de su almuerzo en bolsa de papel.

—He traído unas cuantas de más —explicó Reginald.

—Gracias —dijo Sophie. Admirando la pequeña y brillante fruta,

Sophie le dio un mordisco crujiente. La manzana la hizo sonreír, pensando en su amiga la zarigüeya. Después de volver a casa del bar, había buscado a la criatura, pero no estaba por ninguna parte.

—¿Alguien más quiere una manzana? —ofreció Reginald, sacando otra de las frutas verdes de su bolsa de almuerzo.

Ace cogió la fruta de la mano de Reginald, se levantó y se dirigió al pequeño fregadero que había junto a la nevera. Sophie dio otro mordisco a su fruta y observó cómo Ace fregaba enérgicamente su manzana.

—Deberíamos terminar con esto. Tenemos que acabar con al menos cuatro cadáveres más antes de que termine el turno —dijo Reginald con un suspiro, recogiendo su bolsa de almuerzo vacía y tirándola a la basura.

—De acuerdo, jefe. Te sigo —Sophie se levantó de la silla.

—Oye, Ace, ¿has podido terminar el informe toxicológico de la desconocida de antes? Los detectives de la comisaría de Richmond nos van a respirar en la nuca si no tenemos algo para mañana por la mañana —advirtió Reginald a Ace.

—¿Qué detectives están en ese caso? —preguntó Ace, todavía restregando su manzana.

Creo que la manzana ya está limpia. A lo mejor tiene fobia a los gérmenes, pensó Sophie encogiéndose de hombros ante el comportamiento de Ace, al borde de la exageración.

—Creo que Lancaster y Hernández —dijo Reginald.

—Esos imbéciles no —se burló Ace—. Sí, me aseguraré de tener todos los informes hechos en la próxima hora.

—Sophie, ¿podrías comprobar el historial y traer el siguiente cuerpo programado de la nevera a la sala de autopsias? Me reuniré contigo allí —pidió Reginald.

Sophie asintió alegremente a Reginald. Después de comprobar el gran tablero exterior de la sala de autopsias, Sophie se dirigió a la nevera gigante. Al localizar el siguiente cadáver, Sophie se estremeció un poco al ver las hileras de mesas de acero inoxidable. En cada una de ellas descansaba una bolsa para cadáveres, esperando su turno con Reginald y su bisturí. Rápidamente localizó la camilla correcta y salió del frigorífico.

—¿Estás bien? —preguntó Reginald mientras Sophie empujaba la camilla hacia la sala de autopsias.

—Es que no me gusta estar sola en la nevera. Me asusta un poco estar sola con todos esos cuerpos. Sigo esperando que resuciten como zombis.

Sophie colocó la mesa en su sitio. Se dio la vuelta y cogió los guantes, el cubrecabello, las gafas protectoras y la mascarilla que debía llevar en cada autopsia. Volvió a la camilla y abrió la bolsa para que pudieran sacar el cadáver.

—Guau. Mira eso —dijo Sophie.

—¿Qué? —preguntó Reginald, levantando la vista de su portapapeles.

—Le falta la cabeza —respondió Sophie, señalando el cadáver.

—¿De verdad? Qué interesante. Supongo que entonces no tendremos registros dentales. Oh, mira, ¡tampoco hay manos! —exclamó Reginald con un extraño regocijo científico.

—¿Sin manos *y* sin cabeza? Apuesto a que el asesino está intentando dificultar la identificación del cadáver. ¿Qué te parece? —preguntó Sophie.

—No lo sé. Ese es trabajo de la policía. No suelo especular. Pásame el bisturí, por favor —pidió Reginald.

Sophie pasó los siguientes minutos pesando, catalogando, fotografiando y embolsando especímenes destinados a otros departamentos.

—Hmmm. Interesante —dijo de repente Reginald—. Ven a hacer una foto de esto.

—Claro. ¿En dónde? —preguntó Sophie, cogiendo la cámara y rodeando la mesa para colocarse junto a Reginald.

—Justo aquí, en la parte superior del bíceps. Parece como si alguien le hubiera cortado un trozo considerable de piel. Mira aquí. Parece que también le han arrancado otro trozo del antebrazo izquierdo —dijo Reginald señalando las dos zonas.

—Probablemente tenía tatuajes ahí. Apuesto a que este tipo pertenecía al crimen organizado —reflexionó Sophie en voz alta.

—Crimen organizado, ¿eh? ¿Como la mafia? —preguntó Reginald mientras Sophie empezaba a hacer fotos.

—Sí, como la mafia. Creo que este tipo era el jefe de una camarilla secreta que traficaba con productos importados ilegalmente. Su rival intentaba apoderarse de su territorio para tener acceso a varios almacenes situados estratégicamente en la bahía —dijo Sophie,

inventándose una historia sobre la marcha acerca de su cadáver sin cabeza.

—Ya veo. ¿Cuáles eran los tatuajes de los brazos de nuestro presunto contrabandista? Así podré avisar a la policía de San Francisco para que estén atentos a los trozos de carne cubiertos de diseños específicos —dijo Reginald, entrando en el juego de Sophie.

—Hmmm. El que tenía en el antebrazo era un dragón estilizado rodeado de una frase escrita en vietnamita —dijo Sophie, señalando un brazo al que le faltaba carne—. El otro… en realidad no era un tatuaje. Era una formación de cinco cicatrices hechas con quemaduras de cigarrillos. Es parte del ritual de todos los miembros cuando se unen a la banda.

—¿Esta banda tiene nombre?

—Claro que lo tiene. Se hacen llamar la pandilla Bay Soi —respondió Sophie, mezclando los nombres de sus dos restaurantes vietnamitas favoritos.

—¿Bay Soi es el nombre de la banda? Me gusta —dijo Reginald riendo—. ¿Y qué hay de las quemaduras de cigarrillo? ¿Por qué quemaduras?

—Es una cosa de iniciación. Demuestra compromiso con la banda —dijo Sophie, inventándoselo sobre la marcha mientras tejía su historia.

—Bueno, tal vez. Dudo que alguna vez lo sepamos —contestó Reginald.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sophie.

—A menos que me llamen para testificar ante un tribunal, lo cual es poco frecuente, o que se trate de un caso importante, rara vez conozco el resultado de la investigación —dijo Reginald encogiéndose de hombros.

—¿Ah, sí? A mí me gustaría saberlo.

—Francamente, vemos tantos casos que ya no puedo seguirles la pista. Probablemente a ti te ocurra lo mismo después de un tiempo —respondió Reginald.

CAPÍTULO 4

Varias horas más tarde, Sophie salió de la oficina del forense casi saltando de felicidad. Incluso sujetó la puerta y sonrió a varios empleados que entraban en el edificio, listos para empezar su turno de día. Sophie imaginó que debía de parecer una anfitriona trastornada de un restaurante, sonriendo a cada persona con una sonrisa maníaca.

Como de costumbre, había menos niebla en la bahía de San Francisco, así que Sophie disfrutó del sol mañanero que le calentaba los hombros mientras caminaba hacia la parada de autobús más cercana. Su primera noche de trabajo había sido tan exitosa que ni siquiera le importaba tener que coger el autobús de Bayview a Tenderloin.

Sentada en el autobús, observando a un vagabundo mugriento que arrullaba a su rata mascota, parcialmente oculta en un abrigo mugriento, Sophie no podía dejar de sonreír. A pesar de tener que lidiar con cadáveres fríos y abrirse paso entre algunos de los peores olores que jamás había encontrado, había sido una buena noche. Le gustaban sus compañeros de trabajo, aunque fueran un poco extraños y distantes. Sophie disfrutaba especialmente trabajando con Reginald, de voz suave. Y era sorprendentemente buena en su trabajo. Reginald incluso le dijo, mientras terminaban la última autopsia, que le parecía una gran incorporación al equipo.

Por fin le iban bien las cosas.

Sophie observa el paisaje desde la ventana. Entre los nuevos y relucientes rascacielos se intercalan desordenadamente almacenes destartalados que se mezclan con locales de burritos, tiendas de ultramarinos, boutiques de ropa y muchas otras tiendas. Si hay algo que desee comprar, en algún lugar de la ciudad hay un lugar que lo ofrece.

Una gran separación entre los edificios permitía a Sophie contemplar las brillantes aguas de la bahía. Si entornaba los ojos

contra el reflejo del agua, juraba que casi podía ver las gigantescas grúas navieras que se agolpaban al otro lado de la bahía, en Oakland. Las gigantescas estructuras de acero siempre le hacían pensar en los esqueletos de los antiguos dinosaurios, flotando al borde de un abrevadero en perfecta quietud, vigilando a los depredadores cercanos.

Enmascarada por una nueva manzana, la gloriosa masa de agua salta a la vista. Desvía la atención de las grúas de transporte y divisa un restaurante de dim sum de aspecto interesante.

Se relamió los labios y se prometió a sí misma que compraría unos bao buns de panceta de cerdo con su primer sueldo. Prácticamente ya podía saborear la grasa complementada con las crujientes verduras en escabeche.

A pocas manzanas de su última parada, el hombre de la rata se bajó del autobús. Pasó junto a Sophie para salir del autobús con el hedor de la basura podrida saliendo detrás de él como una capa. Al verle besar a la rata en el hocico y meterla en la chaqueta, Sophie sintió una punzada de envidia.

Necesito encontrar a un hombre que me mire como ese hombre mira a su rata, pensó Sophie con nostalgia. Sin embargo, podía prescindir del pelo largo y tieso y del olor agrio del cuerpo mezclado con un toque de orina. *Si mi periodo de sequía se prolonga mucho más, quizá pueda ver más allá del olor corporal.*

Por fin se acercaba la parada de Sophie, así que tiró del cordón para solicitarla. El turno nocturno empezó a pasarle factura cuando comenzó a caminar los cinco minutos que la separaban de Cafecita. Ahogando un bostezo con la mano, vio a Burg delante, limpiando con una manguera la acera delante de su bar.

—Hola, has madrugado. ¿Qué haces? —Sophie llamó a Burg.

Volviéndose hacia Sophie, Burg levantó una mano en señal de saludo mientras seguía limpiando con la manguera la fachada de ladrillo del bar, justo debajo del gran ventanal. Las letras doradas y verdes de —El Pulgarcito— brillaban bajo el sol de la mañana. Esta mañana, Burg le recordaba a Sophie los carteles de circo de los viejos forzudos de principios de siglo. Tenía una gran protuberancia en la nariz, como si se la hubiera roto más de una vez, sobre un espeso bigote oscuro. El sol de la mañana se reflejaba en su calva del tamaño de un melón.

—Siempre me levanto temprano. No necesito dormir mucho. No lo sabrías porque nunca te he visto levantada antes del mediodía. Y estoy lavando pis de la pared. Algún imbécil tuvo que marcar su territorio anoche. Bestias repugnantes —dijo Burg, sacudiendo la cabeza.

—Qué asco. Bueno, me voy a la cama. Que tengas un buen día, Burg —dijo Sophie con un leve gesto de la mano.

—¡Ah, sí! El nuevo trabajo. ¿Qué tal tu primer día? —preguntó Burg, con los ojos grises brillando de buen humor.

—Muy bien. Creo que va a funcionar. Pronto podré comprarme mi whisky en vez de tener que barrer tu almacén para permitírmelo —dijo Sophie con una amplia sonrisa y una carcajada.

—¿Has visto algo asqueroso? —preguntó Burg, con los ojos brillantes de alegría.

—¡Vi *exclusivamente* cosas asquerosas! Era completamente asqueroso. Lo habrías odiado. Fue genial —Sophie sonrió sin arrepentirse.

—Eres rara, Sophie Feegle.

—Como ninguna otra, Burg —replicó Sophie, dejando a Burg atrás para que se ocupara de su eliminación de orina.

Sophie se metió en el callejón entre los edificios y miró en silencio alrededor de los cubos de basura, con la esperanza de ver a su amiga la zarigüeya. Decepcionada por la ausencia del animal, Sophie dejó para la criatura la manzana a medio comer que Reginald le había dado antes. Los bordes se habían vuelto marrones, pero Sophie supuso que las zarigüeyas probablemente no eran muy exigentes con sus productos.

Cuando entró en el vestíbulo del edificio de apartamentos, un pequeño graznido lastimero llamó su atención. Al agacharse, Sophie vio a un pequeño gato carey enroscado alrededor de las patas de la mesita donde Sophie solía clasificar su correo. Sophie extendió la mano y esperó pacientemente a que el gato decidiera si merecía la pena aceptar su mísera oferta de cariños en la barbilla.

Acercándose a Sophie, el gato frotó la mejilla contra sus dedos en señal de demanda.

—Hola, Ginsberg. ¿Te has escapado otra vez? —preguntó Sophie, cogiendo suavemente al diminuto gato.

Sophie subió dos pisos y llamó a una puerta destartalada al otro lado del pasillo de su apartamento. Al cabo de un rato, la puerta se

abrió y Sophie pudo ver un ojo azul lechoso y reumático.

—Buenos días, Birdie. Parece que Ginsberg se ha vuelto a escapar —dijo Sophie, levantando al culpable para que Birdie lo inspeccionara.

—¡Oh, gracias, Sophie! Debe haberse escapado cuando sacaba la basura, el pequeño mocoso travieso —dijo Birdie, abriendo su puerta y levantando a Ginsberg de los brazos de Sophie.

—Deberías haberme esperado. Te habría sacado la basura —le riñó Sophie, sacando la faceta regañona que llevaba dentro.

—Por favor, niña. Puedo sacar mi propia basura. No necesito que una jovencita como tú me mime. Llevo cuidando de mí misma desde antes de que tu padre te viera brillar —resopló Birdie—. Ahora, olvida todo eso. ¿Quieres entrar y tomar un té?

—Estaría bien. Gracias, Birdie —dijo Sophie, entrando en el apartamento poco iluminado. El sol de primera hora de la mañana se filtraba a través de las amarillentas cortinas de gasa del salón, resaltando las motas de polvo que flotaban en el aire. El piso estaba limpio, pero desprendía un ligero olor a libros de texto viejos y a lavanda rancia.

Sophie tomó asiento en el flácido sofá cubierto de grandes flores naranjas. Los viejos muelles emitieron un leve gemido cuando su peso se posó sobre ellos. Birdie jugueteaba en la cocina, poniendo una tetera de cobre en el hornillo verde aguacate.

Un momento después, la tetera emitió su estridente llamada y Birdie le trajo a Sophie una delicada taza cuyo contenido desprendía vapor. Cuando Sophie se dio cuenta de la astilla en el borde de la porcelana blanca y plateada, hizo como que no la veía.

—¿Quieres un poco de brandy en el tuyo? —ofreció Birdie, agitando una pequeña botella hacia Sophie.

—Tal vez para la próxima —dijo Sophie sin intención de beber ni una gota de la botella de Birdie para ocasiones especiales. Se quedó mirando la bolsita de té que flotaba en su taza, sonriendo para sí misma.

—¿Por qué sonríes así? Normalmente, solo un hombre puede ponerme esa cara —se rio Birdie.

—Aquí no hay ningún hombre. Hace tanto tiempo que no tengo un hombre, que se me están formando telarañas ahí abajo —bromeó Sophie, haciendo reír a Birdie.

—¡Bueno, deberíamos cambiar eso! Arréglate y sal a conocer gente —sugirió Birdie.

—No, gracias. Tengo que centrarme en mantener mi nuevo trabajo y conseguir suficiente dinero para el alquiler. Ahora no tengo tiempo para hombres —dijo Sophie.

—Eso he oído. Un hombre no es más que un problema de todos modos. Siempre distrayendo a una mujer de hacer las cosas —dijo Birdie con un movimiento de cabeza, haciendo que los mechones cuidadosamente rizados se tambalearan en su lugar—. Entonces, ¿tienes un nuevo trabajo?

—Sí. No te lo vas a creer, pero tengo un trabajo en la morgue de la ciudad —dijo Sophie, tomando un pequeño sorbo de su té—. Empezaba a pensar que tendría que empezar a desnudarme si no encontraba algo pronto.

—No hay nada malo en desnudarse. Ya bailé bastante en mis tiempos —insinuó Birdie con un guiño pícaro.

—¿En serio? Apuesto a que todos los hombres jadeaban detrás de ti —dijo Sophie, con una sonrisa en los labios.

—Alguna vez lo hice. Solía hacer burlesque a principios de los 60 —Birdie se tomó el pecho bajo su bata rosa floreada y dio un pequeño meneo—. Estas muchachas me metían en muchos problemas.

Sophie resopló sobre su té, haciendo que Birdie sonriera ampliamente. Al ver a Birdie con esa sonrisa traviesa, Sophie casi podía imaginarse a la joven que una vez fue.

—Esto es lo que atrajo por primera vez a mi querido Darren. Ese hombre nunca fue capaz de resistirse a mí —dijo Birdie, todavía ahuecando sus pechos.

Sophie y Birdie se sumieron en un agradable silencio, disfrutando del té y de la compañía.

—¿Quieres quedarte y ver algunas de mis historias conmigo? —preguntó Birdie mientras Sophie vaciaba su taza.

—No puedo, Birdie. Acabo de salir del trabajo y necesito dormir un poco —dijo Sophie con pesar—. ¿Necesitas que vaya a por comida hoy más tarde?

—No, cariño. Tengo suficiente para los próximos días. Ve a descansar. Puedo visitarte en otro momento —dijo Birdie, agarrando suavemente la mano de Sophie con dedos envejecidos. Sophie miró la piel fina y pálida cubierta de venas, puso la otra mano sobre la de

Birdie y la apretó suavemente.

—De acuerdo —dijo Sophie, levantándose del sofá—. Que tengas un buen día. Hasta luego.

Se agachó para darle a Ginsberg un último cariño bajo la barbilla, Sophie salió y se dirigió a su apartamento para recuperar sus horas de sueño.

Se quitó las botas junto a la puerta principal y se desnudó mientras caminaba por su pequeño apartamento, arrastrando la ropa tras de sí. Se tumbó en el colchón en ropa interior y se quedó dormida casi al instante.

CAPÍTULO 5

Sophie bajó los escalones del porche de Cafecita colgándose la bandolera al hombro. Al pasar junto al bar, echó un vistazo al interior, esperando ver a Burg. Estaba en su sitio habitual, detrás de la barra, hablando con un anciano encorvado.

Agitando la mano, llamó su atención. Burg levantó la vista y le saludó con la mano.

—¿Vas a trabajar? —le dijo a Sophie. Sophie asintió y levantó el pulgar. Vuelve a saludar y dice—: Nos vemos.

Al volverse hacia la calle, Sophie se detuvo sorprendida al darse cuenta de que había un grupo de adolescentes delante de ella, bloqueando la acera. Se sorprendió de su silenciosa llegada porque normalmente era buena presintiendo los problemas con antelación.

—¿Tienes billetes? —le preguntó el joven del medio.

Sophie levantó las cejas, incrédula. Delante de ella había seis personas, ninguna de las cuales parecía tener edad suficiente para comprar alcohol legalmente. Dos eran mujeres, el resto hombres. Y todos eran de una belleza resplandeciente, vestidos con ropas impecables y caras. No necesitaban dinero; necesitaban un toque de queda y la supervisión de sus padres.

—Lo siento, no tengo cambio —Sophie se encogió de hombros, mirando sus camisetas y vaqueros artísticamente rasgados con evidente escepticismo.

El alegre tañido del timbre de la puerta del bar captó su atención.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Burg al grupo de chicos.

—Solo hablo con esta linda señorita. Métete en tus asuntos —afirmó el cabecilla.

—Ella es asunto mío. Déjenla en paz y lárguense de aquí —dijo Burg, interponiéndose con suavidad entre la pandilla de niñatos y Sophie.

—Solo estábamos hablando. Apártate, Burg —dijo el niño rubio

que flanqueaba a la cabecilla.

—Este es mi bloque, y ella está bajo mi protección. Ahora vuelvan corriendo a su territorio. Aquí son bienvenidos siempre que no molesten a la gente que está bajo mi protección. ¿Me han entendido? —dijo Burg con una amenaza palpable. La ira que emanaba de Burg en ondas casi visibles le hacía parecer aún más enorme de lo habitual.

—¿Eres amiga de ese puto ogro? —le espetó el cabecilla a Sophie, inclinándose para verle la cara.

¡Qué grosero! Alguien debería darle una lección a este mocoso, pensó Sophie.

—Sí, Fabio, lo soy. Al menos no parece un rechazado de la semana de la moda que lleva unos pantalones de cuero dos tallas más ajustados. ¿Chirría cuando caminas? Será mejor que no te tires pedos o se te saldrán todas las costuras —le espetó Sophie.

—¡Vete a la mierda, zorra! Será mejor que no pierdas la protección de Burg —dijo la cabecilla, tratando de emular la amenaza de Burg, pero quedándose corta.

Burg se acercó un paso más al grupo. Fabio retrocedió un paso con un resoplido, levantando ambas manos en señal de rendición.

—De acuerdo. Nos vamos. De todos modos, ella no valía la pena —gritó mientras el grupo se daba la vuelta y se alejaba.

—Deberías tener más cuidado. Puede que no lo parezcan, pero son peligrosos —dijo Burg, volviéndose hacia Sophie con el ceño fruncido.

—Sí, papá. Tendré más cuidado con lo que me rodea. Por favor, no me castigues —dijo Sophie con los ojos en blanco, canalizando su quinceañera interior.

—Sabelotodo. Anda, vete a tu asqueroso trabajo. Pensaba que eras una vaga, pero ahí estás radiante de felicidad cortando cadáveres —dijo Burg, acercándose y dándole a Sophie un pequeño abrazo de lado.

—¡Qué asco! Se nota lo blandengue que eres —Sophie se rio, zafándose del abrazo con un codazo—. ¡Incluso los vagos como yo pueden encontrar el trabajo de sus sueños! Hasta luego, Burg.

—Hasta luego, Sophie.

Con un gesto de la mano, se alejó calle abajo.

~

—¿CÓMO va tu segundo día? —le preguntó Ace, mientras hurgaba en

un recipiente de espaguetis durante el almuerzo y se metía en la boca un montón de fideos recubiertos de rojo.

—¿Te traigo un babero o un paño? —Sophie le bromea a Ace, que abre la boca para que Sophie pueda admirar su cena a medio masticar. Ella se burló—: Se parecen a los intestinos que tuvimos que diseccionar antes. Con este trabajo, vas a tener que esforzarte más para darme más asco.

Con una sonrisa afilada, Ace engulló otro bocado de pasta.

—El día está yendo genial. Me gusta mucho. Pero me sorprende la cantidad de tiempo que dedicamos al papeleo. Supongo que no debería de sorprenderme, pero es mucho, incluso con la ayuda de Amira. También me sorprende la cantidad de víctimas de ataques de animales que hemos tenido hasta ahora. Este es solo mi segundo día, pero ya he visto tres —dijo Sophie, sacando su sándwich de mantequilla de maní de su bolsa de almuerzo.

—Puedo explicarlo —dijo Reggie, entrando en la conversación—. Es una de mis especialidades. Me encargo de todas las autopsias de ataques de animales, no solo en el condado de SF, sino también en los condados circundantes.

—Oh. ¿Y cómo te conviertes en un experto en autopsias de ataques de animales? —preguntó Sophie.

—Pues práctica —dijo Reggie encogiéndose de hombros—. ¿Qué tal tu cita con el analista de datos, Amira?

—Ugh —fue todo lo que dijo Amira.

—Oh, no —dijo Reggie con ojos afligidos—. ¿Qué pasó?

—Me preguntó de dónde era y le dije que de San Francisco. Luego me dijo: “No, me refiero a tu ciudad natal”. Así que le dije: “Nací en Fresno”. Y él me contestó: “Me refiero a tus *orígenes*. ¿De dónde es tu gente?” Estoy harta.

—Oye, al menos estás consiguiendo citas —argumentó Ace.

—Si un chico más me llama “exótica” con esa mirada esperanzada y pervertida en los ojos, voy a empezar a romper cuellos —dijo Amira, dejando caer el tenedor con disgusto.

—¿Tan malo es que te llamen exótica? —preguntó Ace con el ceño fruncido.

—No soy el fetiche de nadie, muchas gracias. Estoy harta de que me cosifiquen. Todos creen que voy a cumplir sus fantasías de concubina de harén. Estoy harta de tener que aclararles las cosas —

dijo Amira con sorna.

Por alguna razón, Sophie no creía que Amira les hubiera decepcionado amablemente.

—Tienes suerte. Ojalá alguna mujer me cosificara —se quejó Ace, haciendo que Sophie soltara una carcajada.

—¿Te hace sentir mejor saber que te encuentro objetable? ¿Te parece suficiente? —se burló Sophie, tratando de ponerle a Ace unos ojos grandes e inocentes, con pestañas tímidas y agitadas.

—Tenemos una autopsia de prioridad uno —anunció Fitz, asomando la cabeza por la puerta de la sala de descanso, interrumpiendo cualquier respuesta que Ace estuviera preparando.

—Ah, maldición —dijo Reggie, levantándose de la tambaleante mesa de la sala de descanso y dejando caer su comida de nuevo en su bolsa de almuerzo aislada—. Vamos, Sophie. Tenemos que ocuparnos de esto inmediatamente. Los prioritarios van de primero.

Sophie volvió a meter su sándwich en la bolsa de papel marrón y la arrojó a la nevera común. Siguiendo a Reggie al pasillo, Sophie le oyó preguntar a Fitz si vendría un detective.

—Sí, es Volpes —respondió Fitz.

—De acuerdo, podría ser peor. Volpes está bien. Es más agradable que otros. Es bueno que le conozcas a él primero, en lugar de a otro de los detectives más volátiles —le confió Reggie a Sophie.

Sophie se encogió de hombros, ya que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Siguió a Reggie y se vistió adecuadamente antes de entrar en la sala de autopsias.

—Tenemos uno vivo —dijo un hombre junto a una camilla cuando entraron en la sala.

—No creo que eso sea técnicamente cierto —murmuró Sophie, observando el cadáver de aspecto destrozado que había sobre la mesa.

Volvió su atención hacia el hombre misterioso, presumiblemente Volpes. Medía unos quince centímetros más que ella y aparentaba unos treinta y tantos. Incluso bajo el traje oscuro de color carbón, se daba cuenta de que era delgado pero musculoso. Parecía tener la fuerza esbelta y grácil de un bailarín. Sin embargo, la actitud que emanaba de él telegrafiaba a un boxeador engreído momentos antes de un combate: todo fanfarronería y confianza. Su cabello castaño claro parecía necesitar un corte de pelo. Mientras ella lo observaba, él se pasaba los dedos distraídamente por sus mechones despeinados,

apartando las ondas de la cara. Unos días de barba adornaban su delgada mandíbula, dándole un aspecto de haber estado demasiado ocupado para cuidarse como es debido. Si no fuera por el ceño fruncido, Sophie pensaría que un chico ya crecidito.

—¿Quién coño eres tú? —gruñó el hombre a Sophie, fijándose por fin en ella.

—¿Qué? —tartamudeó Sophie, sacudida por su tono de enfado.

—Es mi nueva ayudante de autopsias, Sophie. Pórtate bien. Déjala en paz, *Malcolm* —dijo Reggie, retirando la bolsa abierta para ver mejor el cadáver.

—Mac —corrigió el detective a Reggie con un gruñido.

El hombre cruzó la habitación hacia Sophie y se detuvo justo delante de ella. Sus ojos recorrieron su pelo negro, bajaron por su rostro pixie y se detuvieron en sus botas con puntera de acero. Sophie vio cómo se le encendía la nariz y sus labios se curvaban ligeramente con desagrado, como si acabara de abrir un paquete de queso mohoso.

—Tú no debes estar aquí —dijo Volpes—. ¿Cómo has podido contratarla, Reginald? Va a causar problemas.

—Se llama Mac. ¿He oído bien? —preguntó Sophie en voz baja—. Entonces, Mac, ¿tienes algo que decir sobre mi empleo aquí?

Mac no respondió, solo miró fijamente a Sophie, intentando intimidarla en silencio. Sophie le devolvió la mirada de tipo duro, pero rebotó en él como los guijarros arrojados a una ventana.

—¿Esta es tu cara de miedo o estás intentando aguantarte un pedo? Dime tú —dijo Sophie, sonriendo con satisfacción cuando Mac siguió sin responder.

—Deberías dejarlo mientras puedas. Vas a causar problemas a este departamento y vas a ver cosas que no podrás sacar de tu mente —dijo Mac. La realeza hablaba al campesinado con menos sorna de la que Mac conseguía infundir en cada palabra.

—Ah, entonces eso es un no; no tienes nada que decir sobre mi empleo aquí. Así que, Mac... Puedes comerte una bolsa de pollas —se mofó Sophie, mirándole directamente a los profundos ojos azul océano.

—¿Qué? —preguntó Mac, boquiabierto por ese comentario.

—Ya me has oído. Comer. Una. Bolsa. De pollas —repitió Sophie con firmeza, enfatizando cada palabra.

Mac gruñó y se acercó un poco más a Sophie. Ella se cuadró con

Mac, dispuesta a romperle el culo verbalmente. No era la primera vez que trataba con un imbécil. La mejor política era cortarles las rodillas de inmediato y asegurarse de que se dieran cuenta de que no ibas a aguantar su mierda. Luego, cuando todavía estaban en el suelo, tratando de recuperarse, le pisoteabas los tobillos. O algo peor.

Si se supone que este es el simpático, ¿cómo serán los otros detectives? se preguntó Sophie.

—Déjela en paz, detective Volpes. Si quieres quedarte y presenciar esta autopsia, serás amable con mi ayudante. Si no lo consigues, puedes marcharte y recibirás mi informe por la mañana —le advirtió Reggie.

—¡Joder! De acuerdo. Lo siento, ayudante —dijo Mac con fingido remordimiento—. Necesito información sobre esta muerte cuanto antes. Lancaster y Hernández están intentando meterse a codazos en este caso, así que dame algo que pueda usar. Malditos lobos —escupió Mac, prácticamente exhalando irritación con cada respiración.

Sería guapo si no fuera tan imbécil, pensó Sophie con amargura.

Mientras Sophie ayudaba a Reggie con la autopsia, se dio cuenta de que el detective abría un cuaderno con el rabillo del ojo.

—Según la lividez y el grado de rigor mortis, la hora estimada de la muerte es entre hace cinco y seis horas, así que entre las seis y las siete de anoche —dijo Reggie.

Mientras Sophie anotaba la hora estimada de la muerte en el gráfico, observó cómo el detective garabateaba en su pequeño cuaderno. Sophie se alegró de que estuviera allí en silencio, sin interrumpir su trabajo. Reggie tenía una serie de pasos recurrentes, un proceso sistemático que utilizaba para realizar cada autopsia. Se alegró de que Volpes no interrumpiera el ritmo de su trabajo.

—La causa de la muerte parece ser pérdida de sangre por una herida en el cuello —dijo Reggie—. Sophie, por favor, coge la regla y fotografía esta laceración.

Mientras Mac garabateaba en su cuaderno, Sophie y Reginald midieron la longitud y la anchura del tajo.

—Parece que la mayoría de las heridas, incluida la extirpación de los apéndices, se produjeron postmortem. Es posible que se quitaran utilizando algún tipo de objeto afilado, pero no se hizo limpiamente. ¿Ves estas marcas irregulares? —dijo Reggie, señalando las heridas y haciendo que Sophie tomara fotos de cada una.

—Parece como si algo lo hubiera destrozado —murmuró Sophie—. Un monstruo enviando un mensaje.

—¿Tienes alguna historia sobre este? —preguntó Reggie, con los ojos iluminados por la expectación.

—¿Una historia? —interrumpió Mac, levantando la vista de su cuaderno.

—Sophie se inventa las historias más exquisitas sobre la gente a la que hacemos autopsias. Me ha entretenido bastante estos dos últimos días —explicó Reggie.

—Oh, las historias son encantadoras, ¿verdad? —preguntó Mac con sarcasmo y burla en cada una de sus palabras.

Sophie fingió rascarse la frente con el dedo corazón y vio cómo Mac abría los ojos con sorpresa y luego los arrugaba con una sonrisa burlona.

—Hoy no tengo historias, Reg. No estoy aquí para entretener a idiotas —le dijo Sophie en voz baja a Reggie, poco dispuesta a inventarse una historia sabiendo que Mac estaría escuchando.

Le seguía sorprendiendo que la mayoría de las autopsias duraran menos de una hora, de principio a fin. Si alguien le hubiera preguntado antes de aceptar este trabajo, Sophie habría supuesto que una autopsia duraba varias horas. Aunque la autopsia duró lo mismo que de costumbre, le pareció que se alargaba interminablemente. Saber que el detective vigilaba cada uno de sus movimientos hacía que Sophie sintiera la piel demasiado tensa y con picor.

Sophie exhaló un silencioso suspiro de alivio cuando por fin terminaron con el cadáver y metió a la víctima en el frigorífico. Sophie regresó a regañadientes a la sala de autopsias para terminar la limpieza posterior y se alegró de ver que el detective Mac Volpes se había marchado.

Varias horas más tarde, cuando se acercaba el final de su turno, Sophie recogió los últimos especímenes y muestras para entregárselos a Ace. Agradecida por el carrito, apoyó parte de su peso en el carro metálico mientras lo empujaba por el pasillo. Tenía los ojos arenosos y desenfocados.

Sophie se dio cuenta de que ayer había superado su primer turno de noche solo por la adrenalina de la aventura y el deseo de probarse a sí misma. Esta noche, parte de la novedad de su trabajo estaba desapareciendo, y Sophie sentía la presión del agotamiento que pesaba

sobre ella. Su cuerpo aún no se había adaptado a su nuevo horario nocturno y lo estaba notando cada minuto.

Al entrar con el carrito en el laboratorio de Ace, Sophie lo vio hablando con Amira. Estaba apoyada en el escritorio de Ace, apretándolo donde estaba sentado. Ace miraba a Amira con el ceño fruncido, como si quisiera estrangularla. Al ver cómo Amira miraba a Ace con los ojos entrecerrados, Sophie supuso que estaban discutiendo de nuevo. Amira miró desafiante a Ace, extendió la mano y empujó lentamente un bolígrafo de su escritorio con un dedo, manteniendo al mismo tiempo un intenso e iracundo contacto visual.

De pie, Amira se revolvió el pelo con un movimiento dramático y pasó junto a Sophie para salir de la habitación.

—No me jodas, Azeban —le espetó Amira por encima del hombro.

—¡No me llames así! —bramó Ace tras ella.

—¿Por qué molestas a Amira? Sabes que esa gata tiene garras —dijo Sophie, sacudiendo la cabeza con exasperación, haciendo que Ace resoplara.

—Por favor, es inofensiva.

—He conocido a mujeres como ella antes. Si la presionas demasiado, es probable que te corte el cuello y vea cómo te desangras —advirtió Sophie.

Ace lanzó una pequeña mirada nerviosa hacia la espalda de Amira, que se retiraba rápidamente.

—¿No te gusta que te llamen por tu nombre completo? —preguntó Sophie.

—La verdad es que no. Es difícil de decir, y los idiotas me llaman Azkaban a propósito para fastidiarme —dijo Ace.

—¿Qué es Azkaban? —preguntó Sophie—. No importa, por tu cara de horror me doy cuenta de que es una película o algo que *"tengo"* que ver. No me interesa, así que no te molestes. Me gusta el nombre de Azeban. Suena con clase. ¿Qué significa?

—¿Cómo demonios no conoces Azkaban? ¿De Harry Potter? ¿Has estado viviendo bajo una roca? —preguntó Ace desconcertado—. Da igual. Tengo que fingir que no acabo de oírlo o no podré volver a mirarte a la cara. Mi padre me puso ese nombre por el dios mapache abenaki Azeban. Tiene un extraño sentido del humor. Y mi madre lo consiente demasiado a menudo.

—Awww. Parece que se quieren —dijo Sophie con un falso tono

azucarado, aunque nunca admitiría que su relación sonaba dulce, sobre todo para un gruñón como Ace—. Toma, tengo las últimas muestras de la noche.

Le entregó las muestras y Sophie se despidió rápidamente. Al pasar por el despacho de Reggie, comprobó que no necesitara nada más.

—No, aquí está todo listo. Yo también estoy a punto de irme. Que pases una buena noche… er… día, quiero decir. Nos vemos mañana —dijo Reggie con un gesto de la mano.

—Hola, Reg —dijo Sophie, captando su atención con su tono serio—. Solo quería darte las gracias por darme esta oportunidad. No te vas a arrepentir. Y yo no voy a causar problemas. El detective nalgas-aguadas se equivoca en eso.

~

El viaje de vuelta a casa fue como un borrón para Sophie, que suspiró aliviada al bajar del autobús.

A mitad de la última manzana hasta Cafecita, Sophie sintió escalofríos y se le erizaron todos los pelos de la nuca. Al detenerse frente al bar, Sophie fingió mirar dentro del gran ventanal. Utilizando el reflejo del cristal, intentó mirar discretamente a su alrededor y averiguar qué era lo que había puesto en alerta sus sentidos. Por el rabillo del ojo, Sophie vio una figura oscura que se adentraba en el callejón situado al otro lado del bar de Burg.

Sophie se dio la vuelta y corrió hacia el callejón del lado opuesto del edificio. El pasadizo apenas era más que un estrecho corredor entre el bar y Cafecita. Si alguien la seguía, podría rodear la parte trasera de El Pulgarcito e interceptarla antes de que llegara a la seguridad de su hogar. Corriendo tan rápido como le permitían sus pies, Sophie dobló la esquina y se deslizó hasta detenerse contra la pared de ladrillo, oculta a la vista por una pila de cajas tambaleantes.

Con la espalda apoyada en la áspera pared del bar, Sophie giró la cabeza para poder ver un resquicio del callejón desde detrás de una caja de madera. El callejón estaba iluminado por el sol de la mañana. Vio cómo una figura oscura doblaba la esquina e irrumpía rápidamente junto a ella. Justo cuando el hombre pasaba corriendo, Sophie salió y, aprovechando su impulso, le dio un fuerte empujón entre los omóplatos.

El hombre se detuvo a trompicones, casi cayendo, y se giró para mirar a Sophie.

—¿Por qué me sigues? —preguntó Sophie, evaluando al hombre. Parecía tener unos veinte años, solo unos pocos menos que ella. Ojos claros, pelo claro, brazos musculosos que asomaban bajo las mangas de la camiseta. Su cara parecía que aún intentaba conservar la grasa de bebé, lo que le hacía parecer un adolescente a pesar de las cicatrices borrosas del acné.

Se puso de pie, mirando a Sophie de frente, así que o bien no había estado en muchas peleas, o estaba seguro de que su tamaño no sería rival para ella. Con su estatura mucho mayor, probablemente más de 1,80 metros, Sophie decidió que tendría que bajar, o su exceso de confianza podría acabar estando justificado.

—Sebastián me envió para darte una lección —dijo el hombre-niño siniestramente.

—¿Quién coño es Sebastián?

—Le faltaste al respeto anoche —dijo, crujiéndose dramáticamente el cuello.

—¿Te refieres a Fabio? Te envió a ti en vez de venir él. Menudo saco de bolas —replicó Sophie, cardando el cuerpo hacia los lados y dejándose caer en posición de combate.

Levantando ambos brazos para protegerse la cara, Sophie rebotó ligeramente sobre sus pies. Sophie sabía que tenía que acabar con esto lo antes posible. Cara de Bebé dio dos pasos hacia Sophie, haciendo boxeo en la sombra para calentar los brazos, esperando que ella retrocediera. Sophie consiguió pillarle desprevenido cuando se lanzó hacia delante y le propinó una patada en la cara interna del muslo. Sophie concentró todo su peso en la patada. Cara de Bebé bajó la guardia, se llevó las manos al muslo y empezó a doblar el cuerpo hacia abajo. Sophie aprovechó para agarrarle por la nuca y darle un rodillazo directo en la cara. Podía sentir el crujido de su nariz rompiéndose contra su rodilla.

De un empujón, Sophie empujó a Cara de Bebé para que cayera contra la pared de ladrillos. Sonriendo, Sophie cogió un trozo de valla oxidada que le resultaba familiar y lo utilizó para levantar la barbilla de Cara de Bebé, levantándole la cara para poder mirarle a los ojos.

—Tengo un mensaje para Fabio que quiero que entregues —No se molestó en recordar su verdadero nombre—. Dile que si tiene un

problema conmigo, tiene que visitarme él mismo. No más lacayos con cara de niño. Tienes suerte de que yo me enfrentara a ti y no Burg. Te habría dado una buena paliza —dijo Sophie. Lo de Burg lo dijo como refuerzo, pero por la forma en que Cara de Bebé abrió mucho los ojos, el nombre de Burg le infundía miedo.

—¿Estás bajo la protección de Burg? —Tartamudeó Cara de Bebé con los ojos llorosos abriéndose de forma casi cómica.

—Sí. Y Fabio lo sabe. Déjame adivinar... Fabio te dijo que si me pateabas el culo, te dejaría entrar en su pandillita, ¿verdad? *Nunca* te van a dejar entrar. Te enviaron aquí para lastimarme, sabiendo que las repercusiones de Burg caerían directamente sobre ti. En el fondo sabes que negarían haberte enviado, fingiendo que decidiste atacarme por tu cuenta. Nunca te harán parte de su pandilla. Los he conocido, ¿recuerdas? Y francamente, no eres lo suficientemente buenorro. Te están utilizando. Y tú se lo permites —se burló Sophie en su cara.

Se lo estaba inventando, pero por la expresión de su cara, a Cara de Bebé le debió de haber afectado. Sophie le miró con ojos de cachorro herido, y ella tuvo que recordarse a sí misma que no hacía ni dos minutos que él no tenía ningún problema con la idea de causarle dolor.

Con un gruñido de fastidio, Sophie dejó a Cara de Bebé en el callejón para que se curara la nariz hinchada y los sentimientos heridos.

CAPÍTULO 6

Al entrar en el vestíbulo del edificio de Medicina Forense, Sophie saludó con una inclinación de cabeza a la primorosa recepcionista, la señorita Zhao. A la Srta. Zhao solo le faltaban unas gafas con montura de cuerno sobre su delicada nariz para perfeccionar el estereotipo de bibliotecaria. En torno a los treinta, la esbelta mujer asiática lucía impecable con sus pantalones planchados y sus blusas sencillas, pero elegantes.

Se quitó el gorro de punto y se lo metió en el bolso. Sophie pasó junto al mostrador de la recepcionista con un gesto de la mano y cruzó las puertas dobles cuando se abrieron. Sophie se pasó los dedos por el flequillo, intentando despeinarse.

Amira ya estaba en el vestuario, guardando sus cosas en una taquilla, cuando Sophie entró. Mientras intercambiaban un rápido saludo, a Amira se le cayó algo. Como Amira parecía tener las manos ocupadas, Sophie se agachó y recogió un fino collar rosa.

—¡Oh! ¿Tienes una mascota? —preguntó Sophie, y entonces se dio cuenta de que la etiqueta que colgaba del collar decía "Amira". Sintiendo que sus ojos se abrían como platos, Sophie miró a Amira y luego de nuevo al collar. Sophie tardó un momento en recuperarse del susto, pero entonces se le escapó una risita ligeramente horrorizada.

Amira arrebató el collar de la mano de Sophie con un exasperado: "¡Dame eso!"

—¡Vaya, Amira! Qué pervertida. No sabía que tuvieras un amo —dijo Sophie moviendo las cejas.

—Oh, por favor, yo soy la reina de *ese* castillo —dijo Amira, frunciendo los labios pintados de burdeos.

—Apuesto a que sí —se rio Sophie.

Amira agitó su sedosa melena de forma dramática, haciendo que Sophie se tragara a la fuerza una pequeña brasa de envidia. Ella nunca sería tan sofisticada y glamurosa. *Está bien,* Sophie pensó para sí

misma, *estoy segura de que habrá algún chico que quiera a una holgazana sarcástica y maliciosa con afinidad por el lado morboso de la vida.*

—Espera... Creía que habías dicho que estabas soltera —preguntó Sophie con repentina confusión.

—Lo estoy. Mi situación es "complicada". Ya sabes cómo es —dijo Amira, entre comillas.

Sophie levantó las manos en señal de rendición.

—La ignorancia es felicidad. No necesito detalles.

Sacudiendo la cabeza, Sophie se cambió rápidamente de ropa y se dirigió a la sala de autopsias para reunirse con Reggie. Se preparó mentalmente para la extraña forma de muerte que estaba a punto de presenciar. Como la especialidad de Reginald eran los casos inusuales, Sophie había visto todas las formas de muerte imaginables: desde un envenenamiento hasta alguien cortado por la mitad, pasando por un hombre desangrado. En una semana, Sophie había visto todas las cosas horribles que una persona puede hacerle a otra.

Lo peor que les había pasado a los humanos eran los propios humanos. Sophie entró en la sala de autopsias y vio que Reggie ya la esperaba con su primer cliente del día.

~

UN PAR de horas más tarde, Fitz asomó la cabeza en la sala de autopsias.

—Oye, solo para avisarte, tenemos un prioridad uno. Código Rojo, Reginald —anunció con una expresión seria en su imperioso rostro.

—¿Un Código Rojo? Ya veo. ¿Acudirá algún detective? —preguntó Reggie, con cara de preocupación.

—Sí. Serán Hernández y Lancaster. Llegarán en unos minutos —dijo Fitz con un pequeño respingo.

—Gracias por avisarme. Si por favor pudieras decirles a los detectives que deberíamos terminar con esta autopsia en unos diez minutos, te lo agradecerías —dijo Reggie.

Cuando Fitz se dio la vuelta para marcharse, Reggie miró a Sophie con preocupación.

—¿Qué es un Código Rojo? —preguntó Sophie con preocupación.

—Maldita sea. Tenía la esperanza de facilitarte las cosas —dijo Reggie, retorciéndose las manos.

Los ojos de Sophie se abrieron de par en par, sorprendida por las palabrotas de Reggie. Reggie siempre parecía manejar todas las situaciones con una dulzura imperturbable y una mirada amable. Ni siquiera las constantes discusiones entre Ace y Amira parecían alterar la tranquila fachada de Reggie.

—¿Recuerdas cuando te dije que nos encargamos de todos los casos extraños e inusuales de la ciudad? Bueno, no quiero alarmarte, pero hay algunos casos que recibimos de los que la población humana en general no puede enterarse jamás.

—¿Cómo que la población *humana*? —graznó Sophie.

—Hay algunos cuerpos que recibimos aquí que no son del todo humanos. ¿Recuerdas que el otro día bromeaste diciendo que los vampiros habían drenado el cuerpo desangrado? —preguntó Reggie.

—Sí —respondió Sophie lentamente, alargando la palabra durante varios segundos.

—Pues verás, tenías razón. Esa víctima *fue* asesinada por un vampiro. Son reales. Un Código Rojo es un vampiro muerto. Estamos a punto de hacerle la autopsia a uno —explicó Reggie, apresurando sus palabras como si tuviera que empujarlas físicamente fuera de su boca para el final.

—Mentira —dijo Sophie entrecerrando los ojos—. Me estás tomando el pelo. ¿Qué significa realmente un Código Rojo?

—Te juro que no estoy bromeando —suplicó Reggie—. Yo no gastaría una broma tan cruel. Te estoy diciendo la verdad. Los vampiros son reales.

Sophie abrió y cerró la boca varias veces, pero no salió nada. El mareo y el zumbido en los oídos hicieron que Sophie se agachara y se agarrara las rodillas. Tuvo que respirar lentamente varias veces antes de que la cabeza dejara de darle vueltas y los puntos negros que parpadeaban ante sus ojos empezaran a desvanecerse.

—¡Qué demonios, Reg! ¿Por qué no me dijiste nada de esto antes? —preguntó Sophie.

—¡Lo sé, lo sé! Esto es demasiado. Debería habértelo dicho antes. Pensé que tenía más tiempo. Por favor, que no cunda el pánico. Si conseguimos pasar la próxima autopsia, responderé a todas tus preguntas, ¿está bien? —suplicó Reggie, juntando las manos bajo la barbilla en señal de súplica.

—¿Los vampiros en verdad son reales? ¿No estarás de broma?

Reggie negó con la cabeza, aún apretando las manos con fuerza bajo la barbilla.

—Maldita sea. Pues qué más da, mierda —dijo Sophie, pasándose una mano por la cara—. Dame un segundo.

Puedo hacerlo. Puedo fingir que descubrir que los monstruos son reales no es aterrador, extraño e inquietante. Es un día cualquiera en la oficina, se sermoneó Sophie.

—Me lo *contarás* todo cuando hayamos terminado con esto —exigió Sophie, señalando con un dedo acusador a Reggie, que volvió a asentir con la cabeza.

Unos minutos más tarde, Fitz trajo una camilla cubierta con una bolsa negra para cadáveres, seguida de dos hombres corpulentos. Ambos eran altos y anchos, uno vestía un traje gris y el otro azul marino. Ambos parecían tener más o menos la misma estatura que Fitz, pero mientras este era delgado y tenía una gracia elegante, aquellos hombres eran de granito grueso. El hombre del traje azul marino estaba bien afeitado y tenía el pelo rubio. Bajo una espesa frente, sus penetrantes ojos azules pasaron por encima de Sophie y se posaron en Reggie con el ceño fruncido. Con el traje gris pizarra, el otro hombre parecía tener al menos una década menos que el otro detective y tenía el pelo tan oscuro que parecía negro azulado. Era casi guapo (rasgos anchos y masculinos, ojos castaños oscuros y largas pestañas), pero algo en su mirada hizo que Sophie se alejara de él.

Normalmente, Fitz ayudaba a tomar radiografías y a pesar el cuerpo cuando llegaban, pero Sophie vio cómo se retiraba precipitadamente.

—¿No te quedarás para ayudar con la ingesta? —preguntó Sophie en voz baja, acercándose a Fitz cuando este abría la puerta para marcharse.

—No. Tengo que ponerme al día. Uh, papeleo, quiero decir que tengo papeleo con el que tengo que ponerme al día —dijo Fitz tímidamente, dirigiendo su mirada hacia los dos detectives.

Fitz salió de la sala de autopsias en silencio, dejando a Sophie y Reggie a solas con los detectives y un vampiro muerto.

Ambos detectives irradiaban amenaza y desdén a partes iguales. La agresividad se transmitía a través de sus movimientos entrecortados y su postura tensa. Sophie se sintió un poco culpable por alegrarse de que ambos parecieran ignorarla por completo, centrando su atención

combinada únicamente en el pobre Reggie.

Si no hubiera llegado a conocer tan bien a Reggie esta semana, Sophie podría no haberse dado cuenta de lo incómodo y callado que estaba siendo Reggie. No es que pudiera culparle; esos chicos eran demasiado intensos.

¿Acaso de niños vieron demasiados programas de policías? Necesitan relajarse de una puta vez. Bajen un poco los humos, pensó sarcásticamente.

—Buenas noches, Detectives. ¿Hay algo que necesite saber sobre este Código Rojo? —preguntó Reggie. Sorprendentemente, Reggie parecía estar aguantando bien la doble mirada de los malvados gemelos maravilla.

—Creemos que no. Parece que un cazador ha interrumpido una cena rápida —dijo el detective vestido de marino.

—¿Se quedará a la autopsia, detective Lancaster? —preguntó Reggie en un tono frío y profesional.

Lancaster echó un vistazo al hombre del traje gris que, por la capacidad de descarte de Sophie, supuso que era el detective Hernández. Hernández hizo un gesto de afirmación con la barbilla.

Sophie apenas pudo contener un suspiro de decepción. Aquellos dos habían conseguido llenar toda la sala de autopsias de un aire de incomodidad y agresividad apenas contenida. No era de extrañar que Fitz se diera prisa en retirarse, en lugar de quedarse a ayudar como de costumbre.

Por lo general, Sophie habría tenido algo inteligente que decir, pero decidió hacerse la muda. En silencio, Sophie abrió la bolsa para preparar al vampiro para la autopsia. Al retirar la solapa de la bolsa, Sophie se detuvo al mirar el rostro de la víctima.

—¿Qué ocurre? —preguntó Reggie al ver que Sophie se quedaba paralizada.

Por un momento, se quedó mirando el etéreo rostro de alabastro del joven. Luego, sus ojos bajaron hasta sus vaqueros artísticamente rasgados, confirmando la sospecha de Sophie.

—He visto a este tipo antes.

Hernández y Lancaster se animaron como dos hienas que ven pasar a una gacela herida.

—Explícate —exigió Hernández.

Sophie detalló sus interacciones con Fabio, alias Sebastián, y su

alegre pandilla de imbéciles. El vampiro muerto era uno de los chicos guapos que estaban con Sebastián cuando Burg la rescató de lo que ella había supuesto que era un atraco frustrado.

—¿Este Burg se interpuso entre tú y un aquelarre de vampiros? ¿Cuál es el apellido de Burg? —interrumpió Lancaster.

—Uh, no lo sé. Es dueño del pub El Pulgarcito en la calle Hyde.

—Este tal Burg dijo que estabas bajo su "protección". ¿Te acuestas con él? —preguntó Hernández.

—Ni siquiera sé su apellido, ¡¿y crees que me estoy acostando con él?! No, no me estoy acostando con Burg. Solo somos vecinos y amigos —exclamó Sophie indignada.

—¿Crees que Burg sabe que eran vampiros? —preguntó Lancaster, poniendo una mano tranquilizadora en el brazo de Hernández.

Sophie abrió la boca para dar una rápida réplica negativa, pero se detuvo un segundo.

—¿Quizá? —dijo lentamente—. Me advirtió de que eran más peligrosos de lo que parecían.

Mientras Lancaster tomaba notas rápidamente, Sophie les contó toda la situación con Sebastián, incluido su intercambio con Cara de Bebé al día siguiente.

—¿Crees que fue prudente luchar contra un hombre más grande que tú? —preguntó Hernández con el ceño fruncido de desaprobación.

—Caramba, papá. ¿Debería haber dejado que me diera una paliza sin defenderme? Sé defenderme. He tenido un poco de entrenamiento. Además, solo luché porque pude aprovechar el factor sorpresa.

Lancaster cerró su pequeño cuaderno y se volvió hacia Reggie.

—Vamos a salir para seguir esta pista. Envíame un mensaje si la autopsia revela algo inusual —ordenó Lancaster.

Qué grosero ¿Ni por favor ni gracias? Qué imbécil, pensó Sophie.

—No salgas de la ciudad —ordenó Lancaster, señalando con el dedo a Sophie.

Con esa última orden, ambos detectives se pusieron en pie y salieron de la sala de autopsias.

—No te vayas de la ciudad —se burló Sophie, poniendo los ojos en blanco—. ¿Crees que se le pone dura cada vez que dice eso? ¿Adónde cree que voy a ir?

—Dijiste que habías tenido algún entrenamiento de lucha. ¿Dónde aprendiste a pelear?

—Puede que haya sido un poco exagerada. Fui recepcionista en un centro de boxeo durante un par de meses. Le caí bien al dueño y me enseñó lo básico —dijo Sophie encogiéndose de hombros.

—¿Por qué te despidieron de ese trabajo? —preguntó Reggie con una sonrisa cómplice.

—Resulta que esos grandes brutos tenían unos egos sorprendentemente frágiles. Decirle a un tipo que los músculos no compensan la falta de personalidad hace que vaya corriendo a quejarse al dueño.

Tras las primeras fotografías y radiografías, Sophie recogió la costosa ropa del vampiro. Al quitarle la camisa, descubrió una gran herida abierta en el estómago.

—Parece que hemos encontrado la causa de la muerte —Reggie señaló la herida con la cabeza.

—¿En serio? Todas las historias dicen que a un vampiro hay que clavarle una estaca en el corazón.

—A los vampiros se les puede matar como a cualquier otra persona; solo que son más difíciles de despachar que un humano. Clavarles una estaca en el corazón o decapitarlos son los métodos más eficaces para matarlos. Igual que a un humano. Además, sospecho que a este vampiro le clavaron una estaca en el corazón. Ya sabes lo duro y grueso que es el esternón; es más fácil apuñalar a través del abdomen y luego angular el arma por detrás del esternón —explicó Reginald.

—Oh, vaya. Así que el camino al corazón de un hombre es realmente a través de su estómago —resopló Sophie.

—Técnicamente, sí. Además, todos los vampiros han oído ese chiste antes, y podrías arrepentirte de habérselo dicho a la cara —advirtió Reggie.

—¿Qué es una cena rápida? —preguntó Sophie mientras llevaban el cuerpo a la mesa de autopsias.

—Es un término vulgar para describir cómo se alimentan algunos vampiros, especialmente los vampiros solitarios que no forman parte de un Domus. Beberán una pequeña cantidad de sangre de un humano y harán que esa persona olvide la alimentación. Parte del poder de un vampiro es que puede borrar pequeños trozos de memoria. No es peligroso para la víctima humana, pero muchas de las otras especies tienen problemas con esta práctica —explicó Reggie mientras

empezaba la autopsia.

Sophie masticó esa información durante un minuto mientras miraba a la bonita vampiresa rubia que había sobre la mesa.

—¿Todos los vampiros son guapos como este? —preguntó.

—No. Pero la mayoría lo son. Los vampiros valoran la belleza.

—Has dicho una palabra que no conozco. ¿Qué es un Domus? —Sophie preguntó mientras preparaban el cuerpo y recogían muestras de cabello. Un examen superficial no reveló fibras ni ningún otro objeto extraño en el cuerpo.

—La mayoría de los vampiros forman parte de un Domus, que es como un clan o una pequeña familia. Un Domus vampírico suele tener humanos a su alrededor para que le proporcionen sangre. Los humanos están allí voluntariamente con la esperanza de que con el tiempo se transformen en vampiros. Se llaman Volos, pero mucha gente los llama Veins a sus espaldas. Creo que es un nombre cruel, aunque admito que no puedo entender por qué alguien querría ser un Volo —dijo Reggie.

—¿Domus? ¿Volos? ¿Esta mierda es griega o algo así? —preguntó Sophie mientras tomaba las huellas dactilares del vampiro.

—En realidad es latín. Domus significa casa o familia. Y Volos significa esperanza o deseo o algo así. Los vampiros son muy pretenciosos, así que les encanta usar el latín cuando nombran las cosas —dijo Reggie poniendo los ojos en blanco.

—Lancaster dijo que creía que un cazador había matado al vampiro durante una cena... ¿Qué es un cazador? Suena como un título.

—Hay una secta de fanáticos humanos cuyo único objetivo es acabar con los vampiros. No quedan muchos. La mayoría fueron aniquilados durante las guerras de la droga en los 80 —explicó Reggie.

—Todo esto es tan jodidamente raro —dijo Sophie, mientras Reggie comenzaba la primera incisión en Y para iniciar la autopsia.

~

—HUH —dijo Sophie casi media hora después.

—¿Qué pasa? ¿Ves algo inusual? —preguntó Reggie.

—No, nada inusual. Eso es lo que es tan loco. Si no me hubieras

dicho que era un vampiro, ni siquiera lo habría sabido. Pensé que los órganos internos serían diferentes de alguna manera. En todos los libros, llaman a los vampiros muertos vivientes. Pensé... no sé, que sus órganos internos estarían arrugados o algo así —Sophie se encogió de hombros.

—Oh, nunca los llames muertos vivientes. No están muertos; solo son humanos transformados en algo diferente. Además, no les gusta nada que los llames así —advirtió Reggie.

—¿Transformados? ¿Cómo que transformados? ¿Cómo se transforman?

—Hay un virus en su sangre. Mucha gente ha intentado estudiarlo, pero elude nuestros intentos de conocimiento. Tiene propiedades mágicas que alteran las lecturas de los instrumentos médicos. Hace a los vampiros más rápidos, más fuertes y envejecen mucho, mucho más despacio. Sin embargo, el vampiro necesita más sangre de la que su cuerpo puede producir por sí mismo para sobrevivir. Mi teoría es que sus glóbulos rojos no pueden satisfacer las demandas de su cuerpo mejorado. El ciclo de vida medio de un glóbulo rojo en un ser humano es de 120 días. Lo poco que hemos investigado sugiere que la vida de los glóbulos rojos de un vampiro es la mitad. Son incapaces de producir suficiente sangre por sí mismos para satisfacer las necesidades de su cuerpo. Probablemente Ace podría explicarlo mejor que yo —dijo Reggie, con un brillo excitado en los ojos.

Sophie sonrió al ver el entusiasmo de Reggie por el tema. *Debería haber sido profesor o científico*, pensó con cariño.

—No, lo estás explicando muy bien. ¿La luz del sol mataría a los vampiros, como en las películas? —preguntó Sophie, mirando la piel lisa y casi blanca como la leche del vampiro.

—La luz del sol no mata a los vampiros. No explotan dramáticamente en polvo —Reggie rio entre dientes—. Con el tiempo, sus cuerpos dejan de producir melanina. Cuanto más viejo es el vampiro, menos melanina tiene. Cuanto más pálida es la piel de un vampiro, más viejo es probablemente. No es una forma garantizada de saberlo, ya que la gente empieza con tonos de piel variados. Cuanto mayores sean, más evitarán la luz del día, ya que el espectro ultravioleta de la luz solar les causará molestias. Por la palidez de su piel, supongo que tiene más de 60 años —adivinó Reggie.

—¡No parece tan viejo como para comprar cerveza! —exclamó

Sophie—. ¿Son inmortales? ¿Viven para siempre?

—No son inmortales, pero viven un tiempo excepcionalmente largo. Sabemos de algunos vampiros que han vivido más de 300 años. Envejecen, pero muy lentamente. Se mantienen jóvenes la mayor parte de su vida —dijo Reggie.

—Debe de ser agradable —Sophie sonrió—. ¿Cómo se nota que es un vampiro? Excepto por ser tan guapo y pálido, todo en él parece humano. Aparte de examinar su sangre, supongo.

—Hay una forma infalible —dijo Reggie. Despegó los labios del vampiro para mostrarle a Sophie los caninos puntiagudos.

—Colmillos —jadeó Sophie.

—Colmillos —confirmó Reggie—. Los vampiros tienen caninos pronunciados. Al morir, no adoptan una forma totalmente humana como los metamorfos. Es la forma más rápida de identificar a un vampiro.

—Vale, eso... —Sophie se detuvo y miró a Reggie—. Espera... ¿has dicho metamorfos? ¿Como... como hombres lobo y esas cosas?

—No los llames hombres lobo. Lo odian. Llámalos metamorfos lobo —dijo Reggie.

—Espera un momento. Solo... ¿Me estás tomando el pelo? —Sophie miró a Reggie con incredulidad—. Los vampiros son reales. Los "metamorfos lobo" son reales. ¿Qué más hay ahí fuera?

—Bueno, hay todo tipo de metamorfos, no solo lobos. También hay hadas, duendes, ogros, brujas, sirenas... Casi cualquier criatura mágica mencionada en un mito probablemente exista —dijo Reggie.

—Vaya mierda. ¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Sophie.

—Um, bueno... Yo mismo no soy completamente humano —hizo una pausa Reggie, encogiéndose de preocupación—. Espero que esto no cambie lo que sientes por mí. No quiero perder tu amistad.

—Reggie, no —dijo Sophie lastimeramente—. Eres mi amigo y eres un buen tipo. No me importa que no seas completamente humano. No cambia nada entre nosotros, ¿vale? No puedes librarte de mí tan fácilmente.

Reggie exhaló un pequeño suspiro de alivio y parpadeó rápidamente. Sintiéndose incómoda con la muestra de emoción de Reggie, Sophie se volvió hacia el vampiro tendido en la mesa de autopsias de acero inoxidable, mirando fijamente sus delicadas facciones élficas.

—¿Estás bien? —preguntó Reggie, poniendo una mano suave en el hombro de Sophie.

Sacudiendo la cabeza, Sophie miró a Reggie.

—Sí, estoy bien. Creo que toda esta locura de información me ha sobrecargado el cerebro. Dame un minuto y volveré a estar bien.

—¿Qué tal si una vez que terminemos esta autopsia, almorzamos temprano y podemos hablar más? Responderé cualquier pregunta que tengas entonces.

—Trato hecho —dijo Sophie con una rápida sonrisa.

—¿Me contarías una historia sobre el vampiro? Creo que a los dos nos vendría bien distraernos —le pidió Reggie.

Mientras Reggie y Sophie volvían al trabajo, Sophie empezó a tejer su historia.

—Este tipo era la mano derecha de Sebastián. Todo el mundo le llamaba Montgomery, pero su verdadero nombre era Jerry. En los años 50, se rebautizó con el nombre del rompecorazones Montgomery Clift. Jerry se llamaba así por su padre, a quien despreciaba, así que se lo cambió. Otro tipo con problemas con su padre.

Reggie resopló divertido.

—¿Lo mataron durante una cena como sugirieron Lancaster y Hernández?

—Aburridooooo —canturreó Sophie—. No, alguien preparó este asesinato para que pareciera un ataque de cazadores, pero no lo fue. El asesino agarró a Jerry en Twin Peaks cuando iba a visitar a su novia humana secreta: Bridgette. El asesino usó la misma arma que usan los cazadores: una estaca de madera curva.

—¿Curva? ¿Por qué curva? —Preguntó Reggie.

—Es como explicaste antes. Es demasiado difícil perforar el corazón a través del esternón. Utilizan una estaca de madera curvada diseñada para entrar por el abdomen y luego curvarse naturalmente hacia arriba para golpear el corazón del vampiro de una sola estocada. Llaman al arma estaca recurvada.

—Una estaca recurvada... Me gusta ese nombre. Entonces, ¿por qué fue asesinado si no por un cazador? —Reggie preguntó.

—Alguien poderoso quiere que el Domus de Jerry le venda un edificio importante. ¡Esto es solo un negocio inmobiliario que salió mal! —bromeó Sophie.

Una sombra que pasaba junto a la ventana esmerilada de la puerta

de autopsias llamó la atención de Sophie. Oír la voz de Ace al otro lado de la puerta, llena de ronca molestia, hizo que Sophie sonriera ampliamente. Parecía que Amira se estaba metiendo con él otra vez. A Sophie le encantaba ver cómo esos dos se disparaban verbalmente como francotiradores durante el almuerzo todos los días.

No importaba que ahora Sophie tuviera que lidiar con vampiros, hadas y otras criaturas mágicas. Siempre se había sentido rara y fuera de lugar rodeada de gente normal, así que era lógico que Sophie se sintiera como en casa aquí.

CAPÍTULO 7

Sentada en la mesa de la sala de descanso, Sophie observó cómo Reggie se comía nerviosamente su almuerzo.

—No tienes que decirme lo que eres. No me importa. En serio —Sophie intentó tranquilizar a Reggie—. Mientras no hagas daño a gente inocente, no me importa.

—Soy una zarigüeya —dijo Reggie apresuradamente, tragando convulsivamente una vez pronunciadas las palabras.

—Una zarigüeya —repitió Sophie, la sorpresa la congeló por un momento. Una mirada a la cara nerviosa de Reggie hizo que Sophie volviera a su sitio—. Como una zarigüeya metamorfa, ¿no? Puedes convertirte de humano en zarigüeya. Espera un momento... ¿tú eres la zarigüeya? ¿De la semana pasada, la que perseguía el perro?

—Sí, esa era yo. Aunque ese era un metamorfo lobo, no un perro.

—¿Eso también era un metamorfo? ¡Te estaba atacando! —exclamó Sophie—. ¿Estás en peligro?

—No estoy en peligro. Solo me estaba advirtiendo que me alejara de su territorio. Ya se ha resuelto. Me puse en contacto con su Alfa. El Cónclave me concede inmunidad territorial debido a mi trabajo aquí.

—¡Era una advertencia! Pensé que iba a...

La apertura de la puerta de la sala de descanso interrumpió a Sophie.

—Estoy harto. No deberíamos tener que aguantarle viniendo aquí y soltando sus idioteces —le decía Ace a Fitz mientras entraban en la sala, con Amira detrás. Los ojos de Ace brillaban con una inteligencia envuelta en un sempiterno aire de fastidio, como si todo el universo le pusiera de los nervios.

—Hola chicos, Sophie lo sabe —anunció Reggie al grupo.

—Por fin. Estaba harta de pasar de puntillas por su delicada sensibilidad humana —dijo Amira con un imperioso giro de ojos.

—¿Parece que tengo una sensibilidad *delicada*? —preguntó Sophie,

volviéndose hacia Reggie con un resoplido exasperado y una ceja levantada.

Amira resopló con delicadeza.

—Supongo que no.

—¿Alguno de ellos es humano? —le preguntó Sophie a Reggie en voz baja. Reggie sacudió un poco la cabeza.

Sophie deseaba desesperadamente preguntar a cada uno qué clase de criatura era, pero se contuvo, sin saber cuál era la etiqueta relativa a las presentaciones entre especies.

—¿Las idioteces de quién no deberías tener que aguantar? —preguntó Sophie a Ace, decidiendo darle cuerda en lugar de hacerle preguntas personales. Ace estaba en el fregadero, lavando meticulosamente su almuerzo, como de costumbre.

—Ese imbécil de Malcolm Volpes. Si me llama PH una vez más....

—¿PH? ¿Cómo papel higiénico? —preguntó Sophie.

—No, quiso decir panda hediondo. Es un insulto racial, te lo digo yo —gruñó Ace.

—¿Panda hediondo? ¿Como un mapache? ¿Eres un metamorfo mapache? —preguntó Sophie, sintiendo que las cejas se le levantaban tanto en la frente que le sorprendía que no se le hubieran fundido con el nacimiento del pelo.

Ace asintió con la cabeza, aún gruñendo por lo bajo.

—Soy un ganso nival —anunció Fitz plácidamente mientras se metía un enorme trozo de baguette en la boca.

Sophie abre la boca, pero no sale ninguna palabra. Pensamientos y preguntas a medias se agolpan en su mente. Finalmente, su mente se detuvo en una pregunta:

—¿No es malo el pan para los gansos?

Fitz resopló.

—El pan es malo para todos. Pero es tan delicioso —Se metió otro bocado de baguette en la boca con evidente fruición.

—Espera... ¿Puedes volar? —preguntó Sophie, con envidia en cada palabra.

—Sí —dijo Fitz con una sonrisa de suficiencia.

—Es increíble. Qué envidia —dijo Sophie con una sonrisa.

Mirando alrededor de la mesa, Sophie catalogó a sus amigos, intentando relacionarlos mentalmente con sus mitades animales. Reggie era una zarigüeya, Ace un mapache y Fitz un ganso.

Sophie miró a Amira, que daba pequeños y delicados mordiscos a otro almuerzo a base de pescado. Pensó en el collar rosa, la actitud distante, la vez que le tiró deliberadamente el bolígrafo a Ace de la mesa.

Sophie vaciló un segundo, pero luego siguió adelante.

—Amira, ¿eres un gato?

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Amira con expresión complacida.

Sophie señaló con la cabeza el pescado del plato de Amira.

—Eso. Y el collar me hizo pensar en un felino.

Sabiamente, Sophie omitió el comportamiento distante de Amira o su afición a tirar cosas de los mostradores cuando se enfada con alguien.

—Así que todos son metamorfos... ¿Qué más tengo que saber? —preguntó Sophie.

—Casi cualquier criatura de la que hayas oído hablar en una leyenda, existe —dijo Ace.

—¿Así que los trolls son reales?

—Sí —dijo Ace.

—¿Centauros? ¿Duendes? ¿Goblins? ¿Chupacabras? —preguntó Sophie con una carcajada.

—Sí, todo eso. Bueno, en realidad... no estoy seguro sobre el chupacabras. Nunca he conocido a uno, pero eso no significa que no existan —explicó Reggie.

—¿Hay muchos metamorfos y no humanos en el mundo y yo nunca me he enterado? —preguntó Sophie.

—No tantos. Hay muchos más humanos que míticos en este reino. Tendemos a congregarnos en las grandes ciudades o cerca de las líneas ley, así que aquí en San Francisco hay muchos más que en otras zonas. La proximidad de la ciudad al agua y una fuerte línea ley significa que esta es la ciudad más densamente poblada por Míticos al oeste de Nueva Orleans —explicó Reggie.

—¿Míticos? ¿Reinos? ¿Líneas Ley?

—Mítico es otra forma de decir no humano. Hay muchos otros reinos, como el de los Fae, Shangri-La, Valhalla y demás. Los otros reinos no suelen importar aquí. Ignoran este reino y nosotros los ignoramos a ellos. El reino Fae es el único que interactúa con el reino humano con cierta regularidad. Las lineas Ley son canales de energia

magica que se entrecruzan por todo el planeta. Donde las líneas ley son más fuertes es donde el camino entre reinos es más delgado y cercano, permitiendo a la gente cruzar desde otros reinos —explicó Fitz.

—¿Cómo puedo saber si alguien es un Mítico? —preguntó Sophie, apartando la idea de los reinos de su mente. No podía concentrarse en tantas revelaciones extrañas a la vez antes de sufrir un colapso mental.

—En general, no se puede. Normalmente se puede saber por el olor, pero incluso así, algunos son indetectables, como las brujas, los brownies y las ninfas. Algunos puedes identificarlos si sabes qué buscar, como los dientes de los vampiros —dijo Ace encogiéndose de hombros con negligencia.

—Sin embargo, casi todos los Míticos tienen diferencias biológicas y fisiológicas que se manifiestan como anomalías tras un examen científico más detallado. Por eso estamos aquí: para asegurarnos de que la población humana en general nunca se entere de que hay Míticos entre ellos —dijo Reggie, retomando la explicación de Ace.

—¿Eso significa que todas las autopsias que hemos hecho esta semana eran de Míticos? —preguntó Sophie.

—La mayoría. Algunas eran víctimas humanas del ataque de un mítico. Una de las autopsias que hicimos fue porque no estaban seguros de si había sido causada por un Mítico o no, así que nos la trajeron por si acaso. Entiendo que estés preocupada, pero los míticos son muy estrictos con las muertes humanas. Cualquier acto de violencia contra los humanos se trata con rapidez —le aseguró Reggie.

—Espera. Ese tipo que había sido despedazado por un oso en Yosemite, ¿qué era? —preguntó Sophie con suspicacia.

—Era un oso. Perdió una lucha de dominación contra otro metamorfo oso —dijo Reggie.

—¿Pelea de dominación? —preguntó Sophie alzando las cejas—. Sabes qué, en realidad, creo que me hago una idea. ¿Qué hay de ese tipo que fue cortado por la mitad?

—Era Fae. Probablemente lo cortaron por la mitad usando magia, pero la autopsia no pudo determinarlo de forma concluyente —respondió Reggie.

—Todo esto es una locura. ¿Por qué me contrataron? ¿Por qué a mí, una humana, se me permite saber todo esto? —preguntó Sophie.

—Por unas cuantas razones. Fuiste amable conmigo cuando estaba

en mi forma de zarigüeya; mucha gente no lo es. Mi instinto me dijo que podía confiar en ti. Además, necesitaba un ayudante para la autopsia. Amira amenazaba con dimitir si no encontrábamos a alguien pronto —dijo Reggie.

A Sophie se le ocurrió una idea al azar.

—¿Es por eso que el detective Volpes dijo que yo no pertenecía aquí? ¿Porque soy humana? Por eso pensó que causaría problemas —preguntó Sophie. La mirada de Reggie confirmó sus sospechas.

—¿Cuál es su problema? Volpes me ha estado molestando por Sophie esta mañana. No respondemos ante ese idiota sobre a quién y a qué contratamos —gruñó Ace.

—¿Qué quieres decir con que te estaba molestando? —preguntó Sophie.

—Solo quería saber más de ti: si llegabas puntual al trabajo, si estabas causando algún problema, si has estado actuando de forma extraña. No es más que un idiota elitista —se burló Ace.

—¿Tengo que preocuparme de que me cause problemas? —preguntó Sophie.

—Hablaré con Mac. Los zorros son desconfiados por naturaleza. No me sorprende que se haya fijado en ti trabajando aquí. No tienes que preocuparte por él. Me aseguraré de que te deje en paz. Mac sabe que, por nuestro trabajo, tiene que quedar bien con nosotros —trató de asegurarle Reggie a Sophie.

¿Un zorro? pensó Sophie, intentando conciliar la idea de que el detective fuera un metamorfo zorro.

Reggie miró su reloj y suspiró ligeramente.

—Tenemos que volver al trabajo. Siento que no tengamos tiempo para seguir hablando —dijo Reggie.

—No pasa nada. De todas formas, no creo que mi cerebro pueda procesar más información —dijo Sophie, encantada de sacarle una risita a Reggie.

~

SOPHIE OBSERVABA a los demás pasajeros con el rabillo del ojo, preguntándose si alguno de ellos sería un Mítico. Las pocas personas que iban en el autobús a esa hora de la mañana le parecían normales. *Bueno, normales para San Francisco*, pensó Sophie mientras observaba a

una mujer de ojos rojos y vidriosos que extendía la mano y acariciaba el aire vacío frente a ella.

Era una sensación extraña darse cuenta de que criaturas de mito y leyenda vivían en la ciudad como una sociedad secreta oculta a plena vista. Sacudiendo la cabeza, Sophie volvió a observar disimuladamente a sus compañeros de viaje.

En el camino de vuelta a Cafecita desde la parada de autobús, Sophie vio a Burg descansando en la puerta de su bar.

—Te estaba esperando. Tenemos que hablar —dijo Burg, haciendo señas a Sophie para que entrara en el oscuro interior del bar vacío.

Burg señaló un taburete indicando a Sophie que tomara asiento. Se puso detrás de la barra y cogió una botella medio llena de un líquido ámbar de un estante de cristal. Cogió dos vasos de debajo de la barra y les sirvió dos dedos de whisky. Luego dejó caer un par de cubitos de hielo en los vasos achaparrados. Justo como le gustaba a Sophie.

Chocaron los vasos y Sophie bebió un sorbo lentamente. Dejó que el whisky se asentara en su lengua durante un momento, saboreando cómo le calentaba el interior de la boca. El sabor le hizo pensar en libros encuadernados en cuero y cubiertos con una capa de caramelo y vainilla. Dejó que se deslizara lentamente por su garganta. Un whisky así había que saborearlo.

—Anoche vinieron dos detectives preguntando por la banda de vampiros que te acosaba —dijo Burg. Sophie empezó a atragantarse y a resollar, el alcohol le quemaba al bajar por el conducto equivocado. Burg le tendió una servilleta con una mueca de disculpa.

—¡Avisa a una chica la próxima vez que pienses lanzarle una bomba! —tosió—. No me puedo creer que sepas lo de los vampiros. ¿Sabías que eran chupasangres cuando les advertiste que se alejaran de mí? —preguntó Sophie, controlando por fin la tos.

—Sí, lo sabía. No sabía que tú supieras de vampiros. Los vampiros no entran en mi territorio muy a menudo. Suelen quedarse en sus lujosas mansiones de Nob Hill o se les puede encontrar buscando turistas en Fisherman's Wharf en busca de un tentempié rápido.

—Troleadores de Turistas sería un gran nombre para un grupo —dijo Sophie sin sentido, haciendo que Burg soltara un bufido—. Por cierto, no sabía lo de los vampiros hasta anoche.

—No me dijiste que los vampiros enviaron a alguien para acosarte, Sophie —dijo Burg, canalizando su voz de Papá Estricto.

—Yo me encargué.

—No deberías meterte con los vampiros.

—En primer lugar, no sabía que eran vampiros en ese momento. Segundo, se metieron conmigo. Yo no me metí con ellos —Sophie enumeró las cosas con los dedos.

—Me parece justo. Pero a partir de ahora, cuando alguien te moleste -no me importa quién- tienes que decírmelo, pase lo que pase. La mayoría de los míticos parecen humanos, así que no sabrás quién es peligroso —advirtió Burg—. Hablando de gente peligrosa, anoche vino a hablar conmigo un segundo detective, concretamente sobre ti. Quería saber si eres un problema, dónde has estado la última semana, tus hábitos y amigos.

—Ese. Entrometido. ¡Imbécil! ¿Se llamaba Malcolm Volpes? —preguntó Sophie. Cuando Burg asintió con la cabeza, Sophie se quejó —: Simplemente no le caigo bien porque soy humana. No te preocupes por él. Solo se queja porque no cree que un humano deba trabajar en la morgue. Cree que mi presencia causará problemas. Él no puede hacer nada acerca de mi empleo allí, excepto quejarse y gemir como un niño llorón. Si sigue así, voy a comprarle un chupete.

—Debería haberte advertido de que el hombre que te ofreció ese trabajo no era humano. Pero no me di cuenta de que te estaba reclutando para la división Mítica. Pensé que trabajarías en el departamento de humanos normales, así que no se me ocurrió decírtelo —dijo Burg preocupado.

—No te preocupes. Aunque lo hubiera sabido antes, habría aceptado el trabajo.

Burg levantó su vaso y chocaron los bordes.

Pasando el dedo por el agua que había dejado en la barra la condensación que goteaba de su vaso, Sophie sorbió lentamente su bebida mientras intentaba asquear a Burg describiéndole el sonido que hacía un cortador de costillas al atravesar una caja torácica. Al ver al gigante estremecerse de asco, Sophie soltó una carcajada como una loca.

Cuando por fin se recuperó del ataque de risa floja, miró fijamente su bebida, intentando armarse de valor.

—Oye, Burg, ¿eres humano? —preguntó Sophie en voz baja, sin levantar la vista de la barra pulida y reluciente por si la pregunta molestaba a Burg—. No es que me moleste. Solo tengo curiosidad. No

hace falta que respondas a mi pregunta si es de mala educación. Aún no sé cuál es la etiqueta —se apresuró a decir Sophie.

—No, no soy humano, Sophie —dijo Burg con una sonrisa amable —. Soy un ogro.

La sorpresa levantó los ojos de Sophie de la contemplación de las vetas de la madera bajo sus dedos tan rápidamente que casi se le cae la bebida.

—Vaya. Pensaba... No sé cómo decirlo con delicadeza. Por las historias que he leído, pensé que un ogro no tendría un aspecto tan humano —dijo Sophie, tragándose el escalofrío que quería extenderse por su rostro. Sabiamente, Sophie no mencionó que en la mayoría de los cuentos de hadas que recordaba, los ogros también eran conocidos por comerse a la gente, especialmente a los niños.

Burg estiró un brazo y empezó a remangarse la camisa. En el antebrazo llevaba tatuada una bota rodeada de palabras en un idioma que Sophie no reconocía. La bota parecía una bota de capitán pirata hasta la rodilla, con un gran puño doblado en la parte superior. Una hebilla ornamentada sujetaba una gruesa correa de cuero que cruzaba la parte superior del pie. Los detalles del tatuaje eran tan finos que Sophie juró que podía ver el grano del cuero de la bota. Las palabras extranjeras estaban escritas en una letra cursiva tan elegante y fluida que probablemente le daría sueños húmedos a un calígrafo.

—Las botas aparecen en varios cuentos sobre ogros, desde El Gato con Botas hasta Pulgarcito. Actualmente, esta imagen se utiliza a menudo para representar a los ogros. Pagué para que un Fae creara y hechizara este tatuaje con un sigilo y lo imbuyera con un glamour que me diera forma humana. Este tatuaje me permite parecer completamente humano —explicó Burg.

El tatuaje hizo que Sophie pensara en el cadáver sin cabeza de su primer día en la morgue. En aquel momento, Sophie le había dicho en broma a Reggie que alguien le había arrancado los tatuajes del cuerpo. Mirando el antebrazo de Burg, Sophie se preguntó si no había acertado. El sigilo de Burg estaba en el mismo lugar que la carne que faltaba en el cadáver.

—Qué genial —Sophie se rio—. ¿Crees que podría hacerme un tatuaje mágico Fae? ¿Así podría transformarme en algo malo, como un dragón o un unicornio?

—Lo siento, no funciona con humanos. Si de algún modo

convencieras a un hada para que te hiciera un tatuaje mágico, solo sería un tatuaje. Necesitas magia interna para que los tatuajes de sigilos funcionen. Además, la mayoría de los dragones son unos imbécil detestables; no te gustaría ser un dragón.

—¿Y los unicornios? ¿También son reales?

—No, lo siento. Pero los pegaso sí. Vienen del reino del Monte Olimpo. Aunque son extremadamente raros. Yo nunca he visto uno —dijo Burg con una amplia sonrisa.

—¿Pegaso? ¿Monte Olimpo? No sé si me estás tomando el pelo —dijo Sophie sacudiendo la cabeza.

Sophie y Burg terminaron sus bebidas en silencio. Ambos sumidos en sus pensamientos. Tras el último sorbo de whisky, Sophie se levantó y se volvió hacia Burg.

—Tengo que irme, Burg. Gracias por la copa. Y gracias por cuidarme. Te lo agradezco —dijo Sophie.

—Puede que seas una zorra irritante, pero eres mi zorra irritante. Si alguien te molesta, yo te cubro las espaldas —dijo Burg con un guiño.

—Puede que seas un ogro devorador de hombres, pero eres mi ogro devorador de hombres —replicó Sophie con sorna—. Oye, Burg, ¿a qué sabe la carne humana?

—No sabría decirte, pero si alguna vez tengo la oportunidad de probarla, serás la primera en saberlo.

—¡Oportunidad perdida! Deberías haber dicho pollo —dijo Sophie mientras salía del bar con un gesto de la mano, arrastrada por la marea de risas de Burg.

Al entrar en el pequeño vestíbulo del edificio de apartamentos, Sophie deseó haber sido lo suficientemente valiente como para haber pedido ver la verdadera forma de Burg. Suspirando suavemente, decidió que probablemente habría sido una petición descortés; si él no se ofrecía a mostrársela, entonces no le parecía correcto pedírsela.

Ginsberg bajó corriendo los escalones y se detuvo frente a Sophie, enroscando la cola sobre los pies.

Acuclillándose a su altura, Sophie miró fijamente los brillantes ojos cetrinos de Ginsberg. Durante unos instantes, ambos se observaron en silencio. La franja naranja ardiente que rodeaba sus iris se expandió mientras sus pupilas se contraían en una aguda hendidura al enfocar los ojos de Sophie.

—Ginsberg, ¿eres un metamorfo gato? —le susurró Sophie—. Puedes decírmelo. Ahora sé de este tipo de cosas.

Sophie le miró embelesada a la cara, buscando incluso un pequeño movimiento que delatara la condición de metamorfo de Ginsberg, esperando una respuesta.

—Mrow —le aulló el pequeño felino a Sophie, claramente cansado del improvisado concurso de miradas.

—De acuerdo. Guarda tus secretos —resopló Sophie, abrazando al gato bajo su barbilla—. Vamos a llevarte a casa con tu mami.

CAPÍTULO 8

A Sophie le parecía que la niebla en San Francisco solo tenía dos variedades.

A veces, se extendía sobre la ciudad como un goliat desplegando una alfombra sobre el paisaje. Una vez, cuando estaba en Twin Peaks, Sophie se elevó lo suficiente sobre el resto de la ciudad como para presenciar la niebla que llegaba desde el Pacífico. Parecía un muro impenetrable que se abalanzaba sobre la tierra y la ciudad caía bajo sus pies. Este tipo de niebla se extendía sobre los rascacielos como una gruesa manta de lana gris.

El segundo tipo de niebla se deslizaba silenciosamente por todas las grietas de la ciudad, envolviendo el paisaje hasta cubrirlo todo con su denso y opaco manto. Se posaba en el pelo y en la ropa, haciendo que quisieras envolverte más fuerte con el abrigo para mantener su tacto húmedo lejos de tu piel.

Al salir de la entrada de Cafecita, la niebla besó el rostro de Sophie con labios fríos y húmedos. Mientras Sophie caminaba velozmente por la acera, la niebla se arremolinaba detrás en remolinos y torbellinos, como si fuera un barco surcando aguas oscuras.

Apuesto a que esta noche veremos más víctimas de asesinato que de costumbre, pensó Sophie. Este tipo de niebla hacía sentir a la gente que ocultaría sus pecados. Los pecados de esas personas acababan sobre una mesa en su lugar de trabajo. Ahora su trabajo consistía en ayudar a desvelarlos para atrapar al culpable y asegurarse de que no pudiera volver a hacer daño a nadie. Aunque Sophie no sabía qué ocurría con cada autopsia una vez terminada, le satisfacía saber que había ayudado. No le importaba ser solo una pequeña e insignificante pieza en la maquinaria de la justicia.

Al subir al autobús, Sophie se colocó con cuidado la bandolera en el regazo, sin querer aplastar el bocadillo de jamón que llevaba dentro. Con su primer sueldo, pudo cambiar el bocadillo por uno de

mantequilla de cacahuete. El cheque no llegó demasiado pronto, ya que le esperaba una semana de solo arroz si no conseguía algo de dinero.

Mirando por la ventanilla del autobús, la ciudad se veía oscura y misteriosa más allá del cristal, con altos edificios que se cernían sombríos sobre ella. Las bolas brillantes de las farolas, sofocadas por la espesa niebla, rompían periódicamente la oscuridad con una luz difusa y brumosa. Cada orbe dorado proporcionaba rápida y silenciosamente un respiro momentáneo a las brumosas sombras. Los edificios oscurecidos surgían de la penumbra como lápidas alineadas en un cementerio. Sophie sonrió cuando el autobús pasó junto a un bar, la luz brillante y las voces alegres se derramaron en la noche, era un puerto animado en la oscuridad.

Sophie salió del autobús con un suspiro de alivio, contenta de estar casi en el trabajo. Después de un fin de semana espectacularmente perezoso, por alguna razón, había estado muy nerviosa, con los nervios a flor de piel. A primera hora del día, mientras pagaba el alquiler a Moe, compraba comida para ella y Birdie y hacía recados, Sophie no podía quitarse la sensación de que todo el mundo la miraba de forma extraña. No dejaba de mirar por encima del hombro, preguntándose si la perseguiría una banda de vampiros. La sensación de ser observada había seguido a Sophie a todas partes.

La sensación de picor entre los omóplatos se disipó por fin cuando se acercó a la extraña escultura de metal que había frente al edificio del forense. Contenta de estar por fin casi en el refugio seguro del trabajo, Sophie se detuvo a contemplar la obra de arte. Nunca le había prestado atención hasta ahora. La placa de la base decía que la escultura de metal representaba velas de barco llenas de viento. A Sophie le parecieron secciones de valla plateada congeladas en medio de un tornado invisible.

Al entrar en el vestíbulo, Sophie sonrió al ver que la señorita Zhao iba vestida de pies a cabeza de rosa pastel. Incluso las perlas que cubrían su bonita peineta eran de un suave rosa iridiscente. Sophie levantó la mano en señal de saludo cuando la señorita Zhao la hizo pasar con una pequeña sonrisa enigmática.

—Creo que a la señorita Zhao le divierte mi aspecto de punketa —le dijo Sophie a Ace, asomando la cabeza en el despacho que compartían Fitz y él. Ace levantó la vista de un informe que tenía

sobre la mesa como si las palabras del documento le ofendieran personalmente.

—Tu forma de vestir me parece divertidísima, así que no me sorprende —dijo Ace, con un leve giro de labios que delataba su humor.

—Para, demonio picaflor. Me estás haciendo sonrojar —le espetó Sophie.

Ace miró los vaqueros negros de Sophie con las rodillas rasgadas y levantó una ceja, expectante.

—¿Cómo se llama la señorita Zhao? —preguntó Sophie, ignorando la puya.

Ace se encogió de hombros.

—No creo que tenga nombre. Es simplemente la señorita Zhao.

Cuando Sophie se dio la vuelta para marcharse, Fitz pasó a su lado y entró en el despacho.

—Oye, Fitz. Hoy he cogido algo para ti —dijo Sophie.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó Fitz, sorprendido.

—No es gran cosa. Estaba cerca de Boudin —explicó Sophie, metiendo la mano en su bolsa de mensajero y sacando una bolsa de papel. Fitz prácticamente arrebató el paquete de la mano de Sophie, presionando toda su cara contra la abertura de la bolsa.

—Hmmm, masa madre —Fitz suspiró, aspirando su regalo pastoso como un drogadicto—. Sophie, ¿te gustaría ser mi esposa? Sería un buen marido para ti.

—Él es gay —anunció Ace—. Así que no aceptes esa propuesta.

—No se supone que debas delatar a la gente. Nunca sabes cómo van a reaccionar —sermoneó Fitz.

—Si a ella no le importa que seas un ganso, desde luego no le va a importar una mierda que te gusten las pollas.

—Muy bien, ahora —interrumpió Sophie antes de que ambos pelearan—. No, no me casaré contigo, Fitz. El amor mutuo por el pan no es suficiente para basar una vida juntos. Y, Ace, deja de ser tan imbécil.

—¿Estás hablando de Ace? Creo que he oído la palabra imbécil —dijo Amira al entrar en la habitación. Sophie se dio la vuelta y salió de la habitación antes de que las cosas pudieran subir de tono. Mientras se alejaba, pudo oír cómo Amira y Ace empezaban a discutir.

Después de cambiarse, Sophie cogió sus expedientes de la noche.

Los cotejó con la tabla de la pared y confirmó el número de caso de la primera autopsia programada antes de dirigirse a la nevera. Sophie encontró rápidamente la camilla correspondiente y la llevó a la sala de autopsias.

—¡Sophie! ¿Qué me traes ahí? —exclamó Reggie, levantando la vista de una carpeta manila que tenía en las manos.

—Nuestro primer cliente de la noche.

Sophie aparcó la camilla junto a la mesa de autopsias y abrió la bolsa de cadáveres para que pudieran colocar a la persona en su sitio. El abrumador aroma del océano -una combinación de algas marinas tostadas por el sol, salmuera salada y pescado fresco con un toque de amoníaco y pepino- llenó la sala de autopsias. Sophie sacudió la cabeza, intentando eliminar el olor de sus fosas nasales, mientras miraba intrigada a la mujer de la bolsa para cadáveres.

—Qué raro —dijo Sophie mientras trasladaban el cuerpo de la mujer a la mesa de autopsias—. ¿Por qué huele así?

—Por lo que es ella —dijo Reggie con aire de misterio.

—Déjame adivinar… Debe de ser una criatura marina… ¿Kelpie? ¿Morsa? No, espera, ya lo tengo. ¡Sirena! —Exclamó Sophie—. Huele como una pescadería… Al menos huele a pescado fresco y no a marisco podrido.

—Tienes razón. Era una sirena —confirmó Reggie.

—Qué genial —suspiró Sophie suavemente—. Tan raro, pero aún así… tan genial.

Trabajaron en silencio durante un rato, la tranquilidad solo interrumpida por las ocasionales peticiones de herramientas de Reggie y las llamadas de información para que ella las anotara.

—Un momento… Si es una sirena, ¿dónde tiene la cola? —preguntó Sophie, mirando las piernas de aspecto muy humano de la mujer.

—Excelente pregunta —dijo Reggie, deslizándose fácilmente en su modo mentor—. Las sirenas son un tipo de metamorfo y la mayoría de los metamorfos vuelven a su forma humana cuando mueren.

—¿Por eso tenemos todos estos cuerpos humanos destrozados? Porque estaban luchando en su forma cambiante, como un lobo o lo que sea. Y cuando los matan, vuelven a convertirse en humanos, pero conservan sus heridas.

—Así es —dijo Reggie con expresión complacida. Sophie reprimió

el deseo de acicalarse como la mascota de un profesor.

—Entonces, ¿cómo murió? —preguntó Reggie al cabo de un rato, solicitando otra historia sobre la víctima.

—Hmmm... Déjame pensar —dijo Sophie mientras le entregaba a Reggie un bisturí y observaba el cuerpo de la mujer.

—Mira todas estas heridas en su costado. Creo que son marcas de mordiscos —dijo Sophie, señalando una serie de cortes irregulares y abrasiones en el torso de la mujer.

—¿Mordeduras? —dijo Reggie, mirando más de cerca las heridas —. Puede que tengas razón. Es difícil de decir todavía debido a la extensión de los desgarros. ¿Qué la mordió?

—Un elefante marino —anunció triunfante Sophie.

—¿Qué? —La cabeza de Reggie asomó al examinar las heridas, haciendo que Sophie soltara una risita.

—Sí, se metió accidentalmente en el territorio de un elefante marino macho durante la época de apareamiento. Como era una sirena, pensó que podría escapar corriendo hacia el océano, pero este la siguió y la atacó —explicó Sophie.

—Bueno, ahora sé que nunca debo cruzarme con un elefante marino amoroso. A partir de ahora iré a la playa con más cuidado —bromeó Reggie.

Sophie abrió la boca para replicar, pero fue interrumpida por el chirrido de las bisagras de la puerta, anunciando que alguien entraba en la sala de autopsias detrás de ellos.

—Oh, genial —suspiró Sophie cuando vio a Mac Volpes entrar en la sala.

—Detective Volpes, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó Reggie.

—Necesito hablar con usted, doctor Didel —dijo el detective, dirigiendo a Sophie una mirada agria.

—Tenemos que terminar esta autopsia antes de que pueda hablar con usted. Ya casi hemos terminado. Si quiere, puede esperar en mi despacho o sentarse allí —dijo Reggie, indicando una silla en el otro extremo de la sala.

Con un suspiro de fastidio, el detective tomó asiento. Sophie frunció el ceño, decepcionada, cuando no se dirigió al despacho de Reggie, pero decidió ignorarlo. No le daría la satisfacción de saber que su presencia la molestaba. Reggie y Sophie continuaron la autopsia en

silencio.

—Eh, mira esto —dijo Reggie unos minutos después—. Ven a hacer una foto de esta zona.

Sophie cogió la cámara y se acercó a donde señalaba Reggie.

—Mira esta marca en la parte exterior de su muslo. Estas laceraciones parecen marcas de mordiscos. Qué extraño. Quizá tenías razón —bromeó Reggie, extendiendo la mano para abarcar la zona circular de las heridas, mostrando que la supuesta mordedura era mayor que el tamaño de su mano.

—¿Que un elefante marino la mató? Eso sería increíble —Sophie soltó una risita.

—Nunca se sabe. He oído que los elefantes marinos pueden ser bastante peligrosos —replicó Reggie.

—Quizá la foca pensó que era sushi. ¿Es raro que ahora me apetezca un rollo de atún picante? —Un bufido ahogado procedente del otro lado de la habitación llamó la atención de Sophie. Al mirar, Sophie pilló a Volpes borrando una sonrisa de su cara. Sophie se sorprendió de haber sido capaz de atravesar la solemne fachada de "soy un hombre serio que hace un trabajo serio" del detective.

A lo mejor no está del todo perdido, pensó Sophie dubitativa.

—Sophie, una vez que devuelvas la sirena a la nevera, ¿podrías ver si Fitz necesita ayuda para pesarla y hacerle radiografías? En cuanto termine de hablar con Mac, te buscaré y podremos volver al trabajo —dijo Reggie mientras terminaban los últimos pasos de la autopsia.

—Claro que sí, jefe —dijo Sophie con un alegre saludo, saliendo de la sala de autopsias con la sirena. Tras depositar la sirena de nuevo en la nevera, Sophie se dirigió al despacho de Ace y Fitz.

Quince minutos más tarde, mientras Fitz continuaba con su animado monólogo sobre la importancia de una buena masa madre, Sophie vio abrirse la puerta del despacho de Reggie. Mac entró primero y vio que Sophie le dirigía una mirada. Mac le dirigió una mirada larga y reflexiva, que hizo que la aprensión le recorriera la columna vertebral.

—Cuando los microbios ingieren los azúcares de la harina, exhalan dióxido de carbono. Eso es lo que produce las burbujas. Pronto tendré que traerte a mi madre de masa madre para que la veas —explicó Fitz.

—¿Tu madre de masa madre? —repitió Sophie confundida, desviando la mirada de Mac hacia Fitz.

—Lo siento. Así es como los panaderos llamamos a nuestra levadura madre. Yo tengo la mía desde hace tres años —exclamó Fitz.

—Vaya, eso es increíble —dijo Sophie, tratando de fingir emoción por el bien de Fitz. Miró hacia el despacho de Reggie y vio que Mac se había marchado. Reggie le hizo un gesto para que se reuniera con él —. Lo siento, Fitz, Reggie me necesita.

Prácticamente se alejó de Fitz y se reunió con Reggie delante de la puerta de su despacho.

—Gracias por rescatarme. Si hubiera sabido que comprarle una barra de pan nos convertiría en amigos íntimos, no lo habría hecho. Si alguna vez tengo que volver a oír hablar de la importancia de una corteza densa, será demasiado pronto —le susurró Sophie a Reggie mientras volvían hacia la sala principal de autopsias—. ¿Qué quería Mac? —Hizo pasar la siguiente camilla.

—Solo tenía algunas preguntas de seguimiento sobre una autopsia —dijo Reggie.

—¿Hablaron de mí?

—¿Por qué piensas eso?

—Solo por la forma en que me miró cuando salió de su oficina.

—Creo que está intentando averiguar cómo encajas aquí.

—Siento que mi presencia aquí te está causando problemas —Sophie se encogió internamente.

—De ninguna manera estás causando problemas. Tenerte aquí ha sido de gran ayuda. Me alegro de que trabajemos juntos. Si Mac sigue enfrentándose a ti, házmelo saber y me ocuparé de ello.

Sophie no podía imaginarse al dulce Reggie oponiéndose a Mac. No quería ponerle en una situación incómoda con ese imbécil, así que se prometió a sí misma no ser una fuente de problemas para él.

—Puedo manejar a Mac. Es todo ladrido, nada de mordida. Además, si intenta morderme, le devolveré el mordisco. Y lo haré donde haga falta —se rio Sophie.

CAPÍTULO 9

Sirvió dos copas, asegurándose de añadir una dosis letal de fentanilo a una de las tónicas de vodka. Exprimió un poco más de limón en el vaso para disimular el sabor y se volvió hacia el hombre que descansaba en el lujoso sofá.

Le entregó su bebida adulterada y se sentó a su lado.

—Comparte una copa conmigo. Nunca he hecho esto antes y estoy nerviosa —ella dijo con una pequeña y tímida sonrisa.

Ahogó una sonrisa cuando él le devolvió rápidamente la bebida. Observó al hombre mientras la miraba con ojos brillantes, llenos de excitación reprimida. Su pelo bien recortado le quedaba bien a un vendedor de seguros y su traje ligeramente arrugado le apretaba demasiado la barriga. Le recordaba a un atleta de instituto entrado en años, cuyos músculos, antaño gruesos, se habían convertido con el tiempo en grasa dura.

—¿Es la primera vez que contestas a un anuncio de acompañantes? —le preguntó el hombre, que dijo llamarse Dirk—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Puedes llamarme Blancanieves —dijo ella, dejando que sus labios se curvaran en una sonrisa reservada. Se levantó y empezó a caminar hacia su víctima.

Sophie se despertó sobresaltada.

—Joder —Se restregó las palmas de las manos en los ojos, miró el reloj y gimió al ver la hora. Podía dormir dos horas más antes de tener que levantarse para ir a trabajar, pero no había forma de que volviera a dormirse después de esa pesadilla. No quería pensar en el sueño. Solo recordar cuánto había disfrutado su yo onírico jugando con su víctima la hacía sentir vagamente enferma.

—Estos putos sueños... ¿Por qué tienes que dar tanta vergüenza ajena, cerebro? —preguntó Sophie en voz alta.

Con un resoplido, Sophie descorrió el grueso edredón, uno de los

pocos lujos de su apartamento. La oscuridad impregnaba su dormitorio de sombras, la penumbra estaba creada por la combinación de las cortinas corridas y el incipiente crepúsculo. En la oscuridad, Sophie recorrió con cuidado la habitación hasta llegar a la cómoda, sabiendo de memoria dónde estaba cada cosa en aquel pequeño espacio. Cogió algo de ropa y se dio una ducha rápida.

Después, Sophie echó un vistazo al frigorífico, pero el inquietante sueño la había dejado sin apetito. Sophie echó un vistazo a su estrecho y triste apartamento y se dio cuenta de que no podía pasar ni un minuto más aquí sola con sus pensamientos.

Salió del apartamento y se dirigió al vestíbulo.

—Birdie, ¿estás en casa? —Sophie llamó a la puerta roja y descolorida de su vecina.

—Chica, ¿en más dónde voy a estar? —dijo Birdie, abriendo la puerta.

Sophie agarró a Ginsberg antes de que pudiera escapar al pasillo. Acurrucando al felino en sus brazos, Sophie le rascó bajo la barbilla. El zumbido del ronroneo de Ginsberg hizo más por calmar sus nervios que cualquier otra cosa.

—Birdie, ¿quieres ir al bar conmigo? Te invito a una copa. Podemos fingir que es noche de chicas y armar jaleo —le ofreció Sophie.

—Esta noche dan un nuevo episodio de *The Bachelor*. No me lo puedo perder.

—Por supuesto. No se me ocurriría interponerme entre tú y ese soltero al que le has echado el ojo.

—¡Las cosas que le haría a ese hombre! —Birdie cacareó.

—Tranquila, chica. Probablemente nunca se recuperaría si te apoderaras de él. Lo arruinarías para otras mujeres —bromeó Sophie, devolviéndole a Ginsberg a Birdie.

—Tienes toda la razón, lo haría.

—Tal vez la próxima vez, entonces. Que pases buena noche, Birdie —dijo Sophie, apartándose de la puerta de Birdie.

—Tú también, cariño. Vete al bar y búscate un hombre —le gritó Birdie por el pasillo cuando Sophie se dio la vuelta para marcharse.

~

EL TINTINEO del timbre anunció la entrada de Sophie en el bar. Todos levantaron la vista al oír el ruido, pero volvieron rápidamente a sus bebidas al ver a Sophie en la puerta. Este era el tipo de bar en el que la gente se ocupaba de sus propios asuntos y no buscaba problemas. Y Burg se aseguraba de que siguiera siendo así.

Sophie echó un vistazo al Pulgarcito y vio a algunos clientes solitarios esparcidos por el bar y a un grupo de hombres fornidos sentados alrededor de una de las mesas del fondo. Había algunas caras conocidas, pero aparte de Burg, no conocía a nadie por su nombre. Siempre había alguien en El Pulgarcito bebiendo sus penas con whisky barato o una cerveza negra espesa. Encontrar un taburete en la barra con los dos asientos vacíos obligatorios entre ella y la siguiente persona la situó más cerca de la mesa de hombres de lo que hubiera preferido. No se sentía especialmente cómoda con un grupo de desconocidos sentados a su espalda. Sin embargo, sabiendo que Burg estaba cerca, no tenía por qué preocuparse. Además, no tenía la sensación de que le estuvieran prestando atención.

—Hola, Soph. ¿Qué te sirvo? ¿Quieres lo de siempre? —preguntó Burg, acercándose a Sophie con una toalla blanca de bar echada al hombro.

—Hoy no, Burg. Tengo que ir a trabajar dentro de unas horas y no quiero beber antes. Necesito algo sin alcohol. ¿Quizá solo un refresco? —dijo Sophie.

—¿Qué tal un Lullaby Lady? —Sugirió Burg.

—¿Lullaby Lady? —Sophie repitió—. ¿Qué es eso?

—Es como una versión mítica de tu Shirley Temple. ¿Quieres probarlo? Creo que te gustará —dijo Burg.

—Claro —dijo Sophie encogiéndose de hombros, echando algo de dinero para pagar la bebida y ponerse al día con su cuenta.

Después de unos minutos de juguetear con la bebida, de espaldas a Sophie para que no pudiera verla, Burg volcó un posavasos sobre la barra y depositó un vaso alto frente a ella con una floritura que le recordó una vez más a un antiguo artista de circo.

El contenido del vaso era de un blanco turbio, similar en apariencia a la leche aguada, coronado por una brillante capa carmesí. Mientras Sophie observaba, el flotador rojo se iba filtrando lentamente en el líquido blanco, casi como la sangre empapando la tela.

—Hermoso, pero mortal. Igual que la Lullaby Lady —dijo Burg.

Sophie cogió el vaso, girándolo hacia la luz para admirar la belleza de la macabra bebida. Se la llevó a los labios y bebió un pequeño sorbo. Lo primero que sintió fue una especie de fruta floral, como el lichi o el maracuyá. Al principio era casi perfumado, pero luego el sabor se asentó en su paladar y se transformó en algo más profundo, como un té negro endulzado con miel.

—Está bueno. ¿Qué lleva? —preguntó Sophie, relamiéndose ligeramente los labios, antes de dar otro sorbo más grande.

—Si te lo dijera, tendría que matarte —dijo Burg dramáticamente, enseñándole los dientes.

—Es triste que te creas gracioso —dijo Sophie, poniendo los ojos en blanco—. Lullaby Lady… Es un nombre raro.

—Lleva el nombre de una persona real. Es una Fae considerada tan malvada y sedienta de poder que solo la reina Fae puede dominar su ira. Es el nombre que usan las madres Fae para evitar que sus hijos se porten mal.

—Asi que la Lullaby Lady es como el coco… inventada para asustar a tus hijos y que se porten bien.

—Odio darte la noticia, pero tanto el coco como la Lullaby Lady no son inventados. Son reales. Cada cultura tiene un mito alrededor de una criatura como el coco. Suele basarse en avistamientos de necrófagos o, a veces, de vampiros, según el país —explica Burg.

—¿Los demonios son reales? ¿Se comen a los humanos? ¿Sabes qué? No quiero saberlo. Háblame más de la Lullaby Lady. Suena más interesante.

—Se supone que es hermosa, pero mortal. Aunque no conozco a nadie que la haya visto de verdad. Vive en el reino de los Fae. Hay rumores de que es la asesina favorita de la reina Fae. He oído rumores de que mata a cualquiera que le haya visto la cara, así que solo la reina sabe cómo es.

—Suena increíble. ¿Los Fae son lo mismo que las hadas? Quería preguntárselo a alguien. Todo el mundo habla de hadas esto y hadas lo otro y yo me sigo imaginando a alguien que se parece a Campanita —preguntó Sophie con los ojos muy abiertos.

—Las hadas no son criaturas reales, pero se basaron en los Fae. Si alguna vez te encuentras con un Fae, no saques el tema de las hadas. Los Fae son peligrosos. Algunas personas podrían considerarme una criatura Fae, ya que los ogros se originaron en el reino Fae. Sin

embargo, prefiero considerarme un ogro, una especie totalmente distinta de los Fae. No todos los ogros son buena gente para los humanos, pero algunos de los Fae hacen que los ogros parezcan cariñosos. Los Fae Sídhe propiamente dichos suelen ser seres fríos, hermosos, poderosos y superiores que consideran que todo lo demás está por debajo de ellos. No te metas con ellos —advirtió Burg, inclinándose sobre la barra del bar para susurrarle a Sophie.

—¿Fae Sídhe? —repitió Sophie lentamente. Sonaba como si Burg hubiera dicho Fehaciente.

—Sí, los Fae Sídhe. Por suerte, la mayoría se quedan en el reino de los Fae, en sus cortes y túmulos de hadas, así que es poco probable que nos encontremos cara a cara con uno. Por lo general, solo tenemos a los desterrados aquí en este reino. Y sus descendientes —Burg abrió la boca, claramente dispuesto a lanzar más advertencias, pero un hombre al otro extremo de la barra levantó y agitó su vaso vacío.

—Mantente alejada de los Fae, ¿vale? —le dijo Burg a Sophie, cruzando sus gruesos brazos sobre el pecho.

—De acuerdo, Burg. Me mantendré lejos de los Fae —prometió Sophie, levantando ambas manos en señal de rendición—. ¿Cómo voy a saber siquiera que estoy tratando con un Fae? ¿Tienen un aspecto diferente?

—Bueno, si fueras un Fae, podrías sentir su magia. Pero como eres humana, no tienes forma de saberlo. Muchos de ellos tienen un gran poder mágico, por lo que pueden ser muy peligrosos.

—¿Se ven diferentes de un humano?

—Casi siempre parecen humanos. Son esnobs, así que suelen vestir de forma lujosa. Suelen ser ricos, sobre todo las familias antiguas. La mejor forma de detectar a uno -si no puedes sentir su magia- es que suelen vestir de forma anticuada, y tienden a tratar a todos los humanos como sirvientes —aconsejó Burg.

—Oookay. Creo que es suficiente información para mí —susurró Sophie en voz baja antes de dar otro sorbo a su Lullaby Lady.

—Estoy harto, es todo lo que digo. Es una puta mierda, y lo sabes —dijo una voz áspera desde detrás de Sophie.

Mirando hacia la pared de espejo antiguo que había sobre la barra, Sophie localizó la voz. El reflejo moteado mostraba a un hombre de pelo desgreñado y piel rojiza y curtida sentado a la mesa redonda a unos metros detrás de ella.

—Nos están echando de Forest Knolls. Pronto solo tendremos el Golden Gate Park y el Presidio para correr. Si siguen intentando expulsarnos, acabaremos teniendo que ir a Marin County o a Muir Woods. Y ya sabes cómo son las putas manadas allí arriba —gruñó el hombre.

—¿Qué quieres que hagamos? No tenemos influencia ni poder. No quiero acabar como Zee —dijo otro hombre con el pelo rubio dorado rapado cerca del cuero cabelludo.

Todos los hombres parecían recién llegados de un trabajo manual, a juzgar por sus polvorientos y mugrientos pantalones utilitarios y sus botas de trabajo bien usadas.

—Deberíamos llevarlo al Cónclave. Tienen que saber lo que está pasando —dijo el primer hombre.

—Estás haciendo demasiado ruido, Wayne —dijo el hombre de cabeza desgreñada. Sophie abandonó rápidamente su atención del espejo a su bebida antes de que la pillaran escuchando a escondidas.

Sophie se despidió de Burg con la mano y ya se le hacía la boca agua al pensar en un gran tazón de ramen de la casa de fideos de unas manzanas más allá. Tenían algunas sopas lo bastante baratas como para no hacer demasiada mella en su presupuesto.

Al salir, Sophie sintió una presencia a unos metros detrás de ella. Sin embargo, su intuición de peligro no sonaba. Mirando con cuidado por encima del hombro, vio al hombre rubio salir del bar justo detrás de ella, tropezando ligeramente. Al alejarse rápidamente, Sophie miró al hombre y lo sorprendió orinando en la esquina delantera del edificio, donde los ladrillos se juntaban con la acera.

Resoplando, Sophie gritó:

—Burg odia que meen en su bar.

El hombre levantó la vista de la intensa concentración en su chorro de orina para ver a Sophie agitándole un dedo acusador. El hombre le dedicó a Sophie un encogimiento de hombros, una gran sonrisa de comemierda y un guiño lascivo. Meneando la cabeza, Sophie giró sobre sus talones para dejar al hombre con su fiesta de orina de borracho.

CAPÍTULO 10

Cuando Sophie se acercó al edificio del forense, divisó una silueta cubierta de gabardina con un andar arrastrando los pies que le resultaba familiar.

—¡Reggie! Espérame —dijo Sophie, trotando para alcanzar a su amigo.

Al entrar en el pasillo principal, Sophie vio a Ace y Mac delante, enfrentados. Ambos se fruncían el ceño y discutían en voz baja y enfadados. Sophie intentó discernir lo que decían, pero estaba demasiado lejos para captar ninguna palabra.

Creía que los dos reyes de la irritabilidad se llevarían como dos bichos en una alfombra, pensó Sophie, observando cómo los hombres se cuadraban como perros de chatarrería dispuestos a pelearse por las mismas sobras.

—Tengo que hablar con los dos —dijo Mac, sin apartar la mirada de Ace para confirmar de quién se trataba. Poniéndose en pie, Mac se dirigió por el pasillo hacia el despacho de Reggie. Ni siquiera se molestó en mirar si le seguían.

Sophie miró a Ace e hizo la mímica de soplarse los sesos con dos dedos, haciéndole resoplar. Ace convirtió rápidamente su resoplido en una tos cuando Mac le devolvió la mirada con el ceño fruncido.

Reggie tomó asiento en su escritorio de metal gris y Sophie se sentó en una de las dos sillas frente a él. Mac se paseaba de un lado a otro de la habitación, cada vez más agitado. Las pocas veces que Sophie había estado cerca de Mac, lucía una barba desaliñada y el pelo alborotado, pero ahora parecía completamente desarreglado, como si se hubiera revolcado en su traje. Tenía ojeras.

—¿Qué podemos hacer por ti, Mac? —preguntó Reggie después de aclararse delicadamente la garganta.

Mac se congeló en medio de su agitado paseo como si alguien le hubiera tirado del cable de alimentación; luego giró sobre sí mismo

apuntando con un dedo a Sophie.

—Explícame cómo supiste lo de la sirena.

Sophie se quedó mirando a Mac un momento, confundida, y luego miró a Reggie para ver si entendía lo que estaba pasando mejor que ella. Vio su incertidumbre reflejada en la cara de Reggie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Cómo sabías que un elefante marino mató a la sirena? Pensé que estabas bromeando. Imagina mi sorpresa cuando todo el mundo en mi departamento hablaba esta mañana de la estúpida mujer que tropezó con el territorio de apareamiento de un elefante marino y se mató. Cuando trajeron el cadáver anoche, no era de dominio público. Así que explícame cómo lo sabías —exigió Mac.

—Estaba bromeando. No creía que la hubiera matado un elefante marino. Eso es absurdo. Me inventé lo más ridículo que se me ocurrió porque quería hacer reír a Reggie. Es solo una muy, muy extraña coincidencia que un elefante marino matara a la sirena. Es imposible que supieras la verdad.

—Vale. Digamos que te creo —dijo Mac, mientras Sophie resoplaba exasperada—. Digamos que solo fue una extraña suposición afortunada. Explícame cómo supiste lo del vampiro.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sophie, con la aprensión subiéndole lentamente por la garganta.

—El vampiro estaqueado. Resulta que realmente tenía una novia humana secreta llamada Bridgette. Nadie sabía que existía, ni siquiera el Domus de Montgomery. La única razón por la que la encontré fue porque decidí investigar un poco por Twin Peaks después de enterarme de la muerte de la sirena. Te oí decir que Montgomery fue secuestrado en Twin Peaks. Su cuerpo fue descubierto en el parque Golden Gate. Twin Peaks no estaba en el radar de nadie. ¿Adivina qué encontré después de investigar un poco? Una novia humana secreta llamada Bridgette Hudson que vivía en Twin Peaks. ¿Cómo sabías todos estos detalles?

Sophie se quedó congelada en la silla con la boca abierta, la mente dándole vueltas en mil direcciones distintas a la vez.

—¿Su… su nombre era realmente Montgomery? —preguntó Sophie en voz baja.

Mac movió la cabeza afirmativamente. Sophie miró a Reggie con impotencia.

—Me lo estaba inventando, lo juro. Me inventaba historias para entretenernos. Tienen que creerme. No sabía nada de esos asesinatos. Por favor, dime que me crees, Reg —Sophie se volvió, juntando las manos con tanta fuerza que su piel parecía estirada sobre los nudillos.

—Claro que te creo…

—Sé que no cometiste esos asesinatos —dijo Mac, interrumpiendo las palabras tranquilizadoras de Reggie—. Cuando agarraron al vampiro en Twin Peaks y luego lo tiraron en el parque Golden Gate, tú estabas aquí trabajando. Lo comprobé. Era imposible que tu ausencia no se hubiera notado. Agarrar a un vampiro, clavarle una estaca y deshacerse de su cuerpo habría llevado el tiempo suficiente para que alguien de aquí se hubiera dado cuenta de tu ausencia. Ya hablé con Reginald ayer, y se puede dar cuenta de tu paradero durante toda la noche del asesinato del vampiro. No habrías podido salir del edificio sin que la señorita Zhao se diera cuenta. Te seguí el día que murió la sirena, así que sé que no estabas allí. Además, hubo un testigo de su asesinato. Mi pregunta es: cómo sabías todos los detalles sobre sus muertes. ¿Alguien te ha estado dando información?

—No hablo con nadie de los detalles de los casos en los que trabajamos, lo juro. ¿No podrían ser todo extrañas coincidencias? —preguntó Sophie, sabiendo en el fondo que no parecía probable. El hecho de que Mac la siguiera el otro día explicaba que se sintiera observada.

—Tengo una idea —dijo Reggie. Tanto Mac como Sophie lo miraron expectantes, así que Reggie continuó—: Mac, si tienes acceso a todos los informes policiales, le diré a Amira que saque los archivos de todos los casos de autopsia en los que Sophie y yo hemos trabajado. Intentaremos recordar las historias que Sophie contó sobre cada muerte y podrás comparar sus historias con los informes. No nos cuentes los detalles de los informes para que podamos determinar si ella ha acertado en las circunstancias de alguna otra muerte.

—Reg, esto es estúpido. No necesitamos hacer esto. No eran más que tontas historias inventadas —dijo Sophie, la aprensión hacía que sus palabras fueran pequeñas y rápidas.

—No estoy de acuerdo. Tenemos que ver si fue solo una casualidad. Si las otras historias no coinciden con los informes policiales, entonces lo sabremos con certeza. Pero si los otros asesinatos coinciden… puede que esté pasando algo más gordo, y

tenemos que averiguar qué es —dijo Reggie. Apretó el hombro de Sophie mientras se dirigía a buscar a Amira para que sacara todos los archivos de la última semana y media.

Mientras Sophie se acurrucaba hacia delante y apoyaba la frente en las rodillas, Mac se aclaró la garganta y anunció que tenía que coger su portátil. Su orden de no salir del despacho hizo que Sophie le diera la espalda sin decir más nada.

Cuando Mac regresó, Sophie se volvió hacia él.

—Entonces, ¿qué significa esto? O soy sospechosa de asesinato o tengo un poder sobrenatural. ¿Son esas mis únicas putas opciones?

—No serías la primera humana en tener poderes. Suele significar que había un Mítico en algún lugar de tu ascendencia —dijo Mac. Mirándola con los hombros caídos, dijo—: ¿Sería tan malo tener poderes? Podrías hacer algo bueno con ellos.

—No quiero una vida complicada. Solo quiero ayudar en las autopsias, salir con mis amigos y, de vez en cuando, beber whisky en el bar del ogro de mi barrio. ¿Es mucho pedir?

Mac dirigió a Sophie una mirada comprensiva que ella no apreció lo más mínimo. No quería la compasión de ese imbécil. Sobre todo porque, en su opinión, todo era culpa suya.

—Tengo una pregunta —dijo Sophie tras un pequeño silencio incómodo—. Si resulta que el resto de las historias no coinciden, ¿qué significa eso para mí? ¿Seré sospechosa de asesinato?

—No para la sirena, obviamente. Pero tendremos que averiguar cómo conocías todos los detalles de la muerte de Montgomery. No puedo pasar por alto el hecho de que conocías detalles específicos. Pero no te preocupes por eso todavía. Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Sophie resopló molesta. *Para él es fácil mostrarse indiferente cuando no es su vida la que se está trastocando.*

Reggie volvió a entrar apresuradamente, cargado con un montón de carpetas. Acercó la silla de Sophie a su escritorio y se sentaron uno al lado del otro, con Mac separado de ellos por el voluminoso escritorio.

Reggie apiló los expedientes uno a uno, manteniéndolos en el mismo orden en que se habían realizado las autopsias, empezando por el primero de Sophie.

—¿Cuándo empecé a contar las historias? —le preguntó Sophie,

tratando de recordar—. Espera... creo que me acuerdo. ¿Fue aquel tipo sin cabeza? Recuerdo que bromeaba diciendo que los asesinos le habían cortado los tatuajes.

Al hojear la pila, Reggie localizó el expediente correcto y le dijo a Mac el número del caso. Mientras Mac tomaba notas en su libretita, Reggie y Sophie le contaron los detalles de la historia que Sophie se había inventado sobre el cadáver sin cabeza.

Cuando llegaron a la autopsia en la que conoció a Mac, Reggie empezó a trasladarla a la creciente pila de expedientes revisados.

—Espera. ¿Tenías una historia sobre este? —preguntó Mac—. Recuerdo que dijiste algo sobre un “monstruo enviando un mensaje”. ¿Cuál habría sido tu historia sobre este asesinato? Este era mi caso, y me gustaría escuchar tus pensamientos sobre la muerte de la víctima.

—No lo sé. Cualquiera que fuera la historia que iba a contar, ha desaparecido. No recuerdo lo que iba a decir —Sophie se encogió de hombros disculpándose.

—Hmmm. Quizá necesites estar en presencia del cadáver para conocer su historia —sugirió Reggie.

—Estás dando por hecho que esto no es una pérdida de tiempo y que estoy adivinando correctamente estas historias —dijo Sophie.

—Pasemos a la siguiente —gruñó Mac—. No puedo pasar aquí toda la noche mientras ustedes dos recuerdan. Apenas he dormido en las últimas veinticuatro horas.

—¡Siento mucho que te molestemos! ¿Qué tal si te...?

—Ninguna de las autopsias programadas para esta noche es de alta prioridad. Creo que resolver esto tiene prioridad. Podremos hacer nuestro trabajo sin problemas —interrumpió Reggie rápidamente. Mac hizo un gesto imperioso con la mano para que continuaran. Sophie abrió la boca para decirle a Mac precisamente lo que pensaba de su actitud cuando Reggie le llamó la atención y negó minuciosamente con la cabeza. Suspirando derrotada, Sophie volvió al siguiente expediente. Reconocía que sus ganas de pelearse con Mac provenían del deseo de no tener que enfrentarse a la posibilidad de que sus historias fueran otra cosa que inventadas.

Como normalmente solo hacían entre cinco y seis autopsias por turno, había menos de cuarenta expedientes que revisar. Revisar las autopsias le llevó a Sophie treinta de los minutos más largos de su vida.

—Bueno, Mac, dinos. ¿Alguna de las historias de Sophie era correcta? —preguntó Reggie después de cerrar el último expediente. Sophie agradeció que dijera algo, ya que sus cuerdas vocales parecían congeladas.

Mac dejó el portátil a un lado y cogió su cuaderno. En silencio, Mac hojeó sus notas, repasando su información. Sophie apenas pudo contenerse para no saltar sobre el escritorio y darle un puñetazo de impaciencia.

—De las 31 historias, 27 son correctas. Uno de los asesinatos está sin resolver, así que no hay suficientes detalles para confirmarlo. Me pondré en contacto con el detective en jefe. Acertaste algunos detalles menores en los otros tres, pero la mayor parte de tu historia no se corresponde con el informe policial. Así que parece que tu don no es infalible —declaró Mac.

—Don... —balbuceó Sophie.

—Si suponemos que estas cifras reflejan tu precisión habitual, puedes acertar más del 80% de las veces —continuó Mac.

—Pero... solo eran historias. No son reales —susurró Sophie, mirando horrorizada a Mac.

—¿No lo ves, Sophie? Esto es increíble. ¡Puedes hacer tanto para ayudar! —exclamó Reggie.

Al mirar la cara de Sophie, la expresión encantada de Reggie se transformó en consternación, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Oh, Sophie. Todo va a ir bien —dijo Reggie, abrazándola. Sophie, que normalmente no era del tipo sensible, se aferró a los hombros de Reggie durante un largo rato, tragando grueso para controlar sus emociones. De ninguna manera Sophie iba a llorar, sobre todo delante del rudo detective, que parecía decididamente incómodo con su exhibición.

—Estoy bien. En serio, estoy bien. Gracias, Reg —dijo Sophie, retirándose.

Volvió a acomodarse en la silla y se frotó las sienes, tratando de evitar un dolor de cabeza provocado por el estrés.

—Vale, ¿qué pasará ahora? —preguntó, mirando fijamente a Mac.

—Por ahora, quiero que los dos sigan como siempre. Tengo que hacer un seguimiento de estos tres casos que no coinciden con tus historias. También quiero ver qué puedo averiguar sobre el asesinato

sin resolver. Mientras tanto, quiero que sigas contándole a Reggie tus historias sobre cada autopsia, y luego me las envíen. Si puedes encontrar una forma de grabarlas, hazlo. Quiero asegurarme de que no se olvide ni se pase por alto ningún detalle. Cuando tenga más información, volveré. Además, no le digas a nadie lo que puedes hacer todavía. Tenemos que decidir juntos qué hacer con tu don. No se lo digas a nadie, Sophie - ni a tus compañeros de trabajo, ni a tu familia, ni a tu amigo ogro. A nadie. ¿Entendido?

—Claro que sí, papá. ¿Me vas a castigar si no obedezco? ¿Quizá quitarme las llaves del coche? —dijo Sophie, con voz burlona.

—No eres tan graciosa como te crees. Solo para reiterar, hasta que consigamos controlar esto, tenemos que mantenerlo en secreto. Hay gente peligrosa en esta ciudad que estaría encantada de utilizarte o eliminarte si supiera lo que puedes hacer —gruñó Mac—. Hablando de lo que puedes hacer... ¿Hay algún otro talento oculto que poseas? ¿Has sido capaz de ver el futuro o de influir en el estado de ánimo de los demás?

—Bueno, parece que soy capaz de molestarte mágicamente.

—Sí, ese parece ser un talento exclusivo tuyo. ¿Y tus instintos? ¿Sientes el peligro o adivinas fácilmente las intenciones o la personalidad de la gente?

—No lo sé. Quiero decir, me di cuenta enseguida de que eras un imbécil —se burló Sophie.

—Sophie... —Mac empezó a gruñirle.

—Vale, vale. Lo siento, es que eres tan fácil de irritar. Sí, a veces tengo fuertes instintos sobre la gente o las situaciones. Pero no sé si es diferente o más fuerte que la intuición de una persona normal —dijo Sophie, levantando las manos en señal de derrota.

—¿Y los sueños? ¿Alguna premonición? —preguntó Reggie.

—No tengo premoniciones de ningún tipo. Sin embargo, tengo un sueño recurrente en el que soy una asesina en serie que trabaja en Disneylandia como Blancanieves. De vez en cuando, también sueño que soy una despiadada corredora de bolsa —dijo Sophie, haciendo reír a Reggie.

—Puedo imaginarte como Blancanieves, pero no puedo imaginarte con traje —Reggie se rio.

—Blancanieves del mundo bizarro, quizá. Repartirías las manzanas envenenadas en lugar de comértelas —dijo Mac, haciendo que Sophie

resoplara divertida—. De acuerdo, voy a salir. En cuanto tenga más información, los veré aquí.

Sin decir nada más, Mac se dio la vuelta y salió del despacho. Sophie miró la grapadora que Reggie tenía sobre la mesa y fantaseó con tirársela a Mac a la nuca. Suspiró, sabiendo que, en el fondo, Mac no tenía la culpa de que una información abrumadora rondara su cabeza. Lo único que hizo mal fue darse cuenta de que las historias podían ser reales.

—Sé que esto es mucho —dijo Reggie suavemente—. Pero puedes hacerlo. Puedes ayudar a la gente. La misma mujer que intentó rescatar a una zarigüeya acorralada y darle una manzana es el tipo de persona que utilizaría su don para ayudar a la gente. Creo en ti, Sophie.

—Solo quiero ser normal, Reg —susurró Sophie.

—Nunca fuiste normal, Soph —le susurró Reggie como si le estuviera confiando un secreto bien guardado.

—Ay. Pero es verdad —se rio Sophie—. Vale, basta ya de esta mierda de fiesta de lástima. Vamos a abrir algunos cadáveres.

—Esa es mi chica.

El resto de la noche fue un poco surrealista para Sophie. Reggie usó su teléfono para grabar sus historias mientras trabajaban. Prometió encargarse de enviar las grabaciones a Mac. Ella se alegró de no tener que preocuparse por eso. Durante las dos primeras autopsias, los relatos salieron rebuscados y torpes hasta que Reggie y Sophie empezaron a relajarse y a entrar en el extraño ritmo de su trabajo.

Cuando se sentaron a comer, ni Reggie ni Sophie participaron mucho en la conversación, cada uno estaba perdido en sus propios pensamientos. Por suerte, nadie pareció darse cuenta de que estaban inusualmente callados. Una acalorada discusión entre Ace y Amira desvió la atención de ellos.

—No me importa que sientas la necesidad de lavar obsesivamente tu comida como el roedor obsesivo compulsivo que eres. Esa no es la cuestión. La cuestión es que estás tirando agua por todas partes. Lo menos que podrías hacer es fregarla, para que la sala de descanso no sea un peligro. Alguien podría resbalar —se burló Amira.

—No puedo creer que te atrevas a llamarme desconsiderado cuando dejas esta sala apestando como una pescadería. Todos. Todos los días —le espetó Ace, enseñándole los dientes a Amira en un

gruñido incipiente—. No soy un roedor. No voy a aguantar esa mierda especista de los reinos Apex, así que desde luego no voy a aguantar esa mierda de ti. Sabes que no es así. Los reinos menores tienen que permanecer juntos y guardarse las espaldas. ¿O eres demasiado buena para el resto de nosotros, felino?

—¿Reino Apex? ¿Reinos menores? ¿Qué es eso? —preguntó Sophie, con la esperanza de evitar una pelea. La forma en que Ace y Amira habían empezado a levantarse de sus asientos no auguraba una resolución pacífica. Intelectualmente, Sophie sabía que no llegarían a las manos, pero podía imaginar que ambos tenían los pelos de punta.

—En el mundo de los metamorfos, hay un poco de jerarquía. Los principales depredadores, como los lobos, los osos y los grandes felinos, pertenecen a un reino. El reino menor está formado por otros metamorfos que no son depredadores superiores. Como nosotros, por ejemplo, una zarigüeya, un mapache, un ganso y un gato —dijo Reggie, señalando a cada uno de los comensales—. Hay bastantes de nosotros, de los reinos menores, en este reino. A pesar de ser más numerosos, las otras especies nos tratan a menudo como si fuéramos extraños e inferiores.

—¿Es Mac un metamorfo Apex, ya que es un zorro? —preguntó Sophie.

—Está en la cúspide. No es considerado un depredador Apex por el reino superior, a pesar de ser un animal depredador. Pero tampoco encaja en el reino inferior con el resto de nosotros —dijo Reggie.

—Es todo mentira, por supuesto. No existe ningún “reino menor”, y si utilizas ese término, significa que eres imbécil. La jerarquía no existe realmente, todo está en sus cabezas. Cuanto más grande es el depredador, más grande es su ego. Los lobos son los peores porque son los más famosos —dijo Fitz—. Son todas esas malditas novelas románticas, digo yo.

—Y no te olvides de los Fae que tratan a todos los reinos metamorfos como si fueran inferiores —intervino Ace.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Sophie.

—Los Fae usaron su magia para crear metamorfos que fueran sus sirvientes y guerreros. Solían poseer a los metamorfos —explicó Amira.

—¿Como esclavos? —preguntó Sophie con desagrado.

—Sí, exactamente como esclavos. Hacían que los metamorfos

superiores lucharan por ellos, cazasen, custodiasen. A los metamorfos menores los utilizaban para diversos fines —respondió Amira.

—¿Como qué?

—Depende de la raza. Exploración, trabajo doméstico, asesinos... a veces solo como mascotas. Fue hace tanto tiempo que ahora son solo especulaciones —dijo Amira encogiéndose de hombros—. Pero muchos Fae siguen actuando con superioridad hacia los metamorfos, y nuestra historia con ellos tiene mucho que ver con eso. Eso, y que los Fae suelen ser unos imbéciles arrogantes.

—¿Y los humanos? ¿Dónde encajan? —preguntó Sophie.

Miró alrededor de la mesa mientras nadie respondía. Todos parecían incómodos y vagamente avergonzados.

—Ni siquiera contamos, ¿verdad? —preguntó Sophie con creciente comprensión.

—Bueno... —dijo Ace, aclarándose la garganta—. La fuerza y el poder es lo que cuenta con los míticos. Cuanto más grande o peligroso es el individuo, más se le respeta. Por ejemplo, los metamorfos son físicamente fuertes, tienen dientes y garras; somos más rápidos, más fuertes y nos curamos rápido, incluso los metamorfos de menor reino. Sin embargo, respetamos a los Fae porque algunos de ellos tienen un poder inimaginable.

—Muy bien. Entonces, ¿qué pasaría si un pequeño grupo de vampiros se enfrentara a un ogro? Si el ogro les dijera que abandonaran su territorio, lo harían, ¿verdad? ¿Porque el ogro es más fuerte o más poderoso que ellos? —preguntó Sophie, recordando la interacción entre Burg y Fabio.

—Tendría que ser un vampiro muy viejo y muy poderoso para estar dispuesto a enredarse con un ogro. O al menos un grupo considerable de vampiros —dijo Amira encogiéndose de hombros.

—¿Significa eso que los humanos son los más débiles y menos poderosos? Para un vampiro, ¿los humanos no son más que bocadillos calientes y meneantes que a veces intentan huir? —aclaró Sophie.

—¿Un humano individual? Sí. ¿Pero toda la humanidad? Hay mucha fuerza en el gran número de humanos que hay en este reino. Para estar a salvo, los míticos deben permanecer en secreto. Hay algunos individuos en la comunidad mítica que creen que debemos gobernar sobre los humanos. Creo que esas personas están cortejando la extinción. Yo solo quiero trabajar aquí y vivir mi vida —dijo

Reggie.

—Bueno... este débil, indefensa y tierna humana está lista para volver al trabajo. De todas formas vamos retrasados por culpa de Mac —dijo Sophie, poniéndose en pie—. Por cierto, esos tipos que se creen mejores que ustedes porque piensan que su lado animal es más grande o más malo... Pueden ir a freír frijoles. Lo que ustedes son y lo que pueden hacer... Francamente, es jodidamente increíble.

Tirando la basura a la papelera, Sophie salió del comedor, deteniéndose delante del gráfico para ver qué autopsia estaba programada a continuación.

—Soph, espera —le dijo, poniéndose a su lado cuando se detuvo frente a la sala de autopsias.

—Gracias —dijo Reggie—. Eso significó mucho para nosotros. Estamos hartos de cómo nos tratan a veces los metamorfos Apex; agradecemos tus palabras. Y no pensamos que los humanos sean menos. Y menos a ti. Eres nuestra amiga.

—Ustedes también son mis amigos —dijo Sophie—. Ahora basta de esta mierda de sentimientos sensibleros. Vamos a cortar un cadáver.

~

AL BAJAR DEL AUTOBÚS, Sophie admiró la niebla matinal que se levantaba lentamente de la calle. Pronto, el calor del sol ahuyentaría las últimas briznas de niebla que aún se aferraban obstinadamente a los edificios y las aceras. Miró brevemente a la derecha, donde la esperaban Cafecita y su cama, Sophie giró sobre sus talones y se dirigió a la izquierda. Con las revelaciones de la noche anterior, era imposible que pudiera conciliar el sueño pronto. El cansancio y un dolor de cabeza tenso rondaban sus sienes, pero no podía soportar la idea de entrar en su apartamento vacío con la única compañía de sus pensamientos.

Su camino la llevó a una pequeña tienda de curiosidades en Leavenworth. Libros, sombreros y estantes de artículos aleatorios salían de la oscura puerta hacia la acera como una maleta reventada. Al entrar, el estrecho espacio rebosaba de ropa, armarios repletos de libros usados y cientos de sombreros apilados hasta el techo. Con un solo pasillo, apenas cabían Sophie y su bandolera. Casi parecía que se hubiera metido en el desbordante armario de un acaparador. En el

escaparate había varios expositores giratorios repletos de brillantes joyas de fantasía.

Un hombre mayor y delgado, con una mata de pelo castaño oscuro que asomaba por encima de una gorra de béisbol, asomó la cabeza desde detrás de una pequeña vitrina, sobresaltando a Sophie.

—Hola, bienvenida. ¿Buscas algo en particular? —dijo el hombre con voz cálida y suave.

—Solo estoy echando un vistazo —respondió Sophie, moviendo la cabeza con asombro ante aquella extraña tienda. Se sentía como si hubiera entrado en una realidad de bolsillo, separada del resto del mundo.

Sophie se dio la vuelta con cuidado de no golpear un expositor colgante repleto de bolsos de todos los tamaños y colores. Estaba a punto de volver a los espacios abiertos de la calle cuando algo llamó su atención. Un ojo cetrino casi parecía mirarla desde detrás de un montón de gafas de sol en una estantería. Hurgando con los dedos entre el desorden, apartó el caótico revuelto de su camino. Sophie deslizó con cuidado una taza de té y un plato hasta la parte delantera de la polvorienta estantería. En el exterior de la delicada taza de porcelana había un gato pintado a mano que se parecía mucho a Ginsberg.

Sophie cogió la taza de la estantería y la examinó en busca de desperfectos. Aunque estaba claro que se trataba de un objeto artesanal, la imagen del gato era pintoresca y estaba cuidadosamente detallada. Ni la taza ni el platillo parecían tener un solo rasguño o arañazo. Cuando Sophie echó un vistazo al fondo de la taza, estuvo a punto de perder el agarre del asa y dejarla caer.

Sophie se rio a carcajadas y admiró las delicadas palabras en cursiva pintadas en el interior: “Gatita Traviesa”

Incapaz de contener la sonrisa, Sophie llevó el tesoro perdido al hombre que esperaba junto a una caja registradora anticuada. Sophie pagó alegremente al dueño de la tienda los escasos dólares que figuraban en el fondo del platillo. Envolvió todo meticulosamente en papel de periódico después de echar una mirada de admiración al conjunto. Con una sonrisa de complicidad, le entregó el paquete a Sophie.

Sophie corrió hacia Cafecita, deseando ver la reacción de Birdie ante el regalo. También estaba emocionada por tener una

conversación humana normal, sin una pizca de cosas mágicas, con una dulce anciana de mente sucia.

CAPÍTULO 11

Apenas una hora después de empezar su turno al día siguiente, el teléfono de Reggie sonó con fuerza mientras terminaban una autopsia.

Despojándose de sus guantes desechables, Reggie cogió el teléfono y miró la pantalla un momento antes de teclear algo rápidamente. Sophie sonrió al ver cómo la lengua de Reggie asomaba por la comisura de sus labios en señal de concentración mientras tecleaba.

—El detective Volpes llegará dentro de una hora. Quiere reunirse con nosotros —informó Reggie a Sophie—. Creo que podemos hacer otra autopsia antes de que llegue.

—De acuerdo, jefe. Déjame ir a buscar al siguiente cliente —dijo Sophie con ligereza, intentando disimular sus repentinos nervios.

La hora siguiente se alargó y pasó volando al mismo tiempo. No ayudó que Sophie se sorprendiera a sí misma mirando el gran reloj de la pared cada pocos minutos. Después de una limpieza rápida, pero minuciosa, de terminar el papeleo y de devolver el cuerpo a la nevera, Sophie se dirigió al despacho de Reggie arrastrando los pies.

Al entrar en el pequeño despacho, Sophie respiró aliviada al ver que Mac aún no había llegado, aunque solo se trataba de un aplazamiento temporal en el mejor de los casos. Sophie intentó sentarse para relajarse, pero casi tan pronto como su trasero tocó el asiento de la silla, se levantó de un salto. Empezó a pasearse por el despacho, como Mac el día anterior. Tenía los ojos oscuros por la preocupación y el estrés.

—Mac dice que llegará en unos minutos. Está en el vestíbulo esperando a que la señorita Zhao le avise —dijo Reggie, mirando a propósito su teléfono para dejar espacio a Sophie.

—En realidad, tengo una pregunta —dijo Sophie, aferrándose a un pensamiento distractor—. ¿Por qué no tienen más seguridad en este edificio? Muchas de estas autopsias podrían llevar a alguien a la cárcel, uno pensaría que estarían mejor protegidas. Todo lo que

tenemos son timbres y la señorita Zhao.

—La señorita Zhao es seguridad más que suficiente. Solo alguien extremadamente tonto intentaría burlarla por la fuerza —confió Reggie.

—¿La señorita Zhao? —repitió Sophie, pensando en la mujer que llevaba tacones de gatito y un traje pantalón de lana.

—Ah, sí. Es una dilong —dijo Reggie, como si Sophie debiera saber lo que eso significa.

—¿Una qué?

—Un dilong es un dragón de tierra chino. Solo un tonto, o alguien con ganas de morir, intentaría luchar contra un dilong —dijo Reggie, haciendo que Sophie girara la cabeza para mirarle incrédula. Sophie sintió que sus ojos se abrían como los de un búho, pero no pudo controlar la reacción.

—Un dragón. Como un dragón vivo de verdad —repitió Sophie, deseando desesperadamente ir a mirar embobada a la señorita Zhao como un tigre en un zoológico. Sophie era incapaz de imaginarse a la señorita Formal y Correcta como un dragón escamoso y poderoso... Aunque había algo sabio y formidable en los ojos de la señorita Zhao.

Antes de que Sophie pudiera formular todas las preguntas que se agolpaban en su cerebro, la puerta del despacho se abrió de golpe y Mac se coló en el interior.

—¿Sabías que la recepcionista es un dragón? —le preguntó Sophie, intentando que su voz no reflejara asombro.

—Ah, sí. Quien la haya contratado para vigilar la entrada es un genio. Nadie va a poder colarse entre un dilong, y lo lamentarán muchísimo si lo intentan. Solo recuerda que el respeto y los modales son muy importantes para los dragones chinos. No querrás caerles mal.

Sophie se dejó caer en una de las sillas del despacho mientras Mac ocupaba la otra y sacaba su cuaderno. Mientras Sophie lo observaba repasar rápidamente sus notas, se devanaba los sesos intentando recordar si alguna vez se le había escapado algo de la boca delante de la señorita Zhao. No recordaba ningún caso en el que hubiera sido grosera, pero tomó nota mental de que trataría al dragón con cuidado.

Mac aún parecía cansado y necesitaba domar su pelo, pero su traje oscuro parecía recién planchado con arrugas marcadas. Mientras él recorría con la mirada los escritos que se agolpaban en las páginas,

Sophie se tomó un momento para admirar disimuladamente lo que la americana hacía por sus hombros. A menudo, un traje disimulaba el físico de un hombre, pero esta chaqueta resaltaba muy bien la anchura de sus hombros.

Apuesto a que se hace los trajes a medida para que le queden tan bien, pensó Sophie, dejando que sus ojos se detuvieran un momento más.

—Esto es lo que he encontrado hasta ahora —anunció Mac—. Tu historia sobre el asesinato sin resolver podría ser correcta. Aún es pronto para saberlo, pero esta mañana me he pasado por aquí para hablar con el detective que preside el caso. Le señalé que podría haber un agujero en la coartada del novio. No le gustó que me entrometiera, pero la convencí de que le echara otro vistazo. Veremos cómo resulta. En cuanto a las tres autopsias que no coinciden con tus visiones, no encuentro el modo de demostrar qué versión de las muertes es la correcta: la tuya o la del informe policial.

Mac pasó unas páginas de su cuaderno y señaló un nombre.

—La primera víctima que quiero revisar es Joseph Henson, el metamorfo jaguar. El informe policial dice que murió por suicidio. Se ahorcó, pero dejó una nota. Su hermano menor Floyd lo encontró al día siguiente cuando no se presentó a un almuerzo familiar. Su historia fue que el hermano Floyd hizo que Joseph tomara oxicodina y bebiera alcohol, y luego escenificó el ahorcamiento con dos cómplices. Según el informe toxicológico, Joseph tenía oxicodona y alcohol en su organismo. Floyd tiene coartada para esa noche, pero no es sólida. Estaba con dos amigos suyos, un tal John Dowling y un tal Mateo Pérez —dijo Mac.

—¿Podrían ser esos dos los cómplices que Sophie vio en su visión? —preguntó Reggie.

—No tengo forma de probar esa posibilidad. El caso está marcado como cerrado y no hay más pistas que seguir. He investigado tanto a Dowling como a Pérez. Aunque ambos tienen antecedentes, no hay nada en su historial que me haga pensar que podrían cometer un asesinato. Por el momento, es un callejón sin salida.

—Eso no significa que Sophie no tenga razón sobre lo que pasó —argumentó Reggie.

—Estoy de acuerdo, pero necesito tener pruebas más concretas antes de poder hacer nada al respecto. Para reabrir un caso, tengo que tener algo más que la palabra de Sophie. Eso nos lleva a Cynthia

Forsythe. El informe dice que ella interrumpió un robo en progreso y le dispararon por sus problemas. La versión de los hechos de Sophie es que la persona que disparó a la Sra. Forsythe había sido contratada para hacerlo. Estaban esperando a que volviera a casa. Saquearon la casa y robaron algunos objetos de valor, haciendo que pareciera un robo que salió mal. Supongo que tu visión no incluye quién contrató al pistolero —preguntó Mac.

—No que yo recuerde. Si vuelves a darme acceso al cadáver, podría intentar obtener otra... lectura —ofreció Sophie encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

—Volveré sobre esa oferta en un minuto. Antes de eso, quiero revisar la tercera historia de la autopsia que no coincide con el informe de la policía: el vampiro, Montgomery. Tenías razón sobre su verdadero nombre, su novia humana, y sospecho que tenías razón en que alguien lo agarró en Twin Peaks. Hablé con Bridgette. La noche que fue asesinado, ella esperaba que él la visitara, pero nunca apareció. El informe policial dice que fue una cena interrumpida por un cazador humano. Si se estaba alimentando de un humano, ningún testigo se ha presentado. Los cazadores suelen reclutar a estas víctimas para que se unan a sus filas, así que puede que no signifique nada. Estoy planeando hacer un seguimiento con el Domus de Montgomery mañana para ver si tienen algún enemigo que esté dispuesto a matar a miembros por un acuerdo inmobiliario.

—Pero parece una posibilidad remota. La mayoría de las Domus son extremadamente reservadas. Incluso si saben que uno de sus miembros fue asesinado, no darían ninguna información a la policía. Les gusta lidiar con los problemas por sí mismos. Les hace parecer débiles aceptar ayuda. Con todos estos casos, estoy atascado, y no hay más pistas que seguir. Además, este es técnicamente el caso de Lancaster y Hernández, y me están molestando por tratar de meterme en su territorio. Están actuando peor que de costumbre, y eso es mucho decir cuando se trata de lobos territoriales. Creo que es un trabajo policial perezoso aceptar la solución fácil como lo han hecho.

—Lobos, como lobos de verdad, querrás decir —preguntó Sophie. Cuando Mac asintió, Sophie respiró hondo, contó hasta tres en su cabeza antes de exhalar. Había tantas cosas compitiendo por espacio en su cerebro que solo tenía que poner un alfiler en esa información y tratar con ella más tarde—. Bien, sigamos. Si los lobos no te van a

dejar entrar en el caso de Montgomery, ¿dónde nos deja eso a nosotros? Parece que no puedo ayudar más de lo que ya lo he hecho.

—Esperaba que pudieras acceder a uno de estos cuerpos para ver si podemos obtener otra lectura, pero los cadáveres de Joseph Henson y Cynthia Forsythe han sido devueltos a sus familias. Ambos ya han sido incinerados. Montgomery fue devuelto a su Domus, y no tengo ni idea de lo que hacen con sus miembros fallecidos, pero me sorprendería que nos dejaran acercarnos al cuerpo de Montgomery —dijo Mac.

—Bueno, mierda. Pensé que tendrías mejores noticias. O quizá alguna idea sobre cómo podría ayudar —dijo Sophie frunciendo el ceño.

—Hay algo. ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? Era la autopsia de Zhang Liu. Había sido destrozado por un metamorfo. Basándose en muestras de pelo y tejido, los forenses pudieron reducirlo a un metamorfo lobo. Al principio pensé que estaba relacionado con pandillas o posiblemente un negocio de drogas que salió mal, pero no estaba convencido. No he podido encontrar ningún sospechoso real, y las pistas se han agotado. Quiero que vuelvas a examinar el cadáver —pidió Mac.

—Por supuesto. Tráeme el cadáver y veré qué puedo hacer —aceptó Sophie de inmediato.

Mac carraspeó un par de veces, cada vez más incómodo, mientras ojeaba sus notas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Sophie.

—Bueno, vamos a tener que desenterrarlo —dijo Mac con una mueca.

—¿Qué quieres decir con desenterrarlo? —preguntó Sophie, subiendo el tono de su voz hasta chirriar en la última palabra.

—Fue enterrado en el Woodlawn Memorial Park de Colma hace tres días —reveló Mac con naturalidad.

—¡Quieres que vayamos a robar tumbas! —chilló Sophie—. ¿Cómo coño vamos a colarnos los tres en un cementerio y desenterrar un ataúd?

—Aún no estoy seguro, pero tenemos que hacerlo pronto. Ya se me ocurrirá algo. Me preocupa que la potencia de tus visiones pueda desaparecer cuanto más te alejes del momento de la muerte. No quiero correr el riesgo —dijo Mac.

—Este sábado, Sophie y yo no trabajamos. También Amira, Fitz y

Ace. Creo que tenemos que informarles del don de Sophie. Tarde o temprano empezarán a darse cuenta de lo que puede hacer. He trabajado con los tres durante muchos años; podemos confiar en ellos —sugirió Reggie, mirando a Mac y a Sophie expectante.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en ellos? Si nos equivocamos sobre el don de Sophie, podría ser muy embarazoso rápidamente. Posiblemente incluso perjudicial para nuestras carreras. Incluso si estamos en lo cierto sobre el don de Sophie, si se corre la voz antes de que podamos prepararnos, causaría su propio conjunto de problemas. En cualquier caso, hasta que podamos confirmarlo con pruebas más irrefutables, deberíamos mantenerlo en secreto —advirtió Mac.

—Sabes que esto no es una casualidad, Mac. Sabes que sus visiones son ciertas —casi gruñó Reggie, haciendo que las cejas de Sophie se alzaran sorprendidas.

—Estoy de acuerdo. Es auténtica. Pero... tengo que averiguar si sus visiones son exactas al cien por cien o si comete errores. De todos modos, necesito otra pista en el caso Liu, y ella es mi mejor baza —argumenta Mac.

—¿Revisaste la cinta de audio que te enviamos esta mañana? —preguntó Reggie, cambiando de tema.

—Sí. Todas esas visiones parecen ser correctas. Sin embargo, también eran casos bastante sencillos. Veamos qué ocurre el sábado y entonces podremos decidir qué hacer a continuación —dijo Mac—. ¿Estás seguro de que puedes confiar en Ace, Amira y Fitz?

—Absolutamente —confirmó Reggie con un firme asentimiento.

Cerrando el cuaderno con decisión, Mac se levantó de la silla y se dirigió a la puerta del despacho.

—Muy bien, no hay momento como el presente. Vamos a hablar con tu equipo —dijo, saliendo de la oficina, dejando a Reggie y Sophie corriendo tras él.

—Eh, idiota, ve más despacio y espéranos —gritó Sophie.

—Así se llama el detective Idiota —Se dirigió hacia el comedor, donde el zumbido de las conversaciones era intenso.

Cuando Mac entró en el comedor con Sophie pisándole los talones, la conversación se cortó como si alguien hubiera pulsado el botón de silencio. Sophie observó por encima del hombro de Mac cómo todos se quedaban boquiabiertos ante su intrusión. La sala de descanso era el

santuario del equipo, un lugar donde relajarse y desconectar de la oscuridad ocasional de su trabajo. La presencia del detective en la puerta los había dejado a todos en silencio.

Mientras Sophie se agolpaba detrás de Reggie en la puerta, Mac cogió una silla vacía de la mesa redonda del comedor y se sentó con una floritura.

—¿Qué coño? —gruñó Ace—. No eres bienvenido aquí, tú….

—Necesitamos su ayuda —interrumpió Mac antes de que Ace pudiera ponerse en guardia.

Reggie y Sophie se acercaron corriendo y tomaron asiento a ambos lados de Mac.

—Tiene razón —dijo Reggie, dejando de lado cualquier otra cosa que Mac pudiera haber dicho para irritar a Ace—. Necesitamos su ayuda.

Reggie y Mac pasaron los siguientes treinta minutos exponiendo los hechos al equipo.

—Así que nuestra chica es una superheroína, ¿eh? —dijo Ace con una sonrisa cuando Mac terminó de hablar.

—Yo no...

—Deja de molestarla, Ace. Han sido un par de días muy duros para Sophie —la reprendió Mac, y su rápida defensa pilló a Sophie por sorpresa.

—Que te jodan. No me estoy burlando de Sophie. No puedes venir aquí a decirme cómo tengo que hablar con mis amigos —se mofó Ace, empezando a levantarse e inclinándose sobre la mesa hacia Mac.

—Basta, chicos. No aguanto más discusiones. Me van a dar dolor de cabeza. Tenemos que formular un plan, no escuchar cómo se destrozan unos a otros —dijo Fitz. Miró a ambos hombres hasta que Ace volvió a sentarse con un resoplido irritado.

—Vamos a tener que desenterrar a Zhang Liu para que Sophie pueda obtener una lectura sobre él. Está enterrado en el cementerio de Woodlawn, en Colma. No podemos hacerlo los tres solos. Necesitamos su ayuda. Como no trabajarán este sábado por la noche, deberíamos hacerlo entonces —dijo Mac.

—Me apunto —anunció Amira con una amplia sonrisa—. ¡Siempre he querido violar la ley!

—Primero, tengo que averiguar la ubicación exacta de la tumba de Liu. También quiero echar un vistazo a los terrenos y a la seguridad

del cementerio. Sophie, necesito que vengas conmigo. Veamos si puedes obtener una lectura sin que tengamos que desenterrarlo primero. No quiero perder tiempo, así que me gustaría ir a primera hora de la mañana. Yo conduciré —afirmó Mac, tratando la propuesta como si ya fuera un hecho.

—Claro. Eso estaría bien, supongo —dijo Sophie, tragándose cualquier aprensión.

—Si estás recibiendo lecturas, debe significar que tienes algo de Mítico en tu ADN. Parece que podrías tener algún Fae en tu árbol genealógico. Tienes el tipo de ojos y la estructura ósea adecuados. Ahora que lo miro más de cerca, tal vez un duendecillo o una ninfa —dijo Amira, dirigiendo a Sophie una larga mirada.

—Sí, pero las duendecillas y las ninfas no suelen tener poderes psíquicos —argumentó Fitz—. Yo apostaría por los Fae. ¿Alguno de tus abuelos es raro o especialmente guapo? Incluso disfrazados con un glamour, los Fae no pueden evitar ponerse guapos. Todo ese ego exagerado no les permitiría ser de aspecto sencillo.

—No me viene a la mente ningún familiar extraño o mágico —dijo Sophie con una mueca.

—¿Te pasó algo raro en el instituto o en el colegio que no pudieras explicar? —preguntó Fitz.

—¿Aparte de la pubertad? No, fui una adolescente normal —respondió Sophie.

—¿Eras normal de adolescente? —resopló Amira.

—¿Eras animadora? —preguntó Ace, repentinamente interesado en la conversación.

—¿Qué? No. ¿Me imaginas de animadora? —dijo Sophie, negando con la cabeza.

—Apuesto a que eras una de esas chicas emo socialmente torpes con la nariz siempre perdida en un libro. Por eso nunca entendiste nuestras referencias a la cultura pop. Estabas demasiado ocupada escribiendo poesía angustiosa, predicando contra el conformismo y experimentando pavor existencial por el consumismo sin sentido —anunció Amira, haciendo que Mac soltara una risita de acuerdo.

—No, apuesto a que lo suyo era la anarquía, acabar con "Gran Hermano" y armar conflicto —resopló Mac.

—Son un asco. Yo era una adolescente perfectamente normal y no les voy a decir nada más. Tendrán que vivir con el misterio de la

curiosidad no recompensada porque son unos imbéciles. Además, solo intentar pensar en el instituto me da dolor de cabeza —dijo Sophie—. ¿Podemos volver a centrarnos en nuestros planes de robar tumbas?

Durante el resto de la hora de la comida, trazaron estrategias sobre el plan en caso de que Sophie no pudiera obtener una visión de Liu a la mañana siguiente. También se discutió en profundidad qué herramientas y objetos necesitarían para desenterrar y volver a enterrar un ataúd en una sola noche.

—Solo para reiterar, no le digas a nadie acerca de nuestros planes o lo que Sophie puede hacer. Esto tiene que seguir siendo un completo secreto. Cuento con que todos en esta sala den un paso adelante —dijo Mac. Una vez que todos asintieron, se dirigió a trabajar en su parte del plan.

CAPÍTULO 12

Cuando Mac se detuvo frente al edificio del forense a las siete en punto, a Sophie le sorprendió el sedán gris y anodino que conducía. Había esperado algo llamativo y desmesurado.

—¡Buenos días, detective Idiota! —chirrió Sophie, entrando en el coche.

—Lo mismo te digo a ti, matainfiernos —replicó Mac.

Sophie resopló ante el pobre intento de respuesta. Miró a su alrededor y observó el interior del coche, meticulosamente limpio.

—¿Ya has desayunado? —preguntó Mac mientras Sophie se abrochaba el cinturón.

—No, pero no tengo hambre —respondió Sophie distraídamente, sin dejar de examinar el coche. Al mirar a Mac, se dio cuenta de que llevaba unos vaqueros desteñidos y una camiseta negra. Los vaqueros y la camiseta parecían el tipo de ropa que se ha llevado tan a menudo que mantiene la forma del cuerpo de su dueño, mostrando y ocultando a partes iguales la musculosa figura de Mac. Sophie subió los ojos desde la ropa hasta la cabeza y los clavó en el rostro de Mac. Esa mañana era la primera vez que lo veía bien afeitado. Hasta entonces, las cerdas de su barba habían ocultado la nitidez de su mandíbula y suavizado los huecos bajo sus pómulos. Sophie sintió que sus ojos se abrían de par en par antes de volver a poner su cara de póquer.

—¿Qué? —preguntó Mac, con sus ojos azul oscuro mirando a Sophie con suspicacia.

—Nunca te había visto sin traje. Supuse que era lo único que llevabas. Que probablemente dormías con un traje de tres piezas —bromeó Sophie, contenta de que Mac no se hubiera dado cuenta de que su reacción era el efecto visceral que su cara tenía sobre su libido. Sacudiendo la cabeza, se recordó a sí misma que una cara bonita y una clara falta de liberación sexual reciente no cambiaban el hecho de que Mac era un imbécil. Podría haber pensado en darle una

oportunidad si no tuviera que tratar con él en el trabajo de vez en cuando. De ninguna manera iba a arriesgar su trabajo por una aventura de una noche.

—No eres tan gracioso como crees. Voy a por comida. Necesitas comer; apenas tocaste tu comida anoche. Además, no sé exactamente cuánto tiempo va a llevar esto. ¿Tienes alguna preferencia de comida? —Mac preguntó.

—No, no soy exigente. Pidamos algo rápido por el camino —sugirió Sophie.

Tras unos minutos de silencio incómodo y sofocado, Sophie abrió la guantera y empezó a rebuscar entre los papeles bien apilados que había dentro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Mac confundido, mirando entre la carretera y el fisgoneo de Sophie.

—Estoy comprobando si este coche está registrado a nombre de otra persona. ¿Lo has robado? —preguntó Sophie—. ¿O quizá es el coche de tu cónyuge?

—Es mi coche —refunfuñó Mac—. Y no estoy casado. Me voy a arrepentir de esto, pero ¿por qué estás comprobando si el coche es mío?

—Te imaginaba en algo deportivo, ya sabes, algo con un gran motor rugiente, con un montón de caballos de fuerza. O quizá una gran moto negra y brillante. Algo con suficiente potencia para compensar cualquier defecto que puedas tener —dijo Sophie con una sonrisa burlona.

—No necesito compensar nada —gruñó Mac—. Este coche es económico, consume mucha gasolina y mantendrá bien su valor de reventa. Fue una compra inteligente.

—Desde luego, Súper Empresario. Parece una decisión financiera muy acertada —Sophie sonrió ampliamente, viendo cómo Mac se ponía quisquilloso con su vehículo y sus bromistas suposiciones.

Tras una rápida parada en un restaurante de comida rápida, Sophie desayunó mientras observaba el paisaje que pasaba. Con una sonrisa malévola, arrugó y dejó caer el envoltorio del sándwich en el suelo del coche de Mac. Los rascacielos desaparecieron rápidamente a sus espaldas, transformándose en las afueras de la ciudad. La interestatal 280 se arqueaba por encima de la periferia de San Francisco, donde los inmuebles más baratos poblaban el paisaje. Plazas comerciales en

ruinas y centros de servicios desgastados dividían en dos interminables hileras de pequeñas casas.

La cordillera de San Bruno se alzaba a la izquierda, salpicada a lo largo de la cresta por una serie de torres a rayas rojas y blancas. En esta época del año, la pequeña cordillera tenía un aspecto seco y marrón rojizo.

—¿Sabías que en la ciudad de Colma hay más muertos que vivos? —preguntó de repente Mac, interrumpiendo el cómodo silencio que se había hecho entre ellos.

—¿Qué?

—En Colma viven actualmente menos de dos mil personas, pero hay más de un millón y medio de cadáveres enterrados.

—¿En serio?

—Sí, si alguna vez hay un apocalipsis zombi, Colma será la zona cero —dijo Mac, haciendo que Sophie soltara una risita.

Incluso con el tráfico de la mañana, el viaje a Colma apenas duraba 30 minutos. La mayor parte del tráfico en hora pico se dirigía a la ciudad, no a San Francisco, lo que facilitaba el trayecto. Al entrar en Colma, Sophie observó una clara tendencia en el paisaje de la ciudad. Lápidas, floristerías, lápidas, otra floristería, más lápidas.

—¿Por qué hay tantos cementerios aquí? —preguntó Sophie.

—En San Francisco casi no quedan terrenos sin urbanizar. Además, los terrenos disponibles son demasiado valiosos como para utilizarlos para enterrar cadáveres. A principios del siglo XX, San Francisco prohibió nuevos enterramientos dentro de los límites de la ciudad. En los años veinte, hubo una gran presión para cerrar la mayoría de los cementerios existentes y trasladar los cadáveres. Los inmuebles eran demasiado valiosos y muchos de los cementerios estaban en mal estado. Colma se creó exclusivamente para albergar a los muertos de San Francisco. La mayoría de los cuerpos enterrados en la ciudad fueron exhumados y trasladados a Colma a finales de la década de 1930. Trasladaron más de cien mil cuerpos. ¿Te lo imaginas?

—Me imagino el olor —Sophie se estremeció.

—Seguro —resopló Mac—. Aunque no ocurrió todo a la vez. Un gran secreto que la mayoría de la gente no sabe es que se dejaron un montón de cadáveres. Así que, de vez en cuando, una obra de construcción tropieza con un montón de restos. En 1993, la Legión de Honor estaba en obras y encontraron más de setecientos cadáveres.

—¡Mierda! Debió de ser un día muy raro en la obra —exclamó Sophie—. Así que Colma es una necrópolis total.

Cuando Mac encendió el intermitente, Sophie miró a la derecha y se quedó boquiabierta de sorpresa. Al otro lado de un extenso césped verde había un edificio de color crema que parecía como si alguien hubiera cogido la mitad superior de un castillo gótico medieval y la hubiera dejado caer delante de un largo camino de entrada bordeado de hileras de palmeras.

Entre dos entradas de piedra de amplios arcos, que hacían las veces de una especie de portería sin vigilancia, había una torre octogonal achaparrada coronada por un tejado de tejas rojas muy puntiagudo. Algo en los toscos ladrillos de granito blanco, las ventanas abovedadas y los amplios arcos a dos aguas hacía pensar que el edificio debería tener varios pisos de altura en lugar de ser un castillo en miniatura, achaparrado y desparramado.

Pasando lentamente por debajo de uno de los arcos, Mac sacó un papel del bolsillo y se lo entregó a Sophie.

—Liu está en el Jardín de la Puerta de la Luna. Lo tengo marcado en el mapa. Dame indicaciones para acercarnos lo más posible —le pidió Mac.

Siguiendo las curvas del mapa con el dedo, Sophie le dijo las direcciones a Mac, tratando de mirar el paisaje circundante mientras navegaba. Las suaves colinas estaban cubiertas de hileras y más hileras de lápidas, solo interrumpidas por cipreses de aspecto antiguo. A lo lejos, la cordillera de San Bruno se alzaba sobre el cementerio como un perro guardián siempre alerta.

—Este lugar es enorme —exclamó Sophie.

—Sí, la información que busqué decía que tiene más de 60 acres.

Sophie los acercó todo lo que pudo a la tumba de Liu, luego se bajaron y comenzaron a caminar.

—Creo que el Jardín de la Puerta de la Luna está por allí —dijo Mac, señalando hacia un áspero muro de piedra con una gran abertura redonda, que conducía a un precioso jardín de rosas. Mientras paseaban por el arco de piedra, Sophie alargó la mano para tocar la clave gris al pasar por debajo. Era arenosa y áspera bajo las yemas de sus dedos.

En una de las últimas filas de tumbas encontraron la última morada de Zhang Liu. La hierba que cubría la tumba era nueva. Aún

se veían claramente las costuras del césped.

Señalando las secciones cuadradas de césped, Mac dijo:

—Si tenemos cuidado, deberíamos ser capaces de arrancar la hierba y volver a colocarla en su sitio, para que nadie sepa que el lugar ha sido alterado.

Mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba, Sophie se arrodilló junto a la lápida de Liu y puso las manos sobre la hierba recién removida. Cerrando los ojos, intentó relajarse y dejar que la historia emergiera en su conciencia. Hasta que se reveló que sus visiones eran reales, Sophie nunca prestó atención a cómo se originaban los cuentos. Ahora que sabía la verdad, intentaba concentrarse en sí misma cuando una historia se materializaba. Había un manantial en su mente donde las historias emergían, completamente formadas, en su conciencia. Con cuidado de no empujar la sima, Sophie observó el oscuro abismo vacío de su mente con neutralidad, esperando a ver si brotaba algo. Tras unos minutos de cuasi meditación en silencio, Sophie suspiró derrotada.

Miró a Mac y sacudió la cabeza, inundada por un momento de incertidumbre. No quería defraudar a nadie. La posibilidad de no poder ayudar a resolver el crimen contra Zhang Liu hizo que a Sophie le doliera el corazón. Recordaba vívidamente su cuerpo destrozado y su cara magullada y cortada. Y de alguna manera, tampoco quería decepcionar a Mac.

—No te preocupes. Era una posibilidad remota, ya que estaba a dos metros bajo tierra. Creo que solo necesitas estar más cerca del cuerpo, posiblemente incluso en contacto directo. Todavía tengo esperanzas para el sábado. Pero aunque no funcione, seguiremos intentándolo —dijo Mac ante la expresión de decepción de Sophie.

—Deje de ser amable conmigo, Detective Idiota. Solo lo hace más raro —dijo Sophie, sentada en la mullida hierba, dejando que sus ojos recorrieran la lápida de granito rojo de Liu. Ver las palabras grabadas "Amado Hijo y hermano" golpeó con fuerza a Sophie. Cuando hacía sus autopsias, le costaba ver los cadáveres como algo más que un trabajo que cumplir. Pero al ver esas palabras se dio cuenta de que una familia había perdido a un ser querido. Si Sophie podía darles justicia, o incluso solo algunas respuestas, tenía que cavar hondo y hacer lo que pudiera para descubrir la verdad de su asesinato.

—Tú puedes, matainfiernos. No más palabras de aliento de mi

parte. Así que levanta el culo y deja de hacerme perder el tiempo. Tenemos más mierda que hacer antes de salir de aquí —dijo Mac levantando las cejas desafiante. Sophie observó cómo sus labios se movían para no sonreír.

Sophie le miró con una sonrisa, se levantó y se limpió las manos en los vaqueros.

—¿Adónde vamos ahora, imbécil?

—Detective Idiota —le recordó Mac en broma a Sophie—. Vamos a dar una vuelta y ver si podemos averiguar la mejor manera de colarnos en la propiedad. Además, estate atenta a las cámaras y a la seguridad.

Paseando por los terrenos, Mac señaló con la cabeza una valla metálica que separaba el cementerio de la parte trasera de un centro comercial. Encontraron un lugar casi oculto del resto del cementerio por un espeso bosque de árboles de hoja perenne.

—Podríamos aparcar detrás de la tienda y saltar por encima de la valla —dijo Mac, señalando la zona de aparcamiento detrás de la tienda—. Creo que plantaron todos estos árboles para ocultar la plaza y mantener la estética de un lugar de descanso tranquilo. Eso juega a nuestro favor. Vamos a echar un vistazo a la entrada del cementerio a ver si vemos personal de seguridad. Luego vamos a echar un vistazo a la parte trasera de esa tienda. Esta noche, voy a volver y ver si Woodlawn utiliza algún guardia de seguridad nocturno. Necesito ver lo bien iluminada que está esta zona por la noche.

Tras una hora deambulando por los jardines que rodean la tumba de Liu, visitaron el mausoleo y la capilla. Luego volvieron a salir para buscar un terreno más elevado en el interior del cementerio. De pie en la colina más alta de Woodlawn, intentaron determinar si la tumba de Liu era visible desde su posición.

—Esta parece ser la única zona donde alguien podría ser capaz de vernos en la tumba de Liu. Si el Jardín de la Puerta de la Luna no está bien iluminado, deberíamos estar bien. Solo tendremos que tener cuidado con las linternas —dijo Mac, tapándose los ojos con una mano, mirando fijamente la zona de la tumba de Liu.

Tras terminar su recorrido, Sophie y Mac se dirigieron al coche de él. La parte trasera de la gran ferretería parecía estar libre de cámaras de seguridad.

—Mira, podemos aparcar en el lado más alejado de este

contenedor de transporte si sigue aquí el sábado. De ese modo, estaremos ocultos de la calle —dijo Mac, señalando el contenedor de acero gris colocado en dos plazas de aparcamiento para empleados detrás de la tienda.

—Puede que esto no sea tan difícil como me preocupaba. Va a ser un jodido trabajo excavar, pero aquí no hay mucha seguridad. Esperaba cámaras o algo así —dijo Sophie.

—No creo que el robo de tumbas sea un gran problema hoy en día. Apuesto a que lo peor de lo que tiene que preocuparse el cementerio son los adolescentes que se van de fiesta sobre las tumbas y el vandalismo —dijo Mac pensativo, saliendo del aparcamiento de la tienda y volviendo a la calle principal de Colma.

—¿Alguna vez te fuiste de fiesta a un cementerio cuando eras adolescente? Te imagino de fiesta con tu equipo de fútbol —preguntó Sophie con una sonrisa.

—Salí de fiesta un par de veces. Pero nunca en un cementerio. Nuestras fiestas siempre eran en la base de la torre de agua local. Además, era con mi equipo de béisbol. No con el de fútbol —Mac se rio—. No salía mucho de fiesta en el instituto porque mi padre era el jefe de policía de nuestro pueblo. Me habría curtido el pellejo si me hubiera pillado “mancillando” la reputación familiar.

—Jefe de policía, ¿eh? ¿No eres de por aquí? —preguntó Sophie.

—Nací en un pueblecito llamado Civitas, a unas dos horas al sur de aquí. ¿Y tú? ¿Saliste de fiesta con tus amigos emo depresivos en un cementerio?

—En un cementerio no. Yo era la típica adolescente. Hacía las mismas cosas que los demás. Solo quería encajar, imagino. Nada especial —respondió Sophie.

Mac resopló en voz baja, pero no dijo nada más. Cuando volvieron a la ciudad, Sophie aceptó el ofrecimiento de Mac de llevarla a casa. Al llegar a la acera de Cafecita, Sophie vio a Birdie de pie delante, agarrando una bolsa de papel con el logotipo de la tienda de comestibles. Birdie miró el coche con desconfianza hasta que reconoció a Sophie en el asiento delantero. Entonces corrió hacia el coche más rápido de lo que parecía posible.

—¡Sophie! —exclamó Birdie, deteniendo a Sophie antes de que pudiera terminar de salir del coche y ejecutar su huida—. ¿Quién es él?

—Birdie, este es mi colega el detective Malcolm Volpes. Mac, esta es mi vecina y amiga la Srta. Alberta Gafferty.

Birdie se agarró dramáticamente el pecho.

—¡Cómo te atreves! Nunca me llames por ese nombre. Todo el mundo me llama Birdie. Pensé que podía confiar en ti. ¿O debo decirle al detective que tu nombre completo es Josephina?

—Ese no es mi nombre. Mac, ignora a Birdie. Está bien entrada en años y se confunde con facilidad —dijo Sophie, sonriendo ampliamente cuando Birdie le sacó la lengua.

—Encantado de conocerla, Srta. Birdie —dijo Mac cortésmente desde su asiento en el interior del vehículo.

—Vaya. ¿Dice que es detective? Encantada de conocerlo también, detective Volpes —dijo Birdie con un aleteo de pestañas, ya olvidada la aparente traición de Sophie a su nombre de pila—. Me he dado cuenta de que deberías haber llegado a casa hace varias horas. Sophie, ¿has paseado con este amable joven?

Birdie no podría haber insinuado más si lo hubiera intentado.

—Sí. Fue un paseo suave. No tenía tantos caballos como esperaba —Sophie sonrió malvadamente cuando oyó a Mac chisporrotear a través de la puerta del pasajero abierta detrás de ella.

—Hmmm. Qué lástima. Espero que hayas podido probar sus esposas —ronroneó Birdie, haciendo que Sophie soltara una carcajada. Sophie se rio aún más cuando miró hacia atrás y se dio cuenta de que Birdie había hecho sonrojar al endurecido detective.

—Vamos, vieja traviesa. Deja que te ayude con la compra —dijo Sophie, cerrando la puerta del pasajero y cogiendo con cuidado la bolsa de papel de las garras de Birdie.

—Encantada de conocerlo, detective Volpes —dijo Birdie con un coqueto gesto de la mano. Mac, que había salido del vehículo y estaba apoyado en el techo del coche, sonrió a la anciana. Enlazando su brazo con el de Birdie, Sophie hizo girar a ambas para dirigirse a Cafecita.

—Por favor, llámame Mac, señorita Gafferty. Estoy deseando verte el sábado por la noche, Sophie. Estoy contando los minutos. No olvides el traje que quiero que lleves, y me aseguraré de traer mis esposas —les dijo Mac a Sophie y Birdie con la voz más perversa posible. Sophie sabía que la ropa a la que se refería Mac era completamente negra, pero no podía explicárselo a Birdie.

Mientras Birdie ululaba y chillaba a su lado, Sophie giró la cabeza para fulminar a Mac con la mirada. Él le devolvió una sonrisa pecaminosa antes de volver a subirse a su sensato coche e incorporarse al tráfico, lejos de la mirada asesina de Sophie.

CAPÍTULO 13

Sophie recorrió el interior del monovolumen gris acorazado con una sonrisa de perplejidad desde el asiento del copiloto. Miró a Mac al volante y luego, por encima del hombro, a Amira, Reggie, Ace y Fitz, que se extendían detrás de ella. El interior del monovolumen era exactamente lo contrario del impoluto interior del último vehículo que Mac utilizó para llevarla al cementerio de Woodlawn. Había juguetes y libros y una plétora de migas y patatas fritas rancias esparcidas por el coche. En el portavasos de la consola había una taza para sorber. Estaba medio lleno de lo que parecía ser zumo de manzana.

—Es el coche de mi hermana. Tuve que cogerlo prestado. No quería llevar más de un vehículo esta noche, y este es el único que he podido conseguir que sea lo suficientemente grande como para que quepamos todos —refunfuñó Mac.

—Zona libre de juicios aquí. Yo ni siquiera tengo coche, así que no tengo derecho a criticar los de los demás —dijo Sophie, levantando las manos en señal de rendición.

—Oye, escucha esto —Amira soltó una risita desde el asiento trasero—. Encontré una fortuna que sobró de la galleta de la fortuna de alguien. Dice: “Viajarás a muchos lugares exóticos a lo largo de tu vida”. Ya hemos empezado. Llevamos una vida llena de glamour. La gente se pondrá celosa cuando se entere.

—¿Sabías que la galleta de la suerte se inventó aquí, en San Francisco? —Mac le preguntó en voz baja a Sophie.

—¿En serio? Creía que venía de China —respondió Sophie.

—No, hay algunas disputas al respecto, pero las galletas definitivamente no son de China. Lo interesante es que los dos hombres que decían haberlas inventado eran japoneses. La galleta se basaba en una galleta dulce tradicional japonesa que se servía en los templos. La endulzaron para adaptarla al paladar americano. La mayoría de la gente cree que se sirvió por primera vez en el jardín de

té japonés del Golden Gate Park —explica Mac.

—Estás lleno de datos interesantes, ¿verdad? —dijo Sophie, con una sonrisa en los labios.

—Me gusta la historia —dijo Mac encogiéndose de hombros.

—A mí también. ¿Tienes algún otro dato interesante sobre las galletas de la suerte?

—Te vas a arrepentir de preguntar —advirtió Mac—. ¿Sabías que todavía se pueden ver algunas de las máquinas originales de hacer galletas de los años 60 hoy en día en la fábrica de galletas de la fortuna de Golden Gate, en la ciudad? Hacen visitas guiadas.

—Vale, entonces explícame cómo una galleta japonesa se convirtió en sinónimo de comida china —preguntó Sophie.

—La teoría que he oído es que la mayoría de la población japonesa fue obligada a internarse en campos durante la Segunda Guerra Mundial. Los fabricantes chino-americanos vieron una oportunidad de negocio y empezaron a producir la galleta. Empezaron a servirlas en restaurantes chinos, donde se hicieron enormemente populares.

—Maldita sea, eso es un poco oscuro —responde Sophie, con una mirada pensativa.

—Gran parte de la historia lo es —coincide Mac.

Al entrar en el aparcamiento de la ferretería, Mac apagó las luces y se dirigió a la parte trasera del edificio. El contenedor tapó la luz de la calle y ensombreció el interior del coche.

Girándose en su asiento para mirar al resto del vehículo, Mac dijo,

—Bien, este es el plan. Cuando salgamos, Amira, ¿puedes transformarte y revisar rápidamente la zona en busca de personal de seguridad u otros posibles problemas? Por lo que he podido averiguar, un guardia de seguridad patrulla el cementerio en un carrito de golf cada dos horas. Si se atienen a su horario habitual, pasarán a medianoche, a las dos, a las cuatro y a las seis. Tenemos que terminar mucho antes de las seis. Tengo palas para todos en la parte de atrás, junto con guantes y linternas. Los que podamos transformarnos nos turnaremos para vigilar. El mejor lugar para eso es en la entrada de piedra del Jardín de la Puerta de la Luna. Si alguien ve algo, avisen en su forma animal. Solo para reiterar, pase lo que pase, no se dejen atrapar aunque tengan que abandonar el lugar y huir. Lo más importante es que no nos atrapen. ¿Alguna pregunta? —preguntó Mac. Sophie se tragó una sonrisa inoportuna al darse cuenta de que

Mac era de los de "solo reiterar".

Tras salir de la furgoneta, todos se dirigieron a la parte trasera para recoger las palas.

—Voy a transformarme allí —dijo Amira, señalando una espesa mata de árboles de hoja perenne—. Volveré después de examinar la zona.

—¿Recuerdas cómo llegar al Jardín de la Puerta de la Luna? —preguntó Mac.

—Yo me encargo —fue lo único que dijo Amira antes de marcharse.

Mac se echó al hombro una gran bolsa de lona antes de repartir palas a todo el mundo. Sophie no tardó en oír crujidos detrás de un árbol cercano y vio un destello de piel morena. Un minuto después, Amira reapareció completamente vestida detrás de los árboles y les hizo saber que era seguro empezar.

Tiraron la bolsa de lona y las herramientas por encima de la valla y todos treparon por la barricada de alambre. Sin necesidad de discutir, todos se pusieron en fila detrás de Mac. Sophie se alegró de que hubiera tres cuartos de luna llena para no caminar en completa oscuridad. Antes, Reggie le había explicado a Sophie que la mayoría de los metamorfos tienen una excelente visión nocturna, así que esperaban no tener que usar linternas.

En la lápida de Liu, Amira tomó el primer turno como vigía. Unos minutos después, Sophie oyó un chillido felino, la señal acordada para que todos supieran que Amira estaba en posición. Al mirar hacia el arco de piedra, Sophie se sintió un poco decepcionada al no ver a Amira en su forma felina. Se imaginaba que Amira era una gata adorable; no es que se lo fuera a decir.

Después de retirar con cuidado el césped, Mac colocó varias lonas grandes para que todos amontonaran la suciedad desplazada. Sophie suspiró, se puso los guantes gruesos, cogió una pala y se puso manos a la obra.

Dos horas más tarde, Sophie se arrepintió de haber aceptado aquel descabellado plan.

—Esto apesta —anunció. Ajustó el agarre de la pala con la esperanza de evitar que la ampolla que se le estaba formando en la palma de la mano izquierda empeorara.

Un grito desgarrador de un animal interrumpió su trabajo. Mac y

Sophie se agacharon detrás de la lápida de Liu mientras Fitz y Amira se escondían detrás de una lápida adyacente. Sophie se asomó por el lateral de la gran losa de granito, mirando por la abertura del arco de piedra. Un momento después, un carrito de golf pasó lentamente por delante de la entrada del jardín. Volviendo a ponerse detrás de la lápida de Liu, Sophie vio el haz de luz de una linterna pasar rápidamente por encima de su escondite. Al mirar a Mac, Sophie se dio cuenta de que sus ojos brillaban de emoción.

—¿Estás disfrutando con esto? —siseó Sophie en voz baja.

—Claro que sí. Esto es divertido. Es una aventura. Somos como Indiana Jones —dijo Mac, dedicándole a Sophie una sonrisa afilada—. ¿Qué? ¿No te gusta ser un cazador de tesoros infractor de la ley?

—Nunca he visto ninguna película de Indiana Jones —susurró Sophie, mientras Mac se agarraba el pecho horrorizado—. Además, dudo que vayamos a encontrar ningún tesoro esta noche.

~

A PESAR de cavar con toda la rapidez posible, aún tardaron casi cuatro horas en llegar al ataúd.

—¿Estás lista para hacer esto? ¿Quieres tomarte un momento para recuperar el aliento primero? —Mac le preguntó en voz baja a Sophie.

Sophie se miró las manos doloridas, cubiertas de guantes de jardinería de cuero. Flexionando los dedos un par de veces primero, respondió,

—No, terminemos con esto para poder irnos a casa.

Intentando secarse el sudor de la frente, Sophie solo consiguió mancharse la cara de tierra. Al mirar a sus amigos, se dio cuenta de que todos parecían monstruos del pantano.

—Sophie, ¿quieres cambiar tus guantes por unos de nitrilo? —le ofreció Reggie, tendiéndole un par de finos guantes azules. Sophie los aceptó con unas rápidas palabras de agradecimiento.

Mac saltó ágilmente al profundo agujero y ayudó a Sophie a mantenerse en pie cuando Reggie y Ace la bajaron sobre el ataúd. Arrodillada sobre el ataúd, Sophie esperó mientras Mac pasaba los dedos por el borde del mismo. Las paredes de tierra se apiñaban a ambos lados de ellos. Cuando Sophie se movió sobre las rodillas, su brazo rozó las paredes de tierra picada y dentada. Se alzaban sobre

ella, haciéndola sentir como si estuviera en el fondo de un profundo pozo. Fitz se inclinó sobre la abertura y dirigió el haz de luz de una linterna hacia el ataúd para que pudieran ver lo que estaban haciendo.

—Ah, aquí está —dijo Mac en voz baja mientras jugueteaba con un cierre metálico. Al girar el cierre, Mac hizo que Sophie retrocediera, de modo que ambos quedaron uno al lado del otro, a medio camino sobre el ataúd.

—Voy a abrir la mitad superior del ataúd. Así podremos seguir arrodillados, ¿de acuerdo? ¿Estás lista?

Sophie respiró hondo y soltó el aire lentamente antes de asentir con la cabeza. Alargando la mano por el lateral del ataúd, Mac hundió los dedos en la rendija de la puerta del ataúd y tiró. Mac resopló irritado cuando la puerta no se movió. Reajustó el agarre y apretó la mandíbula, esforzándose por abrir la puerta. El sello de la puerta del ataúd cedió tan repentinamente que Mac casi perdió el equilibrio y cayó de culo.

Una nube de aire viciado y putrefacto explotó desde el interior del ataúd directamente hacia la cara de Sophie. Tanto Sophie como Mac se apartaron de la abertura con arcadas y tos. Sophie se tapó la nariz y la boca con el cuello de la camisa con la esperanza de filtrar el hedor. El haz de luz desapareció cuando Fitz, Reggie y Ace retrocedieron desde la abertura del agujero con exclamaciones de asco. Sophie se alegró de que le tocara a Amira vigilar de nuevo para que no tuvieran que lidiar con su delicado sentido del olfato.

Dando al ataúd unos minutos para que se aireara todo lo posible, Sophie y Mac se arrastraron lentamente hasta la abertura y miraron dentro a Zhang Liu. La linterna de Fitz destacaba los rasgos descoloridos y caídos de Liu con todo detalle. Sophie cambió rápidamente su enfoque a un pañuelo de bolsillo de seda roja metido con gracia en la chaqueta de su traje.

—¿Preparada? —preguntó Mac. Cuando Sophie asintió con la cabeza, sacó su teléfono para grabar. Con cuidado de no volver a mirar la cara de Liu, Sophie colocó suavemente su mano enguantada sobre una de las manos cruzadas en el pecho de Liu. Conteniendo el escalofrío de repulsión que intentaba subir por su columna vertebral, cerró los ojos.

Sophie no conseguía concentrarse lo suficiente como para encontrar el lugar de su mente donde surgían las historias. La

frustración empezó a crecer en su interior a medida que pasaban los minutos. Sophie retiró la mano fría de Liu y la sacudió, irritada.

—¿Estás bien? —preguntó Mac en voz baja.

—Es difícil concentrarse cuando sé que todo el mundo está mirando. Además, nos hemos tomado tantas molestias y no quiero defraudarlos. Todos tienen mucho más que perder que yo si nos pillan —susurró Sophie—. Además, esto me da escalofríos.

—Te ganas la vida descuartizando cadáveres —dijo Mac, suavizando la afirmación con una sonrisa—. ¿Por qué iba a ser esto diferente?

—No lo sé. Supongo que se supone que este es el lugar de descanso final de este tipo. Me siento un poco mal que estamos perturbando.

—No creo que a Zhang le importe, Sophie —dijo Mac, chocando su hombro con el suyo—. Además, si fueras tú, ¿no querrías que alguien hiciera todo lo posible por resolver tu asesinato, aunque eso significara perturbar tu tumba?

—Sí, supongo que sí.

—De acuerdo, entonces. Sé que puedes hacerlo. Pero si no consigues una lectura, no pasa nada. Mi caso no está peor que antes. Solo estábamos probando suerte —dijo Mac, acariciando suavemente el hombro de Sophie.

—Tienes razón. Déjame intentarlo de nuevo. Gracias por la charla, Detective Idiota.

—De nada, matainfiernos. Ahora consígueme mi historia.

Colocando de nuevo su mano sobre la de Liu, Sophie cerró los ojos de nuevo. Inspirando lentamente, Sophie se concentró en aflojar sus tensos músculos antes de volver su atención hacia el interior, tratando de relajar su mente.

—Un monstruo enviando un mensaje —susurró Sophie en voz alta, con la esperanza de que esas palabras reavivaran la historia en su mente. Al hacerlo, una imagen comenzó a formarse.

—Zhang está corriendo con su manada. Corren por las laderas, intentando ver quién llega primero a la base de la Torre Sutro. Es salvaje y libre, abrazando al animal que lleva dentro. Quiere aullar de triunfo cuando llegue de primero a la torre, pero reprime el impulso porque hay demasiadas casas humanas cerca. Dos lobos más salen de la maleza, luchando y jugando. Los tres lobos se transforman en humanos. “Esto no será tan malo. Podemos correr aquí”, dice Zhang.

—Uno de los hombres dice: “El parque del lago Merced era mejor. Es una mierda que nos hayan echado. Ya están intentando apoderarse también de esta tierra. Si no nos plantamos pronto, no nos quedará ningún sitio al que huir”.

—Zhang tranquiliza a los dos hombres: “Marcus, no podemos permitirnos empezar una guerra con la Manada del Distrito Sunset. Perderíamos en un enfrentamiento contra ellos. No tenemos los números para vencerlos. Yo me encargaré de esto. Tengo un plan” —Sophie trató de absorber todos los detalles que pudo.

—Se transforman de nuevo en los tres lobos de pelaje oscuro y vuelven a bajar por la ladera, corriendo y saltando obstáculos. Los otros dos lobos se despistan cuando asustan a un conejo y deciden perseguirlo —dijo Sophie, hundiéndose más en el ritmo de su narración—. Zhang sacude la cabeza ante sus dos compañeros de manada. “Si mañana están cansados en la obra, es cosa suya”. Zhang llega al borde de la pequeña zona boscosa donde dejó su ropa. Se transforma de nuevo en su forma humana y se viste rápidamente. Vuelve corriendo a su apartamento en West Portal cuando seis lobos le tienden una emboscada. Le acorralan detrás de una especie de escuela. Lucha con todo lo que lleva dentro, pero ya sabe que no tiene ninguna posibilidad de ganar esta pelea. Seis contra uno es demasiado difícil de superar. Cada vez que consigue dar un buen golpe a uno de sus atacantes, hay otro que se abalanza sobre su flanco expuesto. La lucha es brutal pero corta —terminó Sophie el relato con un escalofrío.

Sophie abrió los ojos y miró a Mac.

—¿Te ha servido de algo? —susurró.

—Sí. Gracias, Sophie —le susurró Mac—. Antes de irnos, ¿conseguiste ver a alguno de los lobos que atacaron a Zhang? ¿Alguna herida específica que infligiera a sus atacantes?

Sophie cerró los ojos, tratando de imaginarse a los lobos atacantes.

—Hmm. Todos tenían el pelaje de color marrón oscuro, tal vez incluso negro. Excepto el que creo que era el líder: su hocico tenía mucho pelaje gris o blanco. Casi como con la edad, si sabes a lo que me refiero. Se movían y cambiaban mucho, así que es difícil centrarse en uno solo. Todos se parecían mucho.

—¿Qué hay de las heridas? —Mac preguntó.

—Zhang intentó morder la garganta de uno. El lobo giró el hombro en el último segundo, así que Zhang acabó mordiéndole el cogote en

vez de arrancarle la garganta como quería. Creo que consiguió agarrar una de sus orejas, pero no sé cuánto daño infligió. Lo siento, Mac, fue todo tan borroso, y Zhang estaba completamente abrumado por sus asaltantes. No recibió muchos golpes antes de que lo mataran.

—No necesitas disculparte, Sophie. Me has dado más información de la que tenía antes. Toda esta noche ha valido la pena —dijo Mac—. Muy bien chicos, tenemos lo que vinimos a buscar. Es hora de dejar que Zhang vuelva a su descanso eterno.

Devolver la tierra a una tumba era un proceso mucho más fácil y rápido que destapar una. No llevó mucho más de una hora devolver la tumba de Zhang a su estado anterior. Si a alguien se le ocurriera inspeccionar la zona, todo lo que encontraría serían depresiones en el suelo y algo de tierra suelta entre las briznas de hierba.

—Nadie pensará que la gente entró aquí y desenterró una tumba. Como mucho, pensarán que unos vándalos o unos adolescentes estaban de fiesta en el cementerio. Vámonos de aquí —tranquilizó Mac al grupo mientras inspeccionaban la zona.

Recogieron su equipo y se escabulleron en silencio entre las hileras de lápidas, de vuelta a la valla metálica que los separaba de su huida.

Durante el trayecto de vuelta a la ciudad, en el monovolumen se respiraba un aire jubiloso de celebración. Todos reían y bromeaban, felicitándose por un trabajo bien hecho.

—Amira, sé que querías saber qué se siente al infringir la ley. ¿Fue todo lo que esperabas que fuera? —Reggie se burló de Amira.

—Más esfuerzo físico del que me gustaría. Quiero decir, mira mis pobres uñas —se lamentó Amira, mostrándole a Reggie unas uñas que a Sophie le parecían perfectamente bien—. Estoy hecha para una vida de ocio, no de trabajo manual.

—¿Qué? ¿Pensabas que cavar una tumba iba a ser más glamuroso? —le espetó Ace a Amira desde el asiento trasero.

—No empieces conmigo, PH. Al menos yo hice mi parte anoche —le gruñó Amira a Ace.

—No me llames PH, felino —Ace se inclinó sobre el regazo de Reggie para encararse con Amira. Sophie miró hacia atrás y ahogó una sonrisa cuando Reggie puso los ojos en blanco ante las payasadas de sus amigos.

Sophie se dio la vuelta y dejó de prestar atención a las discusiones de sus compañeros mientras miraba por el parabrisas delantero. No

sabía qué era, pero algo le hacía cosquillas en la conciencia. Un pensamiento persistente de que se estaba perdiendo un detalle importante bailaba en los bordes de su mente.

—Entonces, Mac, cuéntanos. ¿Crees que Sophie entendió bien la historia? —preguntó Reggie, calmando la discusión entre Ace y Amira.

—Creo que sí. Descubrieron el cuerpo de Zhang en el parque Hawk Hill, justo al otro lado de la valla que hay detrás del instituto Herbert Hoover. Hay una gran zona pavimentada detrás de la escuela con una pista de atletismo y canchas de baloncesto. Encontramos pruebas de una pelea y sangre por todo el patio —dijo Mac—. Entrevisté a los alfas de las manadas locales. Todos dijeron que Zhang Liu era un metamorfo sin manada. Un lobo solitario no afiliado. La historia de Sophie pinta un cuadro diferente de una pequeña manada expulsada de sus territorios. Volveré a visitar al alfa de la manada del Distrito del Atardecer muy pronto. Además, necesito ver si puedo localizar a un metamorfo llamado Marcus.

Mac se ofreció a llevar a cada uno a su casa, en lugar de dejarlos en la oficina del forense, ya que todos estaban cubiertos de tierra y manchas de hierba. Primero se dirigió a Noe Valley para dejar a Reggie. Noe Valley era uno de los barrios favoritos de Sophie, así que miró la calle de Reggie con un poco de envidia. Vio un salón de té lujoso y de aspecto quisquilloso. Por el breve vistazo que echó al interior mientras pasaban, parecía como si alguien hubiera vomitado blondas sobre todas las superficies. A Birdie le encantaría.

A continuación, dejaron a Ace y Amira, que compartían piso, para sorpresa de Sophie.

—¿Son compañeros de piso? Pero si apenas pasan un minuto sin discutir —espetó Sophie.

—El alquiler es demasiado caro en esta ciudad. No puedo permitirme un sitio decente sin tener un compañero de piso. Al menos ya conozco a Amira —dijo Ace—. Además, apenas está en casa. Pasa la mayor parte del tiempo como la gata mascota del vecino.

—No me mires así —dijo Amira tras la mirada incrédula de Sophie —. Bob es muy simpático. No es demasiado necesitado como algunos humanos. Es un coñazo adiestrar bien a un humano y no quiero empezar de cero con uno nuevo. Además, me dan comida gratis. Es un buen trato.

—¡Dios mío! Eres la “reina de ese castillo”. ¡Mierda! ¡Ya sé lo que

significa! —exclamó Sophie.

Amira y Ace salieron del coche con un gesto de la mano y se dirigieron a su edificio.

Fitz vivía a solo unas manzanas, en un almacén de ladrillo reconvertido. Una vez que Fitz salió de la furgoneta, el silencio del interior del vehículo empezó a poner nerviosa a Sophie. Mirando a su alrededor, tratando de encontrar algo de lo que hablar, Sophie se fijó en la suciedad que había por toda la tapicería.

—Tenemos suciedad por todo el coche de tu hermana —dijo Sophie, haciendo una mueca ante las pruebas de sus actividades nocturnas manchadas por todo el interior del vehículo.

—Voy a llevar el coche a mi hermana para darle las gracias. Nunca verá lo que le hemos hecho. Hoy no trabajo, así que será fácil —dijo Mac con un encogimiento de hombros negligente.

—¿Puedo preguntarte algo? —preguntó Sophie.

—Claro —respondió Mac, después de echarle a Sophie una rápida mirada evaluadora.

—No tengo ni idea de si es de mala educación preguntarlo, pero... ¿de verdad eres un metamorfo zorro? No te vi anoche —se apresuró a preguntar Sophie.

—Algunos metamorfos pueden ofenderse un poco cuando alguien pregunta, pero es fácil para ellos porque pueden saber qué tipo de metamorfo es alguien por el olor. Sin embargo, a mí no me importa. Para responder a tu pregunta: sí, soy un zorro.

—Reggie mencionó zorro, pero estaba tan abrumada por toda la información nueva en ese momento, que quería asegurarme. ¿Los zorros son del reino superior o inferior? —preguntó Sophie.

Mac refunfuñó en voz baja.

—No me gusta el término reino inferior, pero no sé de qué otra forma se supone que hay que llamar a los metamorfos que no son del Apex —se apresuró a explicar Sophie.

—Lo siento, odio ese término. Los metamorfos no depredadores no son “inferiores”. Es solo un prejuicio de mierda practicado por unos pocos metamorfos Apex y los Fae —gruñó Mac—. Para responder a tu pregunta, la mayoría de los míticos consideran a los metamorfos zorro parte del reino Apex, pero la mayoría estamos en un intermedio entre ambos. En realidad, depende de con quién hables.

—Huh —respondió Sophie—. Es tan raro que incluso los seres

mágicos tengan que lidiar con el racismo.

Dando vueltas a sus pensamientos en la mente, Sophie miró hacia fuera, admirando el bullicio mañanero que ya comenzaba en la ciudad. Le llamó la atención una de las docenas de taquerías que salpican cada esquina del distrito de la Misión. Un burrito al estilo de la Misión sonaba tan divino que Sophie casi gimió en voz alta al pensarlo. Pero ni siquiera el gruñido de su estómago pudo evitar que Sophie sintiera que se le había olvidado algo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mac.

—Siento como si me faltara algo. Está ahí, en la punta de mi cerebro —Sophie suspiró.

—¿Quieres decir en la punta de la lengua? —Mac resopló.

—No, mi cerebro. Está fuera de mi alcance. No consigo que mis sinapsis se pongan en marcha. ¿Qué se me olvida? Sé que tiene algo que ver con Zhang, pero no consigo averiguarlo —La frustración se apoderó de su voz.

—¿Quieres pasar por la escena del crimen? Podría ayudarte a refrescar la memoria. Incluso podemos dar una vuelta por Forest Knolls y ver la Torre Sutro. Hoy no tengo nada más que hacer aparte de limpiar la furgoneta de Miranda —se ofreció Mac.

—¡Forest Knolls! Mierda, ¡eso es! —exclamó Sophie—. Hace unos días, estaba en El Pulgarcito cuando oí por casualidad a esos tipos hablando de que les iban a echar del territorio de Forest Knolls. Eh, déjame pensar... ¿qué decían?

Sophie se frotó la frente, intentando recordar el incidente.

—Eran cuatro hombres. Parecía que trabajaban en la construcción o algo así, ya sabes, ropas manchadas de pintura y botas de trabajo y cosas así. Uno tenía el pelo castaño y desgreñado; otro era rubio y llevaba el pelo rapado cerca del cuero cabelludo. No vi mucho de los otros dos, estaban de espaldas a mí, pero ambos tenían el pelo más oscuro. Decían que tendrían que empezar a correr por Golden Gate Park y el Presidio porque les estaban echando de Forest Knolls. Dijeron algo de llevarlo a un cónclave —dijo Sophie—. ¡Oh, mierda! ¡El rubio les advirtió de que no querían acabar como Zee! ¿Crees que se referían a Zhang?

—No lo sé, pero merece la pena comprobarlo —respondió Mac, con los ojos brillantes por la emoción de la persecución—. ¿Estarías dispuesta a venir conmigo a hablar con Burg? Creo que se mostrará

menos hostil contigo. La última vez que nos vimos, le hice preguntas sobre ti. Creo que le hice enfadar, así que si estás allí, se dará cuenta de que estamos en el mismo equipo. También necesito que le des descripciones de los metamorfos y le ayudes a refrescar la memoria. Quiero ver si conoce a esos tipos o si escuchó algo. ¿Podemos irnos ya?

—Claro. Creo que vive encima del bar, así que debería estar por aquí. Normalmente abre a las once, pero suele estar preparándose para el día antes —dijo Sophie, mirando la hora en el salpicadero. Aún era temprano, pero probablemente Burg ya estaría levantado. El sol había salido mientras dejaban a sus amigos, pero la mayor parte de la ciudad aún estaba empezando el día.

En el lado opuesto de Cafecita había una estrecha zona reservada para los coches de los residentes. Al entrar en el único espacio abierto, Mac se volvió hacia Sophie.

—Gracias, Sophie —dijo Mac—. Tu ayuda ha sido increíble. No podría haberlo hecho sin ti. Sé que te fastidié por ser humana y dije que causarías problemas a los metamorfos. Estaba equivocado, y siento haber sido un imbécil.

—No te preocupes por eso. No entendí tu actitud en ese momento, pero ahora entiendo por qué estabas preocupado. Pero gracias por las disculpas —dijo Sophie—. Además, no creo que puedas evitar ser un imbécil. Eres así.

Mac soltó una risita ante la apreciación de Sophie.

—Tengo que irme a casa y asearme. Cuando vuelva, podemos hablar con Burg. Vivo en Outer Richmond, así que tardaré unos 45 minutos en volver.

—Podrías asearte en mi casa y así no tendríamos que esperar —se ofreció Sophie—. Aunque no sé si podrás tener la ropa lo suficientemente limpia sin una lavadora. Hay una lavandería compartida en el sótano, pero no tengo nada que puedas ponerte mientras esperas. Llevas ropa negra, ¿podríamos limpiarla lo suficiente con una toallita?

—Tengo un juego de ropa de repuesto conmigo. Llevo suficiente tiempo en el cuerpo de oficiales como para tener siempre un repuesto. Si no te importa prestarme tu ducha, te agradecería la oportunidad de limpiarme.

CAPÍTULO 14

Sophie y Mac entraron en Cafecita con pies silenciosos.

Mientras Sophie caminaba de puntillas por el pasillo, Mac la siguió con una sonrisa perpleja. Sophie se volvió hacia Mac y se puso el dedo delante de los labios para indicar silencio. Señalando la puerta de enfrente, Sophie le dijo a Mac la palabra “Birdie” y este asintió con la cabeza, comprendiendo de repente.

Sophie hizo pasar a Mac a su apartamento mientras miraba por el pasillo para asegurarse de que nadie se percataba de su paso. Lo siguió al interior y cerró la puerta lo más silenciosamente posible. Una vez instalada en su apartamento, Sophie observó cómo Mac dejaba su mochila en el suelo y contemplaba su ecléctico espacio. La mayoría de sus muebles eran regalos, cosas usadas o hallazgos de tiendas de segunda mano. Mac se acercó a la mesita que había junto al mullido futón y se quedó mirando su preciada lámpara. Sophie había encontrado la lámpara de cristal de estilo gótico victoriano en una tienda de segunda mano de la calle Haight. Los paneles de cristal verde jade enmarcaban una bóveda de latón ornamentada digna de una antigua catedral. La base de la lámpara era una calavera de latón con una pátina deslustrada que le daba un aire antiguo. La calavera sonriente siempre la hacía sonreír. A Sophie le encantaba la yuxtaposición de la elegante pantalla con la macabra base. Caminando hacia la cocina, Mac se detuvo frente a dos carteles de grupos de música de conciertos a los que había asistido en The Fillmore.

—Nunca había oído hablar de The Struts ni de Tune-Yards. ¿Fueron buenos los conciertos? —preguntó Mac mirando las ilustraciones. En el Fillmore hacían bonitos carteles personalizados para todos los grupos que tocaban en el local. Las pocas veces que Sophie había podido permitirse una entrada, disfrutaba paseando por el edificio y mirando los carteles de los conciertos, algunos de los cuales se remontaban a los años sesenta y cubrían casi cada

centímetro cuadrado de pared.

—No, son una mierda. Solo compro carteles de conciertos de grupos que odio —respondió Sophie enarcando una ceja.

—Eh, bueno me callo.

Mirando alrededor de su sala de estar con confusión, Mac se volvió hacia Sophie con una pregunta en los ojos.

—¿Qué? —preguntó Sophie irritada.

—¿Dónde está tu televisor?

—No tengo —dijo Sophie encogiéndose de hombros.

—¿Qué? ¿Por qué no? —preguntó Mac, que parecía realmente confundido ante la perspectiva de vivir sin televisión.

—No es lo mío. Además, hasta hace poco no podía permitirme uno —respondió Sophie, sintiéndose un poco expuesta por la pregunta. Nadie sabía lo cerca que había estado de quedarse sin casa, y prefería que siguiera siendo así.

—¿Qué haces entonces en tu tiempo libre? —dijo Mac, no dispuesto a dejar el tema de lado todavía.

Sophie cogió un libro desgastado que estaba junto a su preciosa lámpara y lo agitó ante las narices de Mac. Mac miró una pila desordenada de libros en el suelo, junto al futón.

—A veces veo realities con Birdie. Le encantan las peleas de zorras.

Riéndose, Mac entró en su pequeña cocina y abrió un armario, echando un vistazo al surtido de platos desparejados.

—¿Dónde está tu santuario vudú a algún dios maligno? ¿Los pentagramas para invocar demonios? Me decepciona que no haya un altar de sacrificios por ninguna parte —dijo Mac con una sonrisa de dientes, mirando alrededor de su apartamento con fingida decepción.

—Sigue molestándome y podrás ver de cerca y en persona mi altar de sacrificios, imbécil —amenazó Sophie, haciendo que Mac soltara una risita complacida—. Si ya has terminado de entrometerte, el baño está por ahí.

Sophie le enseñó a Mac su minúsculo dormitorio y el cuarto de baño, aún más minúsculo. Sophie le indicó dónde guardaba las toallas de repuesto y se dirigió rápidamente a la cocina para dejarle intimidad.

Frotándose los brazos hasta los codos, sacó los ingredientes para hacer tostadas y huevos. Estaba terminando de untar la tostada con mantequilla cuando Mac salió de su dormitorio. Señalando en silencio

la cafetera, Sophie sirvió el desayuno en dos platos.

Sentado a la vieja mesa de formica, Mac se zampó la comida con la intensidad que Sophie empezaba a creer inherente a todos los metamorfos. Tras terminar rápidamente su sencilla comida, Sophie depositó los platos en el fregadero para limpiarlos más tarde. Con la promesa de ser rápida, se dirigió a su dormitorio para coger ropa limpia y darse una ducha.

Al entrar en la ducha, soltó un gemido ahogado cuando el agua caliente le golpeó los músculos doloridos de los hombros. No perdió el tiempo, consciente de lo rápido que se acababa el agua caliente en Cafecita. Después de vestirse, Sophie se detuvo sorprendida en la puerta de su dormitorio, observando cómo Mac lavaba los platos del desayuno.

Cuando se aclaró la garganta, Mac miró a Sophie por encima del hombro.

—Gracias, Mac. No tenías por qué hacerlo —dijo Sophie, señalando con la cabeza el plato que tenía en la mano.

—Tú cocinaste, así que estoy feliz de limpiar. Además, solo estoy tratando de evitar ser sacrificado en tu altar, matainfiernos —dijo Mac.

—Demasiado tarde. Ya he puesto tu viaje al altar en mi calendario. No querrás defraudar a la secta, ¿verdad? —exclamó Sophie.

—No, tienes razón. Ver todas sus caritas de decepción sería desgarrador —Mac se rio—. ¿Estás lista para salir de aquí y ver si encontramos a Burg?

Caminando codo con codo por el lúgubre pasillo, Sophie y Mac se dirigieron a las escaleras al final del pasillo. Un estridente “ejem” a sus espaldas los congeló en seco.

Sophie miró por encima del hombro y vio a Birdie de pie en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados y los dedos de los pies dando golpecitos de irritación.

—¿No ibas a pasarte a desearme buenos días? —preguntó Birdie con altanería.

—Señorita Gafferty, normalmente nos encantaría visitarla, pero tenemos que ir a un sitio —se apresuró a explicar Sophie.

—No me digas “señorita Gafferty”, jovencita. Siempre hay tiempo para una taza de té con tu vecina favorita. Ahora, ven aquí —exigió Birdie imperiosamente.

—Sí, señora. Nos encantaría tomar un té —dijo Mac, entrando en el apartamento de Birdie con presteza.

Birdie señaló un sofá para que ambos se sentaran. Sophie sabía que Birdie las había colocado a propósito en el pequeño sofá para que ella pudiera ocupar el respaldo de enfrente y así poder interrogarlas adecuadamente. Sophie se sentó en el sofá con un dramático suspiro de derrota.

—Jovencito, ¿qué te parece un té English Breakfast? —preguntó Birdie desde la cocina.

—Por favor, llámame Mac. El té suena muy bien, señorita Birdie. Gracias —respondió Mac.

Sophie le dijo a Mac "perrito faldero" y este asintió con la cabeza.

—Vaya. Vaya, qué educado eres. ¿Qué haces con Sophie?

—Oh, no lo sé, señorita Birdie. Sophie tiene ciertos talentos que he llegado a apreciar —Mac le dedicó a Sophie una sonrisa malvada mientras Birdie graznaba y cacareaba de placer.

Birdie acercó a Mac y Sophie dos tazas de té en precario equilibrio sobre platillos y luego cogió las suyas de la encimera de la cocina. Sophie miró a Birdie y le dedicó una sonrisa secreta cuando vio la taza de té que sostenía Mac.

Ginsberg saltó al reposabrazos junto al codo de Sophie, reclamando atención.

—¿Quién es él? —preguntó Mac, acercándose a Sophie para ofrecer sus dedos al gato.

—Este es Ginsberg —dijo Sophie. Ginsberg olisqueó los dedos de Mac con desconfianza, pero a regañadientes permitió que Mac le rascara bajo la barbilla.

—Me he dado cuenta de que no has vuelto a casa hasta altas horas de la madrugada. ¿Tengo que preguntar por tus intenciones hacia nuestra querida y dulce Sophie? —preguntó Birdie, fingiendo preocupación por la virtud de Sophie.

—¿Dulce? —repitió Mac con las cejas alzadas cómicamente.

—¿Demasiado? —preguntó Birdie, con los ojos brillantes de alegría —. Bueno, ¿te veremos más por aquí? ¿O una noche fue suficiente? Sé que Sophie es un poco mojigata, así que podría enseñarle algunos movimientos para ayudar a mantener tu interés.

—¿Voy a tener que separarlos? —Sophie amenazó.

—No estaría de más que le enseñaras algunas técnicas nuevas.

Quiero decir, Sophie tenía la resistencia para durar toda la noche, pero sus movimientos se volvieron bastante repetitivos —dijo Mac, ignorando deliberadamente a Sophie mientras ella intentaba asesinarlo con la mirada.

—Bueno, el equipo de Mac era lo suficientemente adecuado para hacer el trabajo, pero no me daba mucho margen para ser creativa. Tienes que trabajar con lo que tienes. ¿Sabes lo que quiero decir? —bromeó Sophie.

Riéndose entre dientes, Mac dio otro sorbo a su té. Su ahogo, al ver lo escrito en el fondo de la taza de té, hizo que los hombros de Sophie temblaran mientras intentaba ocultar su alegría. Birdie y Sophie intercambiaron sonrisas al verle releer “Gatita Traviesa” en el fondo de su taza.

—Oh, ¿he hecho el té demasiado caliente? —preguntó Birdie con una inocencia azucarada.

—No, señorita Birdie. El té está perfecto. Y la compañía también —respondió Mac.

—¡Oh, Dios mío! ¡Eres tan lameculos! —Exclamó Sophie—. No caigas en sus trucos, Birdie. Normalmente es un imbécil gruñón.

—No puedo evitar que mi madre me enseñara modales. Algunas personas actúan como si hubieran sido criadas por lobos —dijo Mac, con una mirada burlona y seria.

—O zorros, tal vez —susurró Sophie desafiante.

Terminó su té y se sentó en el sillón para ver cómo Birdie flirteaba descaradamente con Mac, que acaparaba toda la atención. Sophie sacudió la cabeza con divertida exasperación. Birdie no paraba de llamar a Mac “chico dulce” lo que provocaba en Sophie ganas de reír y de estrangular la cara de suficiencia de Mac a partes iguales.

Mac estaba tumbado en su rincón del sofá como un león tomando el sol en la sabana, relajado, pero listo para saltar en cualquier momento. Sophie se preguntó si Birdie podría ver al cazador que se escondía tras los afilados ojos azules de Mac. La sensación de la agresividad temporalmente contenida de un depredador justo debajo de su plácido exterior hacía que a Sophie le resultara imposible relajarse por completo en su presencia. Puede que Mac dijera que se encontraba en el límite de ambos reinos, pero a Sophie le costaba creer que Mac no fuera más que un depredador supremo.

—Srta. Birdie, realmente debemos irnos. Tenemos una cita que

cumplir. Ha sido un placer conocerla. Y muchas gracias por el té —dijo Mac levantándose del sofá. Miró a Sophie, que estaba ocupada fingiendo que contenía el vómito—. Vamos, matainfiernos. Tenemos que irnos.

—Fue un placer conocerte también, Mac. Puedes venir a visitarme cuando quieras —le dijo Birdie a Mac, acompañándolo a la puerta y dejando a Sophie atrás—. Incluso cuando Sophie haya terminado contigo, siéntete libre de pasarte cuando quieras.

—Lo haré —prometió Mac antes de dirigirse al vestíbulo.

—Gracias por el té, Birdie —dijo Sophie, deteniéndose junto a su vecina, que seguía haciéndole ojitos a Mac—. Oye, ¿necesitas que recoja alguna compra o algo mientras estoy fuera hoy?

—Se me está acabando mi brandy favorito... ¿Serías tan amable de traerme una botellita? —preguntó Birdie.

—Por supuesto. Te la traeré más tarde. Que tengas un buen día, Birdie.

—Me agrada mucho Birdie. Es fantástica —dijo Mac después de que Birdie cerrara la puerta.

—¡Oye! Esa es mi vieja sucia. No puedes tenerla. Consigue la tuya —graznó Sophie indignada, guiándola escaleras abajo—. Tengo una pregunta extraña para ti. El gato de Birdie, Ginsberg, ¿es un metamorfo como Amira?

—No, lo siento, Ginsberg es un gato normal. Puede que no sea un metamorfo, pero Birdie es definitivamente un puma —bromeó Mac, haciendo reír a Sophie—. Ginsberg, ¿eh? ¿Se llama así por el poeta?

—Sí. Birdie dice que de vez en cuando salía con Allen Ginsberg y otros beatniks en los años cincuenta y sesenta. Dice que era muy apasionado. Le puso el nombre del gato en su honor —dijo Sophie.

—¿Sabías que Ginsberg acuñó la frase “flower power”? —preguntó Mac—. Quería ayudar a inspirar las protestas contra la guerra para que se convirtieran en manifestaciones pacíficas y no recurrieran a la violencia.

—Creo que nunca había oído el término “flower power”. Debió de ser popular antes de mi época —Sophie sonrió con satisfacción.

—Ay, eso me dolió —anunció Mac—. ¿Intentas insinuar que soy viejo? Solo tengo unos años más que tú. Además, ¿cómo es posible que nunca hayas oído este término? Es famoso. No sé si me estás tomando el pelo o no —Mac entornó los ojos mirando a Sophie, que se

encogió inocentemente de hombros. Luego preguntó—: ¿Has estado alguna vez en la librería City Lights?

—No, nunca he oído hablar de ella —se encogió de hombros Sophie, mientras él parpadeaba como un búho.

—Nunca has oído hablar de... —dijo Mac, sacudiendo la cabeza y pareciendo que se quedaba sin palabras—. Es una librería en Columbus, pero es mucho más. A finales de los 50 publicaron Howl, de Allen Ginsberg. Uno de los fundadores de la librería y Ginsberg fueron detenidos por obscenidad. La colección de poemas hablaba de drogas y homosexualidad, entre otros temas tabú. Cuando se anularon los cargos, ayudó a sentar un precedente para la protección de la Primera Enmienda de la literatura previamente prohibida.

—Qué genial. ¿Y la librería sigue aquí?

—Sí, deberías ir a verla alguna vez —sugirió Mac.

Adelantándose a Mac, Sophie intentó abrir la puerta de la casa de Burg, pero estaba cerrada. Cuando Mac se puso a su lado, se asomó al lúgubre interior del bar. Al ver a Burg sacando un barril de la parte de atrás, llamó a la puerta y le hizo señas con la mano para llamar su atención.

Al levantar la vista, la sonrisa inicial de Burg se desvaneció un poco al ver a Mac junto a Sophie. Dejó el barril, se acercó y abrió la puerta.

—Hola Burg, siento molestarte tan temprano. ¿Tienes unos minutos? Tenemos que hablar contigo —preguntó Sophie.

—Claro, pasen —dijo Burg, abriéndoles la puerta—. Siéntense, enseguida voy. Antes tengo que colocar este barril.

Sophie condujo a Mac hasta la mesa en la que los posibles metamorfos lobo estaban sentados apenas unos días antes. Sophie respiró hondo, inhalando el olor a levadura de la cerveza rancia derramada mezclado con toques alimonados de pulimento de madera. Un momento después, Burg les acercó un asiento y se sentó.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? Tengo que decir que es inesperado verlos aquí juntos —dijo Burg.

—Sophie me está ayudando con un caso —dijo Mac—. Había cuatro hombres, que creemos que podrían haber sido metamorfos de lobo, tomando unas copas aquí el martes pasado. Esperaba que pudieras responder a algunas preguntas sobre ellos.

—Puedo intentarlo. No recuerdo a ningún metamorfo en concreto

del martes. ¿Puedes describírmelos? —preguntó Burg.

Mac asintió a Sophie para que describiera a los hombres a Burg.

—Fui yo quien los vio. Estaban aquí sobre las 7 u 8 de la noche, ¿quizás? Creo que ya estaban aquí cuando entré. Uno tenía el pelo castaño desgreñado. Otro tenía el pelo rubio rapado cerca de la cabeza. Si tuviera que adivinar, diría que tenían unos treinta años. Creo que los otros dos eran morenos, pero no pude verlos bien. Uno podría llamarse Marcus, pero no estoy segura. Se quejaban de que algún cónclave no les ayudaba con su territorio. Estaban sentados en esta mesa, detrás de mí en la barra, cuando me serviste una Lullaby Lady. ¿Te acuerdas? —preguntó Sophie.

—¿Bebes Lullaby Ladies? Es una bebida para niños —se burló Mac.

—Tenía que ir a trabajar después, así que nada de alcohol. Y la bebida está riquísima, así que jódete. La Lullaby Lady es como yo: hermosa, pero mortal —replicó Sophie, revolviéndose el pelo de forma espectacular en un pasable remedo de Amira, lo que hizo que ambos hombres sacudieran la cabeza.

—Creo recordar a los hombres que buscan. Vienen de vez en cuando. Esta semana han venido un par de veces. Creo que trabajan en una obra cercana, así que se pasan por aquí después del trabajo para compartir una cerveza o dos. Estoy bastante seguro de que son metamorfos no afiliados. Recibo a muchos metamorfos sin manada porque el bar se considera territorio neutral —dijo Burg.

—Lo entiendo. Nadie va a joder el territorio de los ogros —dijo Mac—. ¿Sabes en qué obra trabajan?

Tras una larga pausa pensativa, Burg dijo,

—Hmmm... Me da la impresión de que dijeron algo sobre estudiantes de Derecho maleducados y malcriados que les dificultaban el trabajo.

—Está la facultad de Derecho de la UC Hastings a solo unas manzanas de aquí. Podría valer la pena echarle un vistazo —dijo Mac —. ¿Por casualidad sabes alguno de sus nombres?

—No. Pero déjame ver si puedo sacar algún recibo del martes. Dame unos minutos.

—¿Qué te parece? —Sophie preguntó a Mac cuando Burg desapareció por una puerta en la parte trasera del bar.

—Creo que es una pista que no tenía ayer. Quizá un hilo que pueda seguir y que espero que me ayude a desentrañar todo este

asunto —respondió Mac.

—Por cierto, ¿qué es un cónclave? Ya he oído el término varias veces —preguntó Sophie.

—El Cónclave es algo así como el gobierno local de los Míticos. La mayoría de las grandes ciudades, o cualquier zona con fuertes líneas ley, tienen uno. La mayoría de los miembros del Cónclave proceden de familias fundadoras, así que son Fae. Se supone que supervisan a los Míticos en la ciudad. Si uno de nosotros tiene un problema con otra especie, podemos llevarlo al Cónclave. Se ocupan de cualquier problema lo suficientemente grande como para llamar la atención de los humanos. Tienen gente infiltrada en el gobierno, la policía, los hospitales e incluso los medios de comunicación, para garantizar que nuestra presencia en este reino siga siendo un secreto —explicó Mac.

—¡Y la morgue! Entonces, ¿por qué esos metamorfos dijeron que el Cónclave no les ayudaría?

—El Cónclave no suele preocuparse por disputas territoriales dentro de un mismo reino. Lamentablemente, el metamorfo que escuchaste tenía razón. El Cónclave no se molestaría con unos pocos metamorfos sin manada que son expulsados de Forest Knolls. Eso se considera un problema intraespecie —dijo Mac con una mueca que le indicó a Sophie que no era un fan del Cónclave.

—¿Qué haces si tienes un problema dentro de tu reino en el que el Cónclave no puede ayudarte?

—No estoy seguro de cómo funciona para los míticos no metamorfos. Pero para mi gente, la mayoría de los metamorfos pertenecen a una manada. Si un miembro tiene un problema, puede llevarlo a su alfa. Si él o ella no pueden o no quieren arreglarlo, no hay mucho que el individuo pueda hacer. Normalmente, encuentran otra manada a la que unirse, o pueden irse y no afiliarse. Algunos metamorfos lo hacen, pero estar sin manada es difícil para mucha gente. No tendrán los recursos y la protección que conlleva estar en una manada. Pero una manada es tan buena como su alfa, y esa vida no es para todos. A veces, un metamorfo es expulsado de su manada por el alfa por causar problemas. Esos suelen ser los que causan más problemas a mi departamento. Pueden ser muy peligrosos. No tienen un alfa que frene sus peores comportamientos.

Burg regresó agarrando un pequeño montón de papeles.

—He sacado todos los recibos que tenía desde las seis hasta

medianoche del martes. Estoy seguro de que los cuatro metamorfos ya se habían ido a medianoche. Puse los tres recibos que creo que son los más probables en la parte superior —dijo Burg, entregando los recibos a Mac.

—¿Solo tres? —preguntó Mac.

—Al menos uno de ellos pagó en efectivo, por lo que no habría un nombre asociado. Puede que incluso fueran dos, pero no puedo asegurarlo —dijo Burg—. Recuerdo que todos cobraron al mismo tiempo y se marcharon juntos. Si tuviera que adivinar, serían unos nueve, así que esos son los culpables más probables —señaló Burg el recibo superior que Mac tenía en las manos.

—Marcus Lincham —dijo Mac con una sonrisa triunfal a Sophie, mostrándole el recibo superior—. Esto coincide con nuestra información.

Mac anotó los nombres de cada uno de los recibos antes de devolverle a Burg la pila de papeles.

—Creo que tienes razón, Burg. Lo más probable es que estos dos recibos sean nuestros hombres. ¿Crees que alguno de tus otros clientes habituales conoce a estos hombres? ¿Podrían decirnos algo más sobre ellos? —Mac preguntó.

—No, estos tipos son muy reservados. ¿Son peligrosos? —preguntó Burg, preocupado.

—No lo creo. Puede que tengan información que me ayude con un caso. Si se te ocurre algo más o si vuelven, ¿me puedes llamar? —preguntó Mac, abriendo su cartera y deslizando a Burg una tarjeta de presentación.

—Por supuesto —respondió Burg, guardándose la tarjeta en el bolsillo trasero.

—Gracias por tu ayuda, Burg —dijo Mac, levantándose de la mesa y estrechando la mano de Burg. Sophie se levantó también, dispuesta a seguir a Mac fuera del bar.

—Oye, Soph. ¿Tienes un minuto? —preguntó Burg, indicando con un gesto de la cabeza que Sophie volviera a sentarse.

—Esperaré fuera —dijo Mac, saliendo con un tintineo de la campanilla de la puerta. Burg siguió a Mac con la mirada antes de volver a centrar su atención en Sophie.

—¿Va todo bien, Sophie? ¿Te está causando problemas ese tipo? Fue de él de quien te advertí. Vino aquí haciendo un montón de

preguntas sobre ti —preguntó Burg en voz baja.

—Sí, todo va bien. Mac y yo hemos llegado a un acuerdo. Incluso se disculpó. Solo le preocupaba que un humano trabajara en la división mítica de la oficina del forense. En su momento me molestó, pero ahora comprendo mejor su preocupación —aseguró Sophie a Burg—. La razón por la que estamos aquí juntos es que escuché algo relevante para uno de los casos de Mac. Solo le estoy ayudando a seguir una pista. No tienes que preocuparte por mí. Todo está bien, lo prometo.

—De acuerdo, si estás segura. Solo quería comprobarlo. Ya le advertí que estás bajo mi protección. Si te da algún problema, ven a decírmelo —gruñó Burg.

—Entendido, Burg. Si me da algún problema, dejaré que le patees el culo —dijo Sophie con una amplia sonrisa—. Me voy a casa. Estoy agotada. Mi horario de sueño está tan alterado que creo que voy a intentar echarme una siesta. Hasta luego, ¿bueno?

Con un gesto de la mano, Sophie salió y encontró a Mac apoyado en el exterior del bar, intentando parecer indiferente.

—¿Todo bien ahí dentro? —preguntó Mac con una ceja levantada —. ¿Le preocupa a Burg que te esté maltratando?

—dijo que si eres malo conmigo, te romperá las rótulas. Así que será mejor que seas más amable conmigo a partir de ahora —advirtió Sophie, con una sonrisa de dientes dibujándose en su cara.

—Eso no es justo. ¿Quién va a protegerme de ti? Soy una persona muy sensible y tú eres muy mala —se quejó Mac.

—Nadie. Vas a tener que ponerte los pantalones, supongo.

—Estaba pensando en acercarme a la facultad de Derecho a ver si encuentro alguna construcción en el campus. Si tengo suerte, puede que estén trabajando, aunque lo dudo porque es fin de semana. ¿Quieres venir conmigo? —le ofreció Mac.

A pesar de la tentación, negó con la cabeza.

—Prometí ir a por una botella de brandy para Birdie, luego me vuelvo a Cafecita a dormir un poco.

—¿Cafecita? —preguntó Mac, con confusión en la voz.

—Ya sabes, ¿la bebida? Solo que dicho de una forma cuchi —Sophie miró con el pulgar por encima del hombro a la casa que se cernía a su lado—. La primera vez que lo probé fue en la panadería Three Pigs, en Market Street. Puede parecer aburrido, pero me

encanta esa bebida —Mac asintió con la cabeza, haciendo un zumbido bajo de comprensión divertida.

—Muy bien. Cuando termine de investigar la información que has descubierto, le enviaré un mensaje a Reggie con las novedades. Ya que tú, por alguna puta razón, no tienes móvil —Mac sacudió la cabeza exasperado cuando Sophie le dedicó una sonrisa impenitente.

—Tenía un teléfono, pero se dañó. No tenía dinero para arreglarlo. Ahora que cobro un sueldo normal, pronto tendré un teléfono, así que cálmate —dijo Sophie encogiéndose de hombros.

—De acuerdo. Dile a Reggie que espere mi llamada.

CAPÍTULO 15

A mediados de la semana, los compañeros de Sophie habían empezado a perder el buen humor de la travesura del fin de semana. Había oído contar su aventura compartida tantas veces como para que le durara el resto de sus días, aunque no quería arruinarles la diversión diciéndolo. Ace, en particular, parecía disfrutar hablando del roce que tuvo con un guardia de seguridad mientras vigilaba. En aquel momento estaba en su forma de mapache, así que Sophie no creía que hubiera corrido tanto peligro de que lo atraparan como de que lo persiguieran con una escoba.

El jueves por la noche, durante la pausa para comer que compartieron, Amira anunció de forma dramática que estaba lista para abandonar el brillo y el glamour del crimen y volver a la vida tranquila de una ciudadana respetuosa con la ley.

—Es raro. No recuerdo ningún brillo y glamour cuando estaba arrodillada sobre un ataúd abierto cubierto de tierra de cementerio —bromeó Sophie.

—Bueno, quizá no. Pero estaba fabulosa con mi catsuit negro. Quizá debería empezar una vida criminal para poder disfrutar de la moda —dijo Amira con expresión pensativa.

—Deberíamos tener un nombre de banda. Ya sabes, si vamos a convertirnos en una unidad de resolución de crímenes. Algo acorde con nuestra genialidad. Como Los Increíbles o Los Asombrosos —sugirió Ace.

—Si vamos a elegir un nombre que realmente nos represente, deberíamos llamarnos Los Anómalos —replicó Fitz con una sonrisa burlona, haciendo que todos, excepto Ace, soltaran una carcajada.

—¡No se lo están tomando en serio! —se quejó Ace.

Después de eso, el equipo centró su atención en la siguiente novedad, que resultó ser la acusación de Fitz de que alguien del turno de día le había robado una de sus preciadas aguas con gas. Su

promesa de encontrar al culpable hizo que Sophie y Reggie intercambiaran miradas divertidas. Incluso insistió en que Sophie tocara sus latas de agua para ver si podía obtener una lectura del ladrón. Sophie tuvo que darle la mala noticia de que solo obtenía lecturas de cadáveres.

Mientras picoteaba su sándwich de pavo, Sophie pensaba en la autopsia que habían terminado antes de la hora de comer. Había sido otro ataque entre metamorfos. Según su visión, era una lucha de dominación por el rango dentro de una manada. Uno de los metamorfos perdió el control sobre su mitad animal y acabó matando a la víctima. Reggie explicó que en muchas manadas existía una jerarquía estricta basada en la fuerza demostrada y en las demostraciones de destreza en la lucha, sobre todo entre los metamorfos más depredadores. Los metamorfos a menudo luchaban para intentar mejorar su lugar dentro de esa jerarquía.

—¿Los metamorfos a menudo pierden el control sobre sus mitades animales y matan a la gente? Ya he visto a varios desde que empecé a trabajar aquí —preguntó Sophie en el silencio repentino de la sala de descanso.

—Es algo que ocurre más a menudo con los metamorfos Apex. Son más violentos que los que no lo son. Es especialmente frecuente en este reino —respondió Fitz.

—¿Por qué? —preguntó Sophie.

—Porque los Fae tratan este reino como un vertedero —dijo Ace, con su enfado envolviéndole como una capa. El malhumor parecía ser el estado básico de Ace, pero Sophie se dio cuenta de que estaba muy nervioso por la discusión.

—Creo que eso es un poco duro —Reggie frunció el ceño.

—No, no lo es. La mayoría de los reinos tratan a la Tierra como Inglaterra trataba a Australia. Envían aquí a todos sus indeseables, disidentes y criminales. La Tierra es la solución "fuera de la vista, fuera de la mente" para esos imbeciles pretenciosos —respondió Ace, pasándose las manos por su abigarrado pelo en señal de agitación.

—Espera... ¿somos una colonia penal? —Sophie se rio.

—Muchos ciudadanos del reino Fae eligen voluntariamente emigrar a la Tierra. Muchos míticos han elegido utilizar las líneas ley para trasladarse aquí, incluidos mis antepasados —replicó Reggie.

—Bueno, sí, muchos de los metamorfos del reino "menor" vinimos

aquí porque nos hartamos de todos los prejuicios contra nuestra gente. Por eso hay tanta población de metamorfos no Apex en la zona. Pero eso no cambia el hecho de que la corte Sídhe se deshace aquí de Faes y metamorfos problemáticos. Más de la mitad de los cadáveres que vemos en estas instalaciones son probablemente de parias —gruñó Ace.

—Has mencionado mucho las líneas ley. Así es como los míticos llegan a la Tierra, ¿verdad? ¿Significa eso que hay una línea ley aquí? ¿Como en la propia ciudad? —Sophie preguntó.

—Sí, la que hay aquí en San Francisco es muy fuerte y uno de los portales más cercanos al reino de los Fae, razón por la que aquí hay una concentración tan alta de Míticos originarios del reino de los Fae —explicó Reggie.

—Así que el reino Fae está cerca de San Francisco, ¿verdad? Por eso hay tantas criaturas Fae en la zona. ¿Significa eso que el reino del Valhalla está en algún lugar cerca de Escandinavia? —preguntó Sophie—. ¿Y encontrarías allí más valquirias y cosas así en lugar de Fae?

—Así es. Seres de otros reinos han estado llegando a la Tierra a través de las líneas ley, afectando a la mitología y la población de cada zona durante miles de años.

—Si hay una línea ley aquí, ¿podría usarla para visitar el reino de los Fae? —preguntó Sophie, con los ojos brillantes ante la idea de viajar a un lugar del que solo se habla en los cuentos de hadas.

Ace resopló burlonamente.

—De ninguna manera. Venir a la Tierra es un viaje de ida. No hay forma de volver de la Tierra al reino de los Fae. Incluso dejar el reino de los Fae para ir a la Tierra puede ser difícil. La corte de los Fae y sus aduladores controlan los portales de las líneas ley. Tienes que obtener aprobación. Y no te ofendas, pero para ellos, solo eres un mísero humano.

—¿Cuándo llegaron aquí? —Sophie preguntó.

—Todos somos de varias generaciones atrás. A principios de siglo, muchos de los míticos no Fae, como metamorfos, trolls y demás, emigraron a San Francisco. Fue una época fácil para llegar e integrarse debido a la afluencia de gente por la fiebre del oro —explicó Reggie.

—¿Y tú, Sophie? ¿Cuándo llegaste tú o tus antepasados? Me pregunto si alguno de tus abuelos llegó en la misma época que los

nuestros —pregunta Amira.

—Mi familia es de todas partes. Ni siquiera podría adivinar de dónde saqué mi habilidad. No conozco a la mayor parte de mi familia, ya que están dispersos por todas partes —dijo Sophie encogiéndose de hombros con negligencia.

—Tal vez no seas Fae entonces. Quizá seas otro tipo de mítico. Los Fae son bastante militantes a la hora de rastrear linajes —dijo Fitz con aire pensativo—. Son unos esnobs, así que rara vez se mezclan con humanos. Cuando nace un bebé mitad Fae, suele ser el subproducto de un escarceo ilícito.

—¿Un flirteo? ¿Es un romance de la Regencia? Supongo que eso explica por qué nunca he oído hablar de ningún Fae en mi historia. Lo más probable es que alguien de mi árbol genealógico tuviera una aventura secreta —Sophie se encogió de hombros, sin preocuparse por el origen de su habilidad.

—¿Alguien más de tu familia tiene visiones o poderes extraños? —preguntó Reggie.

—Nunca he oído ni visto nada que me haga pensar eso.

—Bueno, ese tipo de cosas pueden permanecer ocultas en el ADN durante generaciones antes de aparecer aleatoriamente sin previo aviso. Es raro, pero he oído historias sobre ello antes.

—También considera esto: Yo ni siquiera era consciente de mi habilidad hasta ahora. Puede que haya miembros de mi familia que tengan un poder oculto del que ni siquiera son conscientes. Si no hubiera estado expuesto a cadáveres, podría haber pasado el resto de mi vida sin saber nada de mi “don”. Es el talento más aleatorio y extraño que existe.

—¿Tal vez podrías acercarte a miembros de tu familia y ver si tienen algún don o habilidad inexplicable? —La esperanza y la emoción florecieron en los ojos de Reggie.

—Eso no va a ocurrir. Soy hija única y mis padres ya no están. No estoy cerca de nadie más de mi familia, así que no voy a llamarlos para pedirles que vengan a tocar algunos cadáveres para ver si tienen visiones. Ni siquiera estoy segura de poder localizarlos, aunque me importara lo suficiente como para hacerlo —afirmó Sophie con firmeza.

—Vale. Depende de ti, por supuesto. ¿Estás lista para volver al trabajo?

—Sí, ¿necesitas coger el cargador del móvil? —le recordó Sophie a Reggie.

Mirando su teléfono, Reggie negó con la cabeza.

—Me queda porcentaje suficiente para aguantar al menos una autopsia más.

Cada día, Sophie y Reggie seguían grabando obedientemente sus historias y se las reenviaban a Mac. Mac aún no se había puesto en contacto con ellos para comunicarles si había tenido algún avance en el caso del asesinato de Zhang Liu. Sophie trató de ignorar la pequeña bola de decepción que crecía en su vientre por no haber tenido noticias de Mac todavía.

De camino a la sala de autopsias, un movimiento llamó la atención de Sophie. Mac se dirigía hacia ellos con paso decidido y una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Sophie. Perturbada por su reacción inicial ante la presencia de Mac, Sophie se obligó a mantener una expresión neutra. Al mirar a su alrededor, sonrió al ver que a Reggie ni siquiera se le había ocurrido disimular su expresión de felicidad ante la llegada de Mac.

—¿Tienes unos minutos para hablar? —preguntó Mac en voz baja con un gesto de la cabeza hacia el despacho de Reggie.

Reggie acompañó a Mac a su despacho con Sophie detrás. Reggie se sentó en su sitio habitual detrás de su escritorio, dejando a Sophie sentada junto a Mac. Se sentía incómoda y cohibida al estar tan cerca de él. Internamente, se reprendió a sí misma por su ridícula reacción ante la proximidad de Mac y se obligó a prestar atención. No importaba si era un imbécil que la incomodaba; por el momento, la necesitaba para ayudar a resolver asesinatos.

—Mac, ¿necesitas nuestra ayuda otra vez? ¿O tienes noticias para nosotros? —preguntó Reggie esperanzado. Sophie negó con la cabeza al ver lo mucho que Reggie estaba disfrutando de su nueva vida secreta como detective que resolvía crímenes.

—Solo quería pasarme y ponerte al día de lo que he descubierto hasta ahora. He estado haciendo demasiadas preguntas y sugerencias sobre casos que no dejan de hacerse realidad. Algunas personas de mi departamento están empezando a mirarme de forma extraña. En algún momento, puede que tengamos que hablar con el jefe de policía sobre tu don, Sophie. Él es un Mítico, así que creo que estaría dispuesto a darte una oportunidad para demostrar tu habilidad y ayudar a

resolver casos. Y confío en él. Pero por ahora, quiero seguir manteniendo tu don en secreto. Hay algo raro en todo esto.

—¿Qué quieres decir? —Sophie preguntó.

—Me he dado cuenta esta mañana de que los tres casos que tus visiones dicen que son diferentes de los informes oficiales de la policía están asignados a Lancaster y Hernández. Probablemente estoy siendo paranoico, pero tenemos que ser cautelosos por el momento, por si acaso no están en lo correcto. No tengo pruebas de que sean policías corruptos, e intento que mi aversión por ellos no influya en mis percepciones. Probablemente sean perezosos y no actúen con la debida diligencia en sus casos, pero mi instinto me dice que debemos proceder con cuidado. No quiero que sepan que estás involucrada en esto. Por el momento, solo necesito a alguien con quien hablar de estos casos. Siento que me estoy perdiendo algo. Así que esperaba que pudiéramos revisarlos.

—Por supuesto —respondió Reggie.

—De acuerdo. Vayamos en orden cronológico. Joseph Henson fue asesinado por su hermano menor Floyd. Su visión no incluyó un motivo detrás del asesinato, así que no hay mucho para seguir. Joseph no tenía esposa ni hijos. Aparte de su hermano, ningún otro familiar directo está vivo. No hay mucho que discutir —Mac suspiró.

—Ojalá mi visión me hubiera dicho por qué Floyd mató a su hermano. ¿Fue por una mujer? ¿Por codicia? ¿O tal vez por simple rivalidad entre hermanos?

—Hmmm. El asesinato fue metódico, bien planeado y ejecutado con precisión. Eso no suena como un asesinato nacido de altas pasiones. Si tuviera que especular, supongo que la codicia fue la motivación. Sin ningún otro familiar directo, Floyd heredará toda la riqueza de Joseph... Y su patrimonio —dijo Mac con mirada pensativa, golpeando con los dedos el escritorio.

—¿En qué estás pensando? —dijo Reggie con creciente excitación, contagiándose del aire de expectación que se cernía sobre ellos.

—Sophie ha mencionado más de una vez que estos asesinatos tenían que ver con territorios y bienes inmuebles. ¿Podría ser esa la conexión? —se preguntó Mac, mirando al techo como si allí estuvieran las respuestas a sus preguntas—. Ojalá tuviera un mapa de la ciudad. Si se trata de bienes inmuebles, voy a necesitar un mapa.

—¡Déjame ver si la señorita Zhao puede localizarnos uno! Cuando

la ciudad construyó estas instalaciones hace unos años, hubo mucho debate sobre dónde ubicar el edificio inicialmente. Puede que haya algunos mapas de aquella época archivados en nuestro departamento de registros —dijo Reggie, saliendo a toda prisa por la puerta antes de que Mac o Sophie pudieran responder.

Tras unos minutos de incómodo silencio, Sophie se volvió hacia Mac.

—¿Estoy en peligro? Si la gente se enterara de mis visiones, ¿me pondría en peligro?

—Es posible, supongo. Pero no lo creo. Sin embargo, hasta que averigüemos si estos tres casos son el resultado de un mal trabajo policial o de algo más siniestro, quiero que procedamos con cautela. Por si acaso —dijo Mac.

Reggie volvió a la sala con una pila de mapas. Se los entregó a Mac mientras empezaba a recoger cosas de su escritorio. Hojeó los diferentes mapas, Mac desplegó el que pensó que funcionaría mejor y lo colocó sobre el escritorio de Reggie.

—De acuerdo. Joseph Henson fue asesinado en su casa del barrio de Haight-Ashbury —dijo Mac señalando una zona del mapa—. Necesito alguna forma de poner un marcador en este mapa.

—Creo que tengo algo —exclamó Reggie, abriendo un cajón de su escritorio y entregándole a Mac una variedad de monedas.

—Perfecto —dijo Mac, poniendo una moneda para representar dónde murió Joseph Henson.

—¿Quién es el siguiente? —preguntó Reggie.

—Cynthia Forsythe fue un asesinato por encargo, escenificado para que pareciera un robo que salió mal. Su casa estaba en Nob Hill —dijo Mac, colocando otra moneda en el mapa.

—Nob Hill, ¿eh? Qué elegante —murmuró Reggie, inclinándose para mirar la ubicación en el mapa.

—¿Qué era Cynthia? Si le estábamos haciendo la autopsia, puedo suponer que no era humana —dijo Sophie.

—Fae. Una de muy alto rango. No puedo imaginar un motivo para su asesinato. Nadie se beneficia de su muerte. No tenía familia directa —dijo Mac.

—¿A quién va su herencia? —preguntó Sophie.

—Aún no lo sé. Estoy esperando a saberlo. Probablemente irá al pariente más cercano, un primo o algo así. O puede que pase a manos

de la ciudad o incluso del Cónclave —respondió Mac encogiéndose de hombros.

—¿Hay alguna forma de averiguarlo? —preguntó Reggie.

—He puesto una investigación, pero lo he hecho con alguien de confianza del departamento de informática. No quería que Lancaster o Hernández se enteraran de que he estado husmeando en uno de sus casos cerrados. Ya están bastante enfadados conmigo. No quiero empeorarlo preguntándoles directamente. Además, no confío en ellos en este momento.

—Bien, el vampiro es el siguiente. Montgomery fue encontrado en el parque Golden Gate —Mac colocó una moneda en la zona del parque donde se descubrió el cuerpo—. Fue secuestrado en Twin Peaks cuando iba a visitar a su novia —Mac colocó otra moneda en el apartamento de la novia.

—Sophie dijo que se debió a un negocio inmobiliario que salió mal. Alguien escenificó el asesinato para que pareciera que un cazador lo había matado durante una cena. ¿Tenía Montgomery alguna propiedad? —Reggie le preguntó a Mac.

—No lo creo, pero el líder de su Domus, Sebastián, sí. Su Domus principal está en Alamo Square. Veré si puedo averiguar si Sebastián posee algún otro bien inmueble, o si el Domus ha vendido alguna propiedad recientemente. Voy a volver a ver si alguna de nuestras víctimas o sus familiares directos han vendido o comprado algún bien inmueble en los últimos meses —dijo Mac.

—¿Queremos incluir a Zhang en el mapa? ¿Has localizado a Marcus Lincham? —preguntó Sophie.

—Me llevó un tiempo, pero finalmente lo encontré. Marcus cree que los miembros de la manada de lobos del Distrito Sunset mataron a Zhang Liu por el territorio y porque Zhang estaba tratando de formar una manada de marginados metamorfos. Muchas de las manadas más fuertes no quieren la competencia de las nuevas manadas que entran en la ciudad. Especialmente una manada mixta como Zhang estaba tratando de crear. Quería una manada que acogiera a todas las especies —dijo Mac, estudiando el mapa y colocando una moneda en West Portal—. Zhang Liu fue asesinado en West Portal por seis lobos no muy lejos de donde vivía. Es posible que el asesinato fuera por territorio en Forest Knolls, sin embargo, así que voy a marcar esa ubicación también.

—Huh, aparte de las monedas de West Portal, Golden Gate Park y Twin Peaks, el resto forman una línea casi perfectamente recta —dijo Sophie, trazando con el dedo la línea a través del mapa.

—Sophie tiene razón. ¡Mierda! —exclamó Mac, con una expresión de trueno en el rostro—. Reggie, ¿estás viendo lo mismo que yo?

—Es imposible no verlo. Me cuesta creerlo, pero esa tiene que ser la motivación detrás de todo esto —dijo Reggie, pasándose la mano por la cara, aturdido.

—¿Qué es imposible de pasar por alto? ¿Qué significa? —preguntó Sophie confundida.

—Esta es la línea ley que atraviesa San Francisco —dijo Mac, tocando con el dedo un punto en la esquina suroeste más alejada de la ciudad, recorriéndola en diagonal por el mapa, hasta terminar en la esquina superior derecha, donde la tierra se unía con la bahía.

—¿Significa esto que alguien está intentando hacerse con el control de la totalidad de la línea ley? —susurró Reggie.

—Puede ser. Podría ser una sola persona o incluso un grupo. Ahora mismo, no tenemos forma de saberlo. ¿Por qué querría alguien poseer toda la propiedad a lo largo de la línea ley? —preguntó Mac con el ceño fruncido—. Por lo que sé, los portales del reino de los Fae a la Tierra están controlados por el lado de los Fae. Nadie sabe siquiera cómo manejan los Fae los portales o cómo envían a la gente a través de ellos.

—He oido que tienen una forma de aprovechar el poder que emana de las lineas ley. ¿Tal vez alguien está tratando de aprovechar eso? —Reggie sugirió.

—Entonces, ¿crees que estos asesinatos están relacionados? —preguntó Sophie en voz baja.

—Casi no hay duda —afirmó Mac con seriedad.

Sophie se quedó mirando el mapa durante un minuto, dándole vueltas a las posibilidades.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva ocurriendo esto? Si se trata de algún tipo de conspiración, dudo que estos cuatro sean los únicos incidentes en los que alguien intenta hacerse con bienes inmuebles.

—Joder. Tienes razón. Ustedes solo hacen autopsias de muertes cometidas por o contra Míticos. Tengo que comprobar todos los asesinatos cometidos a lo largo de la línea ley —dijo Mac.

—También deberías investigar suicidios y accidentes —sugirió

Sophie—. La muerte de Joseph Henson fue preparada para que pareciera un suicidio.

—¿Hay alguna forma de comprobar también las propiedades vendidas recientemente a lo largo de la línea ley? —Reggie preguntó.

—Mierda. Esto me va a llevar una eternidad —suspiró Mac.

—¿Hay alguna forma de que podamos ayudar? —Reggie se ofreció.

—Todavía no estoy seguro. Primero tengo que ver qué información puedo descubrir. Tengo que proceder con mucho cuidado. No quiero que nadie se dé cuenta todavía de lo que estoy investigando. No hasta que sepamos quiénes son los principales implicados. Hasta que tenga más datos, mantengamos todo esto entre nosotros tres. ¿De acuerdo?

Tanto Reggie como Sophie asintieron con la cabeza.

—Ah, y voy a recogerte cuando acabe tu turno, y vamos a conseguirte un teléfono móvil. Todo esto es demasiado importante y potencialmente peligroso como para que no podamos localizarte. No discutas conmigo, joder —gruñó Mac cuando Sophie abrió la boca para protestar.

—Tiene razón, Soph. Necesitas un teléfono de verdad —asintió Reggie, haciendo que Sophie levantara las manos, molesta y derrotada.

~

—ADIÓS, señorita Zhao —gritó Sophie mientras cruzaba el vestíbulo —. Que tenga un buen día.

—Adiós, Sophie. Pásalo bien en tu cita —exclamó la señorita Zhao.

Cuando Sophie la miró confundida, la señorita Zhao inclinó la cabeza hacia las puertas de cristal de la entrada. Al mirar hacia el frente, Sophie suspiró resignada cuando vio a Mac paseándose fuera, con el sol de la mañana reflejándose en sus gafas oscuras. Mac se detuvo al ver a Sophie dentro, señaló su reloj y le hizo un gesto para que se reuniera con él.

—No, no, no, señorita Zhao. Esto no es una cita. Solo me está ayudando a conseguir un teléfono. Eso es todo —negó rotundamente Sophie, moviendo la cabeza para enfatizar.

—Claro, querida —dijo la señorita Zhao, con la incredulidad goteando de cada palabra.

—¡No es eso! —negó Sophie.

—Mmhmm —La señorita Zhao tarareó sin compromiso y volvió a su ordenador.

Mirando a Mac, que daba golpecitos con el pie cada vez más agitado, Sophie se sintió tentada de quedarse con la señorita Zhao unos minutos más solo para fastidiarle.

—Deberías reunirte con tu hombre. Antes de que venga a sacarte a rastras —murmuró divertida la señorita Zhao.

—Él no... No importa —resopló Sophie, caminando hacia Mac.

~

UNA HORA y media más tarde, Sophie salió furiosa de la tienda, más molesta que nunca. Salió de golpe de la entrada de la tienda con un reluciente teléfono nuevo en el bolsillo y se giró en la acera para encararse con Mac, que salía de la tienda tras ella.

Señalándole con un dedo acusador, gritó,

—¡Dios mío! Le has hecho creer a esa gente que soy tu “mantenida”, idiota.

—¿Qué? No. Solo le dije a la dependienta que quería regalarle un teléfono a mi mejor chica para que, siempre que la quisiera, pudiera venir a atender mis necesidades de inmediato —dijo Mac con cara inocente.

—Voy a asesinarte y a nadie le importará. Puede que incluso me den una medalla. Nadie te echará de menos —afirmó Sophie con naturalidad, con un fuego crepitando en sus ojos.

—¡Eh, hoy ha sido un gran día! ¿Quieres ir a desayunar? Yo invito, cariño —le ofreció Mac con una sonrisa malévola.

—¿Un gran día? —repitió Sophie lentamente, con irritación en cada palabra.

—¡Sí! Estamos cada vez más cerca de resolver mis casos. Tienes un teléfono nuevo. También he conseguido ponerte en ridículo. Y mira qué clima —dijo Mac, indicando el cielo despejado sobre ellos—, simplemente precioso.

De pie en medio de la acera, bloqueando la puerta de la tienda, Sophie se quedó mirando a Mac con asombrada incredulidad. *¿Quién es este loco alegre? ¿Dónde está el policía descarnado y cabreado que gruñe a todo el mundo?* se preguntó Sophie internamente, mirando con cuidado a su alrededor en busca de una vía de escape, por si acaso.

—No te enfades, cariño —le dijo Mac juguetonamente.

—No me llames cariño. Eres un bicho raro. Solo llévame a casa —dijo Sophie, sacudiendo la cabeza ante el extraño giro que había tomado su vida.

—¿Sabes que cuando te enfadas te sale un tic en el párpado izquierdo? —preguntó Mac alegremente antes de alejarse, dejando a Sophie mirándole fijamente.

CAPÍTULO 16

Sophie salió de su apartamento y se dirigió a casa de Birdie. Después de que Mac la dejara en casa esta mañana, Sophie se había dado cuenta de que no había visitado a Birdie desde que le entregó su brandy hace unos días. Cuando levantó la mano para llamar a la puerta, una voz masculina procedente del interior del apartamento hizo que Sophie se quedara paralizada por la sorpresa. Una vez recuperada, llamó con cautela a la puerta de Birdie.

Sophie se relajó cuando oyó la voz de Birdie diciendo que ya venía.

Cuando Birdie abrió la puerta, Sophie vio a un hombre mayor sentado en el sofá. Llevaba pantalones planchados de color canela, camisa abotonada y gorra de tweed. Llevaba unas gruesas gafas de montura negra sobre su larga nariz. Le dedicó a Sophie una dulce sonrisa torcida cuando la vio mirándole por encima del hombro de Birdie. Le hizo un gesto con los dedos a modo de saludo y observó que Birdie llevaba un bonito vestido de flores en lugar de su habitual bata acolchada.

—¿Quién es él? —Preguntó Sophie, intentando ver mejor por encima de la cabeza de Birdie el interior de su apartamento como la vecina entrometida que era.

—Bueno... ¿sabes que el centro de mayores organizaba esas visitas a museos de arte por la ciudad? Me apunté para hacer una visita en grupo en la Legión de Honor —Sophie asintió, recordando que Birdie había dicho algo al respecto a principios de semana—. Milton estaba en mi grupo ayer por la mañana y congeniamos.

—¿En serio? Eso es increíble —dijo Sophie en voz baja. Sophie sonrió cuando se dio cuenta de que Milton estaba balanceando la mejor taza de té de Birdie sobre su rodilla. La taza de Gatita Traviesa no parecía haber hecho acto de presencia todavía. A Birdie le debía de gustar mucho Milton para portarse tan bien.

—Milton, esta es mi vecina Sophie. Sophie, este es mi nuevo amigo

Milton —dijo Birdie mientras Milton saludaba a Sophie con una tímida sonrisa.

—Iba a invitarte a tomar algo conmigo en el bar, pero parece que ya estás ocupada —sonrió Sophie maliciosamente—. ¿Quizá para la próxima?

—Esta noche no, pero quizá nos unamos a ti otra noche —contestó Birdie.

—¡Bueno, que se diviertan! No hagas nada que yo no haría —dijo Sophie con voz burlona.

—Entendido. Así que todo sigue sobre la mesa —replicó Birdie con sorna—. Quizá podríamos tener una cita doble con tu Mac algún día de estos.

—No es mi Mac. Solo es un compañero de trabajo —Sophie negó con la cabeza.

—No me digas mentiras. Podía sentir la tensión sexual entre ustedes dos. Casi prenden fuego a mi sofá. Además, si no tienes algo de acción pronto, vas a olvidar cómo se usa.

—En primer lugar, no hay tensión sexual entre Mac y yo. Solo hay tensión normal y corriente. Creo que Mac podría haber estado más enamorado de ti, de todos modos. Y en segundo lugar, no voy a olvidar cómo "usarlo". No funciona así, y lo sabes —replicó Sophie, haciendo que Birdie soltara una risita.

—Puede que tengas razón. Parecía muy receptivo a mis coqueteos. Así que olvídate de Mac, pero vamos a buscarte un hombre. Necesitas una vida amorosa, chica. Eres demasiado joven para dejar que tus activos se desperdicien. Eres lo bastante joven como para que aún desafíen a la gravedad, y desearás que más gente tenga la oportunidad de apreciarlos antes de que la naturaleza se lleve su merecido —sermoneó Birdie.

—Nada de citas para mí ahora mismo, gracias. Prefiero vivir a través de ti. Me pasaré mañana y me contarás todo sobre tu noche con Milton —Sophie guiñó un ojo.

—Deberías pensar en echar un polvo. Quitarte las telarañas. Puede que te ponga menos de mal humor.

—No estoy de mal humor, mocosa. Tienes que dejar de preocuparte por el estado de mi coño y centrarte en el tuyo. Ahora, ve a dejar a Milton con la boca abierta, mujer loca —susurró Sophie. Mirando por encima del hombro de Birdie, se despidió—. Encantada

de conocerte, Milton. Espero que tengan una buena cita.

Birdie volvió a entrar y una risita de felicidad se escapó por la rendija al cerrar la puerta.

Con una sonrisa de disgusto por el hecho de que la ancianita del otro lado del pasillo tuviera más acción que ella, Sophie bajó de un salto las escaleras y se adentró en el frío crepúsculo que se instalaba en el exterior. El aire estaba cargado de niebla, por lo que Sophie respiró hondo y sintió los pulmones húmedos y pesados. El resplandor de las luces que emanaban de El Pulgarcito parecía cálido y acogedor, ahuyentando la penumbra.

—Hola, Sophie. Tengo una nueva cerveza de barril. ¿Quieres probarla? —gritó Burg cuando Sophie entró en el bar.

Cuando Sophie se acercó a la barra, un grupo de clientes habituales, en su mayoría ancianos canosos, asintieron con la cabeza o levantaron la mano en señal de saludo. La dura vida había ido desgastando a aquellos hombres hasta que lo único que les quedaba era un tejido fibroso y enjuto, una piel curtida por el tiempo y una actitud brusca. Cuando Sophie se mudó por primera vez a Cafecita y empezó a pasarse por el bar, los hombres la miraron con desconfianza. Pero con el paso de los meses, la actitud de Sophie de "no aceptar mierdas" le había permitido ocupar un lugar tranquilo e ignorado en el paisaje del bar. Ahora no era más que otro accesorio encorvado sentado a lo largo de la barra.

—Claro, Burg. Una cerveza suena bien —dijo Sophie, mirando el interior del pub.

Cuando Burg puso la cerveza delante de Sophie, ella le sonrió en señal de agradecimiento.

—Es una cerveza local de Russian River Brewery. Creo que te va a gustar.

Sophie dio un pequeño sorbo y se relamió en señal de agradecimiento.

—No es demasiado amarga, ¿verdad? Se llama Pliny the Younger —dijo Burg.

—Un nombre raro, pero me gusta. Esta noche hay mucha gente —dijo Sophie. La mayoría de los taburetes de la barra estaban llenos y en todas las mesas, excepto en una, había clientes sentados a su alrededor.

—Sí, El Pulgarcito recibió una reseña en el sitio web de un

bloguero de viajes. La persona escribió que es uno de los bares más antiguos en funcionamiento continuo en San Francisco, por lo que hemos estado recibiendo más tráfico últimamente. Sobre todo los fines de semana —dijo Burg emocionado.

—Es fantástico. Eso sí, asegúrate de reservarme siempre un sitio cuando te conviertas en un lugar de moda. ¿El bar siempre se ha llamado El Pulgarcito? Quería preguntártelo. Es un nombre un poco raro.

—El Pulgarcito es un cuento de hadas de ogros —dijo Burg, apoyándose en la barra.

—Nunca he oído hablar de él.

—Claro que has oído muchos cuentos de hadas de ogros, ¿verdad? —preguntó Burg desafiante.

—Creo que he oído algunos. Aunque tengo que ser sincera, ninguno en el que los ogros no fueran los malos. Como Jack y las habichuelas y el Gato con Botas.

—No creo que haya ningún cuento de hadas donde los ogros no sean malos. En la mayoría de ellos, nos comemos a la gente. Me han aconsejado que diga que los humanos saben a pollo —dijo Burg, dándole a Sophie un beso de chef italiano como si los humanos fueran simplemente deliciosos. La risa la sorprendió tan inesperadamente que Sophie casi se atraganta con su cerveza.

—Muy bien, cuéntame la historia de Pulgarcito —dijo Sophie cuando terminó de limpiarse la cara y apoyó los codos en la barra de madera.

—Pulgarcito era el menor de siete hermanos de una pobre familia de leñadores. Cuando nació no era más grande que un pulgar. Pulgarcito era el más pequeño de la familia, pero también el más inteligente. Aunque apenas hablaba, Pulgarcito siempre escuchaba. La familia estaba en la indigencia y los padres ya no podían hacerse cargo de sus hijos, así que decidieron abandonarlos en el bosque —entonó Burg.

—Entonces, los padres traman un plan para abandonar a sus hijos. Pulgarcito escucha el plan de los padres de abandonarlos en el bosque, así que recoge un puñado de piedrecitas blancas de un río cercano. Mientras sus padres conducen a los niños por el bosque, Pulgarcito utiliza las piedrecitas para dejar un rastro que les lleve de vuelta a casa. Los niños son capaces de seguir el rastro de guijarros para

encontrar la salida del bosque. Cuando los niños regresan a casa, los padres esperan unas semanas antes de volver a engañar a los chicos para que vayan al bosque.

—Los padres del año —se burló Sophie.

—Oye, no interrumpas. Vas a arruinar la fluidez de mi narración.

—¡Por favor, perdóname, oh gran bardo!

—Esta vez, Pulgarcito comete un error y utiliza migas de pan como marcador del camino en lugar de guijarros. Pero los pájaros se comen todas las migas de pan, y los niños se pierden en el bosque intentando volver a casa.

—¡Como Hansel y Gretel! —exclamó Sophie. Cuando Burg se quedó mirándola fijamente, Sophie hizo la mímica de cerrar los labios.

—¿Dónde estaba yo? Ah, sí, pues Pulgarcito se sube a un árbol para intentar encontrar un camino por el bosque. Cuando lo consigue, divisa una cabaña enclavada en el bosque. Los niños se dirigen a la casa antes de darse cuenta de que pertenece a un ogro. Los niños deciden que es más seguro quedarse en la casa de un ogro que pasar la noche en el bosque. El bosque estaba plagado de peligrosos lobos devoradores de hombres —Burg hizo una pausa para servir una cerveza a un cliente.

Volviendo a Sophie, continuó,

—Entonces, deciden pasar la noche dentro de la casa del ogro. El ogro deja que los niños duerman en la habitación de sus hijas. El ogro tiene siete hijas y cada una lleva una pequeña corona de oro. Pulgarcito se da cuenta de que el ogro planea matarlo a él y a sus hermanos mientras duermen. Así que Pulgarcito hace que sus hermanos cambien sus gorros de dormir por las coronas de las hijas del ogro. Como resultado, el ogro, depués de beber demasiado vino, mata a sus hijas en su lugar. Sin darse cuenta de su error, vuelve a la cama. Antes de que pueda despertarse, los chicos se escabullen de su casa y empiezan a averiguar el camino de vuelta a casa. Cuando el ogro se despierta y se da cuenta de lo ocurrido, se pone sus botas de siete leguas y persigue a los niños. Pulgarcito descubre al ogro y hace que sus hermanos se escondan en una cueva cercana. El ogro se cansa de correr una gran distancia en poco tiempo y decide echarse una siesta no muy lejos de la cueva. Una vez dormido, Pulgarcito dice a sus hermanos que sigan hacia casa mientras él roba las botas del ogro. Cuando Pulgarcito se pone las botas, estas cambian mágicamente de

tamaño para ajustarse a sus pies. Le permiten viajar rápidamente y se dirige a casa. Pulgarcito utiliza las botas mágicas para ofrecer sus servicios como mensajero al rey. Como las botas de siete leguas permiten a Pulgarcito recorrer grandes distancias con gran rapidez, se convierte en un mensajero muy apreciado en todas las tierras. Gracias al dinero que Pulgarcito gana, él y su familia pueden vivir cómodamente el resto de sus vidas —terminó Burg la historia con una floritura.

—¿Por. Qué. Coño. Tú *-un ogro-* le pusiste a tu bar el nombre del niño que consiguió que un ogro asesinara a sus propias hijas y luego le robara sus botas mágicas? ¿Lo he entendido bien? —preguntó Sophie, completamente desconcertada por el proceso de dar nombre a un pub.

—Yo no le puse el nombre al bar. Mi abuelo eligió el nombre. Pero hay algo que no estaba en el cuento: Pulgarcito también era un ogro. Llegó a ser uno bastante famoso en su época —dijo Burg con aire confidencial—. Mi abuelo jura que nuestra familia está lejanamente emparentada con él.

—Siento como si me estuvieras tomando el pelo. ¿Es ese realmente el cuento de hadas? ¿O te acabas de inventar esa historia para meterte con un humano crédulo? —preguntó Sophie, con los ojos entrecerrados por la sospecha.

—Esa es la verdadera historia, lo juro. Puedes buscarla —rio Burg, señalando el vaso casi vacío de Sophie—. ¿Quieres otra cerveza? ¿Qué te pareció la nueva?

—Estaba buena. No demasiado amarga. Tomaré otra —dijo Sophie, terminando los últimos restos de cerveza de su vaso.

Unos minutos más tarde, Burg puso una nueva pinta delante de Sophie.

—¿Por qué tienes tanta porquería por todas las paredes? ¿No te cansas de quitar el polvo de todos estos cachivaches antiguos? —Sophie señaló con la mano la miríada de estanterías que salpicaban las paredes, repletas de cuadros, figuritas, estatuas y todo tipo de adornos.

—¡Esos objetos no son basura! —dijo Burg con indignación—. Son tesoros que mi familia ha ido coleccionando a lo largo de los últimos cien años. Algunos son tan raros que te dejarían boquiabierta. Casi todos los objetos que hay aquí son únicos.

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué? —preguntó Sophie, mirando a su alrededor

con renovado interés las baratijas que cubrían las paredes.

—¿Ves ese trofeo? Burg señaló un trofeo dorado en la pared opuesta a donde Sophie estaba sentada. Entrecerrando los ojos, Sophie miró el "tesoro" que le indicaba Burg. Parecía estar hecho de oro. Encima de un pedestal de mármol, la figura de una mujer sostenía una gran copa sobre la cabeza. Unas alas doradas se desplegaban desde su espalda y el plumaje se arqueaba detrás de ella hasta tocar los lados de la copa. A los ojos de Sophie parecía un poco vieja y algo deslustrada.

—Sí, ya lo veo. A mí me parece un trofeo deportivo normal —Sophie se encogió de hombros.

—Es el trofeo Jules Rimet de la Copa del Mundo. Representa a Nike, la diosa de la victoria. Lo retiraron cuando Brasil lo ganó en 1970. Mi padre lo robó en 1984. No hay otro en todo el mundo —dijo Burg mientras se sacudía la toalla del bar por encima del hombro.

—¿Sabe alguien que lo tienes?

—No, es un secreto. Ahora solo lo sabemos tú y yo. Bueno, y mi padre, pero se retiró a Florida hace diez años. No se lo va a decir a nadie.

—Bueno, es precioso —dijo Sophie con lo que esperaba que fuera la cantidad correcta de asombro para satisfacer el orgullo de Burg por el trofeo—. Sigue pareciendo un montón de mierda que hay que desempolvar. Incluso los objetos de valor incalculable acumulan polvo.

—Los míos no —dijo Burg con una sonrisa.

—¿Cómo es posible? —Sophie entornó los ojos mirando a Burg, esperando ser el blanco de una broma.

—Mi abuela le hizo un favor a un brownie unos años después de que abriera el bar. A cambio, el brownie puso un hechizo aquí, así que nunca tenemos que quitar el polvo —dijo Burg.

—¿Qué? Qué suerte tienes. ¿Cómo consigo que un brownie hechice mi apartamento? —se quejó Sophie—. Tu abuela debería haber conseguido ese brownie para que tú tampoco tuvieras que barrer nunca.

—Puede ser, pero ¿de qué otra forma conseguiría que te ganaras el sustento por aquí? —se burló Burg. El timbre del teléfono del bar impidió a Sophie dar una respuesta sarcástica.

Sophie se levantó y se acercó al trofeo robado para verlo mejor

mientras Burg iba a contestar al teléfono. Estaba colocado en uno de los estantes más altos de la pared, así que Sophie no podía verlo tan de cerca como le hubiera gustado. Se encogió de hombros, insegura. Le parecía un simple trofeo. Caminando a su alrededor, trató de mirar los objetos desordenados de Burg con otros ojos. Se acercó y se quedó mirando un cartel de circo amarillento. Mostraba a un hombre haciendo el pino en un poste alto con un hombre fuerte mirando. En la parte superior ponía “Circo Real de Pablo Fanque”.

Sophie dio un sorbo a su cerveza, admirando un brillante violín, y casi derrama la bebida cuando uno de los clientes habituales le tocó el hombro. El hombre con aspecto de gremlin le dijo a Sophie que Burg preguntaba por ella.

—¿Va todo bien? —preguntó Sophie, sentándose de nuevo en su taburete. Burg tenía una mirada extraña y se llevaba el teléfono al pecho.

—Tienes una llamada —dijo Burg, tendiéndole a Sophie el auricular inalámbrico.

—¿Hola? —Sophie contestó con inseguridad.

—¿Por qué no contestas al puto teléfono? —La voz de Mac gruñó en su oído.

—¡Oh, mierda! Me lo he olvidado en la cómoda —exclamó Sophie.

—Te has olvidado el teléfono —repitió Mac con incredulidad—. ¿El teléfono que te compré específicamente para casos de emergencia?

El tono tranquilo de la voz de Mac hizo que Sophie se diera cuenta de lo cerca que estaba de perder los nervios.

—Lo siento. Aún no me he acostumbrado. No volveré a olvidarlo —dijo Sophie apresuradamente—. ¿Por qué llamas? ¿Hay una emergencia?

—Sí. Esta noche ha habido un asesinato de un Fae que vive junto a la línea ley. Necesito que te reúnas conmigo en la morgue. Quiero hacer una lectura de la víctima lo antes posible. Ya he hablado con Reginald, y está de camino ahora. ¿Puedes alejarte del bar el tiempo suficiente para ir a la morgue? —dijo Mac sarcásticamente.

—Oye, no hay necesidad de ser un idiota. Se me permite tener una puta noche libre y disfrutar de una cerveza en mi bar local. Lo único que hice mal fue olvidarme el teléfono, y ya me disculpé por eso. Así que déjate de idioteces —susurró Sophie al teléfono.

Una pausa. Luego,

—Tienes razón. Estoy siendo un imbécil. Seré más amable a partir de ahora —dijo Mac, exhalando un largo suspiro como si intentara expulsar el estrés.

—No intentes ser demasiado amable. Te puede dar un calambre —Sophie sonrió, haciendo que Mac se riera.

—¿Puedes reunirte con nosotros en la morgue esta noche? No habrás bebido demasiado, ¿verdad? —preguntó Mac, sonando por fin más como él mismo.

—Solo una cerveza. Y sí, puedo ir a la oficina del forense ahora mismo. Tardaré al menos media hora en llegar.

—Está bien. Todavía están procesando la escena, así que probablemente llegarás antes que yo.

—Te veré pronto, entonces.

—Gracias, Soph. Hasta pronto —respondió Mac en voz baja justo antes de que Sophie oyera el suave clic de él colgando.

Sophie hizo un gesto con la mano para llamar la atención de Burg. Dejó el teléfono y algo de dinero sobre la barra. Miró su cerveza llena con nostalgia por un momento, pero se levantó y salió por la puerta.

Cuando se dirigía a su apartamento para coger el teléfono y cambiarse de zapatos, sonrió al oír una risita femenina que salía por debajo de la puerta del apartamento de Birdie.

CAPÍTULO 17

Poco más de media hora después, Sophie entró corriendo en el edificio del Médico Forense.

—Buenas noches, señorita Zhao —dijo Sophie, sorprendida de ver a la digna mujer tras el mostrador en una noche de fin de semana.

—Buenas noches, Sophie. El Dr. Didel ya está aquí y te está esperando —dijo la Srta. Zhao mientras invitaba a Sophie a pasar a la parte de atrás.

Sophie se dirigió al despacho de Reggie y llamó a la puerta. Reggie la abrió de un tirón, sin aliento.

—¡Sophie! ¿Ha llegado ya Mac? —preguntó Reggie, con los ojos brillantes de entusiasmo.

—No lo creo, pero acabo de llegar —dijo Sophie con cautela.

—Ya le he explicado al forense que le atiende que realizaríamos esta autopsia a petición del detective Volpes. Él es humano, así que está acostumbrado a que le guarden algunas autopsias para mi departamento porque tiene la impresión de que soy una especialista. No sabe nada sobre los Míticos, así que tenemos que tener mucho cuidado con lo que decimos a su alrededor, ¿vale? Lo más probable es que ni siquiera lo note. El Dr. Langston prefiere realizar su trabajo en otra de las salas de autopsias.

—No hay problema. No diré ni una palabra si alguna vez lo veo —prometió Sophie—. ¿Pensará que es raro que vengamos en nuestro día libre?

—La verdad es que no. Es raro, pero me han llamado antes cuando hay que hacer una autopsia inmediatamente. No debería llamar la atención —aseguró Reggie.

—¿También llamaron a la señorita Zhao? —preguntó Sophie de repente.

—¿Qué? No, ella ya estaba aquí.

—Ha trabajado toda esta semana con nosotros. ¿No tiene la noche

libre? —preguntó Sophie preocupada.

—No se toma días libres —explicó Reggie—. Considera que su trabajo y este edificio son de su propiedad. Los dragones son criaturas muy territoriales. Hemos descubierto que es mejor dejar que se salgan con la suya una vez que han reclamado algo.

—Los míticos son muy raros —se burló Sophie, ganándose una sonrisa de Reggie.

—Como si los humanos fueran mejores —replicó Reggie. Sophie asintió con la cabeza, recordando el improvisado círculo de tambores de fumetas que había tenido lugar en el autobús a principios de semana. Era un grupo aromático, una amalgama de incienso, marihuana y pelo sin lavar. Sophie tuvo suerte de no llegar al trabajo con un colocón de contacto esa noche.

Ambos se pusieron la bata de trabajo y se reunieron en la sala principal de autopsias para esperar a Mac y a su nueva víctima Fae.

Cuando un hombre desconocido entró con una camilla en la sala, Sophie estaba dispuesta a arrojarle algo a Reggie para que dejara de pasearse nervioso y balbucear ansioso.

—Buenas noches, doctor Didel —dijo el hombre—. Aquí tengo a su prioridad uno —El hombre rodó sobre la camilla hasta la estación de rayos X y pesaje, y se dio cuenta de que Sophie estaba de pie detrás de Reggie—. Hola, soy George. ¿Cómo te llamas? —George le preguntó a Sophie con lo que ella solo podía suponer que pretendía ser una sonrisa encantadora, pero que en realidad era una mirada de soslayo. Encajaba perfectamente con la mirada viscosa de sus ojos.

—Mi nombre es Note Importa —dijo Sophie con desdén.

—Muy bien, Note Importa. Que así sea —el hombre giró sobre sus talones y salió de la habitación, murmurando “zorra” lo suficientemente alto como para asegurarse de que Sophie le oyera.

—Voy a llamar a Mac para saber cuánto le falta. Creo que deberíamos esperarle antes de empezar —dijo Reggie, poniéndose el móvil en la oreja.

Un momento después, Reggie dejó un mensaje en el buzón de voz de Mac, haciéndole saber que le esperarían antes de ponerse en marcha. Cuando los cinco minutos se convirtieron en diez y luego en veinte, Reggie empezó a pasearse de nuevo, mirando el teléfono casi continuamente.

—¿Por qué no vuelves a llamarle? —sugirió Sophie, casi harta de

todo el paseo nocturno.

Reggie volvió a llamar a Mac. Un momento después, miró a Sophie con los ojos llenos de frustración y preocupación.

—No contesta. Ha vuelto a saltar el buzón de voz —dijo Reggie, colgando la llamada sin dejar un segundo mensaje.

—Es raro, ¿verdad? —preguntó Sophie, la preocupación de Reggie había empezado a contagiársele.

—Vamos a empezar. No creo que debamos esperar más. ¿Quién sabe qué está retrasando a Mac? Grabaremos la sesión para que pueda escucharla más tarde.

—No me importa hacer una segunda lectura cuando llegue —sugirió Sophie.

Abrió la cremallera de la bolsa negra para cadáveres e inhaló un fuerte suspiro.

—Oh, cielos —jadeó—. Alguien le ha dado una paliza a este tipo.

Reggie se acercó a Sophie para observar el rostro moteado e hinchado del cadáver. El hombre tenía el pelo corto y negro y una nariz larga como la de un equino. Era difícil distinguirlo bajo todas las magulladuras, pero Sophie pensó que probablemente había sido muy distinguido y de aspecto audaz en vida. Probablemente cerca de los cincuenta, tenía una cara que hacía pensar que era un zorro plateado. Pero lo que le había ocurrido esta noche lo había reducido a un caparazón magullado y roto, despojándolo de vitalidad y vida.

Sophie y Reggie lo pesaron y le hicieron radiografías rápidamente y lo trasladaron a la mesa de autopsias.

—¿Estás lista? —preguntó Reggie, cogiendo su teléfono y preparándolo para grabar la historia del hombre.

—Sí, empecemos —respondió Sophie, poniendo lentamente la mano en el brazo del muerto.

—Sr. Agosti, he terminado por hoy. ¿A menos que necesite algo más antes de que me vaya? —preguntó Mary.

—Gracias, Mary, pero no. Estoy bien. Hasta mañana. Buenas noches —respondió el Sr. Agosti a su criada. Volviendo al informe financiero que estaba revisando, Atticus observó distraídamente que la criada se marchaba unos instantes después a través de la cámara de seguridad de la puerta principal.

Un movimiento en la pantalla que vigilaba la puerta principal captó su atención unos minutos después de que Mary se hubiera marchado. La

preocupación se apoderó de sus entrañas cuando se dio cuenta de que, para que los hombres que ahora se encontraban en la puerta de entrada llegaran tan rápida y oportunamente después de que Mary se marchara, tenían que haber estado fuera esperando a que ella se fuera.

Mirando más de cerca el monitor, Atticus hizo una mueca al darse cuenta de quién estaba en su puerta. El Fae de pie en medio de otros dos hombres era una imagen reconocible e inoportuna. Los dos hombres que lo flanqueaban no le resultaban familiares. Basándose en sus posturas y en la forma en que se mantenían -sueltos y listos para ponerse en movimiento en un instante-, supuso que eran metamorfos. Eso hizo que Atticus enarcara las cejas, sorprendido. ¿Desde cuándo los Fae se habían aliado con los metamorfos?

Debe de estar realmente desesperado para presentarse aquí en persona*, pensó Atticus. Echó un vistazo a la habitación, se levantó y se dirigió a la caja fuerte oculta tras el cuadro de su difunta esposa. Abrió el marco con unas bisagras silenciosas e hizo girar el dial de combinación. El timbre de la puerta principal sonó mientras sacaba una pistola de la caja fuerte. Mientras el timbre empezaba a sonar una y otra vez con creciente impaciencia, cargó balas en la recámara, aun sabiendo que probablemente no le serviría de nada.*

Se quedó mirando durante un largo rato la caja de madera tallada que había en medio de la estantería de la caja fuerte. Agarró la caja, abrió la tapa y se quedó mirando la gran piedra verde pálido que descansaba sobre un lecho de terciopelo negro. Sacó la joya vermellina por su corta cadena de latón y cogió de su estuche uno de los colgantes favoritos de su difunta esposa. El gran topacio de color miel encajaba perfectamente en la caja, pero no parecía fuera de lugar. Luego cerró la caja de madera y la volvió a meter en la caja fuerte, haciendo girar el dial para volver a cerrarla.

No era la primera vez que deseaba tener mejor magia ofensiva. Ser capaz de curar las heridas de los demás con un simple toque nunca le había servido de nada en la vida. Desde luego, no le había ayudado a salvar a su mujer. Sin una magia ofensiva fuerte a su disposición, nunca se le había permitido ocupar el lugar que le correspondía en el Cónclave. Se había pasado la vida intentando demostrar su valía sirviendo al Cónclave a su conveniencia. De poco le sirvió.

Volvió a colocar el cuadro contra la pared y miró fijamente los ojos pintados de su amada Lizbeth. Pasando suavemente un dedo por su mejilla, se alegró de haber tenido una vida con la única mujer de la que nunca tuvo

que dudar. Era una vida bien vivida y bien amada.

Con la insistente llamada del timbre golpeándole los nervios, echó un vistazo a la habitación. Al ver la rejilla de la calefacción del suelo junto a la estantería, recordó que hacía poco le había dado una patada y la había soltado accidentalmente del suelo. Levantó la rejilla y dejó caer la piedra en las oscuras profundidades del sistema de conductos. Volvió a colocar con cuidado la tapa de la rejilla de ventilación en su sitio y se guardó la pistola en la parte trasera de los pantalones. Luego, con una profunda bocanada de determinación, Atticus se dirigió a abrir la puerta principal.

Mirando a través del intrincado cristal de su puerta principal, Atticus compuso su rostro en una cuidadosa máscara de indiferencia. Abrió la puerta y saludó a los hombres que estaban en el umbral.

—Edwyn, es muy tarde para que vengas de visita. Estaba descansando. Si eres tan amable, tú y tus acompañantes pueden volver mañana a una hora más conveniente —dijo.

—Atticus, amigo mío, siento mucho ser una molestia, pero esto realmente no puede esperar. ¿Podemos pasar? —dijo Edwyn con una sonrisa cálida y amistosa.

—No, creo que no. Sé por qué están aquí, y mi respuesta no ha cambiado —dijo Atticus, apuntando a los hombres con el arma—. Tienen que marcharse y no vuelvan. No me obligues a hacer algo de lo que ambos nos arrepentiremos. Si vuelves a molestarme, contaré al Cónclave lo que intentas hacer.

Edwyn suspiró con tristeza.

—Ojalá lo reconsideraras. Cuando la historia recuerde estos tiempos, querrás estar del lado de los vencedores. Del lado de los justos.

Con un movimiento imperial de la mano de Edwyn, una sombra salió de la oscura sala de estar a la izquierda de Atticus y le agarró el brazo que sostenía la pistola. Demasiado tarde, se dio cuenta de que una cuarta persona debía de haberse colado en la parte trasera de su casa mientras él estaba distraído con Edwyn en la puerta principal. Atticus intentó desesperadamente volver a bajar el brazo para apuntar a Edwyn. Luchando por zafarse del asaltante, el arma se disparó, dejando caer una pequeña cantidad de yeso y polvo del techo sobre sus cabezas.

El asaltante consiguió arrancar la pistola de la empuñadura de Atticus y la arrojó a un lado con indiferencia. Arrastrando a Atticus hasta los dedos de los pies, el hombre le arrancó dolorosamente el brazo por detrás de la espalda.

—Asegúrense de que no nos molesten —dijo Edwyn a uno de los hombres que se escabulló por la entrada principal, cerrando la puerta tras de sí y encerrando a Atticus en la trampa en que se había convertido su hogar.

—Vamos a trasladar esta discusión a tu despacho —dijo Edwyn cordialmente.

Los dos metamorfos que quedaban agarraron a Atticus y lo metieron en su despacho, arrojándolo en su lujosa silla de oficina, que crujió por la fuerza de su brusco aterrizaje.

—No tenemos por qué poner esto difícil. Solo danos acceso a esta propiedad y dame la clavis —dijo Edwyn, sentándose en la esquina del escritorio de Atticus.

—Lo que planeas es una locura. La reina Fae y el Cónclave no lo permitirán. No importa si tienes posesión de este edificio o de la clavis o incluso de todo San Francisco. Aún estás a tiempo de retroceder antes de que sea demasiado tarde —suplicó Atticus.

—Te equivocas. Esto es… ¿cómo dicen los humanos? Destino. Este es nuestro destino. Mi plan ya está en marcha, y no hay forma de detener el progreso. Es una pena que no estés aquí para ver lo que creamos —sermoneó Edwyn—. Ahora, dime dónde está la clavis.

—No está aquí. La puse en un lugar seguro; un lugar donde nunca la encontrarás. Ahora nunca podrás acceder a ella —replicó Atticus con vehemencia, la mentira cayendo fácilmente de sus labios.

Edwyn resopló con delicadeza.

—Lo dudo. Seguro que está por aquí. Caballeros, veamos si podemos convencer a mi querido y viejo amigo Atticus de que nos diga lo que queremos saber. Asegúrense de no dejar ninguna prueba física, por favor.

El primer puñetazo cogió a Atticus por sorpresa, el golpe le hizo caer la cabeza hacia un lado. Tras el golpe inicial, los puñetazos llovieron tan rápidamente que todo se convirtió en un borrón de dolor. Atticus era incapaz de prepararse o recuperarse de las continuas descargas de agonía en su cuerpo y su cara. El aspecto educado y refinado de Edwyn no se quebró en ningún momento, ni siquiera cuando Atticus empezó a gritar.

A través de un ojo hinchado, Atticus observó a Edwyn caminar cuidadosamente por su despacho, mientras revisaba las estanterías y abría varios cajones. Cuando intentó arrancar el cuadro de su querida Lizbeth de la pared y se dio cuenta de que tenía bisagras, le dedicó a Atticus una sonrisa triunfal.

Abriendo de par en par el cuadro, Edwyn se volvió hacia Atticus.

—¿Cuál es la combinación?

—Espero que te pudras —balbuceó Atticus con los labios hinchados.

Edwyn sacudió la cabeza.

—Convéncele —ordenó Edwyn a los metamorfos que sujetaban a Atticus.

—Dinos la combinación —ordenó uno de los metamorfos, cogiendo un abrecartas de su escritorio con una mano enguantada. El segundo metamorfo agarró una de las manos de Atticus y la aplastó contra la superficie de madera brillante de su escritorio. Atticus trató de meter los dedos, pero el metamorfo le aplastó la mano.

—Cuéntanos —volvió a exigir el metamorfo. Atticus negó con la cabeza y apretó los dientes. Con el extremo afilado del abridor sobre la mano, el metamorfo miró a Atticus expectante.

Edwyn suspiró fingiendo decepción desde el otro lado de la habitación.

Cuando el metamorfo clavó el abrecartas en la mano de Atticus, en la zona carnosa entre el pulgar y el índice, por un momento no sintió más que incredulidad ante la acción. Antes de que pudiera tomar aliento para recuperarse, un dolor agudo y ardiente irradió desde su mano hasta los nervios de su cuerpo, cegándole la visión. A pesar de su mejor intento de mantener un silencio estoico, Atticus gritó conmocionado y ahogado.

—Dinos la combinación o tu otra mano se unirá a la primera —dijo el metamorfo, con una voz repleta de alegre amenaza. Cogió un par de tijeras afiladas del escritorio de Atticus y las hizo girar alrededor de uno de sus dedos mientras el otro metamorfo forzaba su otra mano junto a la primera.

—25, 6, 14 —resolló Atticus.

Cuando Edwyn se volvió hacia la caja fuerte, el metamorfo clavó las tijeras en la otra mano de Atticus con sádico regocijo. Su grito de sorpresa resonó por toda la habitación. Atticus se hundió en su asiento, abrumado por la derrota y el dolor. No era la primera vez que Atticus deseaba poder curarse a sí mismo y no solo a los demás.

—Qué tortuoso —dijo Edwyn con aprobación al metamorfo, que se rio con aire siniestro.

—No conseguirás nada más que acelerar tu inevitable desaparición —le espetó Atticus entre dientes apretados—. Nunca pondrás tus manos en este hogar.

—Una vez que te hayas ido, todo lo que posees se transferirá a tu primo. Leandro es un tonto sin carácter. No dudo de que nos costará

convencerle de que nos venda la casa. Sin embargo, esa es una preocupación para otro día. La clavis es lo único que necesitaba conseguir esta noche —dijo Edwyn mientras hacía girar el dial de la caja fuerte. Abriendo la puerta, metió la mano y sacó la cajita de madera con una sonrisa codiciosa—. Y ahora la tengo.

Edwyn abrió la tapa de la caja y admiró la joya que había en su interior. Acarició su superficie con un dedo antes de cerrar la tapa y guardar la caja en un bolsillo de su chaqueta.

—Aunque la lleves a la torre, no posees los conocimientos necesarios para manejar la clavis. Eres un necio —advirtió Atticus.

—Como siempre, me subestimas, amigo mío —dijo Edwyn con una sonrisa amable, en cuyos ojos brillaba un destello de locura.

Lo único que subestimé fue lo bajo que caerías, imbécil. Ni siquiera sabes que no sostienes la verdadera clavis*, pensó Atticus con un pequeño bocado de satisfacción.*

—Marcella y el Cónclave te detendrán. Estará encantada de arrancarte la clavis de tus frías y muertas manos —advirtió Atticus.

—¡Esa zorra no es nada! —chilló Edwyn, con los labios llenos de saliva —. Marcella ni siquiera puede ver la rebelión que se está gestando bajo sus pies. El Cónclave son reliquias antiguas e impotentes de una era moribunda. No tienen visión. Aburridos y sedados en sus gordos tronos. No ofrecen ninguna amenaza contra el gran futuro que planeo para nuestro pueblo.

Edwyn le dio la espalda a Atticus, respirando un poco para calmarse.

—Caballeros, pueden quedarse con lo que quieran de la caja fuerte y del resto de la casa. Que parezca un robo. Solo asegúrense de no dejar ningún rastro de ustedes. Yo me movería rápido antes de que algún humano entrometido llame a la policía. Además, quiero que uno de ustedes se quede y vigile la propiedad. Llámenme y háganme saber quién entra y quién sale —dijo Edwyn, dándose la vuelta para salir del despacho.

—Adiós, Atticus —lanzó Edwyn por encima del hombro mientras salía de la habitación con un movimiento de su largo abrigo de lana.

Uno de los metamorfos arrancó el abrecartas de la mano de Atticus y se lo clavó en la garganta con tanta rapidez que no tuvo tiempo más que de emitir un graznido de negación. Con una mano todavía sujeta al escritorio, Atticus trató de detener la sangre que fluía de su cuello con la mano libre. Con la sangre caliente derramándose sobre sus dedos torpes, Atticus sintió rápidamente que sus fuerzas se desvanecían con cada latido

de su corazón.

Su último pensamiento fue que, en cuanto Edwyn se diera cuenta de que la clavis falsa no funcionaba, volvería a buscar la verdadera. Atticus esperaba que Edwyn fuera incapaz de encontrar la clavis oculta y que su muerte no fuera en vano.

Estaba deseando volver a ver a su hermosa Lizbeth. Cómo la había echado de menos...

Sophie se sorprendió al encontrarse en la sala de autopsias. Las lágrimas mojaron sus mejillas mientras se abrazaba a sí misma, conmocionada y horrorizada. Nunca una visión había sido tan intensa, vibrante y llena de dolor. Era como si hubiera estado inmersa en la mente de Atticus en lugar de observar la visión desde la barrera.

—¿Estás bien? —preguntó Reggie, cogiendo su teléfono y deteniendo la grabación. Sophie aún no podía hablar, así que se limitó a mover la cabeza con impotencia—. Ven, siéntate —Reggie condujo suavemente a Sophie hasta una silla que había al otro lado de la habitación, como si fuera una niña perdida—. Voy a llamar a Mac otra vez. Tiene que estar aquí.

Las manos de Sophie no dejaban de temblar, y las sacudió varias veces, tratando de disipar los dolores fantasmas que persistían por el horror de la muerte de Atticus. Apretó las manos contra el cuello, casi esperando sentir la sangre caliente y pegajosa derramarse sobre sus dedos.

Reggie, apretándose el teléfono contra la oreja, gruñó,

—¿Dónde estás? Llámanos. Tenemos información importante que necesitas oír.

Reggie regresó y se arrodilló frente a Sophie, con el rostro lleno de preocupación.

—Estoy bien —intentó tranquilizarle Sophie—. De verdad. Solo ha sido intenso.

—¿Qué tal si te sientas un minuto y descansas mientras empiezo la autopsia? —sugirió Reggie en voz baja—. Ha sido extraño verte con esta visión. Normalmente, cuando tienes una visión, estás consciente y presente todo el tiempo, solo relatando una historia. Esta vez, cuando tocaste el cuerpo, te quedaste inmóvil, como si estuvieras en trance. También empezaste a hablar como si estuvieras hablando desde el punto de vista de Atticus. ¿Sabes por qué esta visión fue diferente?

—No tengo ni idea. Fue una sensación muy extraña. Sentí que

estaba en su mente. Tal vez porque su asesinato ocurrió hace tan poco, todavía estaba fresco. No estoy segura de lo que pasó —dijo Sophie medio encogiéndose de hombros.

—Tal vez, por alguna razón, tu magia reaccionó de forma distinta a la magia innata de los Fae —sugirió Reggie a Sophie, que se encogió de hombros con impotente incertidumbre.

Le dijo que se quedara en su asiento y se recuperara mientras él se dirigía al cuerpo de Atticus para comenzar la autopsia. El sonido del teléfono de Reggie sonó con estridencia en la habitación alicatada, haciendo que tanto Reggie como Sophie se sobresaltaran.

—Es Mac —le dijo Reggie a Sophie, con un evidente alivio en la voz mientras comprobaba la pantalla antes de llevarse el teléfono a la oreja—. ¿Dónde estás? —le preguntó.

Los ojos de Reggie se abrieron de par en par y miró sorprendido a Sophie mientras escuchaba lo que decía Mac.

—De acuerdo, Mac. Voy a buscar a todo el mundo y nos vemos allí. Después, Sophie tiene que contarte lo que hemos averiguado en la autopsia. Vas a necesitar oírlo —dijo Reggie—. Sí, de acuerdo. Iremos en cuanto podamos.

Reggie colgó el teléfono y se volvió hacia Sophie.

—Vamos, Sophie. Tenemos un problema. Tenemos que reunirnos con Mac. Me alegro de haber traído mi coche en lugar de ir en BART esta noche. Tengo que llamar al equipo.

Sophie y Reggie volvieron a cerrar la bolsa de Atticus y lo metieron en la nevera. Siguió a Reggie, todavía entumecida, mientras salían del edificio en dirección a su coche. Reggie arrancó el coche y esperó a que su teléfono se conectara al sistema inalámbrico del vehículo. Seleccionó el número de teléfono de Ace y salió del aparcamiento de la oficina del forense.

—Hola, Reggie, ¿qué pasa? —la voz áspera de Ace llenó el coche.

—Tenemos un problema —dijo Reggie—. Mac nos llamó a Sophie y a mí para hacer una lectura sobre una víctima de asesinato. Iba a reunirse con nosotros en la oficina cuando un metamorfo empezó a perseguirle. Se encontraron con tráfico y el otro metamorfos fue atropellado por un coche en Geary. El coche lo mató.

—Mierda. ¿Mac está bien? —exclamó Ace.

—Sí, Mac está bien. Por suerte, los dos estaban en su forma animal, así que la persona que conducía el coche pensó que había atropellado

a un perro grande. Necesitamos que busques a Amira y a Fitz y te reúnas con nosotros detrás de la Catedral de Santa María de la Asunción en Gough. ¿Puedes hacerlo?

—Vale, puedes contar con nosotros. Amira está aquí, y llamaré a Fitz ahora mismo. Te llamaré cuando estemos cerca.

—Nos veremos pronto —dijo Reggie, dejando escapar un largo suspiro de alivio mientras colgaba el teléfono.

CAPÍTULO 18

Cuando llegaron a la iglesia, tanto Sophie como Reggie estaban irritados. Su paciencia colectiva se había agotado con el tráfico del sábado por la noche.

—Aquí estamos —dijo Reggie cuando dieron la vuelta hasta el aparcamiento de atrás—. Nuestra Señora de Maytag.

—¿Qué? —Sophie ahogó una carcajada.

—Mira el edificio —dijo Reggie, señalando la iglesia con la cabeza.

Sophie miró la moderna catedral con su elegante fachada blanca. La geométrica iglesia se elevaba cientos de metros en el aire con elegantes curvas que se unían en cuatro esquinas planas. Parecía que las cuatro esquinas crearían la forma de una cruz si se viera desde arriba.

—Es muy... moderna y de aspecto austero —respondió Sophie.

—También parece exactamente el agitador de una lavadora gigante —Reggie se rio entre dientes—. Así que la han rebautizado cariñosamente como la iglesia de Nuestra Señora de Maytag, como la marca de lavadoras.

—Estoy relativamente segura de que eso es una blasfemia —Sophie se rio, reflexionando que la iglesia realmente se parecía al interior de una lavadora. Le recordaba a la antigua lavadora que había en el pequeño lavadero de Cafecita, en el primer piso.

Aparcó el coche en un lugar donde no llegaban los dedos de las farolas y Reggie envió un mensaje a Mac para informarle de que habían llegado. Un momento después, Mac salió de una esquina y les hizo señas para que se reunieran con él.

Al salir del coche, Sophie se estremeció y el frío le golpeó la cara como una bofetada. Tardíamente, se dio cuenta de que se había olvidado el abrigo en la morgue en su prisa por llegar hasta Mac. Se rodeó la cintura con los brazos y siguió a Reggie por el lateral de la imponente catedral.

—Acabo de recibir un mensaje de Ace, deberían estar aquí en un par de minutos —informó Reggie a Sophie y Mac.

—¿Estás bien? —preguntó Sophie.

—Sí, estoy bien. Probablemente debería haber pedido refuerzos cuando me di cuenta de que alguien me seguía, pero tenía la esperanza de pillar desprevenido a quienquiera que fuera y sacarle algunas respuestas —dijo Mac, con la frustración recubriendo sus palabras.

—¿Qué necesitas de nosotros? —preguntó Reggie.

—Esperemos a los demás y entonces podremos averiguar cómo manejar la situación —dijo Mac.

—¿Hay un cadáver? ¿Necesitan que haga una lectura? —preguntó Sophie.

—Sí, hay un muerto. Hacer una lectura es una buena idea. Podría darnos algunas respuestas. En cualquier caso, esperemos al resto del equipo —sugirió Mac.

Sophie trató de no temblar y dejar que le castañetearan los dientes por el frío, pero Mac le echó una mirada y sin mediar palabra dejó caer su chaqueta sobre sus hombros.

—Estoy bien. No hace tanto frío —intentó protestar Sophie.

—Cállate, Sophie; coge la maldita chaqueta —le gruñó Mac suavemente—. Los metamorfos pasamos bastante calor, así que no estoy incómodo. Además, no quiero escuchar el castañeteo de tus dientes toda la noche.

—Vaya, y yo que pensaba que estabas siendo tan altruista —le espetó Sophie, deleitándose secretamente con el calor corporal que aún se pegaba al interior de la chaqueta.

—Deberías saberlo —dijo Mac con una inclinación desafiante de la barbilla.

—De hecho, lo sé. No eres el caballero de la reluciente armadura de nadie —dijo Sophie, lanzando a Mac una mirada burlona de pies a cabeza.

El incómodo carraspeo de Reggie hizo que Sophie y Mac se separaran de un salto. Sophie ni siquiera se había dado cuenta de que se habían encarado. No podía permitir que Mac la irritara tan fácilmente. Empezaba a parecerse demasiado a un flirteo y Sophie no estaba segura de querer seguir ese camino con Mac. Le estaban pasando tantas cosas que le parecía un momento terrible para

contemplar otro trastorno en su vida. *A partir de ahora, seré fría como una lechuga*, se prometió en silencio.

—Ya están aquí —anunció Reggie, rompiendo sin darse cuenta el incómodo silencio que había reinado entre Mac y Sophie.

Todos se volvieron a buscar al resto del grupo. Una vez localizados Fitz, Ace y Amira, Mac los condujo hasta un contenedor de basura y lo apartó de la pared, dejando al descubierto a un hombre desnudo.

—¿Por qué está desnudo? —soltó Sophie sorprendida.

—Cuando nos transformamos en nuestras formas animales, no podemos hacerlo con la ropa puesta. Nos enredaríamos con ellas —dijo Amira con un tono de "duh" en la voz.

—Sí, tiene sentido. Lo siento, no esperaba que estuviera desnudo —dijo Sophie encogiéndose de hombros con timidez. Se acercó al cuerpo y se inclinó para verle la cara.

—¿Qué clase de metamorfo es? No estoy familiarizado con este olor —preguntó Fitz, olfateando profundamente varias veces, con la nariz tan adorablemente arrugada que Sophie tuvo que ocultar su diversión. Sophie dudaba que Fitz apreciara el hecho de que ella lo encontrara adorable.

—Un chacal —dijo Mac.

—¡No me digas! Son súper raros en esta parte del mundo —exclamó Ace—. ¿Sabes quién es? ¿Te es familiar?

—No, nunca había visto a este tipo. Después de decidir qué hacer con el cuerpo, voy a ver si puedo seguir sus pasos. Con suerte, podré localizar su ropa y su identificación —dijo Mac—. No sé si deberíamos dejarlo aquí o deshacernos del cadáver. Me siguió después de que abandonara la escena del crimen, así que sería mejor que desapareciera en lugar de aparecer muerto. Podría ser más seguro si no me relacionan con esto. ¿Qué opinas, Reggie?

El grito ahogado de Sophie captó la atención de todos antes de que Reggie tuviera oportunidad de responder.

—Fue uno de los metamorfos en el asesinato de Atticus. Después de que mataran a Atticus, Edwyn le dijo a este que se quedara a vigilar la casa —explicó Sophie.

Puso suavemente la mano sobre el hombro del metamorfo muerto. La última noche del hombre empezó a formarse en la mente de Sophie. Se obligó a dejar atrás lo que él y sus compañeros le habían hecho a Atticus. No necesitaba revivir de nuevo los últimos momentos

de Atticus.

—Su nombre era Andrew. Después de que él y el otro metamorfos Dimitri mataran a Atticus, cogieron algunas joyas y dinero de la caja fuerte. Se aseguraron de destrozar la oficina. También cogieron algunos objetos de valor del dormitorio principal. Después de que Andrew guardara su parte de los objetos robados en el coche, volvió para vigilar la casa de Atticus. Esperó entre los arbustos en el lateral de una casa unos edificios más abajo. Estaba oscuro donde se escondió, pero parece que era una casa blanca con ribetes azules. Andrew no tuvo que esperar mucho a que apareciera la policía. Unos treinta minutos después de que llegara la policía, te vio llegar, Mac. Cuando Andrew te vio entrar en la casa, llamó a Edwyn —les dijo Sophie, intentando concentrarse y asimilar todos los detalles que podía de la visión—. Te describió a ti y a tu coche a Edwyn, y Edwyn pensó que eras tú. Sabía tu nombre. Dijo que te estás convirtiendo en un problema. Has estado haciendo demasiadas preguntas y provocando problemas y llamando la atención sobre su plan. Edwyn le dijo a Andrew: "Síguelo. Mira a ver si se encuentra con alguien o habla con alguien más. Si tienes oportunidad, acaba con él. Hagas lo que hagas, no dejes que te vea. Llámame cuando puedas". Luego Edwyn colgó.

Sophie respiró hondo y estiró la mano.

—Creo que ya sé lo que pasará después. No hace falta que hagas el resto —le ofreció Mac en voz baja, con sus ojos azules oscuros y serios.

—No, estoy bien —dijo Sophie, volviendo a poner la mano en el brazo de Andrew. Tomando un pequeño respiro para centrar su mente, continuó—: Vale, cuando volviste a salir de casa, él te vio hacer varias llamadas. Tengo que suponer que fue entonces cuando nos llamaste a Reggie y a mí. Vaya, parecías molesto, Mac. Sí que te molesto, ¿eh? —Sophie se rio entre dientes—. Andrew se dio cuenta de que estabas a punto de subirte a tu coche y marcharte, así que se desnudó rápidamente y se transformó en su forma de chacal. Gruñó en su garganta, tratando de captar tu atención y alejarte de tu vehículo. Empezó a escabullirse hacia atrás entre las casas, haciendo el suficiente ruido para alejarte de la zona donde aún quedaban algunos policías. Empezaste a seguirle, pero no esperaba que cambiaras a tu forma de zorro. Pensó que como su chacal es mucho más grande que

tu tamaño de zorro, probablemente podría acabar contigo. Una vez que empezaste a correr, Andrew entró en pánico porque se dio cuenta de que ahora tenía que matarte. Después de todo, ahora eres consciente de que te están siguiendo. Si escapabas y Edwyn descubría que habías visto a Andrew, Edwyn lo mataría. Creo que este tipo podría haber sido un poco idiota. En su pánico, intentó perseguirte por la calle Geary, pero no vio el camión hasta que fue demasiado tarde.

Sophie apartó la mano del cuerpo de Andrew y se puso en pie, cerrando las rodillas, tratando de parecer tranquila y serena. No había necesidad de que todo el mundo viera lo nerviosa que estaba.

—Estaba en forma de chacal cuando murió. Pero ahora ha vuelto a ser humano. Reggie me dijo que eso es lo que ocurre normalmente cuando mueren los metamorfos, ¿es cierto? —preguntó Sophie, buscando algo más en lo que concentrarse aparte de sus nervios de punta.

—Sí, volvemos a nuestra forma humana —respondió Mac—. ¿Quién es Edwyn?

—Fue el hombre que orquestó el asesinato de Atticus esta noche. Quizá sea más fácil si escuchamos la grabación de la visión de Sophie en lugar de intentar explicarlo todo —sugirió Reggie.

Volviendo a colocar el contenedor en su sitio para ocultar temporalmente el cuerpo de Andrew, todos se acercaron mientras Reggie sacaba su teléfono y reproducía la grabación. La incomodidad subió por la garganta de Sophie cuando su voz salió por los altavoces del teléfono, sonando hueca y desconocida. El tono de su voz sonaba extraño y vagamente robótico, como si hubiera estado en una especie de trance. Cuando la última parte de su historia llegó a su fin, todos se estremecieron un poco ante los jadeos entrecortados que Sophie emitió al recobrar la consciencia. Reggie detuvo rápidamente la grabación, cortando el resto de los jadeos ahogados de Sophie.

—¡Mierda! Tengo que volver a casa de Atticus inmediatamente. No sé lo que es una clavis, pero tenemos que hacernos con ella antes de que lo haga nadie más. Pero también tenemos que ocuparnos del cuerpo de Andrew —dijo Mac, con cara de querer tirarse de los pelos.

—Yo puedo ocuparme del cuerpo —Fitz rompió el silencio.

—¿Puedes? ¿Cómo? —preguntó Mac.

—Mi primo es funerario en San Mateo. En su funeraria hay un crematorio. Nos dejará utilizarlo, sin hacer preguntas —dijo Fitz con

seguridad.

—¿Estás seguro? —preguntó Mac.

—Absolutamente. Mi familia ha tenido que lidiar con algunos personajes "desagradables" en el pasado, así que no será la primera vez que se utilice la funeraria de mi primo para hacer desaparecer un cuerpo —respondió Fitz.

Mac se quedó mirando a Fitz durante un largo y embarazoso instante antes de sacudir la cabeza, derrotado.

—Joder. No es que tenga elección. Puede que vuelva contigo con algunas preguntas sobre la funeraria cuando esto acabe.

—Sabes, nuestro departamento en el depósito de cadáveres tiene mucha discreción para tratar los cuerpos como mejor nos parezca. Nuestro principal mandato es salvaguardar el descubrimiento de Míticos de la humanidad —recordó Reggie a Mac—. Hemos tenido que utilizar la funeraria de su primo en más de una ocasión.

—No te preocupes, Mac. El crematorio de mi familia solo se ha utilizado para ocuparse de personas de las que el mundo estaba mejor sin ellas —le tranquilizó Fitz. Como era de esperar, Mac no parecía reconfortado.

—Supongo que tendré que creer en tu palabra, por ahora. Confío en ustedes. Ustedes tres —dijo Mac, señalando a Fitz, Ace y Amira—, ¿pueden encargarse del cuerpo mientras yo, Sophie y Reggie volvemos a casa de Atticus?

—Claro —dijo Fitz—. Vamos a meter el cuerpo en el maletero de Ace.

—Sophie y yo vigilaremos mientras ustedes empaquetan el cadáver —anunció Amira, mirando fijamente a Sophie—. No haremos falta seis de nosotros para meter a un tipo en el maletero de un Saturn.

Amira agarró a Sophie por el hombro y la arrastró hacia la entrada del aparcamiento de la iglesia.

—¿Estás bien? Pareces completamente asustada —preguntó Amira en voz baja—. Parecía que estabas empezando a desmoronarte al final de la grabación.

—Fue horrible, Amira —susurró Sophie, con la voz temblorosa—. Sentí la muerte de ese hombre. Sentí sus últimos momentos. Sentí su miedo y su dolor. No sé si podré soportar esto —Sophie sintió que los huesos se le salían de la piel. Apretó los dientes para que no le castañetearan.

—Tienes derecho a enloquecer por esto. Esta noche te ha tocado un caso de mierda y, francamente, tu habilidad tiene un precio mental bastante alto. Es una mierda, pero ahora mismo, tienes que ponerte tus bragas de niña grande. Si te asustas ahora, los chicos te mimarán y te protegerán de todo esto. Pero eso no es lo que necesitas. Algo grande está sucediendo, y necesitamos que lo veas hasta el final —dijo Amira—. Después de deshacernos del cuerpo, haré que los chicos me dejen en tu casa. Tú y yo nos beberemos una botella de vino, o dos, y nos echaremos a llorar, ¿vale? Pero hasta entonces, vas a tener que mantener la calma. ¿Crees que podrás hacerlo?

Respirando hondo y mirando la noche fría y brumosa, Sophie suspiró.

—Sí, puedo hacerlo. Sí, puedo hacerlo. No puedo derrumbarme ahora mismo. Solo que no sé ser fuerte como tú.

—Sí que sabes. Solo tienes que canalizar la diosa-zorra que llevas dentro —dijo Amira, arrancándole a Sophie una risita temblorosa.

—¿La diosa-zorra que llevo dentro? —reiteró Sophie.

—Sí, ser una zorra es la verdadera fuerza de la feminidad. La capacidad de que te importe un carajo lo que piensen los demás y de forjarte tu propio camino a pesar de las dudas. Una zorra tiene que conseguir que las cosas se hagan. Así que pon tu cara de zorra y vamos a hacerlo —dijo Amira, golpeando la cadera de Sophie con la suya.

—¿Mi cara de zorra? —dijo Sophie con una sonrisa.

—¡Sí! Activa esa cara de zorra. Tenemos mierda que hacer —sermoneó Amira, levantando una delicada ceja en señal de desafío.

Sophie sonrió a Amira, aliviada de que Amira pudiera ayudarla a superar su mini crisis.

—Gracias. Necesitaba que me dieras ánimos. Gracias. Puedo enloquecer más tarde, pero ahora tenemos mierda que hacer.

Sophie se dio cuenta de que Mac les hacía señas para que volvieran, así que Sophie y Amira se reunieron con los chicos.

Unos minutos más tarde, Sophie, Mac y Reggie se quedaron atrás en el aparcamiento vacío de la iglesia mientras veían las luces traseras del coche de Ace doblar la esquina y desaparecer en la noche.

—Tengo una pregunta —dijo Sophie mientras se dirigían hacia el coche de Reggie, necesitando borrar la preocupación que nublaba los ojos de Mac mientras la miraba interrogante—. ¿Por qué no estás

desnudo, Mac? Te vi transformarte en tu forma de zorro en la visión de Andrew, así que ¿cómo estás vestido ahora? —Sabiamente se abstuvo de mencionar lo adorable que le parecía su forma de zorro.

—Una vez que arrastré el cuerpo de Andrew detrás del contenedor, volví a transformarme y corrí de vuelta a mi ropa. Después de vestirme de nuevo, llamé a Reggie y me reuní con ustedes aquí —explicó Mac.

—Ah, por eso no contestabas al teléfono cuando Reggie llamó. Te dejaste la ropa y el teléfono cuando te transformaste. Espera... ¿Eso significa que estabas desnudo cuando tuviste que arrastrar a Andrew detrás del contenedor? —preguntó Sophie, riéndose entre dientes. Cuando Mac asintió con la cabeza, Sophie soltó una sonora carcajada de diversión.

—No tiene gracia —refunfuñó Mac.

—En cierto modo sí. ¿Y si alguien te hubiera pillado a ti, el poli americano, con el culo al aire mientras arrastrabas a un muerto desnudo por el aparcamiento de una iglesia? Habrías sido todo un espectáculo para la vista —se burló Sophie.

—Siento decepcionarte por no tener la oportunidad de verlo por ti misma. Supongo que tendrás que usar tu imaginación. ¿Necesitas unos minutos para serenarte? Reggie y yo podemos esperar en el coche —replicó Mac.

—Ya te gustaría —se burló Sophie—. Eres un imbécil.

—Es Detective Idiota, ¿recuerdas? Siempre se te olvida —le recordó Mac a Sophie.

Al sentarse en el asiento del copiloto, Sophie miró hacia atrás y vio a Reggie, que parecía preferir estar en cualquier otro lugar del mundo que atrapado en un coche con Mac y Sophie. Se recordó mentalmente a sí misma que no debía dejar que Mac la sacara de quicio con sus comentarios. Escucharles discutir tenía que ser incómodo para los espectadores inocentes.

Solo tardaron unos minutos en llegar a casa de Atticus. Mientras pasaban lentamente por delante de la oscura casa, Mac anunció que parecía que el equipo forense se había ido. Aparcó a la vuelta de la esquina y le pidió a Reggie que vigilara la calle.

Mientras subían por la acera hasta la puerta principal de la casa, Mac le dio a Sophie un par de guantes de látex que llevaba en el bolsillo. Sacó un segundo par y se los puso.

Se acercó a la puerta de entrada en silencio y Sophie se quedó nerviosa detrás de él mientras Mac jugueteaba con la cerradura. Lo maldijo en voz baja, pero al cabo de un minuto la puerta se abrió con un lento chirrido. Se escabulló bajo la cinta amarilla de la policía que cruzaba el umbral y desapareció en el negro interior del vestíbulo.

Sophie entró tras él de puntillas, apresurándose para no perder de vista a Mac.

—Eh —susurró Sophie—. ¿Acabas de forzar la cerradura?

—Sí —lanzó Mac por encima del hombro mientras se dirigía hacia el despacho de Atticus.

—¿Puedes enseñarme a forzar cerraduras? —susurró Sophie emocionada.

—No sé si sería buena idea. Ya eres bastante peligrosa.

—¿Por favor?

—No lo creo.

—¿Por favor? —Sophie suplicó.

—Ya sé que me voy a arrepentir de esto, pero tú ganas —Mac suspiró derrotado—. Te lo enseñaré pronto. Será mejor que lo haga. Tengo la sensación de que no dejarás de molestarme hasta que lo haga.

Sophie se abstuvo sabiamente de asegurarle que le daría la tabarra si con ello conseguía lo que quería. Torturar a Mac solo sería un extra.

Mac encendió una pequeña linterna cuando llegó a la puerta del despacho. Rápidamente pasó la luz por el interior de la habitación. Sophie se aseguró de apartar la vista del imponente escritorio de madera que tenían delante, no quería volver a ver lo que había ocurrido allí.

—¿Dónde está el conducto de la calefacción donde Atticus escondió la clavis? —preguntó Mac.

Entrando en la habitación, con Mac advirtiéndole que vigilara sus pasos y no dejara atrás ninguna prueba, Sophie señaló la base de una estantería a su derecha. Mientras él apuntaba el haz de luz para que ella pudiera ver por dónde caminaba, se dirigieron al escondite de las clavis. De puntillas entre libros esparcidos, papeles y salpicaduras de sangre, Sophie condujo a Mac hasta la rejilla de ventilación del suelo.

Con cuidado, metiendo los dedos por debajo del borde metálico de la rejilla de ventilación y asegurándose de no rasgarse los guantes, Sophie levantó lentamente la tapa. Introdujo la mano en el oscuro

agujero y se concentró en tantear el espacio sin pensar en los monstruos que esperaban en él para agarrarle la mano. Finalmente, su dedo se enganchó en un trozo de cadena y sacó la piedra misteriosa del sistema de conductos. Mientras Sophie sostenía la joya entre sus manos, Mac iluminó la piedra con su linterna. Tenía forma ovalada y el tamaño aproximado de una pelota de golf. La linterna hacía brillar las facetas de la gema verde y la luz se refractaba en un conjunto resplandeciente.

—¿Sabes lo que es? —Sophie preguntó a Mac—. En la visión, Atticus lo llamó clavis. También lo llamó vermarina. Nunca he oído hablar de clavis o vermarine, ¿y tú?

—No, pero podemos entrar en internet más tarde y ver si podemos rastrear alguna información.

—¿Necesitamos coger algo más? —preguntó Sophie, echando un último vistazo a la clavis antes de guardársela en el bolsillo.

—No, larguémonos de aquí.

Salieron rápidamente de la casa y se reunieron con Reggie en la acera.

—¿Lo tienes? —susurró Reggie.

—Sí, Sophie y yo tenemos que coger la ropa de Andrew. Nos reuniremos contigo en el coche —dijo Mac—. Sophie, ¿puedes mostrarme dónde dejó sus cosas?

Sophie le guió hasta donde estaban escondidas las cosas de Andrew. Mac separó unos arbustos en la base de una casa blanca y azul estilo Marina. Recogió el montón de ropa en sus brazos, se dio la vuelta y trotó hasta donde Reggie esperaba con el coche en marcha. Sophie se tragó su resoplido de fastidio por tener que correr detrás de Mac para no quedarse atrás.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Reggie nervioso una vez que Sophie y Mac entraron en el coche.

—Tuve que dejar el coche a la vuelta de la esquina cuando Andrew me persiguió. ¿Puedes dejarme allí?

—Después, deberíamos reunirnos todos en mi casa —sugirió Sophie—. Estos tipos saben lo de Mac, así que tenemos que evitar que lo localicen por el momento. Ninguno de estos Míticos parece prestar atención a los humanos como yo, así que podría ser el mejor lugar para ir.

Mac no contestó, pues estaba demasiado ocupado rebuscando entre

las cosas de Andrew.

—De acuerdo —dijo Reggie al cabo de un rato—. Hagámoslo.

Mac sacó la cartera de Andrew y la hojeó rápidamente. A continuación, levantó un teléfono móvil.

—Mierda, necesito una huella dactilar para desbloquearlo —gruñó molesto. Mac cogió su teléfono y marcó rápidamente un número—. Hola. ¿Ya han incinerado el cadáver? —Hizo una pausa y dijo—: Bien. Necesito que primero guardes sus pulgares y luego quemes el resto. Los necesito para poder acceder a su teléfono. Cuando termines allí, ¿puedes llevarlos al apartamento de Sophie? Bien. Mándame un mensaje cuando estés de camino y te enviaré su dirección.

Reggie se detuvo y Mac corrió hacia su coche.

—¡Nos vemos en casa de Sophie!

Fue un viaje silencioso de vuelta al Tenderloin, excepto por las instrucciones ocasionales de Sophie sobre qué giro tomar. No tardaron en llegar a una plaza vacía junto a Cafecita.

Reggie apagó el vehículo. Sentados en silencio, escuchando los suaves pitidos de un motor que se enfriaba, tanto Reggie como Sophie miraron el plácido rostro de Cafecita. Sophie observó que la ventana del apartamento de Birdie estaba a oscuras. Esperaba que Birdie y Milton hubieran pasado una velada agradable.

—¿Estás bien? —preguntó Reggie en voz baja en medio del silencio, con los ojos llenos de preocupación.

—Creo que sí. Me alegro de que estés aquí conmigo: tú y el resto de nuestra pandilla. Gracias por ser mi amigo, Reggie —dijo Sophie, mirándose atentamente los nudillos, vagamente incómoda por mostrarle a Reggie su lado vulnerable.

—Yo también me alegro de que seas mi amiga —respondió Reggie, colocando su mano sobre la de ella y dándole un suave apretón.

Salieron del coche y esperaron a que llegara Mac. Una vez que Mac aparcó su vehículo, Sophie los guió hasta Cafecita. Subieron las escaleras de puntillas, Sophie señalando el escalón chirriante para que pudieran evitarlo. No quería que Birdie fuera testigo de cómo llevaba a dos hombres a su apartamento en mitad de la noche. De eso nunca se debería de enterar.

Al dejar entrar a Reggie y Mac en su apartamento, Sophie encendió la lámpara de calavera que había junto al sofá para reducir al mínimo la iluminación. Inmediatamente se dirigió a la cafetera. Ya estaba

acostumbrada a trasnochar, gracias a su trabajo en la morgue, pero el cansancio empezaba a pesarle.

—Acabo de mandar un mensaje a Ace. Me ha dicho que han iniciado el proceso de incineración. Me ha dicho que su primo calcula que tardarán cuatro horas —anunció Mac. Sophie miró por encima del hombro y vio cómo el resplandor de su móvil iluminaba la cara de Mac de forma chillona en la oscuridad de su apartamento. Reggie estaba sentado en el futón, mirando alrededor del apartamento de Sophie, con la cara iluminada por la curiosidad.

No tenía ni idea de que una cremación llevara tanto tiempo, pensó Sophie sorprendida.

—¿Quieren café? —gritó Sophie. Cuando Mac y Reggie afirmaron que sí, Sophie empezó a preparar las bebidas. Ya sabía cómo le gustaba el café a Reggie, pero no a Mac, así que gritó—: ¿Quieres nata o azúcar, Mac?

—Solo, por favor —dijo Mac, haciendo que Sophie se estremeciera de asco.

Sirvió las bebidas y las llevó hasta donde esperaban los chicos. Le dio a Reggie su café beige con tres cucharaditas de azúcar.

—Negro como tu alma —Sophie sonrió y le dio a Mac su taza.

Se dirigió a la cocina, cogió su propio café y volvió al salón para sentarse en el único asiento que quedaba: una antigua mecedora que había encontrado en la acera hacía unos meses. La había pintado de negro y había sustituido el cojín destrozado por uno nuevo de tela adamascada azul marino y plata.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sophie tras beber su primer sorbo.

—Tenemos que idear un plan —dijo Mac, inclinándose hacia delante en su silla.

—Muy bien, ¿qué tipo de plan? —preguntó Sophie.

—Repasemos los hechos —Mac metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó su cuaderno de notas—. Primero, tenemos que averiguar quién es Edwyn. En cuanto Ace me traiga los pulgares de Andrew, debería poder sacar el número de teléfono de Edwyn del registro de llamadas. Espero ser capaz de hacer una búsqueda en el número. Entonces tenemos que decidir qué hacer con la clavis.

—No te olvides del Cónclave y Marcella —intervino Reggie—. Creo que sé quién es. Marcella Venturi: es una Fae muy poderosa que

prácticamente dirige todo el Cónclave. Cuando inauguramos la nueva oficina del forense hace unos años, ella estaba allí de forma oficial. Nuestro equipo la conoció brevemente, pero no tengo ni idea de si se acordaría de alguno de nosotros.

—Creo que tienes razón. La Marcella que Atticus mencionó en la visión tiene que ser la misma mujer. Yo mismo la he visto una o dos veces —dijo Mac.

—Atticus dijo que Marcella y el Cónclave detendrían a Edwyn. ¿Crees que deberíamos intentar advertirles de que Edwyn trama algo? —preguntó Sophie.

—Ojalá supiéramos quién es Edwyn. ¿Alguna idea, Reggie? —preguntó Mac. Cuando Reggie negó con la cabeza, Mac se volvió hacia Sophie—. ¿Puedes describir su aspecto?

—Parecía tener unos cuarenta años. Tenía el pelo rubio ceniza, creo que un poco ralo por encima. Era delgado y alto. No estoy segura de cuánto medía, pero tal vez alrededor de 1,80 m. No tenía lunares ni tatuajes ni ninguna marca distintiva que yo recuerde. Ojos azul claro, frente ancha; cuando sonreía, tenía un hoyuelo en la mejilla derecha. Parecía muy correcto, casi erudito —dijo Sophie lentamente, cerrando los ojos, intentando recordar todo lo que pudiera de aquel hombre. Podía oír el chasquido del lápiz de Mac mientras lo anotaba todo en su cuaderno.

—¿Algo más? —preguntó Mac.

—Tenía una especie de anillo en uno de los pulgares. Creo que tenía una piedra roja. Era un anillo grande, grueso y pesado. No recuerdo ninguna otra joya —suspiró Sophie—. Maldita sea. No se me ocurre nada más.

—No pasa nada. Lo que me diste me ayuda —le aseguró Mac.

—Creo que tenemos que llevarle lo que tenemos a Marcella —sugirió Reggie.

—No tenemos mucho. Desde luego, ninguna prueba —dijo Mac—. Pero ella probablemente sabría quién es Edwyn.

—No creo que debamos decirle que tenemos la clavis —intervino Sophie. Cuando ambos hombres enarcaron las cejas mirando a Sophie, ella continuó—: De acuerdo. Sabemos que todos estos asesinatos tienen algo que ver con las líneas ley, ¿verdad? También sabemos que Edwyn, que creo que está detrás de todo esto, asesinó a Atticus específicamente para hacerse con la clavis. Sea lo que sea, es

importante. Edwyn cree que tiene la clavis, así que creo que deberíamos esconder la verdadera hasta que al menos sepamos lo que es. Podría ser algo peligroso, y no sé si deberíamos entregársela a cualquiera sin tener una idea de lo que puede hacer.

—Estoy de acuerdo con Sophie. Deberíamos esconderlo —asintió Reggie.

—Estos tipos saben de ti, Mac, así que creo que debería ser yo quien lo ocultara. Soy "solo un humano", así que nadie va a buscarme. Espera. ¡Conozco justo el lugar! —exclamó Sophie, pensando en el trofeo de fútbol robado en lo alto de una estantería de El Pulgarcito. Para mirar dentro de la copa dorada del trofeo, incluso una persona muy alta necesitaría una escalera. Nadie echaba un segundo vistazo a los cachivaches de El Pulgarcito; además, nunca había que quitarle el polvo, así que hacía décadas que no se le molestaba.

—¿Estás segura de que será seguro? —preguntó Mac con escepticismo.

—Sí. Tengo el sitio perfecto —le aseguró Sophie—. Cuando sepamos qué es la clavis, podremos pensar qué hacer con ella.

—Vale, está acordado. Sophie, esconde la clavis. Por ahora, no nos digas dónde está, por si acaso. Debería poder conectarme a la base de datos de la policía y encontrar el número de teléfono de Marcella. La llamaré y le contaré sobre la muerte de Atticus. Puedo ver si ella sabe quién es Edwyn y si tiene alguna información que pueda ayudarnos a encontrar una manera de frustrar su plan. Tal vez con su ayuda, pueda obtener más pruebas de lo que está ocurriendo a lo largo de la línea ley. Hará falta algo más que tus visiones si quiero seguir los canales adecuados para llevar a Edwyn ante la justicia —dijo Mac, sacando un portátil de su bolsa de mensajero—. Necesito pruebas.

Colocando el ordenador sobre su regazo, Mac refunfuñó al darse cuenta de que Sophie no tenía conexión a Internet ni wifi en su apartamento. Jugueteó con su móvil, diciendo algo sobre un "hotspot". Todo lo relacionado con la tecnología solía pasar por alto a Sophie, así que se limitó a encogerse de hombros con divertida aceptación cuando Mac la fulminó con la mirada por su falta de conocimientos tecnológicos. Con unos cuantos clics en el teclado y un murmullo molesto sobre la lentitud de las conexiones, Mac anunció que había encontrado el número de casa de Marcella.

—Voy a llamarla ahora. Voy a ponerla en altavoz para que puedas

oír lo que tiene que decir. Pero no quiero que ninguno de los dos diga nada —dijo Mac.

—¿Crees que es prudente llamarla tan tarde? —preguntó Reggie preocupado.

—Me importa una mierda. Todo esto me parece demasiado serio. No quiero esperar hasta mañana.

—¿Qué vas a decir de mis visiones? —Sophie preguntó.

—Voy a decirle que tengo una persona que tiene visiones de la muerte de las personas, pero que la persona quiere permanecer en el anonimato para proteger su identidad. Ni siquiera voy a decirle a Marcella tu sexo. Cuanto menos sepa nadie de nosotros, mejor —dijo Mac.

—Me parece bien —dijo Sophie, mientras Reggie asentía con la cabeza.

—Vale. Voy a llamarla ahora. No hay razón para esperar —dijo Mac, colocando su teléfono móvil sobre la mesita que había entre ellos. Marcó rápidamente el número y pulsó el botón del altavoz en la pantalla del teléfono.

El teléfono sonó varias veces antes de que se oyera el clic de alguien que descolgaba.

—¿Diga? —dijo una voz femenina entrecortada en el silencio del apartamento de Sophie.

—Hola. Soy el detective Malcolm Volpes. ¿Es Marcella Venturi? —preguntó Mac con voz severa y profesional.

—Sí, soy Marcella. ¿Está todo bien? —preguntó Marcella, evaporándose la somnolencia de su voz.

—Siento tener que llamarle tan tarde. Sin embargo, necesito que sepa que Atticus Agosti ha sido asesinado en su casa esta noche —dijo Mac.

Un suave jadeo rompió el silencio de la habitación.

—¿Atticus ha muerto? ¿Qué ha pasado? —dijo Marcella, con voz temblorosa.

—No quiero hablar de eso por teléfono. Me gustaría reunirme con usted en persona lo antes posible. Tengo información muy delicada sobre su asesinato. Sospecho que solo usted puede ayudarme con ello —declaró Mac.

—¿No puede decirme nada por teléfono? —preguntó Marcella, con un tono de sospecha en la voz.

—No, señora. Lo único que estoy dispuesto a revelar por teléfono es que creo que el asesinato tiene algo que ver con la línea ley —dijo Mac, mordiéndose el labio y mirando preocupado a Reggie y Sophie. Sophie comprendió que Mac necesitaba correr un riesgo calculado para asegurarse de que Marcella escucharía lo que tenía que decir.

Cuando el silencio se prolongó un momento, Sophie empezó a preocuparse de que Marcella fuera a colgar la llamada.

—¿Atticus fue asesinado a causa de la línea ley? —preguntó finalmente Marcella, con voz preocupada.

—Tengo razones para creerlo —respondió Mac.

—Eso no es bueno. ¿Puedes reunirte conmigo a primera hora de la mañana?

—Sí, estaría bien. Quiero ocuparme de esta situación lo antes posible.

—¿Puedes reunirte conmigo en Buck's en Woodside a las 8?

—Sí. La veré entonces. Gracias por aceptar reunirse conmigo —Mac colgó después de que ambos se desearan buenas noches. Exhalando un suspiro, dijo—: Bueno, ahora veremos qué pasa.

—Deberíamos ir contigo como medida de seguridad. No tenemos motivos para confiar en esa mujer, salvo que Atticus pensó que estaría dispuesta a detener a Edwyn —dijo Sophie.

—No quiero que ella sepa de la participación de ninguno de ustedes. Especialmente la tuya, Sophie —argumentó Mac.

—Ella no necesita saber que estamos allí. Vayamos temprano y vigilemos el lugar. Yo puedo quedarme dentro en otra mesa, como un humano normal y aburrido desayunando. Fácil de mirar e ignorar. Y Reggie puede vigilar la calle fuera del restaurante ya que ella podría reconocerlo. A lo mejor hasta puede venir el resto de Los Anómalos, si acaban con Andrew antes de las ocho —replicó Sophie.

—¿Los Anómalos? —repitió Mac.

—¡Es el nombre de nuestra banda! —dijo Sophie, haciendo que Mac sacudiera la cabeza con desconcertada exasperación.

—Estoy de acuerdo con Sophie. No deberías entrar ahí solo —dijo Reggie, haciendo que Mac resoplara con resignada vejación—. Aunque no sé si es necesario incluir al resto de la banda. Probablemente estarán agotados para entonces.

Mac se recostó en el futón, acunando su refrescante taza de café. Mac sacudió la cabeza y resopló divertido.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó Reggie.

—Es lógico que quisiera reunirse en Buck's —dijo Mac.

—¿Qué tiene de especial Bucks? —preguntó Sophie.

—Todos los ricos de Silicon Valley y los multimillonarios de la tecnología comen allí. Es el lugar donde los negociantes y los magnates comen tortitas —respondió Mac. Sophie nunca había oído hablar de Buck's, pero sí sabía que Woodside era el pueblo donde los ciudadanos más ricos de San Francisco levantaban sus mansiones de respaldo.

Tras debatir durante varios minutos, finalmente decidieron un plan. Mac pasaría a máquina y entregaría a Marcella una transcripción de la visión de Sophie, omitiendo la parte en la que Atticus cambiaba la clavis real por una falsa. Hasta que supieran en quién confiar, nadie tenía por qué saber que poseían la auténtica. Reggie y Sophie llegarían temprano a Buck's. Sophie conseguiría una mesa y Reggie montaría guardia afuera.

El gran desacuerdo era que Mac quería irse a casa a dormir. Tanto Sophie como Reggie argumentaron que podría no ser seguro para él después del ataque frustrado de la noche anterior. Después de que Reggie y Sophie amenazaran con atarlo y arrojarlo al dormitorio de invitados de Reggie, Mac finalmente cedió.

Sophie acompañó a los dos hombres a la salida y prometió a Reggie que estaría lista y esperándole fuera a primera hora de la mañana siguiente. Cogió su teléfono para averiguar cuándo se dirigía Amira.

Sophie: *¿Qué tal? ¿Vas a llegar pronto?*

Amira: *Está tardando una eternidad. No tenía ni idea de que se tardara tanto en quemar un cuerpo. No creo que pueda ir esta noche :(*

Sophie: *No te preocupes. Ya nos emborracharemos otro día.*

Amira: *¡Te tomo la palabra!*

Cuando se dio cuenta de que Amira no iba a venir, Sophie se dirigió a El Pulgarcito. Con la clavis bien guardada en el bolsillo, se quedó en la barra bebiendo Lullaby Ladies hasta que el último cliente, con piernas ondulantes, salió del bar. Sophie se ofreció a barrer el suelo “por los viejos tiempos”. Cuando Burg se dirigió a la parte de atrás para terminar de cobrar, ella cogió rápidamente un taburete y lo utilizó para elevarse lo suficiente como para dejar caer la clavis en los brazos de la diosa Nike y el trofeo Jules Rimet de la Copa del Mundo.

CAPÍTULO 19

Con los ojos entornados, Sophie miró fijamente por la ventanilla del coche el paisaje que pasaba en el camino hasta Buck's. Se alegró de que Reggie tampoco se sintiera muy hablador. Después de apenas tres horas de sueño, Sophie no sabía si su cerebro estaba preparado para la tarea de formar palabras y ponerlas en un orden que, con suerte, se asemejara a una frase.

Al entrar en el aparcamiento del restaurante, Sophie se fijó en un gigantesco pez de madera desgastada que yacía tendido en el suelo junto a la entrada. La talla era más larga que el coche de Reggie y, a juzgar por su superficie gris y desgastada, llevaba décadas vigilando la entrada del aparcamiento de Buck's. El anodino restaurante no era lo que Sophie esperaba. Enclavado en una calle repleta de robles altos y retorcidos, el edificio bajo de color chocolate era difícil de distinguir al principio.

La primera impresión de Sophie fue que la ciudad de Woodside parecía similar a cualquier otro pueblo rústico de la costa californiana. Pero entonces se fijó en un Ferrari que entraba en el aparcamiento del restaurante, seguido de otro vehículo elegante y glamuroso que parecía sacado del futuro. Rezumaba lujo y riqueza.

Caminando hacia la entrada, Sophie saludó discretamente a Reggie. Él se quedaría en el coche mientras Sophie esperaba dentro a que llegaran Mac y Marcella. Abrió la puerta de cristal de Buck's y entró en el restaurante, congelándose justo en la puerta principal y bloqueando accidentalmente la entrada. Había esperado que un restaurante para ricos y poderosos fuera sofisticado, refinado y opulento, algo con telas lujosas, luz tenue y manteles blancos, tal vez incluso algunas velas afiladas para crear ambiente. En lugar de eso, el interior de Buck's parecía la mezcla desordenada de una juguetería y un museo salvaje y excéntrico.

Mientras la anfitriona guiaba a Sophie hacia una mesa vacía, pasó

junto a una réplica de dos metros de la Estatua de la Libertad que sostenía un cucurucho de helado en lugar de una antorcha y llevaba un sombrero. A continuación, pasó por debajo de un zepelín plateado que colgaba del techo, un traje espacial de tamaño natural y un coche derby naranja que flotaba en un ángulo alegre. La anfitriona la condujo a una mesa junto a un surtido de espadas de aspecto antiguo clavadas en la pared. Cuando Sophie tomó asiento, la mujer le entregó un menú y la dejó con la decoración.

Sophie ignoró el menú que tenía en la mano para observar la decoración del restaurante. Se preguntó brevemente si la dueña estaría emparentada con Burg, ya que la estética de sus diseños era similar. Había "tesoros" en casi todas las paredes: juguetes, fotografías en blanco y negro, maquetas de aviones e incluso un caimán taxidermiado montado en una tabla de surf. Sophie se echó a reír cuando vio un trofeo de oro deslustrado casi perdido entre un surtido de figuritas en una vitrina. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio la enorme cabeza de un bisonte montada en la pared de espejos detrás de una pequeña barra en el otro extremo del restaurante.

Unos minutos más tarde, la camarera se detuvo y Sophie pidió una taza de café.

El sonido de su teléfono la distrajo de su lectura del menú, en el que había una gran variedad de platos típicos de los restaurantes americanos. *Maldita sea, ¿dieciséis dólares por granola y yogur? Más vale que sea la mejor granola del mundo*. Sophie resopló al mirar el móvil. Vio que Mac les había enviado un mensaje a Reggie y a ella diciendo que estaba en el aparcamiento y que estaba a punto de entrar. Cuando la camarera le dejó el café, Sophie pidió huevos rancheros.

Justo cuando la camarera empezó a girarse y a marcharse con su pedido, Sophie vio a Mac entrar en el restaurante. De reojo, vio cómo señalaba la mesa vacía junto a la de Sophie. Sophie fingió examinar atentamente el menú que tenía delante mientras Mac se acercaba. No pudo evitar darse cuenta de que él estaba guapísimo con sus vaqueros oscuros y su camiseta Henley gris marengo, mientras que ella se sentía vagamente como un animal atropellado por el sol. *No es justo,* pensó Sophie con amargura, *él también debería tener un aspecto horrible.*

La camarera se acercó para rellenar su taza de café vacía e informarle de que su comida no tardaría en llegar. Cuando la camarera se fue, Sophie se puso unos pequeños auriculares en los

oídos. Aunque no se oía nada, Sophie movía suavemente la cabeza al ritmo de una música imaginaria.

—Ya está aquí —dijo Mac solo para los oídos de Sophie. La llegada de la camarera con una bandeja con el desayuno de Sophie le dio una excusa para mirar brevemente a la mujer que se unía a Mac en su mesa. La mujer Fae estaba hecha completamente de ángulos agudos, incluso su pelo liso de color gris acero. A Sophie le recordaba a una rapaz. Podía imaginarse a aquella mujer de ojos y garras afilados acurrucada sobre un nido, lista para enfrentarse a sus enemigos.

Mac se levantó de su asiento, dispuesto a saludar a la mujer que se acercaba.

—Magistrada Venturi, gracias por reunirse conmigo —dijo Mac formalmente, tendiéndole la mano a la mujer para que se la estrechara.

—Por favor, llámame Marcella. Por lo que me has contado hasta ahora, creo que podemos tutearnos —dijo Marcella, tomando la silla que le ofrecían frente a Mac.

Después de que la camarera les sirviera las bebidas, Mac dijo,

—Voy al grano, Marcella. Tengo conmigo una transcripción del asesinato de Atticus Agosti anoche. Basándome en lo sucedido, creo que es de suma importancia que estés al tanto de lo que ocurrió.

Fingiendo leer el artículo de viaje escrito en el reverso del menú plastificado, Sophie observó cómo Mac le entregaba a Marcella un pequeño fajo de papeles.

—¿Cómo conseguiste la transcripción de su asesinato? ¿Fue grabado? —preguntó Marcella.

—Llevo algún tiempo trabajando con una vidente. Esta persona tiene visiones de muertes y ha estado ayudando a mi departamento a resolver asesinatos.

—¿Cómo no he oído hablar de esta persona? Me gustaría conocerla.

—Eso no es posible en este momento. Este individuo solo trabaja conmigo bajo la promesa de total anonimato. Si alguien descubriera la identidad de la psíquica, podría correr peligro ante los elementos criminales de la ciudad —dijo Mac, negando con la cabeza—. La cooperación de mi contacto se basa únicamente en permanecer en el anonimato.

—Hmmm. Entonces, ¿cómo puedes confiar en las “visiones” de

esta persona? ¿Cómo puedes garantizar que esta supuesta vidente no es solo una talentosa estafadora?

—No ha obtenido ningún beneficio de sus visiones. En más de cuarenta casos, sus visiones han sido completamente correctas. Soy difícil de engañar, como demostrará mi historial con el departamento. No me cabe la menor duda de que esta persona es digna de confianza y de que sus visiones son ciertas. Toma, lee la transcripción. Verás lo que quiero decir.

Mientras Marcella leía los papeles, de vez en cuando emitía un silencioso ruido de angustia o enfado. El zumbido de conversaciones y risas de otras mesas flotaba sobre la cabeza de Sophie. A pesar del aspecto algo chillón de Buck, la comida era excelente. A pesar de lo temprano de la hora, el edificio ya estaba casi lleno, y no solo con los ricos y poderosos de la zona. Gran parte de la clientela eran familias. Los niños corrían entre las mesas, riéndose de las extrañas y maravillosas decoraciones. Los más veteranos debatían sobre política mientras comían y tomaban café. Sin embargo, muchas mesas estaban ocupadas por hombres serios con camisas de vestir planchadas, con un portátil abierto en los codos y expresiones intensas, que hablaban animadamente sobre sus huevos y tostadas. Era un lugar de intensas conversaciones donde los titanes del mundo hacían planes para la dominación económica.

—Edwyn —gruñó de repente Marcella—. Ese cabrón.

—¿Sabes quién es Edwyn? —preguntó Mac con un acaloramiento silencioso en la voz. Sophie pudo detectar que su espíritu cazador había llegado con toda su fuerza. Sospechaba que era su naturaleza depredadora lo que hacía de Mac un detective tan bueno. El aroma de la caza estaba en su nariz, y sus dientes no soltaban a Edwyn ahora que estaba en el punto de mira de Mac.

—Estoy segura de que este debe ser Edwyn Nothus. No puedo creerlo. Sabía que tenía ambiciones, pero nunca pensé que caería tan bajo. ¿Cómo pudo cometer un acto tan atroz?

—¿Sabes lo que es la clavis? Asesinó a Atticus para tenerla en sus manos. También he encontrado pruebas de al menos tres muertes cometidas en las últimas semanas en un intento de ganar propiedades a lo largo de la línea ley a través de la ciudad. Mi investigación aún no está completa, por lo que es imposible determinar el número total de propiedades que han sido vendidas o transferidas a nuevos

propietarios. Una vez que termine mi investigación, sospecho que encontraré muchas.

—Edwyn y sus seguidores llevan tiempo sugiriendo que deberíamos separarnos del reino Fae. Ha estado abogando por la secesión durante los últimos años. Si necesitaba la clavis, tengo que asumir que está intentando cerrar el portal del reino Fae permanentemente. La clavis es el ancla que permite al reino Fae abrir un portal a la Tierra. No es muy conocido cómo funciona el portal. Ambos lados necesitan una clavis para mantener el camino abierto, aunque solo se puede viajar desde Fae hasta aqui. Si cierra permanentemente el portal, sería como cerrar y bloquear un lado de una puerta.

—El portal puede cerrarse permanentemente —repitió Mac, con la sorpresa aromatizando su voz—. ¿Sería tan malo? Los Fae llevan más de un siglo arrojando aquí a sus ciudadanos más peligrosos e indeseados. Tengo que lidiar con esos elementos criminales casi a diario.

—No estoy en desacuerdo con que los Fae nos endilguen sus problemas, y es una fuente continua de problemas para nuestro pueblo. Pero Edwyn no solo quiere aislarnos del reino Fae. Él y sus seguidores quieren reclamar la ciudad como su propio país, expulsar a todos los humanos y gobernarla. Lo que proponen es un suicidio para los nuestros —explicó Marcella—. Creo que tanto el reino de los Fae como los humanos se levantarán para aplastarnos a todos si él lo intenta.

Mac emitió un leve sonido de sorpresa—. Eso es una locura. Nos mataría a todos. ¿Cómo es posible que Edwyn crea que puede expulsar a tres cuartos de millón de humanos de la ciudad? Apenas hay ochenta mil Míticos aquí.

—No puedo ni imaginar lo que pasa por la cabeza de Edwyn —Marcella suspiró.

—¿Cómo puede Edwyn usar la clavis para cerrar el portal permanentemente?

—Mañana es el equinoccio de primavera. En el equinoccio vernal y otoñal, la línea ley es más poderosa. Podrá magnificar el poder de la clavis para cerrar el portal. Muy poca gente conoce el proceso, pero tengo que suponer que tiene a alguien que puede hacerlo, o que de alguna manera ha alcanzado el conocimiento para completar el ritual

él mismo. La transcripción decía algo de llevarlo a la torre —dijo Marcella. Sophie pudo oír el susurro de los papeles mientras Marcella hojeaba la transcripción para volver a comprobarlo.

—Sí, se mencionaba una torre. Las dos únicas torres que se me ocurren son Sutro y Coit. Ambas caen sobre la línea ley, así que supuse que era una de las dos —dijo Mac.

—Podemos suponer que es la torre Coit. Una segunda línea ley, más débil, se cruza en ese punto, aumentando la potencia de las líneas y convirtiéndolo en el lugar perfecto para abrir un portal. Coit Tower es donde la mayor parte de la actividad portal de Fae se produce. Por eso se eligió ese lugar para la torre en primer lugar —dijo Marcella, golpeando pensativamente la mesa con la uña.

—Así que sabemos cuándo y dónde. ¿Puede el Cónclave detener a Edwyn? —preguntó Mac.

Marcella exhaló un suspiro lento.

—No sé si puedo confiar en todos los miembros. Algunos de ellos deben de estar al tanto de las maquinaciones de Edwyn, sobre todo si muchos bienes inmuebles han estado cambiando de manos. Tengo algunas personas en las que sé que puedo confiar. Si puedo frustrar a Edwyn antes de que active la clavis mañana, creo que podré esculpir la discordia desde dentro del Cónclave. Desearía saber a cuánta gente ha convencido Edwyn. Si esta transcripción es correcta, ha reclutado a algunos metamorfos.

—Tengo algunas personas en las que confío implícitamente que puedo traer en este esfuerzo. Creo que la mejor manera de detener a Edwyn es interceptarlo en la Torre Coit. Podemos vigilar la torre y atraparlo allí mañana. No tengo pruebas, pero creo que posiblemente esté trabajando con la manada del Distrito Sunset.

—¿La manada Sunset? No puedo decidir si me sorprende o no. El alfa, Alphonse, es separatista y xenófobo, así que me imagino que quiera expulsar a los humanos. Pero me cuesta imaginármelo trabajando con Edwyn o con cualquier otro mítico que no sea un metamorfo.

Marcella y Mac formularon un plan para detener a Edwyn mientras Sophie escuchaba a escondidas. Marcella informó a Mac de que Edwyn intentaría activar la clavis en lo alto de la torre. El aire libre de la plataforma de observación proporcionaba el mejor acceso a la energía de las líneas ley. Ambos estuvieron de acuerdo en que Edwyn

no se arriesgaría a llamar la atención durante las horas normales de funcionamiento, por lo que se colaría en las instalaciones después de que hubieran cerrado por el día. Mac sugirió que la mayoría de sus aliados podrían esperar en las alcobas alrededor del observatorio, listos para atrapar a Edwyn en cuanto saliera del ascensor. Marcella aseguró a Mac que su posición en el Cónclave les permitiría acceder a todo el edificio, por lo que podrían situarse mucho antes de la llegada de Edwyn.

Cuando la camarera dejó la cuenta de su comida, Sophie perdió el hilo de la conversación. Como no quería llamar la atención, pagó la cuenta. Se levantó y se paseó por el vestíbulo del restaurante, fingiendo admirar la decoración con otros turistas. Deseaba desesperadamente saber qué decían Mac y Marcella, pero le preocupaba perder su tapadera si volvía a acercarse a ellos. Al cabo de unos minutos, Mac y Marcella se dan la mano. Lentamente, Sophie se acercó a la zona del bar del restaurante. En el espejo del bar, observó cómo Marcella se dirigía a la salida. Sophie le envió a Reggie un mensaje de texto rápido para avisarle de que Marcella se dirigía a la salida, diciéndole que no la perdiera de vista.

Sophie esperó unos minutos y salió sola del restaurante. Al subir al asiento del copiloto del coche de Reggie, Sophie suspiró aliviada cuando cerró la puerta tras de sí. Ella no estaba hecha para esta mierda clandestina y de capa y espada. Prefería seguirle la pista a Edwyn, darle un puñetazo en la garganta y arrancarle la clavis de sus dedos aún crispados.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Reggie con emoción reprimida. Reggie parecía querer removerse en su asiento de entusiasmo. Al parecer, él era más fan que ella de esto del espionaje.

—Creo que ha ido bien. Marcella está dentro —Sophie estaba a punto de decirle algo más a Reggie cuando los teléfonos de ambos sonaron simultáneamente con un mensaje entrante.

—Es de Mac —anunció Reggie innecesariamente—. Quiere que nos reunamos en su casa. Dice que tenemos que recoger algunas cosas para mañana. ¿Qué pasa mañana?

—Ya te alcanzo —dijo Sophie—. Asegurémonos de que Mac llega a su coche y a la carretera sano y salvo. Entonces podremos irnos también.

De camino a casa de Mac, Sophie repasó el encuentro entre

Marcella y Mac.

—Si Edwyn solo necesita ir a la Torre Coit para cerrar el portal, ¿para qué necesitaba coger todas esas propiedades a lo largo de la línea ley? —preguntó Sophie después de terminar su recapitulación.

—No estoy segura. Podría ser por varias razones. Los míticos, especialmente los Fae, poseen muchas propiedades a lo largo de la línea ley. Extraen energía de la línea ley para hechizos y cosas así. Puede que solo este intentando alejar a otros Míticos de la fuente de su magia para que el sea el Fae mas poderoso de la ciudad. Pero lo que realmente creo que esta pasando es que necesita acceder a la linea ley para potenciar cualquier hechizo que este planeando usar para cerrar el portal. Pero solo son suposiciones, ya que no sé mucho sobre la magia de los Fae —explicó Reggie.

Siguiendo las indicaciones de la voz metálica del programa de mapas, Reggie giró una calle antes. Mac les había enviado un mensaje de texto antes para hacerles saber que deberían poder colarse por el patio del vecino de detrás de su casa. Era amigo de los propietarios y tenían una pequeña puerta en la valla que separaba sus patios. Mac creía que si alguien estaba vigilando su casa, no esperarían que él o cualquier otra persona, se colara por la parte de atrás.

La curiosidad de Sophie se había desbordado de excitación. Estaba impaciente por ver cómo era la casa de Mac. Se había imaginado un desorden, con las paredes cubiertas de fotos de criminales con largas cuerdas rojas conectándolas. La estética de un teórico de la conspiración mezclada con la pesadilla de un archivero.

Reggie aparcó en una calle llena de casas unifamiliares apretadas. Al salir del coche, Mac les hizo señas para que se acercaran a la puerta lateral de una casa de dos plantas del color de la mantequilla dulce.

—Probablemente George y Anne no estén en casa, así que no tenemos que preocuparnos por molestarles —les aseguró Mac cuando miraron la casa con preocupación. Reggie y Sophie siguieron a Mac por un estrecho camino pavimentado junto a la casa. El camino se abría a un patio trasero del tamaño de una caja de cerillas. Atravesaron corriendo el patio y Mac descorrió el pestillo de una alta puerta de madera. Al detenerse en la entrada, Mac levantó la nariz hacia el cielo y respiró lenta y largamente. Por el rabillo del ojo, Sophie vio a Reggie haciendo lo mismo.

—Nada. ¿Estás captando algo, Reg? —preguntó Mac en voz baja.

Reggie negó con la cabeza. Mac abrió ligeramente la verja y se asomó un momento por la rendija antes de colarse por la abertura. Reggie y Sophie lo siguieron rápidamente hasta otro pequeño patio. El patio trasero estaba rodeado por todos lados por una alta valla de privacidad. Sophie pasó por delante de una zona circular de grava con una hoguera rodeada de sillas estilo Adirondack. Miró la hoguera con un poco de envidia. Sería el lugar perfecto para disfrutar de una cerveza fría y calentarse los pies en una fría y brumosa noche de San Francisco.

La casa estaba revestida de estuco color crema y rematada con azulejos de la Misión Española de color óxido. Reggie y Sophie se apresuraron a alcanzar a Mac, que estaba en la puerta trasera de la casa. Cuando abrió la puerta, levantó una mano para indicarles que se quedaran atrás. Se acercó a la puerta abierta y volvió a hacer la prueba del olfato. Satisfecho con lo que su olfato había detectado, abrió la puerta y ellos le siguieron mientras se deslizaba silenciosamente hacia el interior.

La puerta trasera les condujo a una cocina de estilo galera. La cocina era pequeña, pero muy ordenada. Sophie se asomó al fregadero antiguo de la cocina esperando verlo lleno de platos sucios, pero la pila de porcelana estaba vacía. Aparte de una tostadora, una cafetera y un rollo de toallas de papel, las encimeras estaban vacías.

El suelo estaba cubierto de cuadrados de terracota intercalados con brillantes baldosas pintadas a mano. Sophie admiró la cocina, vieja y desgastada, pero también llena de calidez y encanto del viejo mundo. Podía imaginarse a una abuela dulce y regordeta pasando horas en esta habitación, creando deliciosos manjares para sus seres queridos. Desde luego, era mejor que las encimeras de formica desconchadas y los suelos de linóleo agrietados de Sophie.

Cuando Sophie y Reggie siguieron a Mac fuera de la cocina, las baldosas dieron paso a los oscuros suelos de madera. El salón de Mac era limpio pero espartano, con muebles pesados y funcionales. Al recordar lo impecable que Mac mantenía su coche, Sophie se dio cuenta de que debería haber sabido que su casa sería igual.

Vaya estereotipos. Claro que Mac no vive en el típico piso de soltero, pensó Sophie.

Varios grandes carteles enmarcados -la única decoración real a la vista- atrajeron los pies de Sophie por el salón. Se detuvo frente a uno

de los carteles, en el que se leía “Cry of the City” en grandes letras amarillas sobre una oscura escena frente al mar. El rostro angustiado de un hombre miraba el título de la película. El siguiente cartel mostraba a un apuesto hombre con bigote abrazado a una mujer rubia mientras un tipo sospechoso con gabardina marrón observaba desde la distancia. Sobre un bloque rojo, el título de la película rezaba “Touch of Evil” Antes de que Sophie pudiera echar un vistazo al tercer cartel, Mac la llamó.

—¿Te gustan las viejas películas policíacas en blanco y negro? —preguntó Sophie con curiosidad.

—Me encanta el cine negro. Detectives duros que se enamoran de mujeres tramposas, todo envuelto en humo de cigarrillo y sombras. ¿Qué puede no gustarme?

Mac sonrió satisfecho.

—Ya veo por qué te gusta. A ti —se burló Sophie—. ¿En eso te basas para ser policía? Podría comprarte una gabardina para completar tu imagen de detective fatalista y cansado del mundo. Quizá me compre un traje de zoot para ser tu némesis gángster. No creo que pueda hacer de mujer fatal. Podemos tener reuniones clandestinas en esquinas oscuras, planear atracos de joyas, seguidos de persecuciones en coche y tiroteos.

—¿Traje de zoot? Nunca has visto ninguna de estas películas, ¿verdad? No, te encontraré algo ceñido que ponerte. Serías una excelente dama traicionera —Mac se rio.

—Me has pillado. He visto breves fragmentos de algunas de ellas, supongo, pero nunca he visto ninguna de esas viejas películas en blanco y negro —confesó Sophie.

—Bueno, tendremos que rectificar eso.

Sophie solo pudo echar un breve vistazo a los muebles de madera oscura y al edredón azul marino que cubría la cama de Mac mientras le seguía hasta el vestidor de la habitación. El espacio olía ligeramente a la colonia de Mac, una especie de aroma masculino amaderado que hizo que Sophie quisiera restregarse la cara en sus camisas de vestir colgadas.

—Sujeta esto, por favor —le pidió Mac. Puso una bolsa de lona vacía en los brazos de Sophie antes de encarar la gran caja fuerte situada en la esquina trasera de su armario. Con un rápido movimiento de muñeca, Mac hizo girar el dial y abrió la puerta,

grande y pesada. Hizo un gesto a Sophie para que se acercara y empezó a meter armas y diversos aparatos electrónicos en la bolsa de lona.

—¿Es aquí donde guardas los cadáveres? —preguntó Sophie, echando una mirada teatral a la caja fuerte con sus estantes y estanterías pulcramente organizados.

—Oh no, para eso uso el sótano —dijo Mac, haciendo reír a Sophie —. No soy un monstruo.

Le encantaba que Mac fuera tan ingenioso y que nunca le tomara el pelo. Era agradable poder enfrentarse a alguien y no tener que preocuparse de herir sentimientos o de que las bromas se tomaran demasiado en serio. Además, Mac podía repartirla tan bien como la recibía.

Solo tardó unos minutos en llenar la bolsa a su gusto. Levantó la bolsa de las manos de Sophie, cerró la cremallera y se la colgó del hombro. Cogió otra bolsa más pequeña y la llenó con algunas mudas de ropa. Sophie y Mac volvieron al salón y vieron a Reggie apreciando los carteles de las películas.

—Me gusta tu casa —le dijo Sophie a Mac, levantando la vista para admirar las oscuras vigas vistas que se extendían por su salón.

—Era de mis abuelos. No podría permitirme una casa en la ciudad si no la hubiera heredado —dijo Mac encogiéndose de hombros, sin atribuirse ningún mérito por su participación en la propiedad.

—Veo que tienes televisor —dijo Sophie con una sonrisa de dientes, señalando con la cabeza la gran pantalla plana, recordando cómo Mac reaccionó con horror al saber que Sophie no poseía uno.

—¿Has visto alguna vez *El Halcón Maltés*? —preguntó Mac. Cuando Sophie negó con la cabeza, Mac chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Humphrey Bogart como Sam Spade es lo mejor de Bogart. Tengamos una noche de cine pronto.

—Suena divertido, detective Idiota —dijo Sophie con falsa confianza, sin querer que Mac notara el pequeño núcleo de deseo nervioso que floreció en su interior cuando él sonrió ampliamente. La sensación como si Mac hubiera tirado de un hilo suelto dentro de su caja torácica le dejó una extraña molestia bajo el esternón. Sophie se tragó la sensación, guardándola para sacarla más tarde y examinarla cuando estuviera sola.

—¿Quieres que nos veamos en mi casa o en la de Sophie? —

preguntó Reggie, sin darse cuenta de que estaba interrumpiendo un momento cargado—. Creo que deberíamos ir a casa de Sophie. A nadie se le ocurriría relacionarte con ella.

—Estoy de acuerdo. Tengo que llamar a Ace y hacer que el equipo se reúna con nosotros allí con los pulgares de Andrew —dijo Mac, apartando la mirada de los ojos oscuros de Sophie hacia Reggie.

Sophie esbozó una sonrisa cuando vio que Reggie se estremecía al mencionar los pulgares. ¿Acaso había olvidado a qué se dedicaba?

CAPÍTULO 20

Decidieron dejar atrás el sedán de Mac y llevar el coche de Reggie a Cafecita porque a Reggie le preocupaba que alguien pudiera estar buscando el vehículo de Mac. Mac había intentado argumentar que todo aquel subterfugio era una exageración, pero Sophie le había dicho que se callara y negociara.

—Imagina lo disgustada que se pondrá Birdie si dejo que te pase algo. Nunca oiré el final si consigues que maten a tu estúpido culo. Esto es lo que pasa cuando dejas que la gente se preocupe por ti. Acepta el pequeño inconveniente de tomarte en serio tu seguridad —sermoneó Sophie a un enfurruñado Mac.

—Si Edwyn estuviera buscando a Sophie, ¿qué le dirías que hiciera? —preguntó Reggie, lo que pareció tranquilizar a Mac mejor que el argumento de Sophie.

El resto del trayecto hasta la casa de Sophie transcurrió en un ambiente de discusiones amables. Tanto Sophie como Mac moderaron su habitual nivel de sarcasmo en deferencia a la naturaleza más dulce de Reggie.

Cuando Sophie abrió la puerta de su apartamento, se volvió hacia ellos y les dijo,

—Oigan, quiero ver cómo está Birdie. Ahora vuelvo.

—A mí también me gustaría saludarla. Deberías venir a conocer a Birdie, Reggie. Es increíble —dijo Mac.

Con un resoplido resignado, los condujo hasta la puerta de Birdie. Birdie prácticamente apartó a Sophie y abrazó a Mac.

—Mac, mi dulce niño, ¿cómo estás? —dijo Birdie, apartándose para acariciar el hombro de Mac.

—Estoy bien, señorita Birdie. ¿Cómo estás? —preguntó Mac con dulzura, haciendo que Sophie pusiera los ojos en blanco ante Reggie.

—Me va genial, querido —Birdie soltó una risita. El sorprendido ahogo de Reggie desvió la atención de Birdie de la amplia sonrisa de

Mac.

—Señorita Birdie, me gustaría presentarte a nuestro amigo el doctor Reginald Didel —dijo Mac, haciéndose a un lado para que Birdie pudiera acercarse a Reggie.

—Birdie, es mi jefe, así que, por favor, no hagas nada que haga que me despidan —advirtió Sophie, solo medio en broma.

—¡Nunca lo haría! Qué adorable eres. Y encima eres médico —dijo Birdie, pellizcando una de las redondas mejillas de Reggie—. Y tienes que aguantar a Sophie todos los días, pobrecito. Debes de ser un hombre muy paciente.

—No voy a presentarte a ninguno más de mis amigos si sigues siendo mala conmigo —advirtió Sophie en tono burlón.

—Trabajar con Sophie es genial. Su sola presencia en la morgue nos alegra el día a todos —le dijo Reggie a Birdie con seriedad. Birdie arrulló la dulce declaración de Reggie mientras Sophie parpadeaba rápidamente, intentando contener el repentino estallido de emoción que bullía en su interior.

—Hablando de presentarle a Birdie a más amigos tuyos, Ace, Fitz y Amira están aquí. Voy a hacerles pasar —anunció Mac, levantando la vista de su teléfono.

Pronto todos se agolparon en el inexistente vestíbulo de Birdie, presentándose a ella. El grupo parecía comportarse lo mejor posible. Ace incluso se mostraba encantador, algo de lo que Sophie no sabía que era capaz. Fitz era el reservado de siempre, pero Sophie notó la delicadeza con la que trataba a Birdie. Y Amira se encariñó con Birdie de inmediato. Cuando las dos empezaron a susurrarse y a reírse, a Sophie le entraron sudores nerviosos. Nada bueno podía salir de que congeniaran.

—¿Les apetece un té? —ofreció Birdie.

—¿Podemos dejarlo para otro día? Tenemos cosas de trabajo que terminar. Sabes que normalmente me encantaría quedarme y compartir una taza de té contigo —dijo Mac.

—Te tomo la palabra —advirtió Birdie a Mac.

—Oigan chicos, quiero hablar con Birdie un segundo, y luego nos vemos en el apartamento, ¿de acuerdo? —dijo Sophie.

Todos estrecharon con cuidado la mano de Birdie mientras le hacían saber lo mucho que les había gustado conocerla. Cuando Mac se despidió de Birdie con un abrazo, ella lo regañó por haber perdido

la oportunidad de ser su “juguete” ahora que tenía a Milton.

—Ahora sí, ¿qué tal tu noche con Milton? —preguntó Sophie emocionada una vez que la puerta de su apartamento se cerró tras la banda.

—Una dama nunca lo cuenta —objetó Birdie.

—Perfecto, eso significa que puedes contármelo todo —Sophie sonrió con satisfacción.

—Solo si me cuentas lo que pasa entre tú y tu sexy detective —replicó Birdie.

—No pasa nada entre Mac y yo.

—Pero tú quieres que lo haya.

—No. No lo sé. Es...

—Si dices complicado, voy a patearte tu culo huesudo —advirtió Birdie con un dedo levantado.

Sophie exhaló un suspiro suave y frustrado.

—No sé si es una buena idea. Pero... hay algo ahí, ¿sabes? Mencionó la posibilidad de pasar una noche de cine juntos alguna vez.

—Chica, nunca pensé que serías una gallina de mierda. Te vas a arrepentir si no intentas al menos ver si hay algo más entre ustedes que simples ocurrencias.

—Tienes razón. Necesito poner mi cara de zorra —dijo Sophie.

—¿Tu cara de zorra? ¿Qué demonios? —Birdie cacareó.

—Es algo que dice Amira. Es mejor que “hombre”, ¿no crees? —preguntó Sophie, curvando los labios en una sonrisa traviesa.

—Buen punto —resopló Birdie—. Muy bien, nena. Ve a poner tu cara de zorra.

—Lo intentaré, Birdie.

—Por cierto, estoy encantada de que estés haciendo nuevos amigos. Estaba empezando a preocuparme por ti. Una mujer joven no debería tener como únicos amigos a una vieja y a un camarero arisco —me sermoneó Birdie en voz baja.

—Oye, no te subestimes. Cualquiera tendría suerte de tenerte como amiga. Me alegro de haber hecho amistad con mis compañeros de trabajo, pero tú siempre serás mi mejor amiga.

—Está bien, Sophie, eres una dulce habladora. Ve a pasar el rato con tus amigas —dijo Birdie, empujando suavemente a Sophie hacia la puerta—. ¿Quieres venir más tarde y disfrutar de un poco de televisión basura conmigo?

—Por supuesto. Cuanto más basura, mejor —Sophie sonrió, antes de entrar en su apartamento para ver que todos se habían puesto cómodos. Se dio cuenta de que tenía que comprar más muebles si seguía saliendo con sus compañeros de trabajo.

Mac estaba sentado en la mesa de la cocina, jugueteando con el teléfono.

—Ha funcionado. Estoy dentro —anunció Mac, y sus palabras atrajeron a Sophie a su lado.

Sentándose a su lado, ella se quejó,

—Has dejado los pulgares de un muerto en mi puta mesa. Yo como aquí.

—Troceas muertos cinco días a la semana. Deja de quejarte —refunfuñó Mac, sin levantar la vista de la pantalla que tenía delante.

—Sí, pero no lo hago en la misma superficie donde como, imbécil —protestó Sophie. Entró en la cocina, cogió un recipiente de toallitas con lejía y lo dejó delante de Mac, expectante.

—Vale —gruñó Mac, metiendo los pulgares en una bolsita, ahora que tenía acceso al teléfono, y pasó un trapo superficial por la mesa.

—¿Algo útil en el teléfono? —Reggie llamó desde el salón.

—La verdad es que no. Nada que no supiéramos ya —dijo Mac—. Parece que Andrew solo era músculo contratado. Esperaba que pudiéramos relacionarlo con una manada específica de metamorfos, pero no hubo suerte.

Mientras Mac seguía revisando el teléfono de Andrew, puso a todos al corriente del plan para el día siguiente.

—Estamos allí como refuerzo. La gente de Marcella estará en lo alto de la torre esperando a que Edwyn aparezca. Ace y Amira, quiero que se sitúen cerca de la base, escondidos cerca de la entrada de las escaleras de Filbert Street. Fitz y Reggie, ustedes dos estarán al otro lado de la torre. Estaremos en contacto permanente a través de nuestros teléfonos —dijo Mac.

—¿Dónde estaré yo? —preguntó Sophie.

—En casa, probablemente —dijo Mac lentamente, sin mirar en dirección a Sophie.

—Y una mierda que lo haré. No me vas a dejar atrás —dijo Sophie, inclinándose en su silla, obligando a Mac a mirarla a la cara.

—Esta gente es peligrosa, Sophie —ladró Mac.

—¡Soy consciente, imbécil! He visto lo que pueden hacer. Sé mejor

que tú de lo que son capaces. Por eso voy a ir. Sé cómo es Edwyn. Sé cómo es Dimitri. No me dejarás atrás.

—Ellos no son humanos. Tú sí lo eres. Van a ser más rápidos que tú, más fuertes, tendrán poderes mágicos. No importa lo dura que seas, sigues siendo humana —Mac se levantó, inclinándose sobre la mesa, acercando su cara a la de Sophie.

Acércate un poco más para que pueda darte un puñetazo en tu cara de tonto, pensó Sophie con rabia, dolida y un poco traicionada por la falta de fe de Mac en ella.

—No pienso pelearme con nadie, imbécil. Puedo vigilar y mantenerme al margen como todo el mundo. No voy a quedarme en casa esperando que estén bien. Puedes sacarte esa idea de la cabeza. Yo iré, y no hay nada que puedas hacer para detenerme. Somos un equipo, todos nosotros, y nos mantenemos unidos, joder —gruñó Sophie, poniéndose de pie y acercándose aún más a la cara de Mac.

Mac levantó las manos, frustrado, como si quisiera arrancarse el pelo.

—Imagina cómo se sentirá Birdie si te hacen daño. Esto es lo que pasa cuando dejas que la gente se preocupe por ti. Nos importa una mierda tu seguridad. Así que solo tienes que lidiar con el pequeño inconveniente de mantenerte a salvo. ¿Te suena familiar?

—¿Tal vez podríamos ponerla en un vehículo en el estacionamiento? Pensarán que es una humana normal, y si las cosas se ponen feas, puede escapar en el coche. No van a prestar atención a un solo humano —sugirió Fitz desde su posición en el futón de Sophie.

Mac se abalanzó sobre Fitz, como si quisiera arrancarle la cabeza.

—Buena idea, Fitz. Eso es exactamente lo que vamos a hacer —anunció Sophie, atrayendo de nuevo la atención de Mac hacia ella—. Me sentaré en el aparcamiento, con un arma o dos de tu bolsa de lona al alcance de la mano. Yo me quedaré en el coche como una buena chica y me limitaré a vigilar a los malos.

Mac gruñó, con los ojos azules brillantes de ira. Sophie casi podía ver asomar el lado animal de Mac. Mirar fijamente sus ojos de acero azulado era como mirar fijamente a un glaciar.

—Buena chica, una mierda —le increpó.

—¿Intentas intimidarme? —Sophie resopló, fingiendo que no funcionaba ni un poquito. El depredador dentro de Mac parecía dispuesto a abalanzarse y desgarrar la carne con sus garras y dientes.

—¡No estoy intentando intimidarte! —exclamó Mac irritado. Respirando lentamente, Mac contuvo visiblemente su ira y una máscara de calma se deslizó por su rostro—. ¿Puedo hablar contigo a solas un momento?

Sophie condujo a Mac a su dormitorio, enfadada. Cuando cerró la puerta, Mac se apoyó en ella, bloqueando su única vía de escape, a menos que Sophie estuviera dispuesta a arrojarse por la ventana del único dormitorio que había junto a su armario.

—Vale —dijo Sophie—. ¿Qué necesitabas decirme que no pudieras decir delante de los demás?

—Sophie, ¿cómo puedo hacer que te quedes aquí, lejos del peligro? No quiero que te pongas en peligro.

—Yo tampoco quiero que ninguno de ustedes se ponga en peligro, pero no tenemos muchas opciones. ¿Por qué está bien para todos los demás, pero no para mí? Y no te atrevas a decir que es porque soy humana.

—Maldita sea, matainfiernos —Mac suspiró—. Es porque me importas. No quiero arriesgarme a perderte. Eres importante para mí.

—Tú también eres importante para mí. Por eso tengo que estar allí. No puedes pedirme que me quede en casa —dijo Sophie, poniendo las manos en las caderas en una postura desafiante.

Mac empezó a pasearse por su pequeña habitación. Solo había un par de metros de espacio para caminar alrededor del perímetro de la cama de Sophie, y Mac parecía ocupar todo el espacio disponible. Dio una vuelta a los pies de la cama, se detuvo frente a la mesita de noche y giró sobre un pie para dirigirse hacia la puerta de la habitación. Sophie se subió a la cama, apartándose de su camino, para dejarle trabajar en su agitación. Vio cómo merodeaba por su dormitorio como un león cautivo que pone a prueba los límites de su jaula.

—Oye, tengo algo para ti —le interrumpió Sophie.

—¿Para mí? —repitió Mac desconcertado mientras Sophie cogía un paquete envuelto en papel marrón de su mesilla de noche.

—Sí, he estado esperando el momento adecuado para dártelo. Toma, ábrelo —dijo Sophie, ofreciéndole el paquete. Mac lo cogió y se sentó a sus pies sobre la colcha de retazos, con la mirada perdida en el paquete que tenía entre las manos—. Ábrelo —le dijo Sophie.

Al abrir el papel marrón, Mac se quedó mirando el libro titulado *“La salvaje y extraña historia de la ciudad de la bahía”*. Pasó lentamente

el dedo por encima del título y le dio la vuelta para leer la contraportada.

—Sé que te gusta la historia. Así que llevé a Birdie a esa librería de la que me hablaste, City Lights —explicó Sophie.

—Soph... Gracias. Esto... esto significa mucho para mí —dijo Mac en voz baja, levantando la vista del libro para mirarla.

—No lo habías leído antes, ¿verdad? —preguntó Sophie, tratando de entender su mirada.

—No, no lo he leído. ¿Qué te pareció City Lights?

—Me encantó. Al principio, parecía una librería normal y corriente. Pero a medida que caminábamos, esa sensación de historia impregnaba todo el lugar, se filtraba por todos los rincones. Era como me imagino que debía ser una cafetería en París durante la Resistencia francesa. No sé cómo explicarlo, como si las ideas estuvieran preparadas y listas para emprender el vuelo, una revolución del pensamiento. Cada libro era una puerta al cambio. Era algo mágico —Sophie se quedó mirando el libro que Mac tenía entre las manos, intentando captar con palabras inadecuadas lo que había sentido en la librería.

Al levantar la vista de las manos de Mac, a Sophie se le cortó la respiración al ver el calor de sus ojos. Su mente seguía vagando por una librería lejana y tardó un instante en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Lo último que Sophie vio antes de cerrar los ojos fue el azul océano de los de Mac, que crepitaban con una silenciosa electricidad. Sus labios rozaron los de ella, suaves como mariposas. Una vez. Dos veces. El roce pulsó las cuerdas de la guitarra de su corazón, haciendo que un coro de sonidos subiera por la garganta de Sophie, terminando en un gemido bajo que salió suavemente de su boca.

Cuando Mac separó sus labios de los de ella, el deseo soltó su correa y subió rugiendo por su cuerpo. Sin pensarlo, las manos de Sophie se dirigieron a la mandíbula de Mac y sus dedos se deslizaron suavemente entre sus cerdas. Los espinosos mechones de vello facial le zumbaban en las yemas de los dedos. Siguiendo el contorno de su mandíbula angulosa, Sophie introdujo los dedos en el vello despeinado de Mac.

La boca de Mac se apartó ligeramente de la suya, aferrándose un momento mientras susurraba su nombre. Sophie volvió a atraerlo con

la invitación de sus labios. Se giró sobre el colchón y empezó a subirse a su regazo cuando las voces de Amira y Ace irrumpieron en la conciencia de Sophie.

Retrocediendo con un grito ahogado, Sophie quedó momentáneamente suspendida entre los deseos contradictorios de querer retirarse y la necesidad de aferrarse a Mac y no soltarlo. No se había dado cuenta de que su piel estaba tan hambrienta de tacto hasta que Mac retiró las manos de su cintura.

—Sophie, yo… —Mac empezó a decir, pero las voces discutidoras de Ace y Amira volvieron a interrumpirle, haciéndole mirar mal a la puerta. Apoyó la frente en la de Sophie, haciendo rodar suavemente la cabeza contra la suya, con sus ojos brillantes clavados en los de ella.

—Ahora no es el momento. Pero… tenemos cosas de las que hablar. Sobre nosotros. Una vez que pasemos mañana, quiero un tiempo a solas. Me gustas —dijo Mac, señalando con la cabeza hacia el salón—, pero necesitamos algo de tiempo para descubrir lo que queremos ser el uno para el otro sin público.

Abrumada por sentimientos contradictorios, Sophie solo pudo asentir. Levantándose, Mac se volvió hacia la ventana de su dormitorio y dejó escapar un largo suspiro como si intentara expulsar su lujuria frustrada y su fastidio por la interrupción.

Sophie no podía creer que se hubiera olvidado de sus amigos, que estaban a solo unos pasos. Solo una delgada puerta de tableros de partículas los separaba de ser descubiertos. Ayudándola a ponerse en pie, Mac condujo a Sophie hasta su dormitorio. Antes de abrir la puerta, se inclinó hacia ella y le dio otro beso de mariposa en los labios.

—Pronto —prometió, apretando el libro contra su pecho.

Veinte minutos más tarde, Mac seguía quejándose de la participación de Sophie en el plan del día siguiente, pero parecía resignado cuando él, Reggie, Ace y Fitz se dispusieron a marcharse.

—¿Vienes? —preguntó Reggie cuando se dio cuenta de que Amira seguía tumbada en el futón de Sophie.

—No, tenemos planeado un rato de amigas —anunció Amira, sacando una botella de vino de su bolso de diseño y levantándola triunfante.

Reggie les recordó que aún tenían que trabajar esa noche, así que prometieron no excederse.

—Hay tiempo de sobra para tomar un poco de vino y dormir un poco antes del trabajo —le aseguró Amira.

Mientras Sophie y Amira acompañaban a los chicos fuera, Moe asomó la cabeza por su apartamento del primer piso.

—¿Quién es esta gente? —se burló Moe.

—Solo unos amigos. No es que sea asunto tuyo, Moe —respondió Sophie con el ceño fruncido.

—¿Tienes amigos? No me lo puedo creer. ¿Qué hace realmente toda esta gente aquí?

—Tienes razón, Moe. Estábamos rodando una película porno en mi apartamento —se burló Sophie con una amplia sonrisa.

—De ella me lo creo —dijo Moe señalando con el dedo a Amira—, pero a ti nadie quiere verte en acción.

—Eso no es lo que dijo tu padre anoche —chistó Sophie.

Le dio la espalda a un bravucón Moe para terminar de acompañar a sus amigos a la entrada.

—¿Quién coño es ese tipo? —gruñó Mac al oído de Sophie, volviendo a mirar la cara roja de Moe. La expresión de la cara de Mac decía que se estaba imaginando el asesinato de Moe.

—Mi casero, Moe. Es inofensivo. No le hagas caso —le aseguró Sophie—. Le gusta pelearse conmigo verbalmente. No parece darse cuenta de que sigo dándole por culo.

—No puedo decidir si me siento halagada u ofendida —murmuró Amira.

—Puedes estar las dos cosas —ofreció Sophie.

Después de que los chicos se fueran, Sophie sugirió que incluyeran a Birdie en su tiempo de unión femenina. Se dirigió a la puerta de Birdie, que se alegró de tener compañía. Mientras veían la televisión y hacían comentarios risueños, Sophie sintió que su alma flotaba ligeramente por encima de su cuerpo, atada por el hilo más débil. Tantos pensamientos se arremolinaban en su mente; se sentían como motas de polvo atrapadas en un ventilador, que apenas le permitían concentrarse en la pelea de gatas del programa. Sus pensamientos y su espíritu la empujaban a buscar a Mac.

Habían aparecido grietas en el dique que Sophie había construido alrededor de su corazón -la argamasa creada a partir del orgullo y la autoconservación-, listas para estallar por completo con el más mínimo toque de Mac.

CAPÍTULO 21

—Algunas bandas de superhéroes tienen jets, sedes en naves espaciales, quizá un yate, pero no... Nosotros no. Tenemos el monovolumen de tu hermana como medio de transporte oficial —Amira se rio desde su asiento en la parte trasera de la furgoneta.

—Creía que ibas a limpiarle el monovolumen a tu hermana como agradecimiento —dijo Sophie desde el asiento del copiloto.

—Lo hice —dijo Mac con una sonrisa—. Con tres niños menores de ocho años, imagino que mis sobrinas y sobrino borraron todo mi duro trabajo en menos de una hora después de devolverle el coche a Miranda.

Al entrar en el bulevar de suaves curvas de Telegraph Hill, la Coit Tower apareció en lo alto de la copa de los árboles que la rodeaban. La esbelta torre acanalada de hormigón blanco estaba situada en uno de los picos más altos de San Francisco, por lo que destacaba de los alrededores como un centinela solitario que monta guardia sobre la bahía.

—¿Has visitado alguna vez la torre? —preguntó Mac.

—No, en todo el tiempo que llevo viviendo aquí, nunca la he visitado. Por mucho que haya visto la Coit Tower sobre el paisaje urbano, nunca se me ha ocurrido comprobarlo —Sophie se encogió de hombros—. No sé por qué.

—La visité hace mucho tiempo, en mi adolescencia, en una excursión del colegio. Los murales pintados en el interior son muy geniales. Además, la parte superior de la torre es una galería al aire libre con vistas a toda la ciudad y la bahía. ¿Ves esos arcos recortados? Puedes pasear por la cima y ver toda la ciudad desde allí arriba.

Mac metió la furgoneta en un pequeño aparcamiento redondo cerca de la base de la torre. Sophie miró con los ojos entrecerrados la estatua que había en el centro del aparcamiento. Era un hombre

solitario, de pie, con una capa ondeante y un trozo de papel, o un trapo, en una mano.

—¿Quién es? —preguntó Sophie, señalando la estatua verdosa que se alzaba sobre el aparcamiento.

—Cristóbal Colón, si no recuerdo mal —dijo Reggie.

—¿Qué tiene que ver Cristóbal Colón con la Coit Tower? —preguntó Sophie con curiosidad.

—Ni idea. Colón ni siquiera pisó este lado del continente —dijo Mac negando con la cabeza.

Con los nervios a flor de piel, Sophie desvió la atención de la estatua. Mac detuvo el monovolumen en un lugar alejado de Colón. Sophie echó un vistazo por la ventanilla delantera y vio que estaban orientados hacia la vista de la bahía.

—¿Cuánto falta para que lleguen Marcella y su gente? —preguntó Sophie.

Mac miró el reloj.

—Unos cuarenta y cinco minutos. Familiaricémonos con la zona antes de que cierre la torre.

Al salir del vehículo, Sophie se acercó a la valla que rodeaba el aparcamiento redondo. La colina en la que se encontraban estaba tan elevada sobre la bahía que, en un día despejado, Sophie podría ver Oakland al otro lado del agua. Si la vista era tan fantástica desde el suelo, Sophie no podía imaginar lo buena que sería la vista desde lo alto de la torre de doscientos pies de altura.

A pesar de la densa niebla que se cernía sobre la ciudad, Sophie podía ver la isla de Alcatraz flotando en la bahía como un solitario nenúfar sobre el agua añil. Mac llamó a Sophie para que volviera al monovolumen y la sacó de su ensueño.

Empezó a repartir el equipo y las radios que permitirían que todos se oyeran entre sí. Sophie se colocó el pequeño auricular en la oreja y la radio en el bolsillo de la chaqueta, y escuchó cómo todos comprobaban los micrófonos.

Siguiendo a Mac, el grupo se paseó por el cuidado paisaje que rodea la base de la Coit Tower, con el aspecto de cualquier otro grupo de turistas deambulando. Mac señaló dónde quería que se colocaran todos una vez que llegara Marcella. A pesar de que la torre cerraba en menos de una hora, el parque que rodeaba la estructura rebosaba de turistas. Se arrastraban por toda la zona como hormigas sobre un

cadáver. Al menos, la cola de gente que esperaba para subir en ascensor a la cima de la torre había empezado a disminuir a medida que se acercaba la hora del cierre.

Una vez que terminaron de explorar los alrededores, todos tomaron sus posiciones asignadas.

Mac detuvo a Sophie junto al monovolumen.

—Ten cuidado, ¿vale? No hagas ninguna tontería. Si intentas actuar como un héroe, probablemente saldrás herido. Son metamorfos y Fae poderosos. ¿Tienes la pistola eléctrica que te di?

Sophie se palpó el bolsillo, donde guardaba la pistola.

—Me mantendré a salvo y fuera del camino. Pero tú tienes que prometerme que también te mantendrás a salvo, ¿vale? Será mejor que no te hagan daño.

—Haré todo lo posible por estar a salvo, lo prometo.

—Si te haces daño o algo peor, te voy a patear el culo muy fuerte —advirtió Sophie, haciendo que Mac soltara una risita. Se inclinó hacia ella y le rozó los labios con un beso suave y fugaz.

—De acuerdo, entonces. Tengo que ir a la entrada a esperar a Marcella y su gente —dijo Mac. Cuando Sophie asintió con la cabeza, él le apretó la mano y se volvió hacia la entrada, murmurando algo por el canal de radio.

Sophie se quedó un momento perdida, mirando a Mac como una doncella enamorada que ve a su marinero alejarse. Se sacudió el estupor, insultándose a sí misma, y se colocó junto a la valla que daba a la bahía.

Era fácil mezclarse con los demás turistas que admiraban las vistas de la ciudad, a pesar de su escaso número. Después de treinta minutos de fingir que sacaba fotos de la zona con su teléfono, Sophie oyó la voz de Reggie susurrarle al oído,

—Dos coches están entrando en el aparcamiento. Uno parece el mismo vehículo que llevó Marcella a Buck's.

Deambulando hasta situarse frente a la estatua de Cristóbal Colón, Sophie observó cómo Marcella y otras siete personas salían de sus coches y se dirigían hacia la entrada. Sophie se alegró de haber pensado en llevar gafas de sol para poder disimular su mirada intencionada. Fingiendo leer la placa de la base de la estatua, Sophie vio cómo Mac saludaba a Marcella. Después de estrecharle la mano, llamó a Reggie, Fitz, Ace y Amira para que conociera a todos.

Concentrada en su auricular, Sophie escuchó cómo Mac presentaba a sus amigos. Explicó que eran el equipo que vigilaría los alrededores en busca de posibles problemas y actuaría como refuerzo en caso de que las cosas se torcieran.

Sophie regresó al monovolumen, fingiendo que se preparaba para partir junto con los últimos turistas rezagados. Vio cómo Mac, Marcella y su equipo se dirigían a la entrada del edificio mientras el resto de sus amigos se fundían con el follaje circundante.

—¿Tienes idea de cuánta gente traerá Edwyn con él esta noche? —Sophie oyó que Mac le preguntaba a Marcella a través del auricular.

—No creemos que traiga muchos seguidores. No debería esperarnos. No es tan tonto como para traer a un grupo numeroso y arriesgarse a alertar al público en general —respondió Marcella, con un tono de confianza en su voz.

Sophie tamborileó con los dedos en el volante y escuchó cómo Mac colocaba a todo el mundo en posición dentro de la torre. Odiaba tener que quedarse sentada y no estorbar.

Esto es una mierda. Me tratan como si fuera de cristal, pensó Sophie.

Pronto, toda la charla se silenció por el canal de radio. Cuando el cielo empezó a oscurecerse y la niebla a asentarse más profundamente sobre la ciudad, Sophie se arrellanó en su asiento para esperar con un suspiro derrotado.

Al cabo de un rato interminable de mirar fijamente a la entrada del aparcamiento, Sophie divisó por fin un haz brillante de faros que se acercaban.

—Creo que un coche está entrando en el aparcamiento —anunció Sophie por el canal abierto.

Mac, Reggie y el resto del equipo susurraron confirmaciones.

—Espera. Es más de un vehículo —dijo Sophie con urgencia. Acomodándose aún más en su silla, Sophie observó cómo una pequeña caravana de vehículos entraba en el aparcamiento—. Mierda. Son cinco coches.

—¿Puedes decir cuánta gente lleva Edwyn? —preguntó Mac con urgencia.

Mientras cada coche se vaciaba de sus pasajeros, Sophie hizo lo posible por contarlos.

—Son unas quince personas —susurró Sophie, asomando con cuidado los ojos por encima del borde de la ventanilla del coche.

—Mierda. ¿Ves a Edwyn? —La voz urgente de Mac crepitó en el oído de Sophie.

Sophie vio cómo Edwyn empezaba a dirigirse hacia la entrada de la torre. Era imposible confundir al hombre de rostro delgado y cabello rubio ceniza cuidadosamente esculpido. Incluso desde su escondite, Sophie podía sentir la falsa calidez de su encantadora fachada. Se estremeció ligeramente al recordar lo que había debajo de su máscara.

—Sí, está aquí. Ahora se dirigen hacia la entrada de la torre —advirtió Sophie.

—Bien, nuevo plan —anunció Mac—. Una vez que Edwyn entre en el edificio, quiero que Reggie, Fitz, Ace y Amira lo sigan y se acerquen sigilosamente por detrás. Asegúrense de mantener el elemento sorpresa. Tengan las armas preparadas y estén preparados para usarlas. ¿Lo han entendido?

Sophie escuchó mientras sus amigos confirmaban en silencio sus órdenes.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? —suplicó Sophie.

—Solo mantente alerta por si hay más problemas. Ahora eres nuestro único vigía —dijo Mac.

Sophie observó cómo sus amigos salían de sus escondites para dirigirse a las anchas escaleras de cemento y a la entrada oculta entre dos gruesas columnas.

Con el pulso acelerado, Sophie observó la torre y escuchó su auricular. Se taponó la oreja izquierda con un dedo para poder concentrar todos sus sentidos en los suaves ruidos que le llegaban a través del auricular. La mayoría parecían instrucciones susurradas en voz baja y el roce de la ropa con los micrófonos.

Un grito repentino en su auricular la hizo saltar tan alto en su asiento que Sophie casi se golpea la cabeza con el espejo retrovisor. Más gritos y gruñidos empezaron a filtrarse por los micrófonos. Había tantas capas de sonido que Sophie no podía distinguir a nadie de la cacofonía.

La ráfaga de un disparo hizo que Sophie gritara y se tapara la boca con la mano para amortiguar el sonido. Abrió la puerta y salió a medio camino del coche, con un pie en la acera y el otro todavía en el vehículo, Sophie miró horrorizada hacia lo alto de la torre cubierta de niebla. El miedo por sus amigos la mantuvo inmóvil, llenándola de

incertidumbre sobre qué hacer. Un cambio en la niebla reveló la parte superior de la torre por un breve instante. Contra el cielo oscurecido, unas luces parpadeantes, que parecían vagamente arcos de electricidad, chispeaban desde el interior de la abertura del edificio. Quería llamar por el canal abierto y preguntar si todo el mundo estaba bien, pero tenía miedo de distraer a sus amigos cuando necesitaban toda su concentración.

Un horrible y gorgoteante grito se filtró en los oídos de Sophie. La hizo salir del coche y dar un paso más hacia la torre. La indecisión y el terror por sus amigos se batían en duelo en su mente, haciéndola dudar sobre qué hacer.

—¡Quieta! ¡Manos arriba! Policía —Una profunda voz masculina bramó desde su izquierda.

Al girar la cabeza, reconoció al instante a los detectives de la noche en que hizo la autopsia al vampiro Montgomery.

—¿Qué estás haciendo aquí? Esta zona está cerrada por la noche. Estás invadiendo —Gritó el detective hispano. Mientras Sophie levantaba lentamente las manos por encima de la cabeza, se devanaba los sesos intentando recordar su nombre.

Hernández. Y el otro era Lancaster.

—Detective Hernández, detective Lancaster. Buenas noches —les saludó Sophie en voz alta, esperando que sus amigos pudieran oírla en sus auriculares.

—¿Cómo sabes nuestros nombres? —Preguntó Lancaster, sacando su pistola de la funda y apuntando al pecho de Sophie.

—Espera... Te reconozco. Te hemos visto antes. ¿De dónde te conocemos? —gruñó Hernández.

—Eh, trabajo en la morgue. Nos conocimos una vez.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió Hernández.

—Estaba visitando la torre. Estaba a punto de irme cuando me pareció oír algo raro. Me alegro de que estén aquí; creo que algunos adolescentes se colaron en la torre para hacer una fiesta o algo así. Deberían ir a echar un vistazo. Asegúrense de que no destrocen los murales ni nada —dijo Sophie, esperando que se tragaran sus mentiras.

—Deshazte de ella. Edwyn no quiere que nadie interfiera en sus planes. Es solo una humana —le dijo Lancaster a Hernández.

—¿Qué? Eso no será necesario. Simplemente me iré —suplicó

Sophie.

Cuando Hernández apuntó a Sophie con una pistola, de repente deseó tener un chaleco antibalas. Cuando Hernández le apuntó a la cara, Sophie se dio cuenta de que era demasiado esperar que le disparara al cuerpo.

Un rugido hizo que Sophie cayera de rodillas y se cubriera la cabeza con los brazos. Al mirar entre sus antebrazos, vio un movimiento borroso que golpeó a los detectives, que se giraron sobresaltados hacia el ruido. El sonido de un disparo la hizo agacharse de nuevo, pero por suerte, permaneció ilesa.

Una criatura golpeó a los detectives como una bola de bolos gigante chocando contra los bolos, lanzándolos por los aires. Sophie empezó a caminar hacia atrás, intentando pasar desapercibida. Mientras miraba, la enorme y espantosa criatura arrancó del suelo a una Hernández que gritaba. Con un crujido de sus manos, los gritos de Hernández se apagaron como un interruptor. Lancaster intentaba zafarse del monstruo por los antebrazos, arrastrando una pierna hacia atrás. La gigantesca criatura de carne pálida saltó hacia Lancaster, pisándole la espalda. Mientras Lancaster balbuceaba súplicas de clemencia, la bestia le retorcía el cuello como si fuera un pollo preparado para el plato.

El monstruo dejó caer despreocupadamente el cadáver roto de Lancaster y se volvió hacia Sophie. Sophie estaba congelada en el aparcamiento, de rodillas y con las manos en la masa.

La gigantesca criatura tenía la piel pálida y verdosa, con espirales de lo que parecía pintura de guerra marrón decorándole el pecho y los hombros. Los ojos de Sophie no sabían dónde posarse, ya que había mucha piel a la vista. El monstruo solo parecía llevar un elaborado taparrabos blindado. La mirada de Sophie se dirigió a su horrible rostro, pasando por los enormes músculos que cubrían el pecho del monstruo. Unos ojos pequeños y brillantes miraban a Sophie desde debajo de una ceja prominente, fruncida en un ceño permanente. Dos grandes colmillos puntiagudos sobresalían de su mandíbula inferior.

Cuando el monstruo dio otro paso hacia Sophie, su cerebro por fin se activó y empezó a ponerse en pie en un vano intento de escapar.

—¡Sophie! ¿Estás bien? —Preguntó una voz familiar.

—¿Qué...? —Sophie empezó a decir, pero su mente se atascó y revoloteó alrededor de su cráneo como una polilla atrapada dentro de

una ventana de cristal, dejándola muda.

—Sophie, soy yo, Burg. ¿Estás bien?

—¿Burg? —repitió Sophie mudamente.

—Sí, soy Burg. ¿Te han hecho daño esos tipos? —preguntó el monstruo con la voz de Burg.

—¿Burg?

—¡Sophie! Tranquilízate. Esta es mi verdadera forma de ogro —dijo Burg.

Sophie se quedó mirando en silencio al monstruo de tres metros que tenía delante, mientras su cerebro intentaba valientemente luchar contra la disonancia de su amigo y el monstruo.

—¿Qué haces aquí, Burg? —preguntó finalmente Sophie.

—Ayer, Mac y Reggie se pasaron por el bar y me pidieron que te vigilara por si las cosas iban mal. Parece que así fue —dijo Burg encogiéndose de hombros.

—¡Burg! ¡Los chicos! —exclamó Sophie, la conmoción de encontrarse cara a cara con un ogro de repente fue sustituida por el miedo por sus amigos.

Buscando rápidamente por el suelo, Sophie encontró la radio que se le había caído de las manos. Llamó al micrófono y escuchó atentamente, pero no obtuvo respuesta de nadie. Agitando el aparato, Sophie no podía saber si se había roto durante la refriega o si todos estaban demasiado ocupados para responder a su llamada.

—Creo que pueden estar en problemas, Burg. Tenemos que ir a ayudarles —dijo Sophie.

—Creo que tienes razón. Los malos aparecieron con mucha más gente de la que Mac pensaba que traerían. Vamos. Vamos a ocuparnos de esto antes de que alguien salga herido —dijo Burg, volviéndose hacia la torre.

—¿Subimos por las escaleras? No quiero que el ascensor anuncie nuestra presencia —dijo Sophie, mirando la torre con inquietud, imaginándose mentalmente a sí misma desmayándose de cansancio en las escaleras a medio camino de la cima.

—No, tengo una idea mejor —Sophie se esforzó por seguirle el paso, largo y torpe, mientras él se daba la vuelta y corría hacia la torre.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó sin aliento.

—Vamos a escalar —dijo Burg con aire confiado.

—¿Subir? ¿Te refieres a las escaleras?

—No, me refiero a la torre —dijo Burg, señalando el lateral de la esbelta y estrecha torre que se alzaba sobre ellos.

—No puedo subir por ahí.

—Pero yo sí. Solo tienes que agarrarte a mí.

—Mides como tres metros y probablemente pesas una tonelada. ¿Cómo vas a subir a la torre? Toda la superficie parece lisa. No hay asideros —argumentó Sophie.

—Los ogros somos excelentes escaladores. Tenemos fama de trepadores —le aseguró Burg a Sophie.

—Eh, nunca he oído ningún cuento de hadas que hablara de la capacidad escaladora de los ogros.

—Mentira. ¿Nunca has oído hablar de Jack y las habichuelas mágicas? Toda esa historia trata de trepar por una planta gigante —señaló Burg.

—Es imposible que ese cuento de hadas fuera una historia real. Te lo estás inventando —dijo Sophie, dando un pisotón de irritación mientras discutían sobre cuentos de hadas en la base de la torre. Mirando hacia arriba, hacia la superficie plana de la torre, tragó saliva.

—No tenemos tiempo para discutir. ¿Confías en mí?

—¡Mierda! ¡Joder! Sí, confío en ti. No hagas que me arrepienta.

Burg se puso en cuclillas para que Sophie pudiera subirse a su espalda. Llena de inquietud, se acercó a la ancha espalda sin camiseta de Burg. Al rodear con los brazos el poco cuello que tenía, Sophie se dio cuenta de que su enorme músculo trapezoide había decidido saltarse el cuello y conectarse directamente a la base del cráneo de Burg. Su piel era gruesa y gomosa bajo sus manos. Sophie decidió llevarse a la tumba el hecho de que Burg tuviera cerdas como las de un jabalí. No había necesidad de herir sus sentimientos.

—Burg, te lo digo de la mejor manera, pero quiero decirte que eres completamente aterrador como ogro. Casi me meo encima —dijo Sophie al oído de Burg—. Gracias por ser mi amigo y por salvarme la vida.

—De nada. Eres mi humano favorito, así que no podía dejar que te pasara nada —dijo Burg con evidente calidez en su voz grave.

Mientras Sophie rodeaba la cintura de Burg con las piernas lo mejor que podía, Burg se acercó a la base de la blanca superficie de la

Coit Tower.

CAPÍTULO 22

—¿No nos verá la gente subir a la torre y llamará a la policía? —preguntó preocupada Sophie.

—No, dudo que la mayoría de la gente sea capaz de vernos a través de toda esta niebla y los humanos son muy buenos explicando cosas que no entienden. Además, el Cónclave cuenta con un par de Fae entre su personal que pueden borrar y reemplazar recuerdos —dijo Burg mientras ponía las manos sobre la superficie de la torre.

Con el menor bandazo, Burg empezó a escalar la pared vertical a paso firme. Sophie centró su mirada en las manos de Burg, que desafiaban todas las leyes de la física y se agarraban de algún modo a la superficie plana de los ladrillos de hormigón. Mano sobre mano, Burg trepaba por la cara de la torre.

Con el estómago abandonado en algún lugar de los arbustos de abajo, Sophie se aferró a la espalda de Burg como una garrapata a un perro. Agradeció que no hubiera mucha brisa para poner a prueba la fuerza de su agarre. Sin embargo, hacía más y más frío cuanto más subían. Sophie no podía creer que Burg ni siquiera sonara sin aliento.

Como una idiota, Sophie miró hacia los lados para ver hasta dónde habían llegado. Cuando vio lo alto que estaban -el monovolumen parecía un juguete en el aparcamiento-, Sophie dio un grito ahogado y apretó más fuerte los brazos alrededor del inexistente cuello de Burg.

—Oh, joder. Oh, *joder* —canturreó Sophie en voz baja, cerrando los ojos con fuerza.

—Ya casi llegamos, Sophie. Aguanta un poco más —le aseguró Burg.

—Esto no me gusta nada. Esto es una mierda. Jack y las habichuelas mágicos pueden morderme el trasero —susurró Sophie furiosa—. No quiero morir aquí. Por favor, por favor, por favor, no me dejes caer.

Unos minutos más tarde, se detuvieron justo debajo de uno de los arcos recortados en lo alto de la torre. La luz parpadeante seguía

destellando sobre sus cabezas como una tormenta eléctrica, y Sophie podía oír los débiles sonidos de la batalla siendo arrastrados por las corrientes de aire sobre ellos.

—Voy a asomarme a la torre para ver qué está pasando. No hagas ruido —advirtió Burg.

Subiendo lentamente los últimos centímetros de la escalada, Burg y Sophie levantaron la cabeza por encima del borde del cemento hasta que solo sus ojos se asomaron por encima de la cornisa.

Un destello de pelaje gris rojizo pasó volando junto a la ventana, haciendo que Sophie y Burg se agacharan brevemente. La criatura pasó dando tumbos junto a ellos, luchando por encontrar el equilibrio. Cuando lo hizo, se arqueó parcialmente hacia arriba, con las patas delanteras rozando el suelo y un gruñido amenazador saliendo de su hocico. Sophie emitió un gorgoteo ahogado contra el hombro de Burg cuando se dio cuenta de que estaba mirando a Mac. Reconocería esos ojos azul océano en cualquier parte.

—Creía que solo se convertía en un zorro normal. Cuando lo vi en la visión de Andrew, juraría que parecía un zorro de tamaño normal —susurró Sophie con asombro mientras contemplaba la fusión de zorro y hombre que volvía a la carga. Por un momento, justo antes de enfrentarse a un hombre lobo, Mac se irguió y Sophie pudo verle la cara de perfil. Las puntiagudas orejas negras coronaban el rostro de Mac, que era una mezcla de rasgos humanos cubiertos de pelo que se fundían en un hocico corto. Los ojos azules de Mac brillaron mientras golpeaba a un oponente más grande, un lobo de pelaje oscuro, con unas garras negras que parecían tan afiladas como para grabar iniciales en piedra.

—Mierda —susurró Sophie con asombro al ver cómo Mac despachaba rápida y eficazmente a su adversario. Ver a Mac con su agresividad totalmente desatada era impactante: un cazador libre para desatar su naturaleza depredadora contra sus enemigos con un efecto feroz y devastador.

Sophie apartó su atención de Mac cuando este se abalanzó sobre otro metamorfo con un rugido triunfal, y contempló la escena que tenía ante sí. Reggie y Fitz estaban inmovilizados a un lado de la barandilla de la escalera por varios metamorfos. Reggie parecía haber cambiado parcialmente a su forma de zarigüeya, mientras que Fitz era completamente humano. No pudo ver a Amira ni a Ace en medio del

rápido movimiento de la batalla.

Edwyn y Marcella se enfrentaron justo delante de la amplia abertura de unas escaleras curvas de cemento. Cacareando como un loco, la genial máscara de Edwyn por fin se había resquebrajado. Metiendo la mano en el bolsillo, sacó la clavis falsa delante del pecho, mostrándosela a Marcella.

—Llegas demasiado tarde, Marcella. No puedes detenerme —gritó Edwyn, acunando la clavis contra su pecho como a un niño precioso.

Empezó a cantar en un idioma desconocido, y cada palabra aumentaba de volumen. Mientras dos de los matones de Edwyn empujaban a Marcella hacia atrás con sus armas, Edwyn alzó el colgante por encima de su cabeza. Chispas cegadoras de electricidad salieron disparadas de las manos de Marcella. Los rayos brotaron de sus manos, derribando a los dos esbirros de un puñetazo y arrojándolos por el suelo de la torre, donde cayeron desplomados. Edwyn debía de tener algún tipo de escudo invisible a su alrededor, porque cuando Marcella redirigió las líneas de su electricidad hacia él, se detuvieron a pocos metros de tocar a Edwyn, iluminando una burbuja de protección que lo rodeaba. Los rayos chispearon y se desvanecieron a lo largo de la superficie de su escudo, iluminando la mirada extasiada y maníaca de Edwyn.

—Tenemos que entrar y detenerlo ahora —dijo Burg con urgencia.

—No, debemos esperar un momento. Cuando termine su conjuro, todos tendrán un momento de distracción cuando crean que la clavis cerrará el portal. Entonces podremos saltar —sugirió Sophie.

—Para entonces será demasiado tarde para detenerlo —argumentó Burg.

—No, no lo será, te lo prometo. No puedo decirte cómo, pero sé que el encantamiento no funcionará. ¿Confías en mí? —preguntó Sophie, dándole la vuelta a la pregunta anterior de Burg.

—Confío —susurró Burg—. Cuando entremos, quiero que intentes no estorbar. Yo puedo encargarme de estos imbéciles. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Sophie, contenta de no tener que meterse en la pelea. No se creía capaz de enfrentarse a metamorfos y míticos.

Vieron cómo Edwyn seguía cantando hasta que gritó las palabras. Con un último chillido incomprensible, Edwyn lanzó la clavis al aire por encima de su cabeza, y un viento invisible agitó salvajemente su rubia cabellera.

—Vale, hagámoslo en tres… dos… uno —susurró Sophie. Al decir "uno", Burg se elevó y superó la pared de la torre como si un resorte lo hubiera lanzado. Una onda expansiva de gritos se extendió como una piedra arrojada a un estanque, cuando Burg aterrizó en medio del tumulto.

Por un breve instante, Sophie vio la expresión de estupefacción en el rostro de Edwyn, que contemplaba la clavis falsa aferrada entre sus manos. Ni siquiera se había dado cuenta de que el ogro gigante aterrizaba a pocos metros de ella. Cuando alguien se interpuso ante la vista de Edwyn, que intentaba enfrentarse a Burg, Sophie soltó el cuello de este y se deslizó por su espalda hasta caer de pie con un ruido sordo. Por suerte, nadie pareció darse cuenta de que la pequeña humana se alejaba a toda prisa; la atención de todos se centraba en el ogro rugiente y desbocado.

Sophie se escabulló hacia una columna ancha donde podía ocultarse sin perder de vista la lucha. Burg se abría paso entre la multitud, blandiendo sus gigantescos puños como un martillo, arrasando a los enemigos como un machete entre la maleza.

Sophie se tapó la boca para ahogar un grito cuando Burg arrojó a un enorme metamorfo por encima del hombro, justo por encima de la torre. Sophie captó un breve destello de horror en el rostro del metamorfo antes de que la niebla se lo tragara, y sus gritos desvanecidos fueron la única señal de su destino. Agradecida por no haber oído su aterrizaje doscientos metros más abajo, Sophie volvió a centrar su atención en la escena que tenía ante sí.

Ahora que había acabado con la mayoría de sus enemigos, Burg se acercó a la burbuja de Edwyn, en el centro del suelo del observatorio, y caminó hacia ella con paso pesado. Levantando las manos entrelazadas por encima de la cabeza, Burg golpeó con los puños la parte superior del escudo invisible. La reverberación del golpe hizo vibrar los dientes de Sophie en su cráneo. Edwyn estaba arrodillado en el suelo, con un miedo animal en el rostro. Mientras Burg seguía golpeando la barrera invisible una y otra vez, Marcella corrió a su lado y añadió ráfagas de electricidad a la embestida entre los golpes de Burg. Las grietas en el escudo empezaron a hacerse visibles a medida que los finos dedos de la electricidad de Marcella serpenteaban a través de las fracturas, alcanzando a un Edwyn aún arrodillado.

Uno de los esbirros que Marcella había noqueado antes se puso lentamente de rodillas, sacudiendo la cabeza como si tratara de despejar la niebla de la inconsciencia. Una vez despierto, se deslizó sigilosamente por el borde exterior del observatorio, rodeando el perímetro hasta llegar a las espaldas de Burg y Marcella. El hombre no se había percatado de que Sophie se ocultaba tras una columna a unos metros de distancia.

Cuando empezó a levantar un arma con la mano aún temblorosa hacia Burg y Marcella, Sophie se asomó más lejos de la columna, dispuesta a gritar una advertencia. Justo cuando Sophie abrió la boca para alertar a su amigo del peligro, sus ojos se cruzaron con los de Mac en su cara de medio zorro al otro lado del espacio abierto. Con un fuerte gruñido, Mac corrió hacia el esbirro a toda velocidad. Al ver a Mac, el hombre dio un paso inconsciente y lleno de miedo, alejándose de él y acercándose un paso más a Sophie. El matón empezó a blandir el arma hacia Mac.

Sin pensarlo, Sophie saltó de su escondite y se lanzó a la espalda del hombre, intentando arrebatarle el arma de la mano. Con un aullido de sorpresa, el hombre pasó la mano libre por encima del hombro y agarró a Sophie por el pelo. De un tirón, tiró de Sophie por encima de su hombro y la arrojó al suelo. Mientras se deslizaba y se detenía, raspándose las manos y el costado izquierdo con el suelo de cemento, volvió sobre sus pasos para intentar localizar al pistolero. Horrorizada, vio cómo Mac realizaba un placaje de salto, tirando al hombre al suelo.

Se oyó un crujido agudo y un destello de luz entre los dos hombres mientras forcejeaban por el arma. Sophie se puso rápidamente en pie. Sacó la pistola eléctrica del bolsillo y rodeó a los dos hombres que luchaban. Cuando el esbirro se puso de espaldas a Sophie, se precipitó hacia él, le apretó en la espalda los dos afilados electrodos de la pistola paralizante y activó el voltaje.

El hombre se sacudió incontrolablemente bajo el fuerte agarre de Mac. Afortunadamente, el voltaje no pareció afectar a Mac, que lo estranguló. Un momento después, Mac dejó caer al inconsciente al suelo sin contemplaciones antes de caer pesadamente de rodillas, agarrándose con una mano la parte superior del pecho, donde la sangre se extendía rápidamente por su camisa.

Sophie gritó su nombre y se agarró a sus hombros cuando empezó

a desplomarse. Mac tenía la cara y las manos cubiertas de sangre, pero la peor zona era el pecho. Con la ayuda de Mac, que jadeaba, Sophie lo tumbó en el suelo.

—¡Mac! ¿Estás bien? —gritó Sophie. Empezó a levantarle la camisa, tratando de encontrar el origen de toda la sangre en su pecho peludo.

—Ese hijo de puta me ha disparado —dijo Mac asombrado mientras Sophie localizaba el agujero de bala en su músculo pectoral izquierdo.

—Te pondrás bien —dijo Sophie, sin estar segura de si mentía o no, mientras ejercía presión sobre la herida en un intento de detener el flujo de sangre. Mac gimió de dolor—. Lo siento, sé que duele.

Mirando a su alrededor, Sophie intentó localizar a alguien que pudiera ayudarla. Rápidamente se dio cuenta de que todos los seguidores de Edwyn habían sido sometidos. Burg y Marcella parecían estar casi atravesando la barricada de Edwyn mientras Burg seguía golpeando el escudo de Edwyn. Cientos de pequeñas fracturas cubrían la superficie de la burbuja. Mientras Sophie observaba, las grietas finalmente se hicieron añicos y Burg levantó a Edwyn, cuyo agudo chillido resonó por toda la torre de cemento. La clavis se desprendió de los dedos laxos de Edwyn y rodó hasta detenerse cerca de los pies de Marcella.

Desviando su atención de Burg y de su chillona presa, Sophie vio por fin a un Reggie completamente humano cerca de la escalera. Estaba examinando a Amira, que sangraba por un corte en el hombro. Sophie ni siquiera pudo dedicar un momento a admirar el elegante rostro felino cubierto de pelaje negro de Amira.

—¡Reggie! —gritó Sophie—. ¡Le han disparado a Mac!

La cabeza de Reggie se levantó bruscamente de curar las heridas de Amira y giró para localizar a Sophie. Le dijo algo rápidamente a Amira, que asintió con la cabeza. Reggie se acercó galopando a Sophie y prácticamente se puso de rodillas junto a Mac.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Reggie con urgencia.

—¡Ese idiota le disparó a Mac en el pecho! —gritó Sophie.

—Eh —resolló Mac en voz baja, con una pequeña sonrisa socarrona dibujándose en su rostro—. No le llames así. Idiota es mi apodo.

—¡Mac! Por favor, cálmate —gritó Sophie—. Te llamaré como

quieras.

Mac sonrió a Sophie, mostrando sus dientes de zorro.

—Te tomo la palabra. Eres mi testigo, Reg.

Gruñó de dolor cuando Reggie palpó la herida.

—Parece que te ha dado en la parte superior del pulmón, Mac. Has tenido suerte. Significa que te pondrás bien. Solo tengo que sacarte la bala y tu curación se encargará del resto —le aseguró Reggie a Mac dándole una palmada en el otro hombro.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Sophie sorprendida, con las lágrimas rodando sin control por sus mejillas—. ¡Pero si le han disparado!

—Mac es un metamorfo. Volverá a la normalidad en unos días —prometió Reggie—. Dejé mi maletín médico en la furgoneta. Voy a buscarlo. ¿Puedes vigilar a Mac mientras estoy fuera?

—¿Estás seguro de que deberías dejarme a solas con ella? —Mac le gritó a Reggie que se alejaba—. Parece peligrosa. Está dispuesta a saltar sobre la espalda de un Fae armado como una tonta. Incluso después de prometer que se mantendría alejada del peligro.

—¿Me estás tomando el pelo? —Sophie gritó—. Te salvé el culo. Estaba a punto de dispararte.

—No estoy seguro de que hayas ayudado como crees. Ya sabes, desde que me disparó de todos modos.

—Eso no es culpa mía. Tú fuiste el que decidió correr de cara contra el tipo con un arma.

—Lo tenía bien controlado hasta que decidiste intentar subirte a él. Entonces te tiró al suelo como si fueras un gatito débil e iba a dispararte. Lo que significaba que tenía que entrar en acción para salvarte el *culo*.

—¿Te cegó mi impresionante maniobra heroica? El tipo te apuntaba con una pistola cuando salté sobre su espalda. *Te salvé* —argumentó Sophie con un tono de voz que le pareció muy razonable. Puede que fuera un poco chillona.

—No, lo recuerdo perfectamente. Te salvé —replicó Mac.

Sophie empezó a mirar frenéticamente por el suelo junto a ellos.

—¿Qué estás buscando? —gruñó Mac.

—Intento ver si a ese tipo se le cayó el arma cerca. Quiero terminar el trabajo y sacarte de mi miseria.

Girando el cuerpo lentamente por el suelo, Mac se movió para

poder apoyar la cabeza en el regazo de Sophie.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sophie.

—Me hirieron salvándote la vida. Necesito consuelo —dijo Mac. Agarrando la mano libre de Sophie, Mac se la puso en la cabeza y movió los dedos para masajearle el cuero cabelludo.

—Eres un imbécil —dijo Sophie, cogiendo la demanda de Mac y pasando los dedos por el pelaje color óxido que cubría la cabeza de Mac.

—No, soy un idiota. Tu idiota —dijo Mac con una sonrisa depredadora, prácticamente emitiendo un ronroneo cuando Sophie le rascó alrededor de las orejas.

—Sí, lo eres. Aunque creo que voy a acabar arrepintiéndome —dijo Sophie suavemente, disfrutando del sedoso pelaje bajo las yemas de sus dedos—. ¿Seguro que vas a estar bien?

Antes de que pudiera responder, oyeron a Marcella exclamar en voz alta. Girando la cabeza, Mac y Sophie vieron cómo Marcella se acercaba a Edwyn, que estaba sentado y atado con media docena de sus cómplices supervivientes. Algunos de los hombres de Marcella estaban apilando los cuerpos que no habían tenido tanta suerte cerca del ascensor.

Empujando la clavis falsa ante las narices de Edwyn, Marcella gritó,

—¿Dónde está la clavis verdadera? Esta es falsa.

Edwyn parecía derrotado y desafiante a partes iguales, sentado con las manos sujetas a la espalda apoyadas contra la pared. Apretó los labios con fuerza hasta que parecieron una línea plana.

—Creo que podemos suponer que Atticus lo engañó y le dio una joya falsa —le gritó Mac a Marcella a través de la extensión de la torre.

Marcella recorrió los cuatro metros que la separaban de Mac, demasiado molesta, teniendo en cuenta que su equipo había ganado el combate.

—¿Por qué no estaba eso en la visión que me diste? —Preguntó Marcella.

—Era una visión de la muerte. Mi contacto solo ve los momentos finales de una persona, así que si Atticus había puesto previamente la joya como falsa, la vidente no habría visto ese acontecimiento. Si no recuerdo mal la visión, Edwyn supuso que el colgante de la caja fuerte

de Atticus era la clavis. Nunca se le dijo específicamente que la joya era la clavis.

—¿Puede tu contacto intentar localizar la verdadera clavis? —preguntó Marcella con atención.

—No, a menos que aparezca en la muerte de otra persona —afirmó Mac con un encogimiento de hombros figurado—. No tienen el poder de localizar objetos perdidos o desaparecidos. Solo tienen visiones. Si averiguamos algo sobre las clavis, serás la primero en saberlo. ¿Se parece a esa gema marrón?

—No, es una gema vermarina de color verde pálido, también llamada amatista verde. Muy rara y apreciada por su capacidad para contener y canalizar la magia. Peligrosa en las manos equivocadas, como lo demuestra esta noche. Tienes mi número, así que si la encuentras, llámame inmediatamente, sin importar la hora —ordenó Marcella.

—Por supuesto —dijo Mac, mintiendo alegremente a través de sus afilados caninos de zorro.

—¿Es un humano? —preguntó Marcella consternada, indicando a Sophie con un movimiento de cabeza—. ¿Crees que es prudente incluir a una humana en asuntos míticos?

—Trabaja en la división mítica de la morgue de la ciudad, así que ya conoce a nuestra gente. Solo estaba aquí para vigilar el aparcamiento. Cuando las cosas se torcieron con la pelea, intervino valientemente para ayudar, a pesar de estar en gran desventaja —declaró Mac, con un gruñido oculto en los tonos cortantes de su voz.

—Por cierto, fue buena idea traer al ogro. Me sorprende que haya venido a ayudar. Normalmente se niegan a involucrarse en la política mítica —dijo Marcella, descartando ya la presencia de un humano entre ellos. Tenemos que hacer que un equipo vuelva a registrar la casa de Atticus en busca de la clavis. Puede que aún esté en algún lugar.

Sophie puso cara de inocencia, asegurándose de no sucumbir al impulso de lanzar miradas furtivas a sus amigos. Sophie se dio cuenta tardíamente de que no había necesitado molestarse en parecer inocente, ya que ninguno de los secuaces de Marcella le dedicó siquiera una primera mirada, y mucho menos una segunda. Para ellos era más invisible que el escudo de Edwyn.

El rostro inexpresivo se transformó en alivio cuando se abrió la

puerta del ascensor y salió Reggie con un gran maletín negro en la mano. Apresurándose, Reggie dejó caer el maletín junto a Mac y rebuscó en su contenido.

Al cabo de un momento, Reggie sacó un par de pinzas largas y curvadas. Mientras colocaba los extremos de la herramienta en la herida de Mac, haciendo una pausa para preguntarle si estaba preparado, Sophie tuvo que cerrar los ojos.

A pesar de tener los ojos fuertemente cerrados, Sophie se daba cuenta cada vez que Reggie movía los fórceps dentro de la herida, porque Mac apretaba la mano de Sophie cada vez con más fuerza. Los ruidos de aplastamiento hacían que Sophie se estremeciera de horror y asco. Cuando Reggie anunció que ya casi tenía agarrada la bala, un gemido silencioso salió de la garganta de Sophie.

—Te das cuenta de que haces esto para ganarte la vida, ¿verdad? ¿Por qué actúas con tanto remilgo? —preguntó Mac con una risa forzada, tratando de mantenerse lo más quieto posible.

—Bueno, normalmente no tengo el cuerpo en el que estamos trabajando sentado en mi regazo, contoneándose todo caliente y asqueroso. Es raro. Reggie, ¿puedes noquear a Mac para que esto me resulte más natural?

—Lo tengo —anunció Reggie triunfante, ignorando la petición de Sophie. Sophie abrió los ojos y vio que Reggie sostenía una bala ensangrentada y la miraba al trasluz. Tragó grueso, pensando en cómo ese pequeño trozo de metal estaba justo en el pecho de Mac y podría haberlo matado fácilmente.

Juntos, Sophie y Reggie vendaron la herida del hombro de Mac y luego le ayudaron a ponerse en pie.

—No puedo creer que me hayas llamado “caliente y asqueroso”. Mis sentimientos están heridos —se quejó Mac, haciendo reír a Sophie sin remordimientos.

Reggie y Sophie se dirigieron a ver cómo estaban Ace, Fitz y Amira. Mac y Burg se alejaron para hablar con Marcella después de que ella les hiciera señas para que se reunieran con ella en una especie de reunión de gente importante.

—Hola, ¿están bien? ¿Se ha hecho daño alguien? —preguntó Sophie a sus amigos, preocupada. Cuando Sophie trató de echar un vistazo a Ace, este gruñó diciendo que no necesitaba que le hicieran de madre.

—Oh, ¿está tu madre aquí? ¿No? Pues mala suerte. Aguántate y deja que me asegure de que estás bien, grano en el culo —le gruñó Sophie. Uno de los labios de Ace se curvó en señal de disgusto, pero se calló y dejó que Sophie completara su inspección. Aparte del corte en el brazo de Amira, todos habían salido de la refriega con algunos rasguños y magulladuras.

—Tienen mucha suerte de no haber resultado más heridos. A pesar de estar en inferioridad numérica, parece que solo murió la gente de Edwyn —dijo Sophie.

—Teníamos ventaja: el factor sorpresa. Además, los Fae de Marcella tenían mejor magia ofensiva que los de Edwyn. Se llevaron la peor parte y nos protegieron —explicó Reggie.

Unos minutos más tarde, Marcella estrechó las manos de Mac y Burg, y luego dirigió su atención a uno de sus secuaces que se acercaba. Tanto Burg como Mac se apartaron de Marcella y se dirigieron hacia el grupo de amigos agrupados cerca de las escaleras.

—Salgamos de aquí —dijo Mac, dirigiéndose hacia el ascensor.

—¿Nos quedamos a ayudar? —preguntó Reggie preocupado, con su cara redonda llena de preocupación.

—A la mierda. Nos hemos ganado nuestras medallas al mérito por esta noche. Yo ya he terminado. No pienso unirme al equipo de limpieza sin que me paguen las putas horas extras —se quejó Ace—. Espera… ¿nos van a pagar por esto?

—No, imbécil. Tu paga son los buenos sentimientos que te produce ayudar a salvar el día —dijo Amira, empujando juguetonamente el hombro de Ace.

—¿Salvar el día paga mis facturas? No, no lo hace —se quejó Ace en voz alta, haciendo que Sophie y Mac intercambiaran una sonrisa.

—Estoy de acuerdo con Ace. Hemos hecho más de lo que debíamos. La gente de Marcella es más que capaz de encargarse de la limpieza —dijo Mac.

Mientras esperaban a que llegara el ascensor, Burg movió los dedos en un complicado patrón sobre el sigilo tatuado en su antebrazo y recitó unas palabras en voz baja. Los ojos de Sophie se abrieron de asombro cuando Burg se encogió. Su rostro pasó de ser el del ogro con el que se había acostumbrado rápidamente a la apariencia reconocible del dueño de su bar favorito.

—Si no, no cabría en el ascensor —El rostro familiar de Burg

sonrió a Sophie.

Cuando todos entraron en el ascensor y empezaron a descender, Sophie miró a sus desaliñados amigos.

—¿Qué pasará ahora?

—Bueno, ustedes tienen que ir a la morgue dentro de unas horas. El equipo de Marcella está recogiendo los cadáveres para entregarlos a la oficina del forense. Tienen que hacer las autopsias, rellenar sus informes, y luego el Cónclave empezará a encubrir este suceso. Cualquier prueba de las actividades de esta noche habrá desaparecido antes de mañana por la mañana —declaró Mac.

—¿Y tú? —preguntó Sophie.

—Necesito esta noche para recuperarme de la herida de bala. Luego, tengo que presentar un informe al Cónclave y al jefe de policía —dijo Mac—. Marcella quiere que traigan al jefe para que ayude a desenterrar a cualquier otra persona de Edwyn y para asegurarse de que nadie más planea intentar cerrar el portal.

—Alguien debería quedarse contigo mientras te recuperas de tu herida esta noche. No debería haber complicaciones, pero vale la pena ser precavido —intervino Reggie—. Sophie, podría quedarse en tu casa y tú puedes vigilarle. No creo que Mac deba volver a casa hasta que estemos completamente seguros de que está a salvo. Como estos cadáveres aún no huelen mal, Amira puede ayudarme sin demasiados problemas esta noche.

—No puedo decir si me estás tratando como a una humana delicada e inútil o no, pero sabes qué, no me importa. Me tomo esta noche libre. Han sido un par de días muy duros y quiero un descanso, aunque tenga que aguantar a Mac para conseguirlo. Ustedes deberían hacer lo mismo. Los cuerpos pueden esperar, ¿no crees?

—Tenemos unas horas antes de tener que ir a trabajar. ¿Por qué no vamos todos a casa de Sophie a descansar y recuperarnos? —sugirió Fitz.

Todos estuvieron de acuerdo con ese plan, y Burg se ofreció a pasar por su bar y traer una botella de vino para celebrar.

—También dejé a mi hermana a cargo del bar, ¡así que voy a tener que comprobar que sigue en pie! —bromeó Burg.

Sophie se pasó el resto del viaje en ascensor mordiéndose el labio, intentando encontrar una forma educada de preguntarle a Burg qué aspecto tenía un ogro hembra. Cuando el ascensor llegó a la planta

baja, decidió tragarse su curiosidad por el momento. No había forma correcta de formular la pregunta sin parecer una imbécil.

Cuando salieron del ascensor y se dirigieron a las puertas principales de la torre, todos los que estaban delante de Sophie se detuvieron bruscamente. Los gritos colectivos de asombro la hicieron asomar la cabeza por encima del hombro de Amira para ver qué era lo que tenía a todo el mundo tan asustado: había un cadáver esparcido por un lado de las escaleras de entrada.

—Cuando bajé a por mi maletín médico, intenté examinar la escena, pero está demasiado desordenada. ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Saltó desde la torre? —preguntó Reggie horrorizado.

—No, Burg se lo echó por encima del hombro como si fuera un pañuelo usado —anunció Sophie.

—¿Yo lo hice? No lo recuerdo —dijo Burg, dándose golpecitos en la barbilla, pensativo.

—Lo hiciste. Te lo prometo.

El grupo rodeó lo que quedaba del cambiador y se dirigió hacia el monovolumen con un suspiro de alivio. Sophie volvió la vista hacia la columna blanca de la Coit Tower. Mirando la altísima aguja, la parte superior de la columna se desvaneció en el oscuro cielo neblinoso. Meneó la cabeza, asombrada. Pensar que la simple torre estriada albergaba un camino secreto a otro reino. *A veces la vida es jodidamente extraña.*

—¡Qué demonios! ¿Son Hernández y Lancaster? —preguntó Mac con incredulidad cuando rodearon el parachoques del coche y vieron los dos cuerpos arrugados en el aparcamiento.

—Sí, te lo contaré todo de camino a mi apartamento. ¿Quién conduce? No creo que deba ser Mac, y no tengo carné de conducir —dijo Sophie.

—¿Cómo es posible que no tengas carné de conducir? —Mac miró a Sophie sorprendido—. ¿Cómo has funcionado como un adulto durante tanto tiempo? No tienes carné de conducir. No tienes televisión ni teléfono.

—Soy demasiado complicada para que alguien como tú me entienda. Soy un misterio. Soy gloriosa e incognoscible —Sophie olfateó arrogantemente a Mac, canalizando su Amira interior.

—Entra en el puto coche, gloriosa —se mofó Mac, haciendo señas a Sophie para que subiera al habitáculo con una floritura digna de una

reina.

Durante el trayecto, Sophie puso a todos al día de lo que había pasado mientras estaban en la torre.

—Espera, ¿Burg escaló el exterior de la torre contigo a cuestas? —reiteró Amira.

—Sí, fue jodidamente aterrador —respondió Sophie con un escalofrío.

—Ojalá hubiera podido verlo. Seguro que parecías Yoda a lomos de Luke —dijo Amira pensativa.

Todos abuchearon y silbaron a Sophie cuando confesó que no había visto ninguna de las películas de Star Wars.

—Tenemos que hacer una lista de películas que Sophie tiene que ver. Luego podemos secuestrarla y obligarla a verlas todas —sugirió Fitz desde el asiento trasero. Todos empezaron a sugerir películas mientras Sophie se limitaba a sonreír a sus amigos.

Contemplando la bahía envuelta en niebla, una extraña y burbujeante felicidad invadió a Sophie; se sentía afortunada de estar viva y rodeada de amigos. Antes de conocer a este grupo, Sophie ni siquiera había sido consciente de lo que se había estado perdiendo. Se había negado a reconocer la vaga sensación de vacío y añoranza que había llenado su vida antes de encontrar verdaderos amigos en el depósito de cadáveres de la ciudad. Animada por el calor protector de tener a gente que se preocupaba por ella, Sophie se dio cuenta de lo desolada y sola que había estado.

CAPÍTULO 23

Dos botellas de vino, una enorme cantidad de comida para llevar y varias horas después, todos, excepto Sophie y Mac, se preparaban para regresar a sus respectivos lugares de trabajo. Mientras Sophie se movía por su apartamento, buscando cubiertos y sirviendo bebidas, se dio cuenta de que no podía dejar de tocar a sus amigos para reafirmarse en su seguridad.

Sophie abrazó a cada uno de sus amigos cuando salieron por la puerta. Normalmente no era una persona susceptible. Tal vez fuera el vino o el terror de la noche, pero hizo que Sophie dejara de lado su reserva habitual y se aferrara un poco a ellas.

—¿Seguro que no necesitas mi ayuda en la morgue esta noche? —preguntó Sophie, reservando el abrazo de Reggie para el final.

—Estaremos bien. Descansa un poco y nos vemos mañana por la noche, ¿bueno? —dijo Reggie, apretando brevemente la mano de Sophie. Sophie se quedó un momento mirando la cara dulce y redonda de Reggie, agradecida por tener un amigo tan bueno en su vida.

—Gracias, Reggie. Por todo. Por conseguirme un trabajo, por ser mi amigo, por ayudarme a descubrir mi don. No sé qué habría hecho sin ti.

Reggie volvió a estrechar a Sophie en un fuerte abrazo.

—Soph, yo también me alegro mucho de que seas mi amiga —dijo, y si Sophie oyó un pequeño resoplido, no se lo iba a decir a nadie.

Después de ver cómo todos desaparecían en la chirriante escalera al final del pasillo, Sophie entró en su apartamento y se encontró a Mac deambulando por allí, una vez más recogiendo diversos objetos y echándoles un vistazo. Cuando entró en la cocina y empezó a abrir cajones, Sophie se aclaró la garganta.

—¿Qué haces?

—Busco la clavis. Quiero echarle otro vistazo —respondió Mac, rebuscando en el cajón de los trastos.

—¿Y pensabas que escondía un poderoso objeto mágico robado entre mis paquetes de salsa de tomate y mis clips?

Mac se limitó a levantar una ceja en señal de afirmación, haciendo que Sophie resoplara irritada.

—No lo vas a encontrar. Lo he escondido demasiado bien. Deja mis cosas en paz. Además, los dos ya le hemos echado un buen vistazo a la clavis. A mí solo me pareció una gran gema verde. No sentí ningún tipo de poder o magia cuando la sostuve, ¿y tú? —preguntó Sophie. Cuando Mac negó con la cabeza, Sophie se encogió de hombros—: Olvidémonos de todo eso por ahora. ¿Quieres una ducha para asearte? Prepararé el futón para que puedas coger la cama.

—No, yo me quedo con el futón y tú duermes en tu cama. No te estoy echando de tu habitación —argumentó Mac.

—Sí, lo estás haciendo. Te dispararon hace menos de tres putas horas —Sophie apretó los puños, irritada.

—Sí es verdad, pero soy un metamorfo. Me pondré bien.

—Y también estaré bien en el futón. Te vas a quedar con la cama, ¡y es mi última palabra! —Sophie gritó.

—Oh. Es tu última palabra, ¿verdad? Bueno, supongo que ya está decidido —dijo Mac con demasiada calma. Sophie no se movió porque podía sentir la trampa—. ¿Qué tal esto en su lugar? Si intentas meterte en ese puto futón, te cogeré físicamente y te meteré en tu cama. Es mi última palabra.

—He conocido bulldozers con más flexibilidad que tú. Así que, ¿sabes qué? Por mí puedes sufrir en el futón, mula testaruda. Espero que te dé un calambre en el cuello —dijo Sophie mientras se dirigía al minúsculo armario del vestíbulo para coger las sábanas de repuesto.

Mientras hacía una cama en el futón, con movimientos espasmódicos debido a su irritación, oyó el gemido del agua en el cuarto de baño. Después de recoger algunas de las tazas vacías abandonadas tras la improvisada celebración, Sophie las estaba poniendo en el fregadero para ocuparse de ellas mañana, cuando el timbre de la entrada de su apartamento sonó en el silencio.

—¿Hola? —dijo Sophie vacilante por el interfono.

—Hola, Sophie. Soy Burg. Me he ofrecido a dejarle ropa a Mac, ya que mi casa está justo encima del bar. Me costó un poco encontrar algo que pudiera quedarle bien —dijo la voz metálica de Burg a través del altavoz del interfono.

—Eres muy amable, Burg. Sube —dijo Sophie, pulsando el timbre para desbloquear la puerta principal de Cafecita. De pie en la puerta abierta de su apartamento, esperó a que Burg le entregara un montón de ropa en las manos. Burg se dirigió rápidamente hacia el vestíbulo, gritando la necesidad de volver al bar.

Sophie se dirigió al dormitorio y llamó a la puerta del cuarto de baño.

—Burg te ha traído algo de ropa —dijo Sophie.

—¿Puedes ponerlas junto al lavabo? —Mac gritó por encima del ruido de la ducha.

Tras un instante de vacilación, Sophie forzó la mano para girar el picaporte y empujar la puerta. Sophie miró rápidamente hacia donde Mac estaba separada de ella por una fina cortina blanca. Se concentró en dejar la ropa sobre la encimera.

—¿Necesitas ayuda con un vendaje nuevo cuando termines ahí dentro? —preguntó Sophie.

El traqueteo de las anillas de la cortina hizo que Sophie volviera a mirar hacia la cabina de ducha.

—No necesitaré un vendaje nuevo. El agujero de la bala ya se ha cerrado solo —dijo Mac, asomando la cara y el hombro tras la cortina. Sophie se obligó a concentrarse solo en los ojos de Mac, de un azul brillante bajo el mechón de pelo ennegrecido por el agua que le cubría la frente.

—No es justo. Te disparan y, tres horas después, la herida se ha cerrado sola. Si apenas me golpeo contra una mesa, me sale un moratón que me dura dos semanas —se quejó Sophie.

—No es culpa mía que seas una humana tan delicada y de carne tan tierna.

—Eeewww. ¿Carne sensible? Qué asco. Haces que parezca un filete —Sophie se estremeció de asco.

—¿No te gusta la palabra tierna? ¿Qué tal jugosa? ¿Así está mejor?

—Uf. En realidad es peor.

Mac miró a Sophie largamente, pensativo, mientras ella fingía no mirar las burbujas de jabón que se deslizaban lentamente por su hombro. Finalmente, con una pequeña y reservada sonrisa, dijo,

—Qué húmedo —alargando la palabra, como si estuviera saboreando cada sílaba extra al pasar por sus labios.

La sonora carcajada de Mac siguió a Sophie hasta la salida del

cuarto de baño, mientras corría por la puerta con las manos firmemente apretadas sobre las orejas, gritando, “¡Bla, bla, bla!” para ahogar cualquier otra palabra horrible que se le ocurriera a Mac.

Sentada en el futón, Sophie se acurrucó para esperar su turno en la ducha.

Lo siguiente que supo fue que Mac le estaba sacudiendo suavemente el hombro y susurrando su nombre.

—¿Qué? —murmuró Sophie confundida.

—Te has quedado dormida. Vamos. Deja que te ayude a meterte en la cama —dijo Mac en voz baja, tirando suavemente de Sophie para ponerla en pie.

Con una mano en el codo, Mac guió a una medio dormida Sophie hasta su habitación. De pie junto a Mac, como una niña perdida, Sophie vio cómo Mac le quitaba la manta con los ojos entornados. Acomodó a Sophie en su cama y le subió la manta hasta la barbilla, completando la sensación de ser una niña arropada.

—Buenas noches, Sophie —dijo Mac suavemente, besándola en la frente.

—Buenas noches —dijo Sophie mientras se le cerraban los ojos.

CAPÍTULO 24

Aunque la peluca le picaba en el cuero cabelludo, decidió que merecía la pena cuando le llamó la atención. Ella sabía que le gustaban las rubias. Mientras pedía su tercera tónica con lima de la noche, vio que por fin se abría una pequeña mesa al otro lado de la barra. Caminando un poco vacilante, consiguió hacerse con la mesa antes de que nadie pudiera reclamarla.

Sorbiendo despacio su bebida, no perdió de vista al hombre que había seguido hasta allí. Le apodó Leñador por su gran tamaño y su afición a vestir de franela, hiciera el tiempo que hiciera. ¿Quién lleva franela en un día caluroso?

Llevaba siguiéndole el tiempo suficiente para tenerlo a él y a sus gestos catalogados y memorizados. Estaba bebiendo su habitual pinta de Guinness. Se estremeció de desagrado. Cuando empezó a seguirle la pista, decidió probar la cerveza por curiosidad. Sospechaba que el agua de fregar arremolinada alrededor de un cenicero probablemente sabía mejor.

El Leñador tenía un aspecto algo desaliñado, como de costumbre: la ropa arrugada y el pelo alborotado que necesitaba un corte. Era un hombre torpe. Un triunfador que, de algún modo, estaba imbuido de una excesiva prepotencia inmerecida. Una vez oyó que alguien se refería a ese tipo de hombre como "barba de pescuezo". Era un apodo un tanto cruel, pero no podía negar que también tenía su gracia. Nunca llamaría al Leñador "barba de pescuezo" en su cara, pero en lo más recóndito de su mente, lo pensó con una risita. En ese momento estaba al acecho, con los hombros encorvados como si intentara hacerse invisible, cerca del arco que llevaba a los baños, en la esquina trasera del bar.

A lo largo de la velada, por suerte, solo tuvo que ahuyentar a algunos pretendientes potenciales que se le acercaron. Cuando todos se marcharon sin dramas ni amenazas, respiró aliviada.

A medida que se acercaba la medianoche, el picor bajo la peluca parecía más pronunciado. Para evitar meter los dedos bajo la peluca y

rascarse el cuero cabelludo como una posesa, ancló ambas manos con fuerza alrededor de su vaso alto.

Miró el delicado reloj que llevaba en la muñeca y decidió que ya se había entretenido bastante en el bar. Dio un último sorbo a su tónica y se puso la chaqueta y el sombrero. Salió por la puerta principal y, al ponerse los guantes, chocó con el marco de la puerta de entrada. En la penumbra de la calle no había nadie. Pasaban algunos coches mientras la ciudad empezaba a calmarse por la noche.

Caminó despacio por la acera, fingiendo una embriaguez que no sentía. Detrás de ella, oyó el zumbido de voces que provenía del interior del bar mientras la puerta principal se abría y luego se cerraba rápidamente. Observando los reflejos en las ventanas del otro lado de la calle, vio la voluminosa figura del Leñador mientras la seguía.

Dando unos pasos rápidos, dobló la esquina y entró en el callejón contiguo al bar. En la oscuridad, parecía más aterrador que cuando había inspeccionado la zona al principio de la noche. Arrugó la nariz cuando el olor a orina y a basura podrida asaltó sus sentidos.

Fingiendo apoyarse en la pared de ladrillo del bar como si le costara mantenerse erguida, metió la mano en el bolsillo y sacó el frasco y la jeringuilla. Rápidamente llenó la jeringuilla y volvió a dejar el frasco vacío en el bolso.

Conteniendo la respiración y escuchando atentamente, oyó el momento en que El Leñador entraba en el callejón.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó El Leñador con su extraño acento nasal.

Ella se giró ligeramente y se llevó la mano al costado, ocultando la jeringuilla. Cuando El Leñador se acercó, ella giró rápidamente el cuerpo y levantó la aguja para clavársela en el cuello. Al mismo tiempo, El Leñador levantó la mano para tocarle el pelo rubio y le quitó accidentalmente la jeringuilla de la mano. Ambos miraron estupefactos la jeringuilla rota, que derramaba su contenido sobre el pavimento.

Ella miró al Leñador y luego de nuevo a la jeringuilla rota con una vacilación horrorizada.

—¡Me has hecho tirar la insulina! —exclamó dramáticamente. Agachándose, fingiendo llorar, sacó un pincho largo y fino de la bolsa oculta cosida en un bolsillo interior de su chaqueta. El pincho medía unos quince centímetros y tenía un pequeño mango en la base que le daba el aspecto de la letra T. Sonrió brevemente al ver que le cabía perfectamente

en la palma de la mano. Cerró el puño con el pincho entre los dedos índice y corazón.

En los segundos que tardó en blandir el arma, la cara de El Leñador pasó de la confusión a una furia creciente.

—Perr...

Antes de que pudiera terminar su maldición, Sophie dio un paso adelante y pisó el pie de El Leñador, clavándole la punta afilada del tacón en los dedos con todas sus fuerzas. Cuando el hombre se echó hacia delante por reflejo, Sophie le clavó el pincho en el cuello en una rápida serie de pinchazos. El leñador se agarró la garganta destrozada. Lo derribó y cayó de espaldas contra un contenedor. Con el pincho en alto, vio cómo la sangre se deslizaba por los dedos de El Leñador, le corría por el cuello y empapaba su camisa.

—No está mal improvisar, si me permiten decirlo. Menos mal que iba de negro —afirmó encogiéndose de hombros alegremente, mirando las salpicaduras de sangre que empapaban su ropa.

—¿Por qué? —susurró El Leñador, con la debilidad y la pérdida de sangre haciendo que su voz fuera débil y vacilante.

—Ya sabes por qué, Troy —dijo ella sacudiendo la cabeza, como haría un padre decepcionado después de pillar a un niño travieso comiéndose una galleta antes de cenar. Después de usar un espejo para asegurarse de que no tenía gotas de sangre en la cara ni en el cuello, se metió el pincho en el bolso. La jeringuilla rota y los guantes se unieron rápidamente al pincho.

Salió del callejón, con el cuerpo de su víctima enfriándose a sus espaldas, animada y con una sonrisa encantadora.

~

—SOPHIE, despierta. Es solo un sueño —le dijo una voz sacudiéndole el hombro.

Sophie se incorporó con un grito ahogado y miró a su alrededor sin ver su apartamento, sino a un hombre moribundo tirado en un callejón mugriento.

—Sophie, solo ha sido un sueño. Estás bien —dijo Mac, poniendo una de sus manos sobre la de ella. Le soltó lentamente el puño, que estaba apretando con fuerza la manta contra la barbilla a modo de escudo.

—¿Mac? —preguntó Sophie confundida.

Al mirar a su alrededor con temor, Sophie se dio cuenta de que estaba envuelta en su edredón y que Mac estaba arrodillado junto a su cama, con una mirada de preocupación en su rostro.

—Mierda. Qué puto sueño más horrible —se quejó Sophie, frotándose los ojos con un puño, intentando borrar de ellos la visión del asesinato del Leñador.

—¿Quieres contármelo? —ofreció Mac en voz baja, envolviendo con cuidado sus manos protectoramente entre las suyas.

—La verdad es que no. Solo soñé que asesinaba a un tipo que parecía un leñador apuñalándolo en la garganta. En el sueño, le apuñalaba felizmente en la garganta y le dejaba morir en un sucio callejón. Mi cerebro es una mierda. Desearía que estos sueños se detuvieran.

—¿Tienes este tipo de sueños a menudo?

—No muy a menudo, por suerte. Los odio porque en los sueños en los que mato a alguien, mi yo onírico siempre está tan jodidamente alegre y contento con todo el asunto. Es una sensación terrible despertarse.

—Puedo ver cómo eso apestaría. Me pregunto si ver a todas las víctimas de asesinato en el depósito de cadáveres y tener visiones de la muerte están sembrando estos sueños en tu cabeza. Una vez leí en alguna parte que los sueños son la forma en que tu cerebro procesa la información de tu día —dijo Mac, frotando su pulgar sobre los nudillos de Sophie.

—Puede que tengas razón, pero sigue siendo un asco —refunfuñó Sophie.

—Ya lo creo. ¿Crees que estás bien para volver a dormir? Estaré en el salón si me necesitas. Solo tienes que llamarme —le ofreció Mac.

—En realidad, ¿podrías quedarte conmigo? Prefiero no estar sola ahora —preguntó Sophie tímidamente.

—Podría hacerlo —Mac se deslizó bajo las sábanas en el lado vacío de la cama—. Siempre y cuando prometas no molestarme mientras duermo. Me gustaría que mi virtud permaneciera intacta.

—Supongo que tendré que rebuscar y encontrar la fortaleza para resistir la tentación que presentas —prometió Sophie dramáticamente con una mueca de burla.

Sophie se dio la vuelta para mirar a Mac, mulló la almohada y lo

miró tumbado en su cama, con aspecto de estar encantado de estar allí. Le recordó una vez más a un león mientras observaba sus dominios.

—¿Cómo está tu hombro?

—Bien. Casi curado. Todavía me dolerá durante unos días, pero casi como nuevo —dijo Mac en torno a un amplio bostezo.

—Qué suerte —se quejó Sophie en torno a un bostezo complementario.

—Buenas noches, Soph —dijo Mac riendo por lo bajo.

—Buenas noches, Mac.

~

LA LUZ del sol se coló lentamente entre los párpados de Sophie, abriéndose paso hasta su conciencia. Se quedó helada cuando se dio cuenta de que tenía un brazo pesado sobre la cintura y la firmeza caliente de un cuerpo apretado contra su espalda. Cuando Sophie intentó zafarse del agarre de Mac, él la rodeó aún más y la hundió más en su cuerpo. Sophie miró consternada el brazo enroscado sobre su cintura. La luz acuosa de la mañana iluminaba el vello dorado y fino del brazo de Mac. Tocó ligeramente con un dedo la cálida piel del bíceps y admiró la delgada fuerza funcional que mostraba su brazo, incluso en estado de relajación. Sophie dibujó lentamente círculos y espirales en su brazo, sintiendo la fibra muscular y los tendones bajo su piel bronceada. Siguiendo la trayectoria de una vena serpenteante, Sophie trazó un camino a lo largo de su brazo hasta el dorso de la mano de Mac.

Lanzando un leve suspiro, Mac hundió la cara en la nuca de Sophie mientras ella se quedaba quieta y fingía estar dormida. Mac siguió hundiendo la cara en su pelo, acercándose lentamente a su oreja descubierta.

Sophie contuvo la respiración, deleitándose en la palpitante expectación mientras esperaba a que Mac le besara la oreja. La embriagadora sensación de electricidad entre ellos crecía hasta que ella prácticamente brillaba. Al pasar la boca por la piel de detrás de la oreja, Mac emitió un gemido grave. Una oleada de sensaciones recorrió sus nervios, haciendo que su piel se ruborizara. Cuando un suave aliento la acarició por la oreja, empezó a girar entre los brazos

de Mac. Le dio un beso en el lóbulo de la oreja y le susurró suavemente “Flema” en el oído; luego soltó una risita malvada, claramente satisfecho de sí mismo.

Con un grito de guerra, Sophie se dio la vuelta, a horcajadas sobre los muslos de Mac. Lo último que vio antes de taparle la cara con una almohada fueron unos ojos azules brillantes, llenos de expectación.

—Relájate y dirígete hacia la luz —le aconsejó Sophie mientras él se agitaba, intentando quitarse la almohada de la cara mientras Sophie cacareaba como una maníaca.

Mac desarmó a Sophie de su almohada-arma con la rapidez de un ninja, volteándola sobre su espalda. A horcajadas sobre sus muslos y sujetándole los brazos por encima de la cabeza, Mac miró a Sophie con acaloramiento, sonriendo ante sus payasadas. La risa murió rápidamente en los labios de Sophie cuando Mac se acercó lentamente, posando sus labios sobre los de ella. Los rozó suavemente, de un lado a otro, como si estuviera probando la textura de sus labios. Empujando contra su firme abrazo, Sophie le mordió la boca, ganándose un gemido y una sonrisa de Mac. En ese momento, Sophie decidió que tener la sonrisa de Mac contra sus labios era la mejor sensación del mundo. El deseo recorrió la espina dorsal de Sophie como el fuego a lo largo de una mecha.

Justo cuando Sophie separaba la boca contra la de Mac, dispuesta a devorar sus labios, un ruido estridente procedente del salón sacudió su apartamento, demasiado fuerte en la tranquila maravilla de la mañana.

—Mierda —gimió Mac con tristeza, dejando caer la frente contra el hombro de Sophie con aire abatido—. Tengo que contestar.

Mientras Mac se levantaba y se dirigía hacia el salón, Sophie admiró su musculosa figura vestida únicamente con un par de bóxers. Mojándose los labios, soltó un agudo silbido de lobo, haciendo que Mac la mirara por encima del hombro con una sonrisa mientras doblaba la esquina hacia su salón.

Estirándose lujosamente en la cama, Sophie escuchó a Mac hacer un montón de zumbidos y varios “Sí, señor” y “Ahora mismo, señor” antes de colgar y volver a la habitación de Sophie, donde la encontró posando provocativamente en su cama.

Mac le sonrió cuando volvió a entrar en la habitación.

—¿Quieres que te pinte como una de mis francesitas? —le

preguntó, moviendo las cejas.

—Eh... ¿seguro?

—¡Dios mío! ¡No has visto *Titanic*! Creo que tenemos que romper. Lo siento, Soph. Eres tú, no yo —dijo Mac, lanzando dramáticamente sus manos al aire.

—Bueno, como todavía no hemos tenido una primera cita, eso no será posible. Técnicamente no puedes romper si nunca has tenido una cita —señaló Sophie.

—Tienes razón. Tengamos una primera cita de verdad, y entonces podré romper contigo —dijo Mac, asintiendo como si estuviera siendo muy lógico.

—Buen plan. ¿Has estado alguna vez en la isla de Alcatraz? He oído que la visita nocturna es muy espeluznante. Podría conseguirnos entradas —sugirió Sophie.

—Me encantaría. Pero primero, ¿qué tal si te recojo del trabajo mañana por la mañana y te llevo a desayunar? —dijo Mac, arrodillándose en la cama de Sophie.

—Trato hecho —dijo Sophie, sentándose y gateando hacia Mac para depositar un beso en sus labios.

Mac gimió decepcionado y se quejó de que tenía que ir a trabajar de inmediato. Cuando Mac se apartó, rozó con la nariz la de Sophie, chocando las puntas de sus narices, haciéndola reír.

—Marcella ya ha llamado al jefe de policía y quiere que vaya enseguida. Apenas tengo tiempo de llegar a casa y cambiarme.

Mac se puso rápidamente los pantalones de chándal y la camiseta que le prestó Burg antes de que Sophie le acompañara hasta la puerta de su casa. Se dieron todo el tiempo que pudieron un beso antes de que Mac tuviera que separarse.

Cuando Sophie vio a Mac caminar por el pasillo, tuvo la sensación de estar al borde de algo tan grande que se le hinchó el pecho. La anticipación del futuro la invadía. Deseó poder salir corriendo y arrastrarlo a su apartamento para explorar sus sentimientos por él.

Cuando Mac pasó por delante del apartamento de Birdie, se detuvo de repente frente a su puerta.

—Espero que estés teniendo una buena mañana, señorita Birdie —dijo alegremente.

—Apuesto a que no tan buena como la tuya —oyó Sophie la alegre voz de Birdie desde la rendija de la puerta de su apartamento.

Sacudiendo la cabeza, Sophie cerró la puerta con fuerza antes de tener que oír nada más que Birdie pudiera tener que decir sobre su mañana con Mac.

EPÍLOGO

—Buenas noches, Srta. Zhao —dijo Sophie con un alegre saludo.

—Buenas noches, señorita Feegle —dijo la señorita Zhao, abriendo las puertas de la morgue. Sophie miró con envidia el vestido verde jade de la señorita Zhao antes de cruzar las puertas dobles.

Sophie se encontró a todos en el despacho de Fitz y Ace, todavía animados por la emoción de la noche anterior.

—¿Qué tal el trabajo anoche? ¿Estuvieron bien sin mí? —preguntó Sophie.

—Estuvo bien. Tuvimos que retrasar todas las autopsias programadas para poder procesar los cadáveres de la pelea, pero no debería causarnos ningún problema. Tendremos que ponernos al día esta noche —respondió Reggie—. ¿Está bien Mac? ¿La herida de bala le causó algún problema?

—No. Cuando se fue esta mañana, ya estaba bien y parecía haber vuelto completamente a la normalidad —declaró Sophie, esperando que nadie notara su sonrojo.

—Empecemos entonces. Recibimos uno prioritario hace unas horas, y luego tenemos que ponernos al día con el trabajo atrasado —declaró Reggie, ya dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la sala principal de autopsias—. Ah, también Mac se puso en contacto conmigo hace un par de horas. Después de reunirse con Marcella y el jefe de policía Dunham esta mañana, ambos quieren empezar a recibir transcripciones de tus visiones. Obviamente, todavía tenemos que mantener tu identidad en secreto, así que al final de cada turno, Amira transcribirá las grabaciones de tus visiones y luego se las enviará por correo electrónico a Mac.

—Me parece bien —dijo Sophie encogiéndose de hombros, sin importarle cómo consiguiera Mac las grabaciones, siempre y cuando sirvieran para algo.

Comprobando la agenda de la noche, Sophie se dirigió a la nevera y cogió el prioritario. Lo llevó a la sala de autopsias, aparcó la camilla junto a la báscula y se volvió para limpiarse y prepararse.

Volviéndose hacia Reggie, Sophie observó cómo éste abría la cremallera de la bolsa negra para cadáveres. Lo primero que llamó la atención de Sophie fue un destello de franela roja y negra. A Sophie se le heló la respiración al reconocer las facciones del hombre, ahora teñidas de azul y coronadas por una abundante cabellera castaña que necesitaba urgentemente un corte de pelo.

Sophie debió de hacer algún ruido de angustia, porque lo siguiente que supo fue que Reggie estaba frente a ella. Podía ver sus labios moviéndose y una expresión de miedo en su cara, pero no podía oír sus palabras por el zumbido de sus oídos.

Finalmente, consiguió mover sus labios congelados y apenas pudo ahogar la palabra: Leñador.

—¿Leñador? ¿Qué significa eso? —Preguntó Reggie.

—Mierda, Reggie, tenemos que llamar a Mac.

POSTFACIO

Queridos lectores,

Gracias por hacer este viaje conmigo. Espero que hayan disfrutado de Sophie y Los Anómalos. Para mí ha sido una historia diferente. Y espero que estén tan emocionados como yo por el próximo libro de la serie.

Aunque todos los personajes del libro son inventados, casi todos los lugares son reales o están basados en algún sitio real. Viví ocho años en San Francisco y me enamoré de la ciudad. Es una ciudad extraña llena de gente extraña. Así que aquí va. La oficina del forense es real, está en Bayview y tiene una escultura con forma de valla delante. El Pulgarcito está basado en mi bar local, el Pequeño Trébol. El Pequeño Trébol tiene más de 120 años y se le parece un poco. Sin embargo, me encantaba y echo de menos tomarme una PBR barata allí. El cartel que mencioné era un guiño al que inspiró a los Beatles para escribir For The Benefit of Mister Kite. Me encantaba la idea de que Burg hubiera robado el cartel original.

La tienda de segunda mano estaba basada en la tienda Love Project Curio Shop. Si alguna vez estás en SF, pásate por allí y échale un vistazo. Además, los beneficios de las ventas se destinan a una buena causa. El Fillmore es mi local de música favorito de la ciudad. Tengo varios carteles de conciertos de mi estancia allí. Buck's es un restaurante de verdad y parece tan raro como suena. También es uno de los lugares favoritos de los empresarios de Silicon Valley (yo no soy ninguno de ellos, pero mi marido sí). Boudin es una de mis panaderías favoritas. Y es un lugar estupendo para hacer una parada si estás haciendo de turista en Pier 39. El salón de té que mencioné en Noe Valley es Lovejoy's Tea Room. Si quieres sentirte elegante, ese es tu sitio. Si no hablas con un falso acento británico mientras comes sándwiches de pepino, ¿qué sentido tiene? City Lights Booksellers es exactamente como la describí en la historia. ¿A quién no le gustan las librerías, sobre todo las que tienen una historia tan rica? Alcatraz hace visitas nocturnas, así que si alguna vez estás en la ciudad, deberías visitarla. La visita nocturna es mucho mejor que la normal, y hay algo

encantador en ver la puesta de sol sobre la ciudad. Es muy romántico.

Woodlawn Memorial Park es un cementerio de verdad en Colma. Mi persona favorita enterrada allí es Emperor Norton. Si alguna vez quieres reirte, busca la historia de ese hombre. Te daré una pista - se declaró a sí mismo el Emperador de los Estados Unidos. Y la gente se lo permitió. Incluso emitieron moneda en su nombre. Además, Colma también es real. Solía llevar mi auto al taller allí. Así que... Hay. Muchas. Tumbas.

En cuanto al elefante marino que mató a la sirena, hay dos buenos lugares para verlos en la ciudad. Uno está en el muelle 39. El otro lugar es mi favorito. Puedes ver las focas en el Santuario Marino Fitzgerald, que está a unos 30 minutos al sur de la ciudad. Si vas durante la marea baja, hay unas piscinas de marea fantásticas llenas de todo tipo de criaturas marinas. Me encantaba llevar allí a mis hijos cuando eran pequeños.

Russian River Brewery es una empresa cervecera increíble con sede en Santa Rosa. En su restaurante se puede comer una pizza increíble, pero lo que más me gusta son sus vuelos de cerveza. Tienen unas tablas muy largas en las que puedes coger dieciocho (¡!) muestras para probar - prueba sus cervezas ácidas, te dejarán boquiabierto, son tan ácidas y a la vez tan buenas. ¡Recomiendo compartir con amigos! La cerveza favorita de mi marido es Pliny the Younger, que solo sale una vez al año. La gente espera horas para llenar sus jarras el día del lanzamiento.

Por último, Coit Tower y Filbert Steps. La Coit Tower es un lugar precioso para visitar. Las vistas (cuando no hay niebla) son fabulosas. Los 25 murales del interior son magníficos ejemplos de obras de arte de la época de la Depresión que muestran cómo vivía la gente en aquella época. La torre se pagó cuando Lillie Hitchcock Coit puso en su testamento que el dinero se utilizara para embellecer la ciudad. Lillie era una mujer excéntrica conocida por fumar puros y vestirse como un hombre para poder apostar en las casas de juego exclusivas para hombres. También le encantaba montar en los coches de bomberos con los bomberos. Parecía mi tipo de mujer. Las escaleras de Filbert Street también existen y puedes subir por ellas a la Coit Tower. Pero te advierto que puede que te arrepientes. Son MUCHAS escaleras. Sin embargo, también son bonitas y puedes ver gran parte de la ciudad mientras subes, si no te desmayas.

¡Uf! Eso ha sido un montón de información. Si alguna vez quieres preguntarme sobre la ciudad, no dudes en enviarme un correo electrónico a gwen@gwendemarco.com, y me esforzaré por convencerte de los méritos de San Francisco.

Me gustaría dar las gracias a mis lectoras beta Paige R, Pam N, Karen R, Casi R, Jessica y Joanne S. También tengo que dar las gracias a Rebeca Covers por la preciosa portada y a mi editora Arundhati Subhedar.

Por último, quiero dar las gracias a mi marido y a mis hijos. Nunca habría podido publicar nada sin su apoyo incondicional.

ACERCA DEL AUTOR

Gwen DeMarco es una ávida lectora, bebedora de vino y café, jardinera y amante de todo lo relacionado con lo friki. A Gwen le encanta escribir novelas de romance paranormal con un enfoque en lo extraño y maravilloso. Le gusta crear heroínas ingeniosas y líderes masculinos gruñones. Sophie Feegle es su primera incursión en el mundo de cambiaformas, seres feéricos, ogros y vampiros.

Gwen está felizmente casada con su amor de la escuela secundaria y tiene dos hijos adolescentes. A menudo se la encuentra con la nariz en un libro y con una copa de vino o una taza de café en la mano.

¡Inscríbete en su lista de correo y recibe una copia gratuita de una breve novela (por ahora, solo en inglés) desde el punto de vista de Mac desde que conoció a Sophie en 'Sophie and The Odd Ones'!

Para obtener más información, por favor visite mi página web y suscríbase a mi lista de correo para recibir actualizaciones en www.GwenDeMarco.com.

